

dos.

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



J. SELGAS

Un rostro
y
un alma

NOVELAS

Dos para dos.

El pacto
secreto

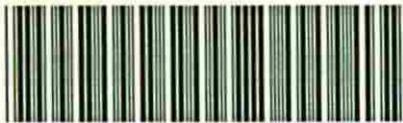
4

P06565

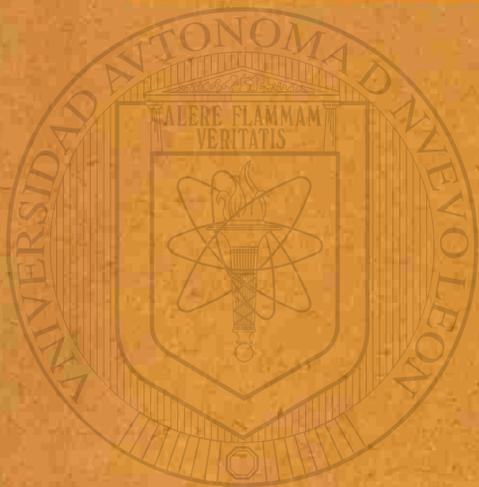
SL

R6

v.4



1020027392



UANL

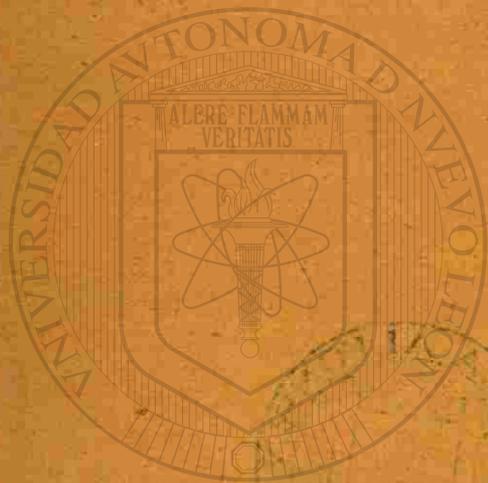


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

OBRAS DE SELGAS

X

NOVELAS

IV

UN ROSTRO Y UN ALMA.—DOS PARA DOS.—EL PACTO SECRETO.

Núm. Clas. _____

Núm. Autor _____

Núm. Adg. 33853

Procedencia - 8 -

Precio _____

Fecha 69

Clasificac. _____

Catalogó _____



NOVELAS

DE

DON JOSÉ SELGAS

IV

UN ROSTRO Y UN ALMA.—DOS, PARA DOS.
EL PACTO SECRETO

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

100424

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
IMPRESA DE A. PEREZ
Flor Baja, núm. 22
1888
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33853

PQ6565

-54

126

v.4



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UN ROSTRO Y UN ALMA

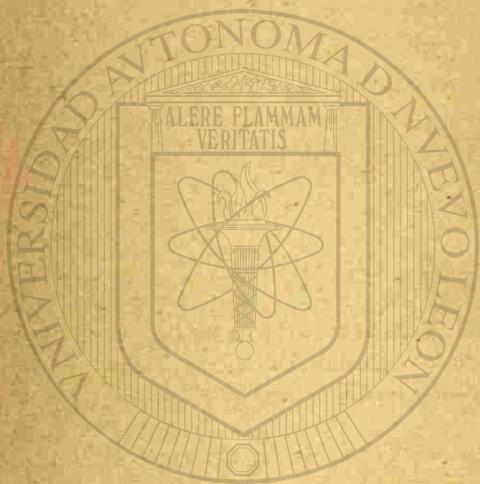
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



DEDICATORIA

SE parecen las estrellas á la modestia, en que buscan la obscuridad del cielo; y, ¡mira tú qué bello capricho!, por eso brillan.

El espejo te habrá dicho muchas veces que el azul de tus ojos es profundo, como el azul del mar que se ve de lejos. Tú misma, contemplándole, habrás entornado los párpados para que tus rubias pestañas velen con sombra dorada el resplandor de tus pupilas. En verdad: así suele brillar la limpia luz de la aurora al través de los rojos celajes de la mañana.

Mas el espejo, cortesano de tu belleza, que se apresura á decirte, siempre que lo miras, cuán hermosa eres, no puede hacerte ver el más bello encanto de tus ojos. Tú no sabes cómo resplandecen

cuando los bajas, porque entonces cae sobre ellos la apacible sombra de la modestia.

Alaba el mundo en que vives la fina blancura de tus mejillas, pálidas y suaves como Dios ha hecho las hojas de la azucena, y en verdad te digo que es admirable el brillo de tu tez y que puedes deslumbrar al alabastro mismo.

Lo que más te distingue entre tus compañeras y entre tus amigas, lo que más atrae hacia tu semblante las miradas de la admiración, de la envidia y del deseo, es la delicada palidez que baña tu rostro.

Pues bien, preciosa criatura: nada realza tanto tu original belleza como la tinta sonrosada con que el pudor enciende algunas veces tus mejillas.

Hace dos días que tu nombre corre de boca en boca; y es que la moda celebra con entusiasmo fugitivo la novedad de tu último prendido, las vaporosas ondulaciones de tus ricos encajes.

Fuiste la reina del baile; ninguna como tú pudo gozar del vano placer que nos causa la admiración que inspiramos. ¡Qué pliegue aquel tan airoso, tan artístico, tan bien dispuesto para realzar el delicado contorno de tu cintura! ¡Qué lazo azul tan atrevido, tan ligero, tan fresco!... Lazo azul, cuyas hojas caían admirablemente sobre las abundantes ondas de tus cabellos rubios como el oro.

¡Cuántas sonrisas de aprobación, cuántas mira-

das de entusiasmo, cuántas palabras dulces como la miel, dulces como el almibar de la lisonja, recogerías en tu paso triunfal sobre el blando tejido de las alfombras y bajo los techos artesonados de los salones!... ¡Cuántas flores caerían sobre ti para que formarlas con ellas la corona de tu gloria!...

Tú misma, allá en el fondo oculto de tu pensamiento, ¿no sentías la íntima complacencia de tu propia adoración?...

Sin embargo, yo te he visto mucho más hermosa, mucho más irresistible, y el mundo que te adula no lo sabe, y tú misma lo ignoras, porque allí no había espejos que copiaran tu imagen, ni voces que repitieran en continuo murmullo el eco de tus alabanzas.

Estabas de rodillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y cubría tu rostro el honesto velo de tu manto. No sonreías orgullosa, sino orabas humilde; no pedías admiración para tus encantos, sino perdón para tus culpas; no ostentabas ufana ante la multitud el gusto exquisito de tu tocado y el dibujo correcto de tu belleza, sino que, prosternada ante el altar, ofrecías la sencillez de tus pensamientos y la pureza de tu alma: no estabas en el baile, estabas en el templo; no era el mundo el que encendía en tu imaginación el fuego de todas las vanidades; era Dios, Dios mismo, el que llenaba tu corazón de santos consuelos y de divinas esperanzas. ¡Oh, qué hermosa estabas en aquel instante!

Cuando atraviesas los salones, suspende las miradas de la concurrencia que te rodea y te admira, la gallardía de tu talle, y tu cabeza se balancea graciosamente sobre tus hombros, ufana del triunfo que consigues. Estoy seguro de que en el momento supremo de tu gloria, tú misma te sientes deslumbrada por tu propio esplendor. Los ojos que te miran no son para ti más que espejos vivos donde contemplas la gloria de tu triunfo, y no darías ni la más pequeña parte de tanta admiración, por el cariño más profundo. Sí; prefieres ser admirada á ser querida.

La vanidad es así: es la inflamación que levanta en el alma el veneno de la lisonja.

Tu doncella ha estado feliz, tu modista inspirada, tú estás encantadora, y yo también te admiro; pero, ¡qué quieres!, mi corazón no toma ninguna parte en el homenaje que mis ojos asombrados te tributan.

Reconozco la habilidad de tu doncella y hasta el genio creador de tu modista, y veo en ti el doble encanto en que se combinan tu persona y tus adornos. En una palabra: te admiro, y si fuera mujer te envidiaría. ¿Acaso quieres tú otra cosa más que ser envidiada?....

El mundo que te rodea, en cuya atmósfera brillas y cuyos aplausos recoges, no ve en ti más que el esplendor de la superficie; su mirada, que parece tan perspicaz, no pasa de los encajes de tus vestidos; no te ve más que cuando le ilumina

el resplandor del lujo. Por eso no sabe que hay otro mundo escondido en el fondo de la sociedad, donde corren también de boca en boca tus alabanzas.

Óyeme: en las poblaciones cultas, la policía no consiente que los pobres imploren la compasión de las gentes dichosas, en las puertas de los teatros y á la entrada de los paseos. Ya ves; no es justo entristecer á los que gozan, con el espectáculo de los que padecen.

La desgracia se ha refugiado, como en su único asilo, en los atrios de las iglesias y en los pórticos de los templos, porque, al fin, la Iglesia ha sido siempre el verdadero amparo de las desdichas humanas. Pues bien: yo te he visto inclinarse dulcemente el rostro sobre la cabeza del anciano desvalido, y depositar en el hueco de su mano temblorosa el consuelo de la limosna; y nunca he visto más gracioso tu talle que en aquel momento en que lo doblabas cariñosamente sobre el infeliz á quien consolabas y socorrías.

Es verdad que no había allí lenguas lisonjeras que ensalzaran el arte exquisito con que caían de tu esbelta cintura los rizados bullones de la segunda falda; pero había lenguas humildes que cubrían tu nombre de bendiciones.

La caridad te embellecía más que saben embellecerte tu modista y tu doncella. ¡Qué hermosa debías verte en el espejo de tu corazón!

¿No has comprendido aún la diferencia que existe entre ser envidiada y ser bendecida?

Hablan los que te admiran de la variedad de tus joyas, de la novedad de tus prendidos, siempre nuevos y siempre frescos, de los pliegues airosos de tus opulentos vestidos, de las ondas artísticas de tus cabellos, que unas veces se levantan sobre tu frente, como las olas revueltas del mar embravecido, y otras veces caen sobre tus hombros como una cascada de oro.

Los que te quieren cuentan tus bellas acciones, tus nobles palabras, tus tiernos pensamientos, las prendas de tu alma.

¿Adiertes la diferencia que hay entre la belleza de la virtud y la belleza del lujo?

¿Deseas conocer el número de las personas que te estiman y que te quieren?... Pues resta de todos los que te tratan á todos los que te adulan.

Hay unas joyas maravillosas que han hecho eterna la belleza de una mujer... Estas joyas están en la memoria de todo el mundo. Son las que Isabel la Católica vendió para que Colón descubriera la América. Ellas hicieron inmortal la grandeza de sus pensamientos y la hermosura de su corazón.

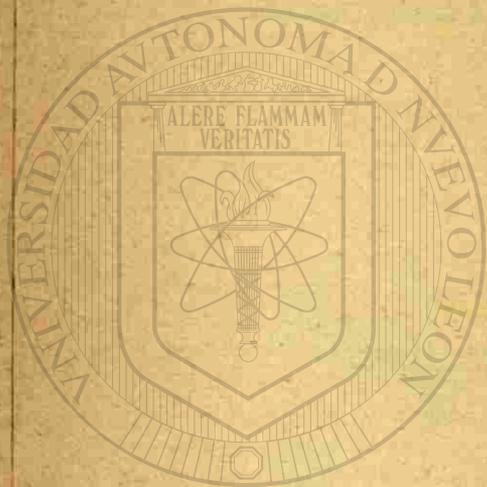
Tu doncella y tu modista saben lo que cuestas; pero ¿hay muchos que sepan lo que vales?...

Adorna tu alma con todas las virtudes, y brillará tu rostro con todos los encantos.

Para ti, cuyo corazón no han acabado de trastornar las embriagueces del lujo, he escrito este libro, y á ti te lo dedico.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS



PRIMERA PARTE

LA BODA

CARTA PRIMERA.

UN TROUSSEAU.

Abril 8 de 1872.



He recibido tu carta, y en ella la cordial enhorabuena que me envías; y como sé la parte que tu amistad toma siempre, lo mismo en mis desgracias que en mis prosperidades, me apresuro á escribirte, para que tú lo hagas de nuevo, dándome el pésame.

No creas que la muerte ha venido á sorprenderme en medio de mi felicidad, cortando el hilo de mis días; no, vivo; te aseguro que vivo. Tampoco debe atormentarte la idea de que una repentina viudez haya enlutado el alegre día de mi

boda. No, Elisa vive también, llena de salud y resplandeciente de hermosura, con sus magníficos rizos rubios, con sus frescas mejillas, con sus labios de púrpura y con sus grandes ojos azules. La muerte no se ha atrevido, ni con mi felicidad, ni con su belleza: los dos vivimos.

En honor de la verdad, nuestra boda ha sido esplendorosa; Elisa estaba encantadora, y su *trousseau* es magnífico; ¡oh!, es el *trousseau* de una reina. Nos ha felicitado medio mundo; han asistido á nuestros desposorios los personajes más importantes y las celebridades más en boga.... ¿Lees periódicos?... Pues en ellos habrás visto el estrépito que ha causado en el mundo mi felicidad. Elisa guarda como oro en paño las descripciones de la fiesta, en las que ella es objeto de inagotables alabanzas. Tú no la conoces; pero si has hojeado los periódicos de estos días, sabrás al dedillo el inventario de sus encantos, y eso que tuvo que partir la celebridad con la última corrida de toros, con un acróbata, con una prestidigitadora, y hasta con los misteriosos asesinos de la calle del Arenal, personajes y sucesos que se disputaban el fácil favor de la atención pública.

¿Y qué me dices de su *trousseau*? En tu carta de enhorabuena guardas silencio acerca de este punto interesante de mi espléndida boda. ¿Es posible que no hayas visto en los periódicos la interminable lista de este almacén suntuoso? Si es así, tú, mi íntimo amigo, eres el único mortal que á

esta fecha ignora el número de camisas que tiene mi mujer. No, mi mujer no, mi cara mitad...., mi hermosa Elisa.

Quince días ha estado expuesto á la admiración de las gentes, y Madrid se ha despoblado por verlo, y con razón, porque es un verdadero museo de encajes y batistas, de seda, de lazos, de cintas, de adornos y de joyas. ¡Qué faldas!.... ¡Qué sobrefaldas!.... ¡Qué cogidos!.... ¡Qué chambras!.... ¡Qué peinadores!.... ¡Cuántas perlas!.... ¡Cuántos diamantes!.... Te aseguro ingenuamente que yo mismo me sentía admirado ante esta lujosa prenda. Las mujeres se hacían lenguas.... ¡Ah! El *trousseau* de Elisa ha obtenido un éxito completo; sobre todo los *polissones* han hecho furor; son, por lo visto, de un grande efecto.

¿Crees que falta algo á la felicidad á que tenemos derecho sobre la tierra?... ¿No te parece que soy el hombre más feliz del mundo?... ¿Puede ser más esplendorosa la aurora de mi dicha?... No obstante, apresúrate á escribirme una carta de pésame.

No vayas á creer que una operación desastrosa ha puesto en peligro mi fortuna; porque has de saber que está muy lejos de eclipsarse la estrella de mis prosperidades; el dinero se multiplica en mi gaveta de un modo prodigioso, y aun esto sería lo de menos, porque Elisa es rica. Pero, ¡bah!: te veo sonreír maliciosamente, sospechando que he encontrado en ella defectos de carácter, defectos de

educación. Lo menos te imaginas que me he casado con una harpía...., con una hermosa furia, capaz de arañarme con sus dedos sonrosados y sus uñas de nácar á cada triquitraque. ¡Oh! ¡qué chasco te llevas! Elisa es suave como la seda y dulce como la miel. Por lo que hace á su educación, no puede ser más esmerada: dibuja medianamente, toca el piano con bastante buen gusto, y habla en francés, en inglés y en italiano. ¿Qué te parece?.... Posee tres lenguas, sin contar la española, que la usa lo menos posible y siempre á medias.... En historia sabe los hechos más interesantes, aquellos que la literatura ha extendido en dramas, en novelas y en libretos de óperas, y añade á esto cierta arqueología suntuaria, pues por los trajes conoce las épocas, lo cual hace sumamente amena su conversación en punto á modas. Respecto á geografía, te puedo asegurar que tiene en la uña todos los lugares de recreo que ofrece Europa al gran mundo en las diferentes estaciones del año. Su trato es correcto, fino y amable; sabe presentarse, sabe sonreírse, es afectuosa y seria, mira con majestad y habla con lentitud. ¿Qué más quieres?.... ¿No es un prodigio esta bella criatura á quien acabo de unirme para siempre?.... Pues bien: insisto, coge la pluma, y con las frases más consoladoras que encuentres en el diccionario de nuestra antigua amistad, escríbeme el pésame.

La noche de la boda sufrí un tormento semejante al del náufrago que, cerca de la playa, lucha con

las olas que lo acercan y lo alejan con cruel complacencia. Así fluctuaba yo en medio del concurso que invadía los salones, sin poderme acercar á Elisa, de la cual me separaba el magnífico oleaje del mundo que se agitaba entre nosotros, mundo alegre, muy alegre, tan alegre, que parecía ser él el que se casaba.

Elisa me pertenecía ya por el doble vínculo de la religión y del amor; era mía ante Dios y ante los hombres, y, sin embargo, yo no podía acercarme á ella, porque lo estorbaba aquella brillante concurrencia que había acudido á participar de nuestra dicha. No me era lícito mirarla sin provocar sonrisas equívocas, y no me sentía con ánimo bastante para poner mi amor en berlina.... Tú hubieras hecho lo mismo.

Pero ni en aquel momento me abandonó mi fortuna, porque apelé al recurso de devorar mi impaciencia apoyándome sobre el mármol de una chimenea, y desde allí mis ojos distraídos se fijaron en la luna de un espejo, de tal manera colocado, que retrataba en él la imagen de Elisa. ¡Qué feliz combinación!.... Podía verla sin mirarla.... El brillo del cristal formaba alrededor de su cabeza una especie de aureola que aumentaba las severas líneas de sus facciones, dando á la limpia blancura de sus hombros desnudos el resplandor de la aurora. Nunca la había visto tan fantástica, tan vaporosa, y, si me lo permite tu intransigencia, tan inmaculada. Dime tú, filósofo de mogollón, poeta de tres al

cuarto, literato de pacotilla, y, sobre todas las cosas, querido amigo mío; la tibia luz con que los ojos ven el día de la boda, ¿es el crepúsculo de la mañana, ó el crepúsculo de la tarde?... ¿Es que amanece, ó es que empiezan las obscuridades de la noche?... ¿Es que salimos á la vida, ó es que nos ocultamos en ella?

Elisa se hallaba rodeada de sus más íntimas amigas, bellas compañeras que había sabido elegir entre las jóvenes más elegantes y más opulentas de la buena sociedad. Puedo asegurarte que estas risueñas criaturas formaban á su alrededor una guirnalda de flores. Yo devoraba el cristal en que se movía este bello cuadro, estudiando con amorosa estética la expresión dominante en el rostro de Elisa. Á través de la indolencia de que parecía poseída, creía yo distinguir en su frente vagos reflejos de oculta alegría, de la misma manera que adivinamos la presencia del sol, á pesar de las nubes que lo velan; en sus ojos, que giraban indiferentes, sorprendía yo relámpagos fugitivos, semejantes á los que brillan en el horizonte en las noches más serenas del estío.

Imaginate si sería dichoso en aquella contemplación que hasta ella misma ignoraba; pero como no hay en el mundo dicha completa, amargó la dulzura de mi delicia una observación impertinente. Te doy permiso para que te rías de mí; pero me mortificaba la idea de que sus ojos no me buscaran entre la multitud que bullía en los salones, para

dejarme ver á hurtadillas una dulce mirada. Ni una vez siquiera noté en ella inquietud ni impaciencia; pagaba las lisonjas con sonrisas; sus ojos no buscaban á nadie. ¡Qué tontería! ¿Acaso no hacía yo lo mismo? Ó, por lo menos, ¿no aparentaba la misma indiferencia? ¿Quién habría sospechado que en aquel instante recreaba yo mis ojos viendo su imagen reproducida en la luna del espejo? Nadie, y, sin embargo, la contemplaba con el dulce afán del que ve asomar en el azul del cielo las primeras claridades del día en que se van á cumplir todas sus esperanzas. ¿No podía ella, á su vez, contemplar mi imagen, grabada en el espejo de su corazón? Esta tierna advertencia tranquilizó mis pasajeras inquietudes, y volví á ser dichoso. No obstante, escribeme el pésame sin pérdida de tiempo.

Una de las bellas criaturas que se hallaban cerca de Elisa, acercó sus movibles labios á los oídos de la que acababa de unirse conmigo para siempre, y dejó caer en ellos algunas palabras. La fisonomía de esta muchacha, fresca como una primavera y picante como el mes de Julio, tomó, al hablar secretamente con Elisa, la expresión más picaresca del mundo. Frunciendo sus hermosas cejas negras y entornando los ojos, dejó vagar por su boca de marfil y de púrpura una sonrisa celestial; no, no, una sonrisa de todos los demonios.

¿Qué le dijo?... No lo sé, porque no me he atrevido á saberlo, y estoy seguro, además, de que habría sido inútil preguntarlo. En aquel instante

habría dado la mitad de mi vida porque el espejo, de la misma manera que reflejaba las imágenes, hubiera reflejado las palabras; pero la luna, muda, sólo pudo advertirme que hablaban, y que hablaban en secreto.

Jamás he sido curioso; tú sabes bien cuán poco me interesan las cosas que no me importan; pero en esta ocasión sentí la más viva curiosidad, y hubiera apostado una buena parte de mi fortuna á que era yo el objeto de aquella secreta confidencia. ¿Habría observado la amiga de Elisa que yo las espía al través de la luna del espejo?... No debió ser así, porque mi cara mitad no se dignó levantar los ojos para comprobar por sí misma la observación. En cambio, tomó su semblante una expresión de desdén indecible, su preciosa boca se frunció de un modo deplorable, perdiendo toda la gracia de sus finos contornos. Yo experimenté una impresión penosa, la misma que habría experimentado si al coger una hermosa flor, hubiera sentido en mi mano el frío contacto de una culebra.

¿Hablaban de mí?... Entonces era yo el objeto de aquel gesto horrible, de aquella demostración despreciativa. Pasó por mi corazón una nube sombría llena de rayos y centellas.

Conozco muy bien la vehemencia de tus juicios, y sé que al leer estas líneas me llamarás insensato. Muy bien: pega; pero escucha:

Poco á poco se fué disipando la concurrencia, y comenzaron á desahogarse los salones. La amiga

de Elisa no quiso abandonarnos sin venir á saludarme. Me dió su correspondiente apretón de manos, y me dijo:

—Amigo mío, el *trousseau* es magnífico.

Diciendo esto, me miró con ojos compasivos, y me volvió la espalda. Aquella compasión aumentó mis confusiones. Por lo demás, la lisonja que acababa de oír no me ofrecía gran novedad, porque durante toda la noche me había visto obligado á escuchar á cada momento la misma frase en variedad de tonos. Real y verdaderamente, tenía ya un *trousseau* en la boca del estómago: te hablo con sinceridad: estaba ya de *trousseau* hasta el moño, y no pude menos de exclamar interiormente: — «¡Maldito *trousseau*!»

Antes que se retiraran los últimos convidados, busqué á Elisa; pero Elisa había desaparecido de los salones.

Al fin me encontré sólo, y respiré: ya era tiempo de que yo también me retirara. Sin embargo, no quise pecar de indiscreto, y me propuse esperar algunos minutos, dejándome caer sobre una butaca, cansado, pensativo y triste.

No era cosa de que allí me sorprendiera el día, y, créeme, haciendo un esfuerzo, atravesé el salón en que me hallaba, y me dirigí á un gabinete de paso, que conducía á las habitaciones que Elisa había elegido. La puerta del gabinete se hallaba cerrada; yo empujé suavemente, y entré.... Era la pieza en que todavía se hallaba expuesto el *trous-*

seau.... Toda aquella riqueza me salía al paso, interponiéndose entre Elisa y yo. Pero esta carta ha crecido demasiado bajo la pluma, y voy á cerrarla sin concluirla.... Mañana sabrás lo restante, y, entretanto, no seas perezoso, y apresúrate á mandarme el *pésame*, como te apresuraste á enviarme la *enhorabuena*. »

Después de leer varias veces esta carta, la guardé dentro del mismo sobre en que la había recibido, y con no poca impaciencia me resigné á esperar el correo del día siguiente.

CARTA II.

LA DORMILONA, LA BATA Y LAS BABUCHAS.

Abril 10 de 1872.

« Me vi envuelto en una nube de gasas, de cintas, de batistas, de encajes y de sedas; los estuches, abiertos, dejaban escapar los mil resplandores de las piedras preciosas, y los rayos amarillos del oro brillaban de la manera que brillan los rayos del sol entre nubes resplandecientes.

No lo vas á creer; me detuve sorprendido. No era la primera vez que veía el *trousseau* de mi encantadora Elisa, ó, mejor dicho, no era la primera vez que este fausto de nuestra boda se presentaba delante de mis ojos; mas, ó no había reparado bien en sus ricos pormenores, ó es que en el momento de que te hablo se hallaba mi espíritu más en disposición de apreciar toda su riqueza y todo su buen gusto.

Después de haber tenido los ojos cerrados por algún tiempo, nos parece la luz más viva y más brillante, y sin duda los resplandores del *trousseau* se destacaron entonces más fuertemente sobre las obscuridades de mis pensamientos. El caso es que experimenté una especie de deslumbramiento, más

seau.... Toda aquella riqueza me salía al paso, interponiéndose entre Elisa y yo. Pero esta carta ha crecido demasiado bajo la pluma, y voy á cerrarla sin concluirla.... Mañana sabrás lo restante, y, entretanto, no seas perezoso, y apresúrate á mandarme el *pésame*, como te apresuraste á enviarme la *enhorabuena*. »

Después de leer varias veces esta carta, la guardé dentro del mismo sobre en que la había recibido, y con no poca impaciencia me resigné á esperar el correo del día siguiente.

CARTA II.

LA DORMILONA, LA BATA Y LAS BABUCHAS.

Abril 10 de 1872.

« Me vi envuelto en una nube de gasas, de cintas, de batistas, de encajes y de sedas; los estuches, abiertos, dejaban escapar los mil resplandores de las piedras preciosas, y los rayos amarillos del oro brillaban de la manera que brillan los rayos del sol entre nubes resplandecientes.

No lo vas á creer; me detuve sorprendido. No era la primera vez que veía el *trousseau* de mi encantadora Elisa, ó, mejor dicho, no era la primera vez que este fausto de nuestra boda se presentaba delante de mis ojos; mas, ó no había reparado bien en sus ricos pormenores, ó es que en el momento de que te hablo se hallaba mi espíritu más en disposición de apreciar toda su riqueza y todo su buen gusto.

Después de haber tenido los ojos cerrados por algún tiempo, nos parece la luz más viva y más brillante, y sin duda los resplandores del *trousseau* se destacaron entonces más fuertemente sobre las obscuridades de mis pensamientos. El caso es que experimenté una especie de deslumbramiento, más

bien que en los ojos, en el espíritu. Te lo diré más vulgarmente: el *trousseau* me hizo ver las estrellas.

Miré á mi alrededor, poco más ó menos como el viajero que, sorprendido por una claridad repentina, advierte que ha perdido el camino. No creas que esta comparación es pura poesía, porque, en efecto, me dirigía al cuarto de Elisa, tal vez por el camino más corto, pero no por el camino más propio.

Nuestras respectivas habitaciones están contiguas, y yo debí tomar un rumbo distinto. Debí salir por el extremo contrario del salón, cruzar una galería de pinturas, en las que tengo puestos mis cinco sentidos, y entrar en un gabinete de estatuas que sirve de antesala á mi despacho. Detrás del despacho está mi cuarto de vestir, más adelante se encuentra mi cuarto de baño, y, últimamente, por este camino se llega á mi dormitorio, que, como es natural, comunica con el de Elisa.

Este camino, aunque te parezca largo, es el que debí seguir en esta primera y legítima excursión al paraíso de mi felicidad, al santuario de mi dicha. Pero, ¡torpe de mí!, cambié el itinerario, y tomé el camino opuesto, encontrándome, como te he dicho, en el gabinete del *trousseau*. Debí retroceder; pero no quise.... Mira tú qué terquedad tan inexplicable.

Tú dirás: ¿y á qué viene todo eso?... Y yo te digo: calla, y sigue leyendo.

Atravesé la nube que relampagueaba delante de mis ojos, y llegué á la puerta que debía abrirme paso á las habitaciones de Elisa; pero esta puerta estaba cerrada. Apliqué el oído á las doradas juntas de las maderas, y no percibí ruido ni rumor alguno; reinaba al otro lado de la puerta un profundo silencio.

Una reflexión repentina me hizo apartar súbitamente el oído. Era la primera noche de mis bodas, y me sorprendía escuchando detrás de aquella puerta.... ¡Oh! Era un espionaje muy poco delicado, y me causé á mí mismo muy mal efecto.

Entonces llamé suavemente, y nadie me contestó: las molduras de las maderas parecía que rechazaban al contacto de mis dedos, y por un triste capricho de la imaginación, me pareció que llamaba á la puerta de un sepulcro.

En los días más alegres suelen acometernos las ideas más tristes; no sé cómo explicarme eso; pero no es necesario ser muy supersticioso para encontrar en circunstancias, á veces insignificantes, oscuros presagios, que, aunque no sea más que por un momento, turban nuestra dicha en el momento en que más ansiosos vamos á cogerla. ¿Será la voz misteriosa de nuestro destino, que nos advierte la fragilidad de las felicidades humanas?... ¿Ves? Yo también tengo mis pretensiones de filósofo.... También yo echo por esos trigos de Dios.... ¿Qué te parece?...

Indudablemente, Elisa habría despedido á su

doncella, y estaría ya dormida. ¡Dormida!.... ¡Tan pronto! Esto me pareció inverosímil, y me ocurrió el temor de que le hubiera sobrevenido algún accidente. Mi cara mitad no es una mujer enclenque, pero es muy nerviosa, y, ¡quién sabe!, las agitaciones del día, el mareo de la muchedumbre, las emociones propias del caso; en fin, era posible que Elisa estuviera desmayada, sin tener quien la socorriera. Vamos, yo había sido un badulaque deteniéndome tanto tiempo en el salón, hecho un *pas-marote*.

Me propuse ganar el tiempo perdido, y, oprimiendo el botón de bronce que cerraba la puerta, entré en el tocador de Elisa, que se hallaba dulcemente iluminado por la luz velada de una lámpara de porcelana que pendía del techo. ¡Soberbio tocador!.... No faltaba en él detalle ni capricho. Es una preciosa rotonda decorada con tres puertas: la que yo acababa de pasar, la que conduce al cuarto en que Elisa se baña, y la que da á su dormitorio. Una cortina de seda me separaba en aquel instante de la preciosa criatura con quien pocas horas antes había unido mi suerte para siempre, lleno de las más dulces esperanzas. Dentro del dormitorio reinaba el mismo silencio sepulcral que había advertido desde la puerta del tocador, y al través de la cortina se notaba el resplandor de la luz que iluminaba la estancia. Levanté el *portier* con cierta impaciencia, entré, y Elisa dió un grito.

—¿Te asustas?—le pregunté.

—Es natural,—me contestó.

—¡Natural! ¿Por qué?

—Porque, en todo caso, no te esperaba por la puerta de mi tocador.

—Es verdad (le dije); pero entré distraído en el gabinete del *trousseau*, y el silencio que advertí en estas habitaciones me hizo sospechar si te habría sucedido algo.

—¡Y qué podía sucederme!

—Una indisposición repentina...., algún vahído....; ¡y como suponía que habías despedido ya á tu doncella!....

—Tranquilízate (me contestó), porque me siento bien. Es decir (añadió corrigiéndose), la jaqueca me mortifica algo.

—¿Mucho?—pregunté yo.

—Bastante,—dijo ella.

Has de saber que encontré á Elisa envuelta en una bata magnífica, guarnecida de encajes, una de las batas más ricas del *trousseau*; su doncella había deshecho el peinado monumental, que había sido como la gigante cúpula de su espléndido vestido de desposada, sustituyéndolo con una elegante *dormilona*, por bajo de la que se escapaban en abundantes rizos sus cabellos rubios, brillantes y sedosos. Se hallaba sentada con la negligencia propia del traje, sobre una butaca de damasco amarillo, y el pie menudo se advertía bajo las últimas ondas de la bata, escondido en el holgado seno de una babucha turca primorosamente recamada. No te diré yo que

había en el muelle abandono de su persona, y en lo exquisito de su *toilette*, esa sencillez, esa naturalidad, esa corrección y ese buen gusto que vosotros llamáis *aticismo*; pero se encontraba suavidad, esmero, refinamiento.

La primera impresión que sentí fué halagüeña, porque inmediatamente pensé, con satisfacción indecible, que Elisa deseaba agradarme. Había estudiado en su actitud y en su compostura, y, ¡claro está!, aquella *toilette* íntima estaba para mí exclusivamente reservada; yo era el objeto de aquellas pretensiones; el amor me sonreía bajo aquella forma. Antes Elisa se había vestido para los convidados, para el mundo, y ahora estaba vestida para mí, para nuestro amor. ¡Cuánta ternura descubrieron mis ojos en los encajes de aquella graciosa dormilona y en las ondas de aquella bata inmaculada! Era una manera delicada, exquisita, de poner mi corazón en el secreto de sus más íntimos pensamientos. Hubo un momento en que tuve intenciones de bendecir el *trousseau*; pero, ¡ah!, era demasiado feliz en aquel instante; me faltaba tiempo para ser dichoso, y no lo bendije. ¡Qué ingratitud! Al fin, al *trousseau* debía yo la dicha de aquella sorpresa; suprimelo, y Elisa no hubiera tenido una rica *dormilona*, ni una espléndida bata, ni unas babuchas turcas con que hacerme en tan secreto y misterioso instante la muda confidencia de su ternura; y, sin embargo, hacía pocos momentos que en el fondo de mi amor ó de mi egoísmo había

maldecido el *trousseau* de Elisa, porque temía que me robara no sé qué parte de su corazón. Y, mira tú, él se vengaba contribuyendo á llenar mi alma de dulces satisfacciones.

Porque, piénsalo bien, si Elisa no hubiera tendido á la mano un *trousseau* donde elegir tan preciosos detalles, se habría presentado á mi vista sin el encanto de una *toilette* escogida. Tal vez habría bajado los ojos ruborizada; quizá habrían brillado en sus párpados algunas lágrimas; acaso sus labios trémulos habrían pronunciado, al verme, palabras indecisas, entrecortadas; probablemente, en fin, habría sentido yo temblar su mano entre las mías. Muy bien: todo esto será expresivo, afectuoso, dramático si quieres; pero nada hay tan elocuente, tan fresco, tan espiritual, como una dormilona de encajes, una bata de batista y unas babuchas turcas.

Si; hay ocasiones sublimes, momentos supremos en que la mujer más hermosa y más tierna no acertaría á darnos una idea exacta de sus secretos sentimientos, si no encontrara en los recursos de su tocador la expresión más propia, la frase más tierna. Porque, dime tú, disecador del alma: ¿qué son las lágrimas furtivas, las palabras trémulas, los suspiros ahogados, las miradas tímidas y las manos temblorosas, ante una dormilona de encaje, una bata de batista y unas babuchas turcas?... Te juro que nunca había sido para mí tan expresivo el corazón de Elisa. Permíteme la palabra; en el dic-

cionario de su espléndido *trousseau* había encontrado la fórmula más bella de su más tierno pensamiento. Por medio de tan exquisita *toilette*, me decía: «¡Ay, Jorge, cuánto te amo!» Yo percibía, más bien, yo respiraba todo su amor en los encajes de la dormilona, en los pliegues de la bata y en los bordados de las babuchas.

¿Cuántos gestos de impaciencia y de disgusto has hecho durante la lectura de estos renglones?... ¿Cuántas veces me has llamado *mameluco* desde que empezaste á leer esta carta?... No lo sé, ni me importa; estoy acostumbrado á tus dicerios, y por un oído me entran y por otro me salen. Por eso no he de dejar de repetirte que fui en aquel instante el hombre más dichoso de la tierra. Me hallaba todavía vestido de rigurosa etiqueta, y puedo asegurarte que jamás mortal alguno con frac negro y corbata blanca ha experimentado en iguales circunstancias una emoción semejante. Ya sabes tú que, detrás de esta cara de hombre de negocios, se oculta el alma de un niño, y que si no hubiera sido por el temor de morirme de hambre, como te sucede á ti, poco más ó menos, habría, como tú, consagrado mi vida á cantar, digámoslo así, las glorias y las miserias humanas en las soledades de la pobreza. También habría sido, como tú, filósofo y poeta; pero si no he seguido tu solitario camino, ya sabes, desventurada criatura, que te admiro, á la vez que desprecio al mundo con quien negocio.

Tengo, pues, también yo mi alma en mi alma-

rio, y tal vez no soy un genio, porque debe hacer muy poca gracia verse en la necesidad de pedir limosna.

El amor que mi tierna esposa me dejaba traslucir en la triple combinación de la dormilona, la bata y las babuchas, llenó mi alma de ardiente regocijo, y estuve á punto de caer de rodillas, asir su mano, besarla y renovar allí la sagrada promesa que poco antes le hice delante de Dios. ¿Había de ser insensible á la expresiva ternura de su *toilette*? ¿No me dedicaba su amor las prendas más ricas de aquel *trousseau* tan celebrado?....

Pero no caí de rodillas, ni así su mano, ni llegué á besarla. ¿Por qué? ¡Ah! Porque sentí de repente circular por mis venas un frío mortal; fué como la impresión de un baño ruso sentida en el alma; un chorro de agua helada que cayó brusca-mente sobre mi corazón, un cambio de temperatura súbito y violento.

¿Cuál era la causa de tan raro efecto? Vas á saberla: vi dibujarse en el semblante de Elisa una expresión de desdén indecible, la misma expresión que advertí al través de la luna del espejo cuando su amiga le habló al oído; como entonces, su preciosa boca se frunció de un modo deplorable, perdiendo toda la gracia de sus finos contornos, y, como si esto no fuera bastante, miró al techo con ojos indiferentes, y me lanzó al rostro un bostezo descomunal, interminable, horrible. Ahí tienes lo que heló mi sangre, lo que paralizó los impulsos

de mi corazón, lo que me dejó, en fin, hecho una estatua delante de aquella otra estatua.

—¿Tienes sueño?—le dije.

—Sí,—me contestó.

—El sueño (añadí), es el remedio más eficaz contra la jaqueca.

—Sin duda,—me dijo.

—En ese caso (advertí yo casi sonriendo), será una imprudencia....

No me dejó concluir, pues arqueando las cejas con aire de majestuoso fastidio, exclamó :

—¡Oh!....

Yo proseguí diciendo :

—Casualmente me siento también fatigado.

—Lo creo (añadió ella); son ya las tres de la madrugada.

Pronunció estas palabras con mucho trabajo, porque un nuevo bostezo invadió su boca.

No pude hacer frente por más tiempo á tanta impasibilidad. Me hallaba de pie, y no me había invitado á sentarme. ¡Ah! ¿Por qué es la felicidad tan frágil? La dormilona, la bata y las babuchas parecían todavía empeñadas en hacerme creer que era dichoso; pero aquella jaqueca intempestiva, aquel gesto desdeñoso, aquel sueño importuno, aquellos bostezos horrorosos, aquellas respuestas lacónicas.... Todo...., todo me advertía que era el hombre más infeliz de la tierra. Quise apurar el vaso de mi desventura, y, cruzándome de brazos, esperé en silencio.... ¿Qué esperaba? Te lo diré :

esperaba provocar su impaciencia; pero mi empeño fué inútil, porque no se dignó incomodarse, y reclinando la cabeza sobre el respaldo de la butaca, permaneció seria, fría y pensativa. Entonces me incliné con toda la finura que me fué posible, y me despedí, diciendo :

—Señora, buenas noches.

—Buenas noches,—me contestó sencillamente.

Entré en mi cuarto, llena la cabeza de los más extraños pensamientos. Me dejé caer en una butaca, apoyé los codos en las rodillas, y oprimí la cabeza entre las manos, como si hubiera querido contener los torbellinos que dentro de ella se agitaban.

Así permanecí algún tiempo, y así hubiera permanecido hasta el día del juicio, si los rasos de Elisa sobre la alfombra no me hubieran sacado del estupor en que había caído. Casi maquinalmente me acerqué á la puerta, y poco después oí su respiración acompasada; mi cara mitad dormía profundamente. Sin poderme contener entreabrí la puerta que nos separaba, y penetré con mucho silencio en su estancia. Me pareció distinguir un suave murmullo que se escapaba de sus labios; no solamente dormía, sino que soñaba, y, temblando de pies á cabeza, me acerqué á ella. Tú no sabes con qué ímpetu entraba y salía la sangre en mi corazón; sólo te diré que acudí á contenerlo con el hueco de la mano, temiendo que el pecho iba á romperse. Oía palabras confusas y entrecortadas,

cuyo sentido no podía explicarme; no quería oír, y todo era oídos; las más crueles sospechas me asediaban; aún no sabía nada, y ya lo temía todo. Al fin descubrí el secreto que embargaba su alma. Elisa soñaba con su *trousseau*...., el *trousseau* era el objeto delicioso de su sueño....; y yo respiré; pero respiré con amargo desaliento. Yo no era más que un pormenor indispensable, pero un mero pormenor de nuestra boda; el *trousseau* venía á serlo todo para ella. La imaginación de Elisa estaba llena de cintas, de encajes y batista y seda, y cuando la cabeza de una mujer está llena de estas cosas, su corazón se halla vacío.

Me retiré en silencio, y me encerré en mi cuarto; cambié mi traje de boda por un traje de mañana; esperé el día. Después que amaneció, pedí un caballo, monté en él, y corrí desalado. ¡Infeliz!... Como si me fuera posible huir de mi suerte.

Esta ha sido la noche de mi boda; imagínate cómo será la luna de miel que me espera. Te daré noticias de ella; pero no tardes más tiempo, y mándame el pésame. Todos me creen dichoso, y me felicitan; tú sólo conoces mi desventura.»

En cuanto acabé de leer esta carta, cogí la pluma, dispuesto á escribirle largo y tendido, haciéndole ver que era un botarate sin pies ni cabeza, muy capaz de volverse loco sin *fuste* ni *muste*; pero luego que tracé los primeros renglones y empecé á entrar en materia, me detuve, no encontrando las vigoro-

sas reflexiones que el caso requería. Conforme ahondaba en tan extraño caso, más grave me parecía; y buscando en el mundo ejemplos con que animar su espíritu, tropecé con tantas Elisás, que solté la pluma y rasgué lo escrito.

No encontraba nada que decirle.

CARTA III.

VISTABELLA.

Mayo 16 de 1872.

«¿Te has muerto? Si no es así, si vives, ¿por qué razón guardas tan tenebroso silencio?... Yo, en igualdad de circunstancias, habría sido capaz de escribirte desde el otro mundo. Nunca fuiste cortésano de mis prosperidades, y no puedo creer que tu amistad le haya vuelto la espalda á mi desventura. Ahora me acomete el temor de que nuestras cartas hayan sido interceptadas, y no puedo explicarme de otro modo tu conducta conmigo, porque he creído siempre en tu amistad, y no he creído nunca, y por supuesto ahora menos todavía, en la inviolabilidad de la correspondencia.

Si mis cartas se han salvado de la encrucijada en que tantas caen, no me queda más que una suposición para disculparte. No has contestado á ninguna de las dos, porque no tenías nada que decirme, y no has querido aumentar mi mal humor con reflexiones tardías, y estás aún buscando un buen consejo que darme.

No obstante, me inclino á creer que mis cartas se han extraviado, y voy á resumir en dos palabras el contenido de ellas. Helo aquí: Elisa no me ama. Es verdad que no la creo capaz de amar á nadie, porque es insensible á todo, menos á las satisfacciones de su vanidad: su belleza y su fausto: he ahí los dos únicos pensamientos que llenan su alma. Sé muy bien que mi mal no tiene remedio, y conozco perfectamente lo delicado de mi posición. No me asedia el recelo de que otro hombre me sustituya en su corazón; pero.... estoy seguro de que necesita para vivir la atmósfera de la admiración. No sé qué sistema de conducta debo adoptar para librarme del peligro de las apariencias. ¿He de constituirme en vigilante de sus acciones y en fiscal asiduo de sus palabras?... En primer lugar, sería inútil, y en segundo lugar, si ahora le soy indiferente, entonces llegaría á serle odioso. Además, no se escaparía este espionaje á la perspicacia del mundo, y las gentes más sensatas me tendrían por un marido impertinente. Si me dejara llevar de mi genio, plantearía la cuestión francamente, y propondría una separación amistosa; ¿pero á cuántas suposiciones no daría lugar este paso?... ¿Quién sabe adónde llegaría el furor de las conjeturas?... Comprendo que es necesario hacer el papel de marido dichoso, que es preciso ser feliz á pesar de todo, á lo menos siquiera en estos primeros días.... ¡Qué luna de miel me ha deparado mi suerte!

En honor de la verdad, no tengo motivo para

quejarme. Yo reflexiono, y digo: ¿Acaso soy el único ser en el mundo á quien la satisfacción de la belleza y la pompa del lujo roban el tierno cariño de la mujer que ha elegido para que sea la compañera de su vida?... ¿No es, por ventura, una pretensión exorbitante aspirar á la preferencia de un corazón sumergido en las embriagueces de la vanidad?... ¿Con qué derecho puedo yo exigirle que me sacrifique el doble esplendor de su hermosura y de su fausto, cuando yo mismo he sido el primer adulator de sus adornos y de sus encantos?...

Ahora recuerdo con cruel memoria que obtenía sus sonrisas más encantadoras y sus miradas más expresivas cuando acertaba á enaltecer con frases felices y originales la perfección de su tocado, la pureza de sus facciones ó el gusto exquisito de sus adornos. ¿No es esta la mujer que yo he elegido? Pues, entonces, ¿cómo pretendo que sea otra? ¿Me es lícito exigir que Elisa deje de ser Elisa?

No dirás que no discurro con juicio. Ya ves que reconozco la parte que tengo en mi desdicha. ¿Cuán cierto es que la mayor parte de nuestras desgracias nos las debemos á nosotros mismos!

¿Me resigno?... Muy bien; pero ¿cómo?... Dos maneras se me ofrecen: ó la abandono á las contingencias de su vanidad y á los escollos del mundo en que vivimos, encerrándome en la más completa indiferencia, ó, por el contrario, intento conquistar su corazón despertando en él los sentimientos que

son la vida del alma. Después de reflexionar algunos instantes, resolví apelar al último medio. La empresa me pareció verdaderamente ardua; imagínate que es preciso educarla de nuevo sin que ella lo advierta.

Estoy acostumbrado á vencerlo todo con el dinero; mas en esta ocasión advertí que mi riqueza iba á servirme de estorbo. Necesitaba yo establecer cierto aislamiento para llevar á cabo mi propósito, y en nuestra brillante posición es muy difícil alejar el mundo que nos rodea, más bien el mundo que nos invade; ¡pero me ocurrió una idea felicísima!

Poseo á doce leguas de Madrid, y próxima al camino de hierro del Mediodía, una casa de campo, en la que he invertido por puro lujo muchos millones. Es una posesión digna de un príncipe. Pero, ¡bah!; te estoy dando noticias de una casa que conoces lo mismo que yo, pues hemos pasado en ella juntos algunas temporadas.

Hace algunos días hice delante de Elisa un elogio apasionado de esta posesión, y advertí que me escuchaba atentamente. Después me dirigió algunas preguntas acerca de la situación que ocupa y de los recursos que ofrece, y me pareció satisfecha de mis respuestas. Entonces le dije:

— ¿Deseas conocerla?

— Phs, — me contestó, moviendo la cabeza.

— La estación convida (añadí yo) á pasar allí una temporada. Estamos en el principio de la primavera y en los primeros días de nuestra luna de miel.

33853

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Veremos (me dijo); le temo á la soledad, y voy á aburrirme.

Ahogué en el fondo de mi corazón este desaire hecho á mi persona, porque claro está que yo había de acompañarla, y ella temía á la soledad yendo conmigo.

Me sonrei de la manera más amable que me fué posible, y proseguí diciendo:

—Allí puedes dar largos paseos á caballo, que fortalecerán tu salud, algo delicada. Tienes también un hermoso estanque, que, por medio de un estrecho semejante al de Gibraltar, se comunica con otro mayor, cuyas aguas pacíficas van á perderse bajo la sombra de un bosque silencioso. En estos mares puedes navegar cómodamente, y darle una vuelta al mundo en una tarde. Encontrarás allí jardines, grutas, cascadas, fuentes y estatuas. Hay también un gran soto abundante en caza, y, si no eres demasiado sensible á la crueldad de esa diversión, cazaremos succulentas liebres y sabrosos patos.

El cuadro que yo la describía llegó á interesarle, porque se animó su rostro, y me dijo:

—No es posible resistirse á tantos atractivos. Quiere decir que añadiremos lo que falte, y pasaremos una buena temporada.

—En ese caso (me apresuré á decir), voy á dar las órdenes necesarias, á fin de que todo esté dispuesto para mañana.

—Mañana (replicó), es demasiado pronto. Estamos en jueves. Bien; iremos el domingo.

En efecto: el domingo llegamos á esta soledad encantadora á que tú has puesto el nombre de *Vis-tabella*.

Desde que pusimos el pie en la quinta se mostró conmigo más comunicativa, merced, sin duda, á su curiosidad, pues me hizo mil preguntas; quería enterarse de todo antes de verlo, y á la vez iba corrigiendo los defectos que advertía en mis respuestas. Hay que reconocerle hábito de grandeza y cierto gusto aristocrático, y no me opuse á que hiciera las reformas que creyera convenientes, lo mismo en los salones que en los jardines. Al día siguiente se dignó coger mi brazo después del almuerzo, y juntos recorrimos una parte de la posesión; á la tarde completamos la visita dando un largo paseo á caballo.

Empecé á concebir fundadas esperanzas de despertar en este corazón de veintidos años la vida de los sentimientos. La estancia en la quinta le era agradable, y si yo conseguía apartarla por algún tiempo del mundo en que vivía adormecida su alma, podía empezar á cantar victoria. Jamás me ha ocurrido la idea de escribir una novela; pero todos hacemos alguna en la vida, y no dejaba de ser original la que comenzaba á trazarse en mi imaginación. Merced á mis riquezas, había obtenido la mano de Elisa: pues bien; ahora me proponía conquistar su corazón. Para un amante no suele ser esta empresa muy difícil; mas para un marido, la cosa ofrece más serias dificultades. Claro está que no pensa-

ba enamorarla con misteriosas serenatas, ni con tiernos suspiros, ni con billetes perfumados, ni con amenazas, ni con súplicas, ni con cómicas desesperaciones, ni con trágicos juramentos, porque todas esas cosas, que agradan á las mujeres en sus amantes, les son insoportables en sus maridos. Tampoco es cosa de agarrar una tranca y hacerme amar á linternazos. La aventura que me propongo llevar á cabo es más ardua.

Eso era ayer; hoy ha caído el edificio de mis esperanzas como un castillo de naipes. Elisa ha tenido la maldita ocurrencia de disponer una fiesta suntuosa, y ha invitado á ella á medio Madrid. Cuando creía que se había olvidado del mundo, era el mundo su único pensamiento. Esta noche empezarán á llegar los convidados. Se iluminarán los jardines á la veneciana; habrá paseos por el lago, baile en los salones y fuegos artificiales. Elisa acaba de recibir tres trajes; uno de mañana, otro de tarde y otro de noche; los tres son indispensables, porque la función está dividida en tres actos, y Elisa, que va á ser la reina de la fiesta, necesita, digámoslo así, triplicarse.

¿Por dónde dirás que he sabido esta novedad que ocurre en mi casa? La he sabido por los periódicos. Ellos me dan cuenta de todo, y explican el caso diciendo que yo, por hacer pública mi dicha, he preparado esta sorpresa, para que sea, si no más dulce, á lo menos más brillante, nuestra luna de miel. Estos demonios de órganos de la opinión públi-

ca todo lo saben y todo lo dicen: y no es eso lo peor, sino que anuncian mi propósito de repetir una vez á la semana tan espléndida fiesta. ¿Qué te parece?

No para aquí la cosa. Has de saber que también tengo dispuestas divertidas pesqueras en el lago, y animadas cacerías en el soto, carreras de caballos y corridas de toros. ¿Te parece poco?... Pues oye: unos atribuyen estas espléndidas locuras al amor entrañable que Elisa y yo nos profesamos, siendo, como si dijéramos, el fausto de nuestra mutua ternura. Otros no ven en todo ello más que un soberbio negocio: yo me propongo dar á Vistabella una celebridad europea, con el fin de tentar la vanidad de los grandes capitalistas. Mi pensamiento es venderla ventajosamente al primer millonario que quiera pagarla, ó á cualquier rey destronado que desee adquirirla.

Aún hay más: algún periódico advierte que se hacen diversos comentarios en los altos círculos políticos, atribuyendo la fiesta de Vistabella á una intriga tenebrosa, ó, por lo menos, al propósito de una manifestación continua del lujo reaccionario contra la corte *descamisada* de la novísima monarquía que nos ha caído en suerte.

Mi dicha ha alcanzado hasta esa celebridad, que, para mayor gloria de nuestro fausto, no carece absolutamente de peligros.

He aquí lo que me sucede cuando menos lo esperaba. La base de mi plan consistía en la soledad, en el alejamiento de las disipaciones del mundo;

me había propuesto hilvanar una especie de idilio; me proponía ser una cosa así como Pablo, á ver si conseguía meter á Elisa en los trotes de que se decidiera á ser mi Virginia; pero estas malditas fiestas han venido á echar abajo todo mi proyecto. Las riquezas con que me adula la suerte me estorban, y empiezo á sentir cierto rencor contra mi fortuna. Así es que he resuelto arruinarme; mejor dicho, he resuelto dejar que Elisa me arruine, cosa que hará á las mil maravillas. Éste, á lo menos, será su castigo, porque, por lo que á mí hace, seré el hombre más feliz de la tierra el día que pueda decirle:—Amiga mía, se agotó la mina: has gastado magníficamente hasta el último duro, y el espléndido Creso no tiene ya ni una peseta con que hacer brillar tu belleza. Ahora verás cuán fácilmente vuelve el mundo la espalda á los astros que se eclipsan.

Aquí tienes mi resolución definitiva: voy á abrir de par en par las puertas de mi gaveta, y á dejarla que tire por las ventanas de su vanidad todo el oro que me ha servido para comprar su mano. Al fin es suyo, porque, bien miradas las cosas, su preciosa mano era una joya, cuyo precio ha sido mi fortuna. ¡Ah! ¡no caen por la chimenea alhajas de tanto valor! ¡Dichosos los que no tienen fondos para adquirir estos objetos de lujo!

En resumen: mi luna de miel es bastante amarga.»

En honor á la verdad, mi afortunado amigo no

había hecho un gran negocio; pero yo vislumbraba algún rayo de esperanza, y, por otra parte, no podía aplazar por más tiempo la respuesta. Tomé la pluma, y le escribí largamente. Ayer debió recibir mi carta, y mañana espero saber el efecto que le ha causado.

CARTA IV.

LA LUNA DE MIEL.

Junio 1.º de 1872.

«Eclipsala, me dices en tu carta; obscurécela; haz de manera que las miradas que se fijan en ella, se vuelvan hacia ti. Así como Elisa quiere deslumbrar con su belleza y con su fausto, deslumbra tú con la belleza y con la generosidad de tus acciones; haz ver que el tesoro de tu corazón es más grande que el tesoro de tu bolsillo.

La idea es luminosa; me propones una empresa, por ejemplo, como la del paso *honroso de Quiñones*. Tal vez pretendes que, semejante á Guzmán el Bueno, sacrifique á un hijo que no tengo todavía, ni esperanza de tenerlo, por conservar á Tarifa...., ó que clave en las mismas puertas de Granada las sagradas palabras del *Ave María*. ¿Quieres que venza en singular batalla al moro Tarfe?... No tendría inconveniente en ser un Hércules en los tiempos heroicos, ó un Cid en los tiempos caballescicos; pero me aterra la idea de hacer el papel de Don Quijote en los tiempos presentes. ¿No conoces, soñador insensato, que sería la burla de las gen-

tes?... Dime que soborne al género humano, que compre á peso de oro la admiración y los aplausos, que me convierta en traidor de melodrama, que me alquile para llevar sobre mis sienes cualquier corona arrastrada por el lodo, y seré de la noche á la mañana un héroe de plazuela, ó un rey de la lengua. Eres un loco, y propones una tontería.

Por lo demás, Vistabella (es en todos los días) el punto de reunión de la sociedad más escogida; las fiestas se suceden sin interrupción; cada día se ocurre un nuevo proyecto para el día siguiente. Elisa brilla de una manera extraordinaria; la concurrencia que la rodea, la adula y la admira, me parece la servidumbre de su fausto.... Veo resplandecer sus ojos y sonreír su boca en el paroxismo del desvanecimiento. Las mujeres se disputan su confianza, y los hombres su preferencia. Yo, entretanto, voy y vengo, subo y bajo, entro y salgo, como puedes imaginarte. Mi luna de miel no puede ser más esplendorosa.

Anoche me sentía tan fatigado de la concurrencia, que busqué la soledad; y mientras los convidados acudían al lago, donde había dispuesta una serenata flotante, yo me dirigí á una alameda solitaria, pensando muy seriamente en los desatinos de tu carta y en los peligros á que veía expuesta á Elisa. Cuando más embebido iba en mis reflexiones, sentí que un brazo se enlazaba al mío, y que una voz dulce y burlona me decía:

—Muy bien, caballero; cualquiera diría que,

cansado V. de la felicidad que le cerca, huye del mundo.

Experimenté un ligero estremecimiento, porque la persona que así me sorprendía, era la amiga de Elisa, aquella de sus amigas que la habló al oído la noche de mi boda, cuando yo la contemplaba en la luna del espejo.

—Señorita (le contesté), no debemos abusar de la felicidad, ó, mejor dicho, no debemos entregarnos á ella ciegamente; y yo me he apartado un instante del tumulto, para reflexionar sosegadamente acerca de la fragilidad de las dichas humanas.

—Eso (añadió ella) es digno de un filósofo, y me alegro mucho de verle con tan buenas disposiciones, porque no hay dicha que no esté amenazada de inesperados contratiempos.

—La mía (me apresuré á decir) no me ofrece por ahora sombra alguna.

—¡Ya lo creo! (exclamó); una boda tan ruidosa, un *trousseau* europeo, y una luna de miel verdaderamente regia, son tres circunstancias que hacen feliz á cualquiera, por adversa que sea su suerte.

—No he creído nunca (repliqué) que el lujo sea una condición indispensable de la dicha.

—¿No? (preguntó con cierta extrañeza.) ¡Válgame Dios, qué atrasado está V. de noticias! El lujo lo es todo en el mundo. ¿No ve V. que nadie piensa en otra cosa?

—Es verdad (le dije); pero ahora falta averiguar si son dichosos.

—¡Si son dichosos! (repitió): ¿qué importa eso?... ¿Lo parecen? Pues basta.

Hablando de este modo, nos habíamos internado en lo más espeso de la alameda.

Yo insistí diciendo:

—Si se trata sólo de las apariencias, convengo en ello; mas parecer dichoso, no es serlo.

—Cualquiera diría (exclamó deteniéndose y mirándome atentamente) que tiene V. alguna queja contra su suerte. ¡Bah! Creo que es V. bastante generoso para no mirar con cierta indiferencia los halagos de la loca fortuna; sí, presumo que es V. uno de los pocos millonarios que valen algo más que sus millones; pero ¿será V. insensible á la belleza de Elisa?... Ó, más bien, ¿es V. tan inconstante que no puede sujetar la impaciencia de sus deseos, ni aun entre las fugitivas delicias de la luna de miel?

—No (le contesté), no se trata de eso. La belleza es también una especie de lujo.

—Es decir (añadió, riendo como una loca), que Elisa ha perdido en quince días, á los ojos de sumariado, todo el esplendor de sus encantos; ¿no es esto?

—No es eso (repliqué yo); su belleza no ha perdido nada á mis ojos.

—¿De manera (me preguntó), que es V. el hombre más feliz del mundo?

No sé mentir, y le dije:

—Si no lo soy, es porque mi carácter no me deja serlo.

Anduvimos algunos pasos en silencio, internándonos cada vez más en la sombra de la alameda. La amiga de Elisa, apoyada en mi brazo, seguía á media voz la melodía de la orquesta, que llegaba á nuestros oídos, y yo removía en mi cabeza una nube de pensamientos.

Por de pronto, no me explicaba bien la presencia allí de la amiga de Elisa. ¿Por qué esta señorita, de carácter bullicioso, de conversación viva, alegre y mordaz, dejaba el bullicio de la fiesta y venía, como yo, á buscar la soledad de la alameda?... ¿Era este encuentro una simple casualidad, ó una ocasión buscada?... ¿Pretendía sondear mi corazón?... ¿Qué interés podía tener en ello?... Además, ¿había en sus palabras compasión ó burla? Sospeché si Elisa habría tenido un momento de lucidez, movida por mi conducta indiferente y reservada, y querría, por medio de su amiga, abrir el camino de una tierna reconciliación. También podía ser mera curiosidad, deseo caprichoso de saber qué pensaba yo de su conducta. De todas maneras, tuve por cosa segura que la íntima amiga de mi cara mitad no se encontraba conmigo en la alameda á humo de pajas; decididamente, había en ello algo más que el capricho de un paseo solitario.

Por estos datos comprenderás que su encuentro y su conversación debían ser para mí sospechosos. Así es que me puse en guardia, decidido á aprovechar la ocasión que se me ofrecía. Seguí, no obstan-

te, guardando silencio, porque no debía mostrar interés en que siguiera adelante la conversación entablada. Esto era lo diplomático.

Al fin cesó de canturriar, y me dijo:

—El carácter no le deja á V. ser feliz. ¡Oh, á cuántos errores inducen las apariencias! Nadie sospecharía que tiene V. mal carácter; mas, por lo que oigo, es V. un lobo perfectamente cubierto con la piel de un cordero.

—No quiero decir (le advertí) que soy yo un hombre de genio impertinente, gruñón, insoportable, pero tal vez tengo un corazón demasiado ambicioso.

—¡Es posible! (exclamó con admiración burlesca.) ¿Desea V. títulos, honores?... ¿Y qué dificultad encuentra en adquirirlos? En los momentos democráticos en que nos hallamos, ese es un género de pacotilla que se compra muy barato. Es verdad que no concurren en V. los méritos especiales que ahora se necesitan. V. no pertenece aún al número de los bienaventurados *que han sufrido persecución por la justicia*; pero eso, amigo mío, se subsana fácilmente.... Vamos, con franqueza: ¿no se siente V. capaz de ninguna fechoría?... Quiero decir, ¿de ninguna hazaña?

—En ese punto (le contesté), están satisfechas mis ambiciones aristocráticas; he rechazado un título de marqués; y en cuanto á grandes cruces, me parece que tengo bastante con la cruz del matrimonio.

—Entonces (me preguntó), ¿cómo dice V. que es ambicioso?

—Por una razón muy sencilla, señorita (le dije); porque mi corazón no está satisfecho.

—¿Satisfecho de qué?—volvió á preguntarme.

—Satisfecho (añadí yo) de mí mismo.

Movió la cabeza con ademán de duda, y me dijo:

—Eso, en vez de ser ambición, es modestia. No se cree V. digno de la felicidad que ha alcanzado, y tiene V. remordimiento de ser dichoso.

—¡Ah! (exclamé yo.) No es eso precisamente. Lo que digo es que no inspiro el vivo interés que ambiciono, ó, más bien, que ambicionaba; mejor dicho, que creí inspirar. Va V. á reirse de mis singulares pretensiones; pero ¿qué quiere V.! Mi corazón es así, y necesita, para estar satisfecho, vivir al calor de un cariño tierno y profundo.

Al acabar de pronunciar estas palabras, mi compañera de paseo exhaló un gran suspiro; mas, á renglón seguido, dejó escapar una ruidosa carcajada, diciendo:

—Regla general: siempre que un marido advierte frialdad ó indiferencia en el cariño de su mujer, es señal de que piensa en otro. ¡Oh, si! No están Vds. tan pervertidos que no traten de disculpar sus infidelidades.

—Señorita (le dije), yo no merezco semejante injusticia.

—Entendámonos (replicó). Las mujeres son

muchas veces culpables del extravío de sus maridos; creen que porque los han enamorado una vez, basta para conservar su corazón toda la vida. V. dirá: es que Elisa no me ama. Y bien: ¿no podría ella decir lo mismo?

—¿Lo dice acaso?—pregunté yo.

—No sé (me contestó). El amor tiene también su amor propio, y, si lo siente así, es muy posible que lo calle.

Indudablemente, la amiga íntima de Elisa venía con el encargo secreto de sondear mi corazón. Yo vi en esta conferencia los preliminares de una paz futura, é insistí diciendo:

—Muy bien: Elisa es demasiado orgullosa para confesar su queja; pero ¿V. cree que la siente?

—Antes de contestar yo á esa pregunta (dijo), necesito hacer otra. ¿Desea V. que la sienta?

—Sí,—contesté.

—Pues en ese caso (añadió), si no la siente, puede sentirla. Somos íntimas amigas, hemos pasado juntas cuatro años en el colegio, y allí éramos inseparables; conozco algo su índole, y me parece que las lisonjas del mundo tienen adormecida su alma, y estoy segura de que un sacudimiento fuerte lograría que despertase.

Esto coincidía en cierto modo con los consejos que me das en tu carta, y al mismo tiempo me parecía que la amiga de Elisa hablaba de cuenta propia, y, en tal caso, su ingerencia en este asunto era una intervención oficiosa que no acertaba á ex-

plicarme. ¿Qué interés podía inspirarle á esta señorita la frialdad de nuestras relaciones después del matrimonio? ¿Cómo había podido sospecharla, cuando las apariencias nada dejaban traslucir?... Tal vez Elisa le habría confiado alguna circunstancia de nuestra vida íntima, y la curiosidad la habría movido á entablar conmigo la conversación de que te estoy dando cuenta. Sin embargo, no era curiosidad lo que yo advertía en ella; era más bien interés, un género de interés particular, que no sé cómo clasificarte. Yo le dije:

—¡Bah! ya comprendo; no podría resistirse al efecto de un golpe teatral; esto es, rompo el velo de mi justa reserva, y me arrojo á sus pies pidiéndole por todos los santos del cielo que se digne amarme. Ella me mirará compadecida desde la excelsa altura de su orgullo, y me concederá el honor de besar sus pies. ¿No? Pues entonces no me queda más recurso que apelar á la fuerza de las armas: pondré sobre su pecho la boca de una pistola, y le diré resueltamente: «Señora, el amor ó la vida».

Á estas palabras nada me contestó; parecía que escuchaba atentamente la algazara de los convidados que el frío de la noche hacía volver á los salones. Casualmente nos hallábamos en el extremo de la alameda por donde debía pasar la bulliciosa concurrencia al abandonar las orillas del lago; cada vez se oía más cerca el rumor de las conversaciones; íbamos á encontrarnos con ella como dos líneas que se cruzan, y entonces me ocurrió la idea

de que nuestro solitario paseo era algo indiscreto. El primer grupo de convidados pasó por delante de nosotros, y oí pronunciar mi nombre. Detrás venía otro, y una voz de bajo preguntaba: «¿Dónde se habrá metido Octavia, que no la hemos visto en toda la noche?—Tampoco hemos visto á Jorge por ninguna parte», contestaba una voz de tiple. No pude distinguir la reflexión que otra voz añadió á esas observaciones; mas inferí que sería un chiste oportuno, porque obtuvo el honor de una risa general. Instintivamente empujé á Octavia hacia la sombra de un árbol, como si quisiera ocultarla y ocultarme. Un segundo grupo pasó por delante de la bocacalle de la alameda, y también éramos nosotros el objeto de la animada conversación que llevaban. «¡Ah! (exclamaba una voz casi niña). Es posible que haya sucedido alguna desgracia.—En ese caso (advertía otro), habrá que llorar con los dos ojos, pues son dos los que no parecen.—Propongo un ojeo (dijo un tercero).—Es inútil (replicó la voz cascada de una señora mayor); porque, ó se los ha tragado el lago, ó se los han comido los lobos.»

Como ves, brillábamos en aquel momento, como el romano, por nuestra ausencia. Yo me incliné al oído de mi compañera, y le dije:

—Debemos separarnos.

—¿Por qué?—me preguntó.

—Porque el mundo (insistí diciendo) es poco benévolo.

—¡Oh! (exclamó, irguiendo su graciosa cabeza.) ¡Qué me importa el mundo!

En esto sentimos acercarse un nuevo grupo; era el último, y en él venía Elisa, pues su voz llegaba á nuestros oídos. — «Me parece (decía) que se preocupan Vds. demasiado con la ausencia de Octavia y de Jorge. Probablemente nos esperan en el palacio, donde nos habrán preparado alguna sorpresa agradable. Crean Vds. (añadió con cierto énfasis), que su ausencia no puede explicarse de otro modo.» Al oír estas palabras, Octavia, que permanecía asida á mi brazo, me arrastró, adelantándose hacia el grupo que venía. Salimos de la sombra que nos ocultaba, y, al vernos, exclamaron muchas voces á un tiempo: — «¡Hola, hola; aquí están los perdidos!».

—Aquí están (dijo mi compañera de paseo). Mientras Vds. loqueaban en el lago al compás de la música, nosotros, más juiciosos, filosofábamos bajo la sombra de la alameda y en el silencio de la noche. Sí, amiga mía (añadió, encarándose con Elisa); tu marido tiene una conversación encantadora.

Elisa dejó ver sus preciosos dientes por medio de una sonrisa sumamente fina, al mismo tiempo que echó sobre mí una mirada viva y penetrante como un relámpago; no había visto nunca brillar sus ojos de aquella manera. Octavia siguió diciendo, sin soltar mi brazo:

—Ea, señores; continúen Vds. su triunfal carre-

ra; nosotros, más apartados de las locas vanidades del mundo, iremos detrás cerrando la comitiva.

Cuando entramos en la quinta, Octavia y yo fuimos el objeto de la conversación, y nuestro paseo por la alameda motivo de una broma continua, en la que todos tomaban parte. Octavia mantuvo el asunto á una altura prodigiosa, despertando alternativamente la curiosidad, el interés y la malicia, con una viveza de ingenio y una novedad de invención que causaban asombro; contó nuestro encuentro en la alameda y nuestro paseo solitario de mil modos distintos; como ella decía, para todos los gustos; estuvo feliz, felicísima, inspirada, verdaderamente inspirada; sus chistes se celebraban con estrepitosos aplausos. Yo tuve que tomar parte en esta broma, y saliendo de mi obscuridad de marido, partí con Octavia la gloria de la aventura. Durante el resto de la noche no se habló de otra cosa, y ella y yo estuvimos constantemente en escena. Elisa habló poco, y no se hizo mucho caso de ella; parecía que estaba arrinconada.

Poco á poco se fué disipando la concurrencia, retirándose los convidados á sus respectivas habitaciones. Elisa, contra su costumbre, permaneció en el salón; de manera que nos encontramos solos y casi frente á frente. Fui á darle las buenas noches para retirarme; pero me detuvo, pidiéndome una taza de te, que yo mismo le serví. Al tomarla, me dijo:

—Siéntese V., caballero...., aquí...., á mis

pies...; me tiene V. muy enojada..., casi celosa.... Silencio (añadió, poniendo sus dedos en mi boca): no quiero excusas.... ¿Solicita V. mi perdón? Pues lo obtendrá; pero antes necesito una prueba de arrepentimiento.

—¿Cuál?—le pregunté.

—Ésta,—me contestó, presentándome su mano para que la besara.

En esto apareció su doncella, y la despidió.

¿Qué te parece?—Yo no sé qué pensar de tan repentino cambio.—Allá veremos; pero, entretanto, suspende el *pésame* que con tanta urgencia te pedía en mis anteriores cartas, porque me parece que soy dichoso; este puede que sea el primer día de mi luna de miel.

Adiós: está amaneciendo.»

Mi amigo no sabía qué pensar de tan repentino cambio; pero todavía me pareció á mi más inexplicable la conducta de Octavia.



SEGUNDA PARTE

SOSPECHAS DESVANECIDAS.

CARTA V.

VISITA INESPERADA.

Abril 24 de 1873.

Mi largo silencio te ha hecho creer, sin duda, que soy dichoso, que aún saboreo las dulzuras de mi luna de miel, y habrás dicho: «¡Qué hombre! Al fin, como todos. La felicidad es egoísta, y no quiere que participe de ella». Bueno; eso me prueba que te obstinas en creer que yo soy un ser ramplón, vulgarote, insubstancial, un hortera más ó menos millonario, un *mercachifre* en grande, que vive en un palacio, que tiene magníficos trenes...; en una palabra: un hombre de negocios.

En esta ocasión me es indiferente tu juicio, y no temas que por centésima vez vaya á hacerte tragar el inventario de las grandes cualidades que, á pesar

pies...; me tiene V. muy enojada..., casi celosa.... Silencio (añadió, poniendo sus dedos en mi boca): no quiero excusas.... ¿Solicita V. mi perdón? Pues lo obtendrá; pero antes necesito una prueba de arrepentimiento.

—¿Cuál?—le pregunté.

—Ésta,—me contestó, presentándome su mano para que la besara.

En esto apareció su doncella, y la despidió.

¿Qué te parece?—Yo no sé qué pensar de tan repentino cambio.—Allá veremos; pero, entretanto, suspende el *pésame* que con tanta urgencia te pedía en mis anteriores cartas, porque me parece que soy dichoso; este puede que sea el primer día de mi luna de miel.

Adiós: está amaneciendo.»

Mi amigo no sabía qué pensar de tan repentino cambio; pero todavía me pareció á mi más inexplicable la conducta de Octavia.



SEGUNDA PARTE

SOSPECHAS DESVANECIDAS.

CARTA V.

VISITA INESPERADA.

Abril 24 de 1873.

Mi largo silencio te ha hecho creer, sin duda, que soy dichoso, que aún saboreo las dulzuras de mi luna de miel, y habrás dicho: «¡Qué hombre! Al fin, como todos. La felicidad es egoísta, y no quiere que participe de ella». Bueno; eso me prueba que te obstinas en creer que yo soy un ser ramplón, vulgarote, insubstancial, un hortera más ó menos millonario, un *mercachifle* en grande, que vive en un palacio, que tiene magníficos trenes...; en una palabra: un hombre de negocios. En esta ocasión me es indiferente tu juicio, y no temas que por centésima vez vaya á hacerte tragar el inventario de las grandes cualidades que, á pesar

de todo, me elevan al rango de los hombres superiores. Si no has olvidado el relato de mi última carta, tendrás presente que Octavia me dijo, en nuestro solitario paseo por la alameda, estas palabras: «¡Bah! Creo que es V. bastante generoso para no mirar con cierta indiferencia los halagos de la loca fortuna; sí: presumo que es V. uno de los pocos millonarios que valen algo más que sus millones....» Esto es terminante, y debo añadirte que Octavia pasa por mujer de talento, y, sobre todo, por un carácter poco á propósito para lisonjear la vanidad de nadie: es una mujer célebre por sus ingenuidades. En el momento en que te escribo esta carta, te aseguro que no aspiro á envanecerme con la satisfacción íntima de mis superiores cualidades; únicamente recuerdo con cierto orgullo la destreza con que sé manejar una espada y la seguridad con que á veinticinco pasos parto en el filo de un cuchillo la bala de una pistola. Por esta disposición de mi ánimo en los presentes momentos, colegirás si soy dichoso.

¿Qué me sucede?... Nada; porque, en rigor, me sería imposible hacerte ver las vagas sombras que de vez en cuando obscurecen mis ojos; sombras fugitivas, que se disipan, sí, que se desvanecen fácilmente, pero que con la misma facilidad vuelven á reproducirse. Unas veces me parece que son quimeras de mi imaginación, y otras se me presentan con tan vivos colores, que las tengo por la realidad misma. Ya sé yo que el temor aumenta

fantásticamente las proporciones del peligro; pero yo no soy un insensato para dejarme alucinar por peligros imaginarios.... Algo veo que me induce á temer; lo que yo siento no está en mí; está en el aire que me rodea, en la atmósfera que respiro.... No es esto, ni aquello, ni eso, ni lo otro; es todo.... Pequeñeces insignificantes, pormenores indiscutibles, detalles que se escapan. ¿Quieres que me explique geoméricamente?... Pues bien: imagínate que es una cosa como el espacio, cuyo punto céntrico está en todas partes y la circunferencia en ninguna; lo que te he dicho antes; nada, nada que se pueda precisar. Pero ello es que yo he recobrado mi antigua afición á la esgrima, y me paso una hora diaria en la sala de armas ejercitando mi habilidad y mis fuerzas, y puedo asegurarte desde ahora que soy un espadachín consumado. Además, invierto otra hora en el tiro de pistola, y tú no sabes la particular complacencia que experimento al ver los prodigios de mi puntería. Diez balas seguidas meto en el blanco con una precisión que pasma.

Convengo en que la espada es un arma más noble: hay ataque y defensa, hay verdadero combate, eso sí; pero combate en el cual se buscan los descuidos, combate de sorpresa; los golpes se paran, los ataques se detienen, el valor está en la destreza. Para un brazo vigoroso y una mano ágil, reñir detrás de una espada, equivale á batirse al amparo de una muralla de acero. Se ve el rencor de los combatientes y la agitación de la lucha, y

luego...., nada...., un rasguño...., dos gotas de sangre, y asunto concluido.

Yo prefiero la pistola; es un arma más fría, más serena, más tranquila; es preciso que el corazón no altere la uniforme regularidad de sus latidos para que la mano no tiemble; se pueda dar y recibir la muerte sin fruncir el entrecejo, sin ímpetu, sin violencia, sin cólera; en una palabra, con la sonrisa en los labios: con la espada se esconde el cuerpo; con la pistola se presenta: el primer caso es huir de la muerte; el segundo caso es salir á buscarla; el éxito que se obtiene no suele corresponder al esfuerzo que se hace.

Al llegar aquí, das un salto, te llevas las manos á la cabeza, y, sin más averiguaciones, sacas por consecuencia que he perdido el juicio. No me opongo; mas haciendo alarde de mi erudición histórica, diré como Temístocles: Pega, pero escucha; ó, lo que es lo mismo, llámame loco, pero sigue leyendo.

¿Qué género de locura puede encontrar la razón más escrupulosa en que un hombre prefiera, para la eventualidad de cualquier terrible contingencia, la pistola á la espada? Napoleón prefirió la artillería; ésta fué su arma favorita, y los tenderos prefieren el fusil para el caso en que las eventualidades inminentes que amenazan, los pongan en la urgente necesidad, no de salir de sus tiendas, sino de defenderlas. Estos *Aquiles* al por menor parecen resueltos á defender heroicamente sus *talones*, úni-

co rincón de sus trastiendas, en que, por lo visto, son vulnerables.

Pues bien: poeta insensible á las desgracias de tu patria, yo prefiero la pistola.

No creas que me preparo á defender mi vida y mi hacienda con las armas en la mano. Mi hacienda la tengo previamente colocada en el extranjero; allí mis pobres millones respiran con alguna libertad, y en cuanto á mi vida, la salvaré oportunamente al otro lado de la frontera. Pero, entretanto, no imagines que el terror nos invade ni la tristeza nos domina. Aquí, como los cortesanos de Baltasar, asistimos con toda la pompa de nuestro lujo al último festín de Babilonia. Experimentamos todos una sed de placeres insaciable, una prisa de gozar indecible; nuestro regocijo es tan grande como nuestras desdichas. Si los desastres que presenciamos llegan á conmover por un momento nuestro espíritu, el refinado placer de la mesa nos tranquiliza, las delicias escénicas de los teatros nos consuelan; verdaderamente, no seríamos dignos de nosotros mismos si la pérdida de Cuba, por ejemplo, nos hiciera perder una tarde de paseo ó una noche de sociedad.

Nuestras mujeres se disputan unas á otras las satisfacciones del tocador, y nosotros nos disputamos sus preferencias indolentemente reclinados en los ricos divanes de nuestros salones. La *toilette* y el *comfort*....: no pensamos en otra cosa.

Por más terribles que sean los desastres que se

anuncian, los vemos acercarse, no con frente serena, sino con semblante risueño. Tú, espíritu pusilánime, que vives escondido en el estrecho rincón de tu pobreza, no comprenderás el heroico valor de nuestras sensualidades ni la grandeza de nuestro egoísmo.

Elisa está cada día más blanca, más rubia, más bella....; el azul de sus ojos es más limpio, más puro; su continente más majestuoso, y ha perfeccionado el atractivo de su sonrisa, dándole un encanto irresistible. Apenas volvimos á Madrid, abrió de par en par sus salones, y recibe dos veces á la semana á sus numerosos amigos; raro es el día que *La Correspondencia* no le dedica algún párrafo á propósito de sus encajes ó de sus diamantes, de la novedad de sus vestidos ó de la magnificencia de sus trenes; su aparición en la *Castellana* es un suceso; su presencia en el teatro produce un efecto seguro; no se le puede pedir ni más atractivos ni más celebridad. En los círculos de buen gusto se comentan los caprichos de sus adornos y las originalidades de sus prendidos. Tiene su corte, que la sigue á todas partes.

Confieso ingenuamente que otro marido estaría con la boca abierta y dormiría muy tranquilo sobre los laureles de su espléndida mitad; pero yo le robo dos horas diarias á mi dicha para ejercitar mi brazo en el manejo de la espada y dar á mi pulso esa firmeza inalterable que hace la puntería infalible. Sí; vuelvo á decírtelo: prefiero la pistola.

Anteayer tuvimos que comer solos, porque los grupos que diariamente rodean el palacio del Congreso tomaron un aspecto más agresivo, y hubo carreras, y se cerraron las tiendas, y cada cuál se encerró en su casa, y se suspendieron las funciones de los teatros; la noche, en fin, se presentó pavorosa.

Este contratiempo puso á Elisa de malísimo humor. Imagínate que la sorprendió la alarma en el momento en que ponía el pie en el estribo de su landó; iba á la *Fuente Castellana*, llevando prendido á su preciosa cabeza un sombrero sumamente espiritual, que aquella mañana había recibido de París.

Te he dicho que comimos solos, y esto no es absolutamente exacto, porque Octavia comió con nosotros. Yo le ofrecí el brazo para conducirla al comedor, pero lo rehusó, cogiéndose al brazo de Elisa.

La vivacidad de Octavia formaba contraste con la desdenosa seriedad de la hermosa criatura que me ha cabido en suerte. La conversación giró naturalmente sobre los acontecimientos del día, pues era el asunto que por el momento ofrecía más novedad. Yo expuse mi opinión, diciendo:

—Decididamente estamos en el último acto de la tragedia.

—Tragedia (añadió Octavia) de un género nuevo; del género patibulario.

—¡Oh! (exclamó Elisa): la soberanía popular

es una soberana impertinencia. Esos señores podrían dirimir sus contiendas en despoblado y dejarnos en paz á los que nada tenemos que ver con sus ambiciones.

— Ciertamente (dijo Octavia, sonriendo con afable malicia); los espectáculos que nos dan no son del mejor gusto, y nos harán la vida insoporable si se empeñan en tenernos reclusas por algún tiempo en el último rincón de nuestras casas; más, sea la que quiera la repugnancia que nos cause el gorro frigio, la moda se encargará de convertirlo en adorno: convengo en que nada tiene de gracioso y en que es realmente grotesco; pero ¿crees tú que no se le puede dar á su horrible hechura cierto aire de distinción para que caiga con gracia sobre la cabeza de una mujer hermosa?... Vamos, Elisa; consuélate. Si estos trastornos son molestos, más aún, antipáticos, en cambio adquiriremos el recurso de un nuevo prendido. Como se nos permita tener cabeza, no lo dudes, la moda nos encasquetará el gorro frigio.

Á pesar de la dulzura con que Octavia pronunció este pequeño discurso, me pareció advertir en las inflexiones de su voz un sabor amargo, que descubría la acerba intención de sus palabras.

Elisa no contestó nada, si bien agitó majestuosamente la cabeza, haciendo flotar los dorados rizos de su magnífico peinado. Podía ser esta muda respuesta una señal negativa, y podía ser también un alarde de satisfacción, porque debe estar segura de

que hasta el gorro frigio daría realce á su belleza.

Después de comer pasamos al gabinete que sirve de antesala al tocador de Elisa, aquel gabinete donde te dije que había estado expuesto el *trousseau*, y allí nos sirvieron el café. Después Elisa se recostó sobre el diván con todo el aire de un supremo fastidio. Octavia se dirigió al piano, y yo me acerqué á la chimenea, dejándome caer en una butaca, en la cual me habría dormido, si los acordes del piano, que Octavia hacía sonar á media voz, no hubieran despertado en mi espíritu ciertos pensamientos tiernos de vaga melancolía. La voz apagada del piano hacía el efecto de una música lejana, cuyas tímidas melodías llegaban dulcemente á mis oídos. Creía á veces que las cuerdas heridas por los dedos de Octavia sollozaban, como si quisieran ahogar sus propios gemidos: otras veces surgían del fondo de la melodía notas firmes, energicas, semejantes á esos vivos relámpagos con que brillan las luces moribundas. Si me hubiera sido posible suponer que el piano tiene alma, habría creído que en aquel momento nos hacía alguna íntima confidencia, habría creído que desahogaba su corazón contándonos el secreto misterioso de sus penas.

¿Te parece esto demasiado fantástico? Á mi también me lo parece, ahora que me encuentro lejos de la influencia de aquellos tiernos acordes; pero entonces me sentí subyugado, suspenso, enternecido. Ahora mismo no acierto á explicarme

cómo las manos aturdidas y el genio burlón de Octavia supieron dar á las notas del piano tan apasionadas, tan tristes inflexiones.

Maquinalmente dirigí la vista á Elisa, y la encontré indiferente. Con el brazo sobre el almohadón del diván y la cabeza apoyada sobre la mano, parecía entretenida en contar las molduras del techo; sus hermosos ojos brillaban con el azul profundo del mar cuando se ve de lejos, y habría creído ver en ellos la serenidad del cielo, si el ligero fruncimiento de su boca no me hubiera dejado traslucir que se hallaba vivamente contrariada. De todas maneras, su actitud no dejaba nada que desear; había en ella abandono y corrección; no era, si me permites decirlo así, una postura empírica, excesivamente espontánea; era más bien una actitud estudiada; le faltaba esa naturalidad de que carecen las actitudes que se ensayan delante del espejo, cosa que no debe extrañarte, porque Elisa tenía delante una gran luna de Venecia, en cuyo cristal, indudablemente, se estaba contemplando.

Avivé el fuego de la chimenea, porque sentí en todo mi ser una sensación de frío inexplicable; mis ojos se detuvieron un instante en Octavia, cuyo perfil se destacaba sobre el fondo carmesí de la cortina que cubre la puerta del tocador, y me encontré sorprendido por la dulzura de líneas que formaban el correcto dibujo de su semblante. Nunca había reparado en ello, y al pronto creí que no era Octavia la que yo veía. La cabeza, sumamente

inclinada sobre el piano, daba á su frente una expresión resignada, poco en armonía con la inalterable vivacidad de su genio aturdido. De vez en cuando alzaba los párpados, y juraría que había visto brillar una lágrima bajo la sombra de sus largas pestañas.... ¡ Octavia, triste, reflexiva!.... ¡ He aquí un aspecto que nunca habría sospechado en ella. ¿ Era una ilusión de mis ojos?... ¿ Era que me la hacía ver así la particular disposición en que mi espíritu se encontraba?... ¿ Es que Octavia esconde bajo la vivacidad de su carácter, un corazón tierno y profundamente apasionado?...

Antes que yo acertara á resolver estas dudas, se presentó en la escena un nuevo personaje, cuya presencia causó tres efectos distintos, pues Octavia frunció el entrecejo juntando los extremos de sus airosas cejas, Elisa entreabrió los labios, dejando ver una amable sonrisa y unos dientes preciosos, y, en cuanto á mí, me puse de pie para hacer los honores debidos á aquella visita inesperada.

El nuevo personaje se adelantó gallardamente hasta estrechar la mano que Elisa le tendía sin moverse, sin perder nada de su indolente actitud. Después se acercó á Octavia y la saludó del mismo modo. Luego se volvió á mí y nos saludamos con un mutuo apretón de manos.

—Amigo mío (dijo Elisa), nos obliga V. á la más sincera gratitud, pues es una temeridad salir á la calle en una noche como esta.

—Nuestro amigo Montenegro (se apresuró á

decir Octavia) es muy capaz de exponerse á los mayores peligros por acompañarnos en esta noche tenebrosa.

—Sin duda (contestó); no habría peligro que yo no arrostrara por el placer de ver á Vds. ; pero en esta ocasión no debo apropiarme semejante mérito, porque no hay peligro ninguno en transitar por las calles ; el frío de la noche ha disipado las turbas, y Madrid puede dormir tranquilo.

Dicho esto con cierto énfasis, se dirigió á mí, añadiendo :

—Se puede salir con toda seguridad ; por esta noche no hay nada. Yo vengo del Casino, que se halla más concurrido que ninguna noche, y allí nada se teme.

Otro marido más indiferente que yo á las delicias del hogar doméstico y á las dulces intimidades de la familia, habría aprovechado las palabras de Montenegro para dar una vuelta, á lo menos, por el Casino, donde, de seguro, circularían á esta hora las últimas noticias ; mas yo, ¡qué quieres!, decidí quedarme en casa, aunque Elisa y Octavia me tengan por pusilánime y Montenegro por coarde....

Mas, ¿á qué pongo en tu noticia tan minuciosos pormenores? No lo sé.... He dejado en el gabinete del *trousseau* á Elisa, á Octavia y á Montenegro, y he venido á mi cuarto á escribirte esta carta, que insensiblemente ha crecido bajo la pluma. Mi ánimo al comenzarla fué únicamente poner en tu cono-

cimiento mi pasión por las armas y mi distinguida preferencia por la pistola.

Vuelvo á decírtelo : tengo bastante serenidad en el pulso para partir una bala en el filo de un cuchillo.»

Apenas acabé de leer tan singular documento, cogí la pluma y agoté el repertorio de mis reflexiones, no muy seguro de ejercer sobre su ánimo una saludable influencia. Siempre ha oído mis razones y se ha prestado á mis consejos ; pero en la ocasión presente lo veo dominado por una resolución firme, y temo que al fin y al cabo encuentre ocasión de realizarla.

Lleno de inquietud y de tristeza, espero la contestación que con urgencia le exigía. Es noble, es generoso, es bueno....: esa es mi única esperanza.

CARTA VI.

MONTENEGRO.

Abril 25 de 1873.

«¿Dónde vives?... ¿Se encuentra en el mapa del mundo civilizado el rincón de la tierra en que habitas?... Tus reflexiones están llenas de sabiduría. Harás creer que todo lo sabes, porque sueles decir cosas que no sé dónde has podido aprenderlas; pero tu ignorancia es verdaderamente fabulosa.... «¿Quién es Montenegro?...» Semejante pregunta te desacreditaría á los ojos del gran mundo. ¿Ignoras quién es Montenegro!.... Entonces, infeliz, ¿qué sabes?...

Oye, y aprende :

Montenegro es un gran jinete, que maneja con suma destreza los caballos más bravos ; en el pescante de un coche no tiene rival ; con las riendas en la mano es capaz de meter un tronco por el ojo de una aguja. ¿En qué país salvaje vives escondido, donde todavía no ha llegado la celebridad de Montenegro?... ¿Recibes periódicos? ¿Los lees?... ¿Y no sabes quién es Montenegro?... ¡Imposible!.... Habrías encontrado cien veces su nombre en la *Crónica de los Salones*.

Si á lo menos pasaras alguna vez los ojos por las *gacetas*, sabrías que se distingue muy notablemente patinando en el estanque del Retiro. Por lo demás, vive con bastante opulencia, sin que se haya podido averiguar en qué clase de bienes consiste su fortuna. No se sabe de dónde ha salido. Apareció un día, se habló de su caballeriza, y poco á poco se le fueron abriendo las puertas de todos los salones; se comenzó á repetir el nombre de Montenegro, y he aquí todo.

Tiene muchos amigos, y no se le conoce ningún pariente. No creas que es un calavera de más ó menos buen tono, hablador, jactancioso, impertinente.... Nada de eso. Es más bien circunspecto, habla sin afectación, y realmente no dice desatinos. Confiesa con sencilla naturalidad que ha cumplido ya cuarenta años, y de su vida anterior sólo deja traslucir que ha viajado mucho por Europa ; si no es instruido, sabe ocultarlo, y, en todo caso, es innegable su erudición por lo que se refiere á sucesos y á personajes contemporáneos. No le da importancia á nada ; su voz jamás se altera. Le he oído referir algunas escenas de la *Commune* en París, y las ha pintado con minuciosidad de detalles, sin horrorizarse, sin conmoverse. No juzga los hechos ni los hombres ; los toma como los ve, sin admiración y sin sorpresa. Yo estoy persuadido de que en su entendimiento no se abriga convicción ninguna, y que su corazón carece de todo afecto ; no cree en nada, y, por lo mismo, todo le parece creíble.

Se le han atribuido diversas historias, en atención á que se desconoce por completo su historia verdadera, y es preciso que tenga alguna historia. Desde luego se da por seguro que Montenegro no debe ser su verdadero nombre, y, supuesta esa circunstancia, cada cuál ha creído ver á su modo la realidad del personaje que bajo ese pseudónimo se oculta. Unos lo han hecho agente diplomático encargado de alguna misión reservada. Y no así como quiera, agente de Prusia ó de Francia, de Rusia ó de Inglaterra, sino á la vez de todas las naciones de Europa que miran de reojo nuestra flameante república. Otros lo suponen enviado por los Estados Unidos para *hacer atmósfera* en favor de la independencia de Cuba. Hay, en fin, quien lo tiene por el *Grande Oriente* de no sé qué sociedad secreta. La verdad es que si el misterio de su vida pasada y de su fortuna presente se presta de algún modo á las conjeturas de la gente política, su conducta las destruye por completo, pues nada hace ni nada dice que pueda servir de fundamento ni de indicio.

En los salones del gran mundo, en que exclusivamente vive, las suposiciones toman un camino más novelesco. Se le cree víctima de una infidelidad; en su historia debe hallarse alguna mujer que ha destrozado su corazón, y él esconde la desesperación de su alma bajo un nombre supuesto. ¿No es esto? Pues entonces será todo lo contrario; es decir, Montenegro huye de alguna mujer terriblemente celosa, que se obstina en ser eternamente

amada, y ha puesto por medio algunas leguas de distancia y un nombre desconocido.

—¿Y por qué (observan algunos) no ha de haber en el asunto algún marido poco condescendiente?

—No es probable (se replica); porque Montenegro no parece hombre muy á propósito para huir de otro hombre.

Ello es que este personaje aparece envuelto en cierta atmósfera fantástica que lo hace interesante. Comprendo que inspire curiosidad á la gran parte del género humano que se despepita por inquirir los secretos de las vidas ajenas, porque te aseguro que también me inspira á mí alguna curiosidad. Tú también quisieras encontrar en esto más datos acerca de ese hombre. Te mandaría su retrato, pues no me sería difícil adquirir una fotografía de su persona; pero es el caso que Montenegro no se presta fácilmente á la reproducción de su imagen; muestra una decidida repugnancia á retratarse, y algunos fotógrafos que han solicitado este favor de su celebridad, han sido muy cortésmente desahuciados en sus pretensiones. Es más: algún periódico ilustrado ha pretendido publicar su retrato para dar á conocer al mundo la expresión fisonómica de esta notabilidad *bípica*; pero Montenegro se ha excusado formalmente, lo cual da una grande idea de su modestia. Quiero decir, que no te mando su fotografía, porque no se encuentra ni por un ojo de la cara.

Sin embargo, no creas que ofrece su persona ningún rasgo extraordinario; fuera de los accidentes variables con que da á su ser cierto aire aristocrático, es un conjunto vulgar, que se confunde con la gran multitud de los hombres; no es alto ni bajo, ni gordo ni flaco; es más bien moreno que blanco, y su barba es castaña, espesa y fina, las facciones duras, los ojos claros y la mirada fría. Lleva bien el frac, sabe llevarlo; pero del mismo modo me parece á mí que llevaría la blusa.

Las mujeres se disputan su confianza; ¡ya se ve! posee un secreto, y todas quieren averiguarlo. Obtener su confianza es adquirir la llave bajo la cual guarda el misterio de su vida. Por conseguir esta llave se hacen esfuerzos de amabilidad, se ponen en juego todos los recursos admitidos para atraerlo; así es que se ve halagado, distinguido.... ¿Qué haría Catalina de Rusia con el emperador de Turquía por apoderarse de la llave de la Gran Puerta?.... Montenegro, pues, es objeto de las más activas seducciones; se le abre el camino de las intimidaciones; pero hasta ahora, ó no tiene secreto ninguno con que sorprender la curiosidad excitada de las damas más bellas, y hasta de las más discretas, ó sabe guardar su secreto, poniéndolo fuera del alcance de un momento de abandono en una conversación íntima y animada. Claro está que si ha comprendido que en su reserva está su fuerza, se hará más inaccesible cuanto mayor sea el empeño que muestren en penetrar sus secretos; pero ve

tú á hacerles entender á estas preciosas criaturas que hasta para ser locas es preciso tener juicio. Por otra parte, actualmente nada ocurre que excite nuestro interés, ayudándonos á desvanecer el aburrimiento de la vida, y esto, por lo menos, es algo.

Ahora comprenderás la agradable sorpresa con que Elisa recibió anoche la visita inesperada del misterioso Montenegro; he ahí por qué desarrugó el desdeñoso fruncimiento de su boca, dejando ver su amable sonrisa y sus preciosos dientes. Sin duda alguna, había una marcada preferencia por parte de Montenegro en venir, digámoslo así, á visitarme en una noche tan peligrosa y tan poco á propósito para hacer visitas. ¡Y qué ocasión tan propicia para una feliz tentativa! ¿Qué hacen dos personas que se encuentran *tête à tête*, cómodamente reclinadas sobre los blandos almohadones de un diván, respirando una atmósfera tibia y perfumada, á la luz, hasta cierto punto melancólica, que se escapa de los tubos de bronce, y que brilla un tanto velada, pálida como los resplandores de la luna, dentro de las bombas de cristal cuajado que la contiene?.... ¿Qué hacen? ¡Hablar!... Hablar de todo: de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, de lo temporal y de lo eterno.

Pues imagínate que estas dos personas, encerradas en la soledad de un gabinete, son una mujer joven y bella y un hombre de mundo, y calcula á qué género de íntimas revelaciones puede conducirlos la conversación. Estas conferencias casuales,

casi imprevistas, suelen ser peligrosas para todo género de secretos.... El diálogo empieza indiferente; se habla de cualquier cosa....: del tiempo, de política, de modas; se agotan las generalidades, hasta que surge un asunto más interesante.... Después que han hablado de todos, hablan de sí mismos, é insensiblemente la entrevista va tomando calor; las palabras se animan unas á otras, se establece la confianza, empiezan las frases equívocas, se llega al terreno resbaladizo de las mutuas confidencias, y se escapan las revelaciones. Estas conversaciones solitarias, reservadas, fantásticas, son como los abismos: producen vértigos.

La satisfacción de Elisa al ver entrar á Montenegro nacía, principalmente, de la feliz ocasión que él mismo la ofrecía para que pudiera sondear los misterios de su vida. Con esa viveza de imaginación con que las mujeres dan por hechas las cosas que desean ó que temen, mi cara mitad debió creer que Montenegro iba seguro de encontrarla sola.

Hasta cierto punto, la suposición no debe parecerse descabellada; la noche era demasiado pavorosa para que nadie se atreviera á salir de su casa; por la tarde habían circulado repetidos anuncios de sangrientas escenas, y Madrid estaba realmente aterrado. Era, pues, evidente que Elisa se vería obligada á pasar la noche sin más compañía que la de su propia imagen retratada en los espejos de su gabinete. En cuanto á mí, Montenegro no habría

de presumir que yo consagrara la noche á hacerle á mi mujer la tertulia.

Semejante ocasión era, efectivamente, propicia para tender al secreto de este hombre una red inevitable. No puedo asegurarte si Dalila fué más bella y más seductora que lo es Elisa, porque no tengo datos auténticos que me atestigüen la hermosura de las filisteas; pero puedo inferir que Sansón fué mucho más fuerte que debe serlo Montenegro, y tú sabes que al fin Dalila arrancó á Sansón el secreto de su fuerza. Elisa, pues, podía contar con sorprenderle á Montenegro el secreto de su vida.

Ya habrás podido conocer que la encantadora criatura, blanca como la nieve y rubia como un ángel, con quien he unido mi suerte para siempre, no es excesivamente astuta; mas ¿qué mujer no lo es cuando se le mete en el cuerpo la serpiente tentadora del Paraíso?... Puesta frente á frente del misterio, ¿qué no hará por penetrarlo hasta en sus más oscuras profundidades?... Si le falta astucia, ¿no le sobra hermosura?... Lo que no consiga la habilidad de sus preguntas, ¿no podrá conseguirlo la dulzura de sus miradas?... No necesitó un gran talento Eva para hacer que Adán comiese del fruto prohibido, y la misma Dalila no tuvo que emplear grandes recursos estratégicos para poner á Sansón en manos de los filisteos. Semejantes ejemplos no dan una alta idea de nuestra fortaleza; pero, ¿acaso no es esta la historia del género humano?

Ignoro el interés que Montenegro tenga en hacer de su vida pasada un secreto impenetrable; mas, sea el que quiera el motivo de su tenaz reserva, corre con Elisa, que desea saberlo, inminente peligro de revelarlo.

¿Y no ves en el vivo deseo de Elisa un capricho hasta cierto punto respetable?... ¡Qué sacrificio no hará un sabio por robar á la naturaleza sus más recónditos arcanos!... Las desastrosas y hasta ahora inútiles expediciones al polo, las excursiones no más felices que se han hecho al centro del África, también son caprichos respetables. Es verdad que el polo permanece oculto detrás de la inmensa cortina de sus nieves eternas, y que el Nilo guarda tenazmente el secreto de sus misteriosas fuentes. También es verdad que, conseguidas estas audaces averiguaciones, el universo proseguiría su marcha inalterable, y el género humano su curso tempestuoso; no seríamos ni más grandes, ni más fuertes, ni más poderosos, ni más felices, ni más justos; pero, ¿y el orgullo de haberlo conseguido? ¿Y la satisfacción de poseer tan raros secretos?

Las mujeres sienten también á su modo el amor á la sabiduría; la lengua, que se ha apropiado el derecho de dar nombre á las cosas, lo llama curiosidad. No llevan sus indagaciones ni al centro del África ni á los hielos del polo; no pretenden averiguar lo que pasa en la vida íntima de la naturaleza; mas las interioridades de las familias, la vida íntima del vecino, del amigo...., los secretos del

hogar doméstico....; he ahí el mundo adonde de continuo llevan sus audaces expediciones.

Elisa no es menos temeraria que Franklin al querer sondear el misterio de Montenegro: su curiosidad puede ser desastrosa, y no le negarás á esta hermosa criatura el mérito de su temeridad; pero Montenegro es un ser misterioso, casi fantástico, que está en boga, y conquistar su confianza es un verdadero triunfo. Pocas mujeres tan bellas y tan curiosas como Elisa renunciarían á la vanidad de descifrar el enigma: Montenegro es un jerglífico.

No obstante, pude observar, á poco de aparecer Montenegro en el gabinete del *trousseau*, que pasó por la frente de Elisa una sombra de disgusto: indudablemente, la presencia de Octavia le era en aquel momento desagradable....: era en aquella ocasión un testigo impertinente. Yo, al fin y al cabo, me retiraría á mi cuarto ó me determinaría á salir de casa; pero Octavia permanecería allí toda la noche...., y la ocasión, que se presentaba tan propicia, iba á ser completamente perdida. ¿Comprendes el disgusto de Elisa?... No pudo disimularlo, y miró á su amiga con la misma expresión de cólera reprimida con que clavó en ella los ojos la noche que, al volver del lago, nos vió salir de la alameda.

Todo esto que te escribo, me ocurrió después que te hube escrito mi última carta, y, con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza sumergida

entre las manos, me quedé por algún tiempo pensativo. Agotadas mis meditaciones, me puse de pie, y distraídamente me acerqué á examinar dos magníficas pistolas de tiro que, dentro de su correspondiente caja, se hallaban sobre el mármol de la chimenea. Son dos armas de mucho mérito, que habían llegado de París aquella mañana con el precioso sombrero de Elisa.

Cerré la caja, di media vuelta por mi cuarto, y, casi maquinalmente, me dirigí al gabinete en que una hora antes había dejado á Octavia, á Montenegro y á Elisa. Mis pasos se ahogaban en las alfombras, de manera que llegué á la puerta del gabinete tan silenciosamente como habría podido llegar una sombra, y me detuve delante del *portier*, porque á mí también me tentó en aquel momento el demonio de la curiosidad: yo también podía saber el secreto de Montenegro.

Me ocurrió que Elisa podía haber encontrado algún medio de alejar de allí á su amiga, ó, tal vez, la misma se habría voluntariamente alejado para dejar el campo libre á tan curiosas investigaciones.

Me detuve, apliqué el oído á la cortina, y escuché.

¿Frunces el entrecejo? ¿Te parece indigno de un hombre delicado escuchar detrás de una puerta?... Á mí también me lo parece....: lo recuerdo con vergüenza, y en aquel momento temblaba como un culpable, y sentía un sudor frío como el

sudor de la muerte; pero tú hubieras hecho lo mismo.... Hay instantes supremos, y hay tentaciones irresistibles.

Me detuve...., apliqué el oído á la cortina...., escuché...., y oí.

¿Qué oí?... Déjame descansar....: la mano se siente fatigada y mi espíritu lleno de confusión.... Mañana sabrás lo que aún me queda que decirte.... Ten paciencia hasta mañana.»

No había más remedio que esperar, y esperé.... ¡Oh, qué largo es el día cuyo término se espera con impaciencia!

CARTA VII.

EL ARCO-IRIS.

Abril 26 de 1873.

«¿Qué oí? Al dirigirme nuevamente esta pregunta para reanudar el relato interrumpido, imagino la cara que pondrás al leerla. ¡Con cuánta curiosidad!... No, perdona... ¡Con cuánto interés buscarás en el curso de esta carta la terrible revelación que hace ya dos correos esperas!... Porque, francamente, por más familiarizado que estés con los recursos dramáticos á que el arte apela para suspender nuestra atención, y tenernos, como vulgarmente se dice, con el alma en un hilo, es cosa segura que en este momento no puedes evadirte del interés, digámoslo así, dramático, que mi situación te inspira; porque aun cuando el recurso te parezca ramplón y de pésimo gusto, nunca es indiferente la situación de un hombre que, alevosamente colocádo detrás de una cortina traidora, escucha la conversación de un hombre verdaderamente misterioso y de una mujer realmente bella. Y si á esto añades que el que escucha es un marido que ve visiones, y los que hablan son Elisa

y Montenegro, no te será posible desconocer la fuerza, á la vez cómica y trágica, de una situación semejante.

Y he aquí que yo, pobre millonario, infeliz hombre de negocios, ser prosaico que, según tú, no sé contar más que dinero, te tengo á ti con todas tus ínfulas poéticas y con todas tus pretensiones literarias, suspenso el ánimo y pendiente la atención, forzoso es decirlo así, de mis oídos. Tú también, como un simple mortal, más aún, como un simple lector, escuchas conmigo detrás de la cortina, y, haciéndote mi cómplice, te despepitabas interiormente por saber, con toda la minuciosidad posible, lo que se habla por los personajes consabidos en el gabinete del *trousseau*.

Es más: tu corazón, lo mismo que el mío, palpita desasosegado al acercarse al extraño secreto que vamos á descubrir. Tú también temes, también esperas, también dudas. Tú también afinas el oído para no perder ni sílaba, ni letra, ni acento; tú también, como yo, participas de esa inquietud, de esa impaciencia nerviosa que se apodera de nosotros en los momentos críticos.

No muevas la cabeza ni frunzas el entrecejo. ¿Te parece impertinente esta digresión?... Pues no me atribuyas su mérito. Yo he leído tu *Manzana de oro*, y en ella he sufrido el tormento de todas las digresiones. Te imito, ¿qué más quieres?... Pero vamos al caso.

¿Qué oí?... ¡Ay, querido amigo mío! Tu in-

terés excitado va á sufrir una terrible contrariedad, porque, preciso es decirlo, no oí absolutamente nada. Toda la vida de que dispongo se había agolpado á mi atención.... : era todo oídos ; pero inútilmente, porque al otro lado de la cortina reinaba un triste silencio , y parecía que el gabinete del *trousseau* estaba desierto. ¿ Habría puesto Montenegro término á su inesperada visita ? No era probable, pero al fin era posible, y en tal caso, Elisa y Octavia, sucumbiendo al fastidio de la soledad, se habrían dormido la una enfrente de la otra , después de algunos bostezos. No acertaba á explicarme aquel silencio de otra manera.

Fácil me era salir de la duda en que me hallaba, renunciando á la inútil expectación de los oídos y apelando á los ojos ; pero las cosas más sencillas suelen tener á veces muy serias dificultades. La amplia cortina que cubría la puerta del gabinete no dejaba resquicio ninguno por donde yo pudiera lanzar mis miradas, y no me atrevía á apartarla, temeroso de que el movimiento de la cortina me descubriera.

En esta incertidumbre me encontraba , cuando me pareció que pasaba por delante de mis ojos una nube fugitiva , como si la amortiguada llama del gas, que débilmente iluminaba el salón contiguo, se hubiera ocultado un momento para brillar de nuevo. Volví la cabeza, y en el fondo de un espejo, en que brillaban los reflejos de la luz, me pareció ver algo que se desvanecía como una sombra

que se disipa , y me acometió una idea terrible. ¿ Habría sido sorprendido por algún criado indiscreto en aquel ridículo espionaje ? Registré la habitación en que estaba y el salón inmediato, y no encontré indicio ninguno que confirmara mi sospecha. Indudablemente, todo ello era una alucinación de mis ojos ; mas, no obstante, resolví abandonar aquella posición de marido de melodrama , entrando resueltamente en el gabinete del *trousseau*, y renunciando á penetrar en el tenebroso secreto de Montenegro.

En efecto : tendí el brazo para apartar la cortina que tenía delante ; pero en aquel momento sonó al otro lado de la puerta una cosa semejante á un suspiro. Me detuve y esperé, y no tardé mucho tiempo en percibir el murmullo de una conversación íntima, cuyas palabras no distinguía yo con la claridad necesaria para entenderlas, advirtiendo que eran dos voces las que hablaban, cuyos diversos timbres me indujeron á creer que Elisa y Montenegro se hallaban en el momento crítico de una reservada confidencia.

Sin duda alguna, mi bella Elisa había sido bastante diestra para alejar de allí á Octavia, y el infeliz Montenegro, solo y frente á frente de tan formidable enemigo, se rendía á discreción, vaciando el saco de su secreto.

Consideraba la satisfacción con que Elisa recogería la confidencia de una revelación tan deseada, al mismo tiempo que experimentaba yo un tor-

mento indecible. Ellos hablaban, y yo los escuchaba y los oía sin entenderlos; y mis oídos andaban á tientas por las obscuridades de aquellos murmullos, que hacía más apagados la pesada cortina que cerraba el paso á mis miradas.

Después de pasar por la humillación de escuchar, nada podía humillarme tanto como no oír; y comprendí el furor de Mucio Scévola al abrasarse la mano que no había sabido dar bien una puñalada. Yo estaba furioso contra mis oídos porque no sabían oír.

La voz de Montenegro se levantó al fin sobre las notas graves de aquel diapason oscuro, y oí distintamente que decía:

—En efecto: nuestra situación es algo embarazosa; se encierra V. en unas reticencias que no me atrevo á comprender. Desea V. que nos entendamos; pues bien: ¿por qué no nos entendemos?

Si por las simples inflexiones de la voz puede colegirse la situación de ánimo del que habla, creí entonces, y aún persisto en ello, que Montenegro se hallaba agradablemente sorprendido. Temí que Elisa, empeñada en forzar el secreto que excitaba su loca curiosidad, hubiera traspasado los límites de la discreción.... ¡Discreción! Ya ves que uso una palabra razonable, porque comprendo que seríamos demasiado exigentes si pretendiéramos que nuestras mujeres fueran discretas precisamente en las ocasiones en que más necesitan serlo.

Esto no quita, para que en aquel momento

apretara los puños con todas mis fuerzas, aplicando el oído con toda mi alma.

—Señora (volvió á decir Montenegro): no desconozco que en el paso que acaba V. de dar encontraría la maledicencia pretexto suficiente para entregarse á las más desfavorables suposiciones; mas si yo he merecido su confianza, es, sin duda, porque ha sabido V. comprenderme.

Elisa debió mostrarse dudosa de la sinceridad de estas palabras, porque nuestro hombre hizo los más solemnes juramentos.

Obligar á un hombre á que jure, es obligarse á creerlo, y este es un peligro que las mujeres se buscan con demasiada frecuencia.

Montenegro siguió diciendo:

—Dice V. que le es indiferente el juicio que el mundo pueda formar de sus acciones y de sus sentimientos; y eso revela una gran superioridad de alma.

¿Qué te parece la superioridad de alma de la bella mujer que me ha tocado en suerte?... Me era desconocida. Ignoraba que Elisa sintiera hacia el mundo en que brilla un desdén tan profundo, y sobre todo tan cuidadosamente guardado hasta ahora. De los tres enemigos del alma, había yo creído que sólo el mundo me disputaba su corazón. ¡Cuán injustos somos algunas veces en nuestros juicios! ¿Te atreverás á decirme que esta revelación, tan inesperadamente sorprendida, no debía tranquilizarme? Sin embargo, esa superioridad que el mismo Montenegro reconocía, me humillaba en

cierto modo; y, buscando entre mis cualidades una que valiera, por lo menos, tanto como la que acababa de descubrir en Elisa, recordé con satisfacción la seguridad prodigiosa con que sé partir diez balas seguidas en el filo de un cuchillo á la distancia de veinte pasos.

De todas maneras, sentía hacia Montenegro cierta gratitud, pues por él sabía la existencia de aquel nuevo encanto de Elisa, que yo en ella jamás hubiera adivinado. ¡Cuántas veces ignoraríamos las más estupendas cualidades de nuestras mujeres, si los amigos que ellas prefieren no las descubrieran!

Todas estas reflexiones me acometían mientras que Elisa murmuraba por lo bajo palabras que no alcanzaba á entender. Su voz formaba un murmullo misterioso que me era imposible descifrar. Como ves, no oía más que media conversación; pero me bastaba para comprender que no presenciaba, digámoslo así, la escena bíblica en que la astuta Dalila arranca á Sansón el secreto de su fuerza, sino más bien aquella otra escena de la fábula griega en que la bella Elena se deja robar por Paris. Así es que allá, en lo más oculto de mi pensamiento, no pude menos de exclamar: « ¡Aquí fué Troya! »

Supongo que no continuarás creyendo que el secreto de Montenegro era lo que aquí se hallaba en peligro; y si por si acaso se te ocurre acerca de este punto alguna duda, oye de nuevo á nuestro hombre:

—Me someto sin replicar (dijo) á la prueba

que V. me impone; es un pacto en el cual entro á ciegas, y desde ahora le aseguro, bajo palabra de honor, que seguiré puntualmente sus advertencias. Me interesa vivamente el misterio de su conducta para conmigo. V. dice que no es dichosa y que quiere serlo á toda costa; que en este momento hace un sacrificio cuyo heroísmo no será jamás comprendido. Confieso que hay en esas frases una claridad que me deslumbra; pero sería yo demasiado presuntuoso si intentara comprenderlo.... ¿Se sonríe V.?...

—Sí,—contestó Elisa, con acento obscuro y conmovido.

—¿Qué debo pensar?—preguntó Montenegro.

—Puede V. pensar lo que quiera (contestó ella á media voz), porque es lo mismo.

Creí que mi curiosidad no me autorizaba á escuchar por más tiempo una conversación que, francamente, empezaba á parecerme pesada, á lo menos para escucharla escondido detrás de una cortina, y retrocedí algunos pasos; hice discretamente ruido en el salón contiguo, tosi con la mayor naturalidad del mundo, y canturreando unas notas de *María de Roban* me adelanté, haciendo sonar mis pasos sobre la alfombra; aparté, en fin, la pesada cortina, y entré, con la sonrisa en los labios, en aquel gabinete donde, en la memorable noche de mi boda, había brillado el *trousseau* de Elisa con todos los rayos de nuestra felicidad y de nuestra fortuna.

Felizmente, pude contener una exclamación que estuvo á punto de escaparse de mis labios, y para ello tuve que hacer un grande esfuerzo, porque jamás he experimentado una sorpresa más extraordinaria.

Montenegro me miró con afable sonrisa, y dejándose caer sobre el respaldo de la butaca que ocupaba, me dijo:

—Me parece que por esta noche podemos responder de la tranquilidad pública. ¿Viene V. del Casino?

—No,—le contesté.

—En ese caso (añadió), no habrá V. oído nada.

—Sí (dije á mi vez), he oído algo.

Pronuncié estas palabras sin atreverme á fijar los ojos en el semblante de la que hacía un momento celebraba con Montenegro la extraña conferencia que hemos oído. Mas aun cuando no la miraba, la veía tranquilamente reclinada sobre el diván, con todo el reposo de la más perfecta inocencia.

—¡Oh! (exclamó con visible desdén.) En la época que alcanzamos es preciso dudar hasta de nuestros oídos, porque ¡se oyen unas cosas tan estupendas!

No sé qué hubiera contestado á esta especie de provocación; pero en aquel momento se abrió de par en par la puerta que conduce al tocador de Elisa, y apareció ésta, diciendo:

—Sr. de Montenegro, perdone V. que no haya

hecho á su visita los honores debidos; las amas de casa tenemos siempre asuntos domésticos que interrumpen nuestras más agradables distracciones. En cambio, con mi prolongada ausencia he dado á V. una prueba de confianza. Además (añadió), mi amiga Octavia, que posee un talento exquisito, habrá sabido hacerle á V. agradable la noche.

¿Comprendes ahora la sorpresa que experimenté al entrar en el gabinete del *trousseau*? ¿No era Elisa la que hablaba con Montenegro!... ¿Era Octavia!... ¿Por qué no lo presumí?... ¿Por qué no lo adiviné?... ¿Por qué?... Voy á decirtelo: porque jamás lo hubiera creído.

Poco después se retiró Montenegro, y yo no tardé mucho en seguir su ejemplo. Tenía necesidad de encontrarme solo, y me refugié en mi cuarto. Al despedirme de las dos amigas, saludé á Elisa con afable humildad, como si hubiera querido pedirle perdón de mis atroces sospechas, y debo decirte que recibió mi saludo con la sonrisa más encantadora de su repertorio; con aquella misma sonrisa con que recibía mis saludos antes de nuestro matrimonio. Esta sonrisa brilló á mis ojos con todos los colores del arco iris. Era señal de paz entre el cielo y la tierra: la tempestad había pasado.

Por lo que hace á Octavia, le di fríamente las buenas noches.

Basta. Ahora espero que me participes todas las reflexiones que te sugiera esta carta; no te las perdono.»

CARTA VIII.

CÓMPLICE.

Octubre 20 de 1873.

«¡Oh! ¡Qué insulsa es tu respuesta á mi última carta!... ¡Qué has hecho de tu talento?... Eres muy capaz de haberlo enviado al otro lado de la frontera para ponerlo á cubierto de un golpe de mano, como he hecho yo con mis millones. Si has tenido esa precaución, no tengo derecho á quejarme de tu imbecilidad. Mas lo que no puedo perdonarte es el tiempo que has tardado en escribirme, sobre todo si se mide por el tumulto de los acontecimientos que hemos presenciado desde mi última carta.... ¡Qué hombres...., y qué cosas!....

No creas, sin embargo, que asistimos á la terrible agonía del monstruo, poseidos de profundo desaliento, no; todavía tenemos ánimo para gozar todas las delicias que nos ofrece la vida moderna; aunque á salto de mata, aún nos despepitamos por divertirnos, y, ¡qué diablo!, nos divertimos.

Elisa se va acostumbrando á los peligros de estas continuas agitaciones, y sólo se queja de los carlistas porque cortan la vía del camino de hierro

del Norte, y tiene razón para quejarse, pues se halla incomunicada con París, de donde recibe los elementos indispensables para su tocado. Imagínate tú si tan fuerte contrariedad la tendrá disgustada.

Ayer la dije:

—No te apures, porque aún nos queda el recurso de repetir un milagro de Mahoma.

—¿Cómo es eso?—me preguntó.

—Es muy sencillo (añadí): puesto que la montaña no viene á nosotros, nosotros iremos á la montaña.

—¿Qué quiere decir eso?—volvió á preguntarme.

Por esta nueva pregunta comprenderás que mi bella *buri* no está muy enterada de los milagros del Profeta.

—Eso (le advertí), quiere decir que, puesto que París no viene á nosotros, podemos nosotros ir á París.

—No (me contestó resueltamente. Mas, repeniéndose, me miró con la sonrisa en los labios, añadiendo): ¿Te parece que debemos abandonar á Madrid en estas circunstancias de peligro? En el caso de huir, huyamos los últimos: esto es lo patriótico.

La miré con asombro, pues era para mí una verdadera novedad su patriotismo; pero ella, añadiendo azúcar á la dulzura de su sonrisa, me preguntó:

—¿Tienes miedo?

—Si te resignas (le dije) á carecer de los precio-

esos artículos de que París te surte, quedémonos en nuestra casa, á lo menos mientras sea nuestra.

Semejante valor no debe admirarte, porque Elisa continúa siendo la reina de la moda. Tiene, si puedo decirlo así, el heroísmo de su *toilette*. En París teme, sin duda, no ejercer un dominio tan absoluto; encontraría poderosas competencias, y su belleza y su lujo no harían un papel tan importante. Te ves precisado á reconocer que no falta modestia en su vanidad.

Ahora está encantada con un cocinero que hemos adquirido, y que es, ciertamente, un prodigio culinario. Domina en todas sus combinaciones la sencillez, la variedad y la gracia; posee como nadie los secretos de la cocina clásica y la difícil armonía de los condimentos. Vamos, nuestro buen Donato es inagotable y profundo, y siempre original; en sus *ménus* encuentra el paladar una lógica irresistible y gran filosofía. Aseguran que ha hecho imposibles las inapetencias y las indigestiones. En su arte, dicen unos que es una especie de Rossini, y otros creen descubrir en sus creaciones el genio de Molière. Hace un plato, que los aficionados llaman el *Partenon*, para demostrar el gran sabor clásico que en él domina.

Excuso decirte la celebridad de que goza mi mesa, y si Elisa dejará de lucir la joya de su cocinero.

Damos de comer (esta es la frase establecida) cuatro veces á la semana, y nuestros convidados

se hacen lenguas de Donato. Montenegro es uno de sus más ardientes admiradores.

Pero todas estas satisfacciones que me rodean, no disculpan á mis ojos la insulsez de tu carta. ¿No te alegras de que se hayan desvanecido mis cavilaciones?... ¿No te burlas de mí, llamándome inverosímil, porque no acerté á distinguir de quién era la voz que hablaba con Montenegro cuando yo oía detrás de la cortina? ¿No tienes ni una palabra de alabanza para Elisa, ni una palabra de reconvencción para Octavia? ¿Qué has hecho de la severidad de tu crítica?... Te desconozco.

Realmente, la ausencia de Elisa del gabinete del *trousseau* podía sorprenderme por lo inesperada, pero no tranquilizarme. Un hombre de mundo habría sospechado que ambas amigas se disputaban el codiciado secreto de Montenegro, y que Octavia, aprovechando una ocasión favorable, había hecho un esfuerzo supremo para ganarse la confianza de este hombre afortunado. Semejante rivalidad hacía más peligroso el caso. Aquella noche no dormí, dando incesantemente vueltas á mis pensamientos; pero observo atentamente hasta los más insignificantes pormenores, y no encuentro indicio ninguno que dé fundamento á mi sospecha; entre Elisa y Octavia no existe rivalidad ninguna.

La íntima amistad de las dos amigas continúa inalterable, y aun parece que se han estrechado los vínculos de su antiguo cariño. Aunque en materia de celos las mujeres perdonan más fácilmente al

culpable que al cómplice, podría ser que Elisa y Octavia llevaran su disimulo hasta el punto de aparecer más amigas que antes, para ocultarse á sí propias sus mutuas rivalidades. Pero no he sorprendido ni la más ligera sombra de enojo en el semblante de Elisa ante la particular predilección que públicamente alcanza Octavia de Montenegro; antes bien, parece complacida de tan manifiesta preferencia.

Á la vez, Elisa se muestra conmigo más comunicativa, y discutimos muy formalmente sus caprichos y sus adornos.

La otra tarde bajé al jardín, con ánimo de probar unas pistolas de tiro que me trajeron de París hace mucho tiempo; mas los árboles, acariciados por las brisas de Octubre, empezaban á deshojarse, embalsamando el aire con los vagos perfumes del otoño. El espectáculo de la naturaleza que muere tiene también sus encantos para los hombres de negocios, y, en vez de dirigirme al tiro de pistola, tomé la calle de lilas que conduce á la estufa.

No sé cómo vino mi pensamiento á caer en Octavia, y, sin poder contenerme, formulé contra ella las más terribles acusaciones. ¡Oh! ¡No! La originalidad de su carácter no excusa la desenvoltura de su conducta con Montenegro. ¿Cuál puede ser el verdadero móvil de su proceder? ¿Es la vanidad ó la pasión? ¡Vanidad! Creí que Octavia no pagaba tributo á esa gran debilidad del género

humano. ¡Pasión! ¿Y cuál es el mérito extraordinario de Montenegro para haber inspirado á Octavia tan loco sentimiento? Pero aun así, y en cualquiera de los dos casos, ¿qué significa aquella especie de asalto?... De todas maneras, ha comprometido su decoro á los ojos de Montenegro: esto es indudable. Yo sepultaré en el más escondido rincón de mi memoria este secreto; mas, ¿no abusará Montenegro alguna vez de su ventaja? Hoy mismo, ¿no abusa, haciendo público alarde de una preferencia que ya empieza á perjudicarla? Montenegro goza de una reputación de hombre de mundo, que da pábulo á suposiciones equívocas. Octavia tiene, sin duda, unos ojos muy hermosos; pero no ve nada: decididamente está ciega. Y bien: ¿qué me importa nada de esto?

Antes, sin darme cuenta de ello, la admiraba; hoy la compadezco, y asunto concluido.

Todas estas cosas iba yo pensando, cuando sentí el contacto de un brazo que se apoyaba en el mío; volví la cabeza, y me encontré con el semblante de Elisa, en el que, como en un cielo sereno, me presentó el arco iris de su sonrisa.

—Muy abismado debías estar en tus reflexiones (me dijo), pues no has sentido el ruido de mis pasos.

—Sí (le contesté), iba distraído.

Miróme con cariñosa fijeza, exclamando:

—¡Oh, qué inconstantes sois los hombres!

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque observo, hace ya algunos días, que has olvidado tu famoso tiro de pistola. Confieso que me tiene envanecida la reputación de tu destreza en el manejo de las armas; mas el continuo chasquido de los disparos me atacaba los nervios.... Ya se ve; ¡has tenido la ocurrencia de poner el tiro casi debajo de mis habitaciones!

—Es verdad (le dije). No había pensado en ello; mas tú debieras habérmelo advertido.

—Contaba (me contestó) con que al fin te canstrarías de quemar tanta pólvora en salvas. Además (añadió, oprimiéndome suavemente el brazo en que apoyaba el suyo), eso habría sido una impertinencia.

No te ocultaré lo bien que sonaron en mis oídos estas palabras. Elisa me parecía excesivamente razonable, cosa á la cual no estaba acostumbrado; mas no quise darle importancia á su afectuosa condescendencia, y cambié la conversación, preguntándole:

—¿Renuncias esta tarde á la *Fuente Castellana*?

—Sí (me contestó); no me gusta ir sola; esperaba á Octavia, y no ha venido.

—¡Ah! Sí (exclamé): Octavia....

Anduvimos algunos pasos en silencio; yo pensativo, y Elisa sacudiendo al pasar las ramas que encontraba al alcance de su mano, como pudiera hacerlo una niña aturdida. Las hojas sacudidas se desprendían de las ramas, como si quisieran sembrar de flores nuestro camino.

De repente me detuvo, y mirándome fijamente, me preguntó:

—Vamos á ver: ¿quieres ser franco?

—¡Franco! (exclamé.) Jamás.

—¿Por qué?—dijo sorprendida.

—Porque los *francos*, preciosa criatura, están siendo en este momento la deshonra del género humano.

El éxito de este equivoco fué completo, pues prorrumpió en una espontánea carcajada.

Luego que acabó de reir, movió la cabeza, diciendo:

—Bueno; lo diré de otro modo. ¿Quieres ser ingenuo?

—Eso ya es otra cosa; cuenta con toda la ingenuidad que necesites.

—Pues bien: dime, ¿qué piensas de Montenegro?

Esta pregunta me cogió completamente desprevenido.

—¡Phs!.... (le contesté.) No puedo decirte...., porque...., en realidad...., no pienso nada.

—Esa respuesta (añadió) me indica que no has entendido mi pregunta. No te pidó yo un juicio crítico acerca de su carácter, de sus cualidades ó de su talento; eso no es de mi cuenta; y, en cuanto á su historia, no dejará de ser, poco más ó menos, la historia de todos los hombres de mundo. Lo que yo deseo saber es si tú, hombre de negocios, consideras sólida la fortuna de Montenegro.

Más sorpresa me causó todavía esta curiosidad

inexplicable de Elisa. No me hubiera ocurrido jamás que pretendiera adquirir semejante dato.

—Su fortuna (le dije, encogiéndome de hombros) nadie la pone en duda. Es verdad que no se conoce el inventario de sus bienes raíces; pero el lujo con que vive da testimonio de su riqueza.

—Es decir (añadió), que á Montenegro se le puede admitir como un buen partido. No te admiren estas averiguaciones; me interesa la suerte de Octavia, y he ahí todo.

—¡Hola! (exclamé.) ¿Tu amiga desea al fin casarse, y tú tienes el encargo de sondear el bolsillo de su futuro esposo?...

—No (se apresuró á decir). Es pura y simplemente una oficiosidad mía.

—Pues ten presente (le advertí) que Montenegro pasa por hombre incasable.

—Mejor (dijo); esa circunstancia aumenta el interés de la intriga en que estoy metida, y cuento con tu indispensable cooperación para salir airosa; sin ella, me expondría á un fracaso, y eso sería deplorabile. Ya sabes que las mujeres somos así; ponemos nuestra vanidad en todo.

En realidad, no me proponía un crimen; pero hay en esto algo impropio de mi carácter. Quise excusarme; mas me replicó, diciendo:

—No hemos de ser eternamente marido y mujer; alguna vez es preciso que seamos cómplices. Mira, —añadió, señalándome el extremo de la calle de árboles por donde íbamos.

Fijé la mirada, y vi á un hombre que se dirigía hacia nosotros.

—Es Montenegro, —dije.

—El mismo (añadió Elisa). ¡Qué chasco le espera!... Creerá encontrar aquí á Octavia, y Octavia no ha venido. Sal tú á su encuentro, que yo me escapo por esta calle de la izquierda.... Es una visita algo intempestiva.

Y diciendo y haciendo, soltó mi brazo, guiñó graciosamente los ojos, y se perdió entre los árboles, dejándome frente á frente de Montenegro. »

CARTA IX.

NO ES TAN FIERO EL LEÓN COMO LO PINTAN.

Octubre 23 de 1873.

«Seguí andando, hasta encontrarme con Montenegro, que á su vez se adelantaba hacia mí. Al saludarme me tendió la mano, y me dijo :

—Perdone V. la franqueza con que invado estos sitios; y si me sirve de excusa, confiaré á V. una afición que me domina y que me ha conducido hasta aquí, tal vez indiscretamente.

—¿Acaso (le pregunté) participa V. de mis aficiones?... Allí, al otro lado de la estufa, están mi sala de armas y mi tiro de pistola.

—¡ Oh ! (exclamó con perfecta naturalidad.) Soy á la vez un ser inofensivo é indefenso ; no le disputo á nadie el derecho á vivir que á todos nos concede la naturaleza desde el momento mismo en que nacemos, y no sabría qué hacer, de mi destreza si poseyera el arte de matar.... ¿Qué quiere V., amigo mio? Quizá es un defecto de mi compleción pacífica ; soy filántropo, más aún, kuáker, y hasta prohibiría dar muerte á los animales, por lo menos á aquellos que son inofensivos. Com-

prendo que nuestras mesas perderían sus platos más suculentos, y que se levantaría contra mí el estómago del género humano ; pero, á lo menos, respetemos la vida de nuestros semejantes : detesto las guerras y me aflige la pena de muerte.

—En ese caso (añadí yo), debe V. tener el corazón constantemente afligido, porque, si bien es verdad que al fin consolarán á V. de la muerte de los animales inofensivos la sopa de tortuga, el hígado de pato y el solomillo de vaca ; por lo que hace á nuestros semejantes, vivimos en una civilización en que las guerras, los asesinatos y los fusilamientos forman el tema obligado de nuestra sangrienta historia. La última palabra civilizadora de nuestro siglo es la *Commune*, cuyos horrores V. mismo ha presenciado en París.

—Sí (me contestó). He presenciado en París los horrores de la *Commune*, y ese espectáculo ha aumentado mi natural repugnancia á la sangre. La sola presencia de las armas me estremece, y en la necesidad de matar, preferiría huir.

¿Hablaba formalmente?... No podía creerlo ; su persona se halla acentuada con rasgos varoniles que desmentían sus palabras, y encontraba en la expresión de su rostro una impasibilidad inalterable, que no suele ser propia de los pusilánimes.

En mis observaciones acerca de este hombre, no le habría concedido nunca el valor impetuoso y arrebatado de los temerarios, sino más bien el valor frío, sereno, de los hombres que miden el peli-

gro muchas veces antes de acometerlo, que calculan tranquilamente todas las probabilidades, y que no se juegan la vida más que en el último extremo.

Sus costumbres muelles, opulentas y sensuales alejan toda sospecha de que participa formalmente de las sensiblerías de los filántropos ni de las ridiculeces de los kuákeros. No puedo asegurarte qué religión profesa Montenegro, y me inclino á creer que ninguna; mas si pertenece á alguna de las ciento sesenta y tantas sectas en que se halla dividido el protestantismo, es de toda evidencia que no pertenece á la de los *legumbristas*.

Indudablemente, se burlaba de lo mismo que decía, ó intentaba ocultarme el fondo de su carácter, ó tal vez no fuera más que una mera extravagancia de la conversación. No obstante, le dije:

—Huir suele ser lo más prudente, pero no es siempre lo más heroico; y hay ocasiones en que el hombre se ve obligado á tomarse la justicia por su mano.

—¡ La justicia !.... —exclamó, frunciendo el entrecejo.

—Hay casos de honor, —seguí yo diciendo.

Esta última palabra produjo un rápido cambio en su fisonomía, pues desarrugó el entrecejo y se sonrió amablemente.

—El honor (dijo) no existe desde que cada uno lo entiende á su manera: es una preocupación de la Edad Media, que está ya casi desterrada; las dinastías de los caballeros se han convertido en series

de espadachines; el honor no es un requisito excesivamente necesario para vivir con desahogo en el mundo. Este adelanto me parece incontestable. Pero nos alejamos del punto de partida de nuestra conversación; no ha sido mi afición á las armas el motivo que me ha impulsado á entrar en el jardín, sino mi afición á las flores.

Ya ves, distinguido poeta y desdichado filósofo, que no es tan fiero el león como le pintan. Aquí tienes á Montenegro, con toda su novelesca celebridad, confesando con todo el candor de un niño mimado, que el espectáculo de la sangre le aterra, que las armas le asustan y que ama á las flores: no diría más una colegiala.

Por poca perspicacia que me concedas, y en este punto parece que te has empeñado en quedarte con toda, no supondrás que he tomado sus palabras al pie de la letra. No encontré á la mano otra disculpa para excusar su presencia en el jardín, y apelé al recurso de las flores, lo cual te dará á entender que no dispone de una imaginación demasiado pronta y demasiado socorrida. Para mí ha perdido el cincuenta por ciento.

Pensé que Octavia no ve en él más que lo que en el mundo se llama un buen partido, si es que realmente su fortuna corresponde á su fausto; y cansada, por lo visto, de esperar un príncipe ruso, ó por lo menos un lord cargado de libras esterlinas, se ha decidido á conquistar á Montenegro, convencida, al fin, de que los príncipes no se encuentran

detrás de la puerta, ni los lores caen por la chimenea.

Nunca hubiera creído que el mejor medio de conseguir buen éxito en esta especie de negociación matrimonial, fuese el que Octavia había empleado; pero sin duda la urgía apresurar el momento, y preciso es reconocer que el golpe ha sido seguro, pues Montenegro ha caído en las primeras redes; falta saber si caerá en las segundas.

Nadie se resiste á correr las eventualidades de una aventura que halaga al amor propio, porque, al fin, Octavia posee una belleza meridional, tiene talento, y las originalidades de su carácter le dan mucho atractivo; además, hasta ahora se ha mantenido insensible á las pretensiones de que ha sido objeto. Comprendo perfectamente todo el encanto que puede ejercer sobre los hombres. ¿Qué quieres! Desde que escondido detrás de la cortina escuché su conversación con Montenegro, la observo atentamente, y encuentro en ella perfecciones que antes no había notado.

Su natural viveza ha perdido aquel aturdimiento con que todo lo animaba; mas, en cambio, ha adquirido un aplomo majestuoso, que da mucho realce á la gracia de su persona; cualquiera diría, y aun hay quien lo dice, que pretende demostrar con la gravedad de su aspecto la ligereza de su conducta. No tengas duda: Octavia puede inspirar un sentimiento profundo; yo he sacado este convencimiento de mis últimas observaciones.

Pero bien: aun suponiendo que Montenegro esté perdidamente enamorado, ¿adónde puede conducirla la intriga en que se ha metido?... La historia de este hombre es un enigma. ¿Quién nos asegura que no esté casado?

El proceder de esta criatura sería para mí inexplicable, si no viera en ella la ceguedad tan frecuente en las mujeres que se proponen atrapar lo que ellas llaman un buen partido.

Vanidad ó cálculo, ó ambas cosas á la vez: ahí tienes el móvil de su conducta.... Ríete de mí sin misericordia. Yo, hombre de negocios, acostumbrado á conocer todos los tristes secretos de la prosa humana, había llegado á creer, no sé por dónde, que no cabían en Octavia ni la vanidad ni el cálculo. Este chasco merece una silba.

Llevé á Montenegro á la estufa, donde recreó su afición examinando tiesto por tiesto las diferentes especies de flores que contiene.

—¡Oh! (exclamó de pronto): ¡la rosa de te!

—Sí (dije yo); es la flor de moda, y ese es, por de pronto, el primer mérito que la adorna.

—Su mérito es incontestable (me replicó). La timidez de su perfume y la suavidad de sus tintas son dignas de la celebridad de que goza. Las camelias han perdido el pleito. Tiene esta flor algo de la aurora; la luz, al reflejarse sobre la pureza de sus hojas, no sabe qué color tomar, y es, á la vez, blanca, sonrosada y amarilla.

Yo me reía interiormente del entusiasmo con

que admiraba las cualidades de la rosa de te, y me parecía el Sr. Montenegro un niño en el momento en que descubre el juguete más de su gusto. Seguía con mirada burlona los ademanes de su admiración, verdadera ó falsa, pues me parecía tan ridícula, que el novelesco personaje perdió para mí el cincuenta por ciento que le quedaba de su fama.

De repente sentí sobre mis párpados la suave presión de dos manos que me dejaron ciego, y casi al mismo tiempo sonó detrás de mí una carcajada.

—¡Elisa!—exclamé, riéndome yo también de la ocurrencia.

Cuando abrí los ojos porque las manos de Elisa me lo permitieron, Montenegro se hallaba con el sombrero en la mano y el cuerpo inclinado hacia adelante, en la actitud del hombre que saluda.

Esta vez la figura de Montenegro me pareció grotesca, y dirigiéndome á Elisa, que continuaba riéndose, la dije:

—Eres una loca; hace media hora que este caballero te está saludando, y no le contestas.

—Perdone V., amigo mío (dijo, sin dejar de reirse). No había reparado en ello. Pero, ¡ah! (exclamó.) ¿Y Octavia?

Al oír este nombre, Montenegro dejó ver una sonrisa bastante correcta, y se atusó, primero una y después otra, sus grandes patillas.

Octavia entró entonces en la estufa, diciendo:

—Alguna escena graciosa ha debido represen-

tarse aquí, pues he oído las carcajadas de Elisa. ¿Quién ha sido la víctima?...

—Yo,—me apresuré á decir, sin poder contenerme.

—¿Y cómo ha sido eso?—preguntó, al mismo tiempo que saludaba á Montenegro.

—No puedo referirlo con exactitud (dijo éste). Me hallaba distraído contemplando esta bella rosa de te.

—Realmente (añadió Elisa), la cosa no merece la pena de contarse; es una niñería.

—En efecto (dije yo): sorprender á una persona por la espalda y taparle los ojos, no es ciertamente un suceso que merezca los honores de la historia.

Elisa apoyó la mano sobre el hombro de su amiga, preguntándole:

—¿Te acuerdas cuántas veces hacíamos eso en el colegio?

—Sí (le contestó Octavia). Muchas veces lo hicimos, y no me sorprende que hayas recordado en esta ocasión aquel inocente juego de nuestra infancia. Lo que no comprendo es el capricho de estos señores de permanecer en la estufa, donde hace un calor insostenible.

—No es un mero capricho (repliqué yo). El señor de Montenegro profesa particular afición á la jardinería, y ha querido examinar de cerca nuestra colección de plantas.

—Preciosa colección (exclamó á su vez Montenegro). Hay aquí plantas de todas las regiones.

TOMO X.

8

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Cole. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Y cuál de ellas (preguntó Octavia) merece más particularmente su atención?

—En este museo de flores (contestó), la rosa de te es la perla de Rafael.

Elisa hizo un movimiento de impaciencia, y dijo:

—He ahí un punto que se puede discutir al aire libre, porque, en efecto, Octavia tiene razón; aquí hace un calor insoportable.

Y diciendo y haciendo, cogió el brazo de su amiga, y juntas salieron de la estufa: nosotros las seguimos.

¿Te parece todo esto demasiado minucioso y poco interesante? Es posible que lo sea; pero ten paciencia, literato impertinente, y ya verás á su tiempo que la rosa de te no es tan sencilla como parece á primera vista.»

CARTA X.

LA ROSA DE TE.

Octubre 24 de 1873.

«Como te decía ayer, salimos de la estufa, ellas dos delante, y nosotros detrás, resueltos á seguir las hasta el fin del mundo; así es que, al llegar al extremo de la calle, torcimos á la derecha, porque ellas también habían torcido en la misma dirección.

Pasaron por delante de la puerta que conduce al interior de la casa, y siguieron adelante; nosotros hicimos lo mismo, y de esta manera dimos dos vueltas al jardín, yendo á parar siempre á la estufa.

En este paseo intenté sondear, no el corazón, sino el bolsillo de Montenegro, por si podía descubrir la oculta mina de su opulencia; pero nada pude sacar en limpio.

Nuestra conversación fué, poco más ó menos, la siguiente:

—Malos tiempos alcanzamos.

—¡Oh!... ¡Sí!..., muy malos!

—En España parece la ruina inevitable: la última demagogia nos domina, y después de la catástrofe que se acerca, me parece que no podremos decir: «Todo se ha perdido menos el dinero».

:

—¿Y cuál de ellas (preguntó Octavia) merece más particularmente su atención?

—En este museo de flores (contestó), la rosa de te es la perla de Rafael.

Elisa hizo un movimiento de impaciencia, y dijo:

—He ahí un punto que se puede discutir al aire libre, porque, en efecto, Octavia tiene razón; aquí hace un calor insoportable.

Y diciendo y haciendo, cogió el brazo de su amiga, y juntas salieron de la estufa: nosotros las seguimos.

¿Te parece todo esto demasiado minucioso y poco interesante? Es posible que lo sea; pero ten paciencia, literato impertinente, y ya verás á su tiempo que la rosa de te no es tan sencilla como parece á primera vista.»

CARTA X.

LA ROSA DE TE.

Octubre 24 de 1873.

«Como te decía ayer, salimos de la estufa, ellas dos delante, y nosotros detrás, resueltos á seguir las hasta el fin del mundo; así es que, al llegar al extremo de la calle, torcimos á la derecha, porque ellas también habían torcido en la misma dirección.

Pasaron por delante de la puerta que conduce al interior de la casa, y siguieron adelante; nosotros hicimos lo mismo, y de esta manera dimos dos vueltas al jardín, yendo á parar siempre á la estufa.

En este paseo intenté sondear, no el corazón, sino el bolsillo de Montenegro, por si podía descubrir la oculta mina de su opulencia; pero nada pude sacar en limpio.

Nuestra conversación fué, poco más ó menos, la siguiente:

—Malos tiempos alcanzamos.

—¡Oh!... ¡Sí!..., muy malos!

—En España parece la ruina inevitable: la última demagogia nos domina, y después de la catástrofe que se acerca, me parece que no podremos decir: «Todo se ha perdido menos el dinero».

:

—¿Teme V. que triunfe en España la Internacional?

—No lo temo (le contesté). La Internacional ha triunfado ya en España.

—¿Cómo? (exclamó.) ¿Hay alguna noticia?

—Sí (le contesté). Una noticia histórica, que se remonta al año de 1834. Los primeros internacionalistas fueron aquellos que incendiaron los conventos, degollaron á los frailes y saquearon las iglesias. Detrás de estos internacionalistas de las calles estaban los internacionalistas de los palacios, como detrás del instrumento está la mano. Después del degüello, del saqueo y del incendio, vino la ley, la ley del despojo, y detrás de aquéllos están éstos.

—Sí (me replicó); pero ya no existe la preocupación de los conventos; se ha desvanecido el poder de la teocracia, y han entrado en circulación las grandes masas de riqueza que las manos muertas tenían apartadas del movimiento económico de nuestro siglo.

—Pero es el caso (le advertí), que todavía existe la preocupación del lujo y del arte; que no se ha disipado todavía el poder de los grandes capitales; que aún permanecen extrañas al movimiento económico de nuestro siglo grandes masas de riqueza, estancadas en los palacios, en los monumentos y en los museos; no hay conventos, pero hay fábricas; no hay frailes, pero hay ricos.

Aquí Montenegro me miró, encogiéndose de

hombros, como si no diera gran importancia á mi razonamiento, ó, más bien, como si no entendiera mis palabras. Después de un momento de silencio, dijo:

—¡Bah! El hecho importante es que aquí la *Commune* no tiene ni fuerza ni audacia.

Á mi vez me encogí de hombros, y seguí diciendo:

—Sea enhorabuena; pero, entretanto, ponga V. su fortuna fuera del alcance de una turba triunfante ó de una ley votada por la mayoría de ésta ó de otra asamblea, si no se resigna á ser uno de los futuros descamisados.

—¡Oh..., mi fortuna!—exclamó con cierta indiferencia.

Podría atribuir á esta exclamación tres conceptos: ó es un hombre superior que mira con desdén sus propias riquezas, ó es un hombre precavido que tiene su fortuna á cubierto de todas las eventualidades, ó es una especie de Crespo que posee tesoros inagotables. También podía ser que se hallara á punto de verse arruinado, y, en tal caso, bien podía serle indiferente el peligro de la rapiña, bien viniera de la mano airada de las turbas, ó de la mano legislativa de la asamblea.

Verdaderamente, no parece creíble que un hombre como Montenegro, que tan refinadamente sabe rodearse de todas las opulentas comodidades del lujo moderno, viera sin terror la pérdida de su fortuna.

No pude disimular la fuerza de esta reflexión, y, adoptando el aire positivo de un verdadero hombre de negocios, le dije:

—No creo que cambie V. por pura indolencia las comodidades con que vive por las amargas inquietudes de la miseria. En nuestro siglo se desprecia la vida; pero nadie desprecia el dinero. V., más cauto ó menos codicioso que los demás, no posee dehesas ni campos que puedan ser talados, ni quintas, ni fábricas, ni palacios que puedan ser pasto del saqueo y del incendio. Previendo V. las contingencias de la bancarrota, no ha querido, y ha hecho muy bien, exponer sus capitales á las desastrosas eventualidades de las rentas públicas. El papel del Estado no es ya un peligro, sino una ruina casi patente. Supongo también que, mirando con desconfianza la prosperidad, tal vez aparente, de las Bolsas extranjeras, ha depositado V. sus millones en el Banco de Inglaterra, á no ser que, como Simónides, salve V. del naufragio todas sus riquezas llevándolas consigo.

—En efecto (me dijo): la riqueza territorial no ofrece grandes seguridades: su posesión está puesta en tela de juicio por la economía moderna; además, es poco productiva, y se halla sujeta á todos los accidentes de la naturaleza: las inundaciones, las tempestades, las sequías, la langosta...; en fin, es una propiedad acosada por toda clase de plagas. Por otra parte, poseer estos ó los otros terrenos, parece que es renunciar al resto de la tierra. La

industria no ofrece mayores ventajas, y yo no soy partidario de la dureza de los capitales que explotan el trabajo. En cuanto á las rentas públicas, presentan un grave inconveniente: es poner el bolsillo en manos de gobiernos fugitivos, entregándolo al azar de ruinosas alternativas... Simónides hacía muy bien en llevar consigo todas sus riquezas. En fin: el Banco inglés es un establecimiento respetable. Pero, ¡diablo! (añadió), el Banco inglés me recuerda cuatro cosas que lo agradable de nuestra conversación me había hecho olvidar: la primera es, que hoy como en la embajada inglesa; la segunda, que son ya las seis de la tarde; la tercera, que aún tengo que vestirme, y la cuarta, que la rigurosa puntualidad de los hijos de la Gran Bretaña es inexorable.

Y, dicho y hecho: oprimió mi mano, corrió á despedirse de las señoras, y salió del jardín precipitadamente, dejándome en ayunas acerca de la forma auténtica de su fortuna.

De todas maneras, confirmé el juicio que de él había formado aquella tarde, clasificándole entre la multitud de seres superficiales que pueblan el gran mundo.

Elisa y Octavia continuaban su paseo tan entretenidas, que no advertían lo desapacible que empezaba á ser el vientecillo con que se anunciaba la caída de la tarde. Intenté reunirme á ellas para hacerles notar esta circunstancia, y apresuré el paso; pero antes de que las alcanzara volvieron la

cabeza, y, viéndome, cruzaron entre sí algunas palabras, que á mí sin duda se referían, y comenzaron á andar más de prisa.

Apresuré yo el movimiento de mis pies; mas apenas notaron que ganaba terreno, tomaron otra calle, y rompieron á correr resueltamente. Entonces se entabló entre nosotros un verdadera lucha: ellas huyendo, y yo persiguiéndolas. Siempre que burlaban mi persecución, escapándose por las calles transversales del jardín, celebraban su triunfo con carcajadas, en las que sobresalía el timbre delicado de la voz de Elisa.

Empezaba á perder la esperanza de poder cogerlas, y comprendí que no es tan fácil coger á una mujer cuando ella se propone no ser cogida. Sin embargo, insistí como un niño que tiene picado su amor propio, y proseguí dándoles caza. No podía conseguir acercarme á ellas sin ser visto, y en vano me ocultaba en los troncos de los árboles; parecía que me adivinaban.

Renuncié á la astucia y apelé á la fuerza; como á las barricadas bien defendidas, era preciso tomarlas á la carrera, y así lo hice, lanzándome á todo vapor, seguro de alcanzarlas.

En efecto: yo corría más que ellas, y á cada instante disminuía la distancia que nos separaba; antes de llegar al extremo de la calle en que corríamos, caerían en mi poder, y sentía de antemano la alegría del triunfo.

Hubo un momento en que me hubiera bastado

tender la mano para cogerlas, y este fué el momento crítico. Ambas conocieron la inminencia del peligro en que se encontraban, y, aprovechando con hábil estrategia las circunstancias favorables del terreno, se separaron de pronto, desapareciendo la una á la derecha y la otra á la izquierda; vacilé, sin saber á cuál de las dos seguir; perdí tiempo; ganaron ellas terreno, huyendo en dirección opuesta, y yo quedé nuevamente burlado.

Como ves, la una y la otra se hallaban de buen humor, y se divertían conmigo que era un contento. Me detuve á meditar un plan de campaña de resultado seguro, y concebí el proyecto de una emboscada.

Retrocedí, ocultándome, y, buscando los caminos más estratégicos, fui á tomar posición en la estufa. Si el enemigo, en sus correrías, pasaba por allí, caería sobre él inopinadamente, y no tendría más remedio que entregarse. Esperé el momento de mi triunfo con esa inmóvil inquietud propia de las grandes expectativas, lanzando rápidamente la mirada allí donde los oídos percibían algún rumor sospechoso.

No sé la importancia que tú concederás á esta empresa; pero yo puedo asegurarte que había puesto en ella todo el empeño de mi amor propio.

Imagínate, pues, cuál sería mi desaliento al ocurrirme la idea de que el enemigo hubiese emprendido una retirada simultánea, y que mientras yo esperaba agazapado en el desfiladero de la es-

tufa, ellas podían estar muy bien descansando tranquilamente de sus fatigas en el gabinete del *trousseau*. Era muy posible, y hasta muy probable, y resolví practicar un reconocimiento.

Saqué la cabeza por entre los tiestos que me ocultaban, y al través de las hojas de un plátano casi recién nacido, que se tendían buscando luz y aire, vi á Elisa que, andando con las puntas de los pies y mirando á su alrededor como para no ser sorprendida, se dirigía hacia la puerta de la estufa. Sin duda, había concebido, como yo, el proyecto de ocultarse en ella, ¡infeliz!..., sin presumir que yo, con todo el grueso del ejército, estaba allí emboscado. Probablemente, Octavia habría apelado al mismo expediente; de modo que el juego de las carreras empezaba á convertirse en el juego del escondite. Octavia, Elisa y yo habíamos vuelto á la dulce edad de la infancia, y jugábamos en el jardín como niños de colegio en las horas de asueto.

Sentía yo, pues, todo el placer infantil de mi ventajosa situación.

Elisa llegó á la puerta de la estufa, y se detuvo un momento, para convencerse de que nadie la seguía, y entró con el mismo sigilo que había llegado. Pasó por delante de mí sin verme y se dirigió al grupo de macetas en que se hallaba la rosa de te.

Allí hizo alto, y quedóse como contemplando la preciosa flor, tan admirada poco antes por Montenegro. Me pareció que había llegado el momento de la sorpresa, y salí de mi escondite, y poco á poco

me fui acercando á Elisa, que se hallaba de espaldas. Entonces me ocurrió que la sorpresa podría causarle una impresión demasiado fuerte, y contuve la mano que iba á apoyar sobre su hombro para hacerla prisionera, y aun tuve intenciones de retirarme; pero en aquel momento Elisa empujó con una mano el tiesto de la rosa de te, y con la otra sacó de debajo de la maceta un objeto que no pude distinguir. Casi maquinalmente tendí la mano y la así por el brazo. El grito que dió todavía lo tengo clavado en los oídos, y aún me parece que siento el temblor de su cuerpo, y aún me parece que veo el espanto de su rostro.

El objeto que había cogido se escapó de su mano y cayó al suelo; era una carta sin sobrescrito, sellada con lacre verde, que yo recogí.

— ¡Qué susto me has dado! (exclamó, repeniéndose y queriendo sonreirse.) ¡Ah!: no te lo perdonaré nunca.

Y viendo en mi mano la carta que se había escapado de la suya, bajó la voz, y confidencialmente me dijo:

— Guárdala; no hay inconveniente en ello. Es un depósito que te confío. Tú no eres curioso, y, además, eres mi cómplice, y no debo tener para ti secretos.

El grito de Elisa atrajo á Octavia, que entró en la estufa pálida y aterrada, como si hubiera sido ella la víctima de aquella sorpresa.

— La he cogido (le dije yo, señalando á Elisa y

ocultando la carta en el bolsillo). Son Vds. mis prisioneras.

—Lo temí (añadió ella). Observé que V. retrocedió hasta la estufa, y presumí que se habría V. ocultado aquí; pero no he visto llegar á Elisa.

—Todo ello (dijo ésta), no ha sido más que un buen susto.

—Muy bueno debe haber sido (insistió Octavia), porque hasta la rosa de te se ha desmayado. ¡Mira, mira! ¡La maceta está volcada!

Y acercándose al lugar de la catástrofe, levantó la maceta volcada, y la colocó en su sitio, diciendo:

—¡Oh, cómo pesa!

Elisa me guiñó el ojo con cierta malicia, y apoyando el dedo en sus labios, me recomendó el silencio.

Octavia cogió el brazo de su amiga, y al apoyarse en él, le dijo:

—Aún tiemblas.

—¡No, no! (replicó con viveza.) Yo estoy ya tranquila; ese temblor es tuyo: tú eres la que tiemblas.

Salimos de la estufa, y atravesamos el jardín, cada uno poseído de distinta situación de ánimo. Elisa, visiblemente excitada de los nervios, se mostraba bulliciosa y habladora. Octavia iba cabizbaja y meditabunda, y yo las seguía con aire distraído, dando vueltas en el bolsillo á la carta que acababa de sorprender en la mano de Elisa.

Ahora bien: ¿qué te parece la rosa de te?»

CARTA XI.

DILACIONES.

Octubre 25 de 1873.

«Aquella noche comió Octavia con nosotros, además de otros convidados, que encomiaron, como siempre, el genio culinario de Donato. Después de comer acudieron muchos amigos, porque era noche de recepción, de manera que me fué preciso aplazar para después la entrevista que debíamos tener Elisa y yo, para hablar del misterioso billete encontrado debajo de la maceta de la rosa de te, que permanecía cerrado en el fondo de mi bolsillo.

No podré explicarte la diversidad de pensamientos que excitaba en mí la existencia de tan recatado documento y la singular manera con que había venido á mis manos; mas te diré, por si no lo sospechas, que experimentaba la más impaciente curiosidad por penetrar el secreto de su contenido, curiosidad de la cual me reía yo mismo.

No obstante, la noche me pareció demasiado pesada, y no encontré amenidad ni interés en las conversaciones de sobremesa, y presumí que iba á fastidiarme soberanamente en las tres horas mortales que, por lo menos, duraría la recepción. Así

UNIVERSIDAD DEL ALENCO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

ocultando la carta en el bolsillo). Son Vds. mis prisioneras.

—Lo temí (añadió ella). Observé que V. retrocedió hasta la estufa, y presumí que se habría V. ocultado aquí; pero no he visto llegar á Elisa.

—Todo ello (dijo ésta), no ha sido más que un buen susto.

—Muy bueno debe haber sido (insistió Octavia), porque hasta la rosa de te se ha desmayado. ¡Mira, mira! ¡La maceta está volcada!

Y acercándose al lugar de la catástrofe, levantó la maceta volcada, y la colocó en su sitio, diciendo:

—¡Oh, cómo pesa!

Elisa me guiñó el ojo con cierta malicia, y apoyando el dedo en sus labios, me recomendó el silencio.

Octavia cogió el brazo de su amiga, y al apoyarse en él, le dijo:

—Aún tiemblas.

—¡No, no! (replicó con viveza.) Yo estoy ya tranquila; ese temblor es tuyo: tú eres la que tiemblas.

Salimos de la estufa, y atravesamos el jardín, cada uno poseído de distinta situación de ánimo. Elisa, visiblemente excitada de los nervios, se mostraba bulliciosa y habladora. Octavia iba cabizbaja y meditabunda, y yo las seguía con aire distraído, dando vueltas en el bolsillo á la carta que acababa de sorprender en la mano de Elisa.

Ahora bien: ¿qué te parece la rosa de te?»

CARTA XI.

DILACIONES.

Octubre 25 de 1873.

«Aquella noche comió Octavia con nosotros, además de otros convidados, que encomiaron, como siempre, el genio culinario de Donato. Después de comer acudieron muchos amigos, porque era noche de recepción, de manera que me fué preciso aplazar para después la entrevista que debíamos tener Elisa y yo, para hablar del misterioso billete encontrado debajo de la maceta de la rosa de te, que permanecía cerrado en el fondo de mi bolsillo.

No podré explicarte la diversidad de pensamientos que excitaba en mí la existencia de tan recatado documento y la singular manera con que había venido á mis manos; mas te diré, por si no lo sospechas, que experimentaba la más impaciente curiosidad por penetrar el secreto de su contenido, curiosidad de la cual me reía yo mismo.

No obstante, la noche me pareció demasiado pesada, y no encontré amenidad ni interés en las conversaciones de sobremesa, y presumí que iba á fastidiarme soberanamente en las tres horas mortales que, por lo menos, duraría la recepción. Así

es que, dejando á Elisa en la plenitud de su corte, fui á refugiarme en la sociedad del Casino, buscando una conversación más viva y emociones más fuertes.

Pero estaba en desgracia; era demasiado temprano, y los salones del Casino se hallaban desiertos. La mayor parte de los concurrentes devoraban los periódicos de la tarde en el gabinete de lectura; alguno que otro, recostado en los divanes y en las butacas, dormitaba sumergido en los horrores de la digestión. La sala de juego estaba medio á oscuras, solitaria y muda, y al levantar la gran coladura que cubre la puerta, retrocedí maquinalmente, pues me pareció que iba á entrar en una caverna. Maquinalmente también me llevé la mano al bolsillo, riéndome interiormente de la espontaneidad de esas dos acciones involuntarias.

Como ves, el Casino no me ofrecía distracción alguna con que poder matar el tiempo. Textualmente, no sabía qué hacer de mi persona, cuando oí en el salón grande, primero el murmullo y luego las voces de una conversación bastante animada.

Salí al encuentro de esta novedad, que podría entretenerme algunos momentos, y me encontré con un periodista y un hombre de negocios, que discutían muy formalmente acerca de la pena de muerte.

Sostenía el periodista que la sociedad no tiene derecho á quitar una vida que no da, y que, por consiguiente, no puede devolver. El hombre de

negocios se desesperaba, no tanto por la fuerza del argumento como por el aplomo magistral de su contrincante, y replicaba, diciendo:

—Eso está bien en los artículos de un periódico que pretenda hacer sensación en las cárceles y en los presidios y aspirar á las simpatías de todos los antros del crimen; pero la sociedad piensa de distinta manera que esos filósofos patibularios, y pedirá la pena de muerte siempre que se halle frente á frente de un delito que la espante.

—¡Oh! (exclamó el periodista.) Ese es el egoísmo de la sociedad, y la sociedad no es la justicia.

—Bueno (replicó el otro); pero esa es la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos.

—Sí (añadió con desdén el periodista). La historia sangrienta de todos los pueblos salvajes.

—¿Qué?... (preguntó su adversario.) ¿Se atreverá V. á destruir la fuerza indestructible de ese sentimiento universal?...

Antes de responder á esa pregunta, el insigne publicista dejó ver la sonrisa de una incontestable superioridad, y echando sobre lo pasado el argumento de lo presente y de lo futuro, replicó dogmáticamente, diciendo:

—Para destruirla progresamos.

En este momento de la disputa me acerqué á los contendientes, y el hombre de negocios, cruzándose de brazos, me miró con una expresión que quería decir: «¿Ha visto V. en su vida un hombre más imbécil?»

Después de este mudo paréntesis, añadió :

—Progresamos; bien : sea en hora buena ; pero es el caso , que cuanto más progresamos , más se fusila , se degüella y se asesina .

—Así (dijo el publicista) , es imposible discutir ; estamos fuera de la cuestión .

—En efecto (añadió el hombre de negocios) . V. es quien la ha sacado de quicio . Yo , sin entrar en más averiguaciones , sostengo que el falsificador merece la pena de muerte . Por ahí se ha empezado la disputa .

—Por ahí ha empezado ciertamente , y si V. quiere sostenerla en ese caso particular , dése V. desde luego por derrotado . ¡ Pena de muerte al falsificador !... ¿ Y por qué ?... ¿ Desde cuándo tiene la sociedad derecho para hacer pagar á un hombre con la vida la ignorancia de los demás ?

Al ver el periodista la sorpresa que estas palabras nos causaron , lanzó al aire una gran bocanada de humo , y siguió diciendo :

—Es preciso no preocuparnos ; el monedero falso no es , en rigor , más que un contrabandista de moneda ; desestánquese la acuñación del numerario , y se cortan de raíz las falsificaciones ; acabarán los falsificadores . ¿ Se ríen Vds. ?... Pues no es por eso menos cierto . ¿ No hemos desestancado la sal , el tabaco , la pólvora , los almanaques ?... ¿ Por qué no se ha de desestancar también la moneda ?... ¿ Qué inviolabilidad especial le conceden Vds. al oro , á la plata y hasta al cobre , para que sólo puedan acuñar-

los los gobiernos ? En realidad , es un negocio que la libertad completa á que el mundo aspira , arrancará al fin de las manos del Estado . En resumen : la acuñación oficial y exclusiva de la moneda es un monopolio .

No puedo yo asegurarte si estaba persuadido de lo que decía ó se burlaba de sus propias palabras .

—Ya sé (prosiguió) que la libertad de estas industrias causaría , por de pronto , algunas perturbaciones ; pero , ¿ acaso no las causan todas las reformas trascendentales ? Se me dirá que la moneda perdería la autenticidad de su valor intrínseco ; yo digo que el que no distingue un duro de plata de un duro de plomo es un idiota . ¿ Qué hace , pues , el monedero falso al trasplantar el cuño ? Pura y simplemente adelantarse á una reforma inevitable en el orden del progreso humano .

—Amigo mío (le dijo el hombre de negocios) , nada de eso tiene pies ni cabeza . Además , se trata de la gran falsificación de billetes de Banco que se ha descubierto .

—¡ Una falsificación de billetes !—exclamé yo .

—Enorme ,—me contestó .

—Permitanme Vds. (dijo el publicista) . En ese caso concreto , mi argumentación es mucho más fuerte , más sencilla y más breve . Fijemos bien el punto . ¿ Qué son los billetes de este Banco , de aquél ó del otro ?... La suposición bastante aventurada de la existencia de una riqueza efectiva correspondiente al valor que el papel representa . Y

digo suposición aventurada, porque las precauciones que al parecer se adoptan para asegurar la garantía de los valores fiduciarios son ineficaces. Ellas no evitan que de vez en cuando, ya por un motivo, ya por otro, los billetes de Banco sufran terribles descuentos, que se aumentan en razón de las dificultades, siempre inevitables, que los mismos Bancos oponen á la facilidad del cambio. Ellas no impiden que los Bancos quiebren, y que los tenedores de los billetes se vean con un papel entre las manos que les cuesta mucho y que no vale nada. Deduzco, pues, que la facultad de disponer así del bolsillo ajeno, á título de confianza, constituye un verdadero privilegio. Ahora bien: ¿qué es la falsificación de billetes?... No nos hagamos ilusiones; es una conspiración contra un privilegio, y, no hay que arquear las cejas: la igualdad inexorable del derecho moderno ha declarado legítimas las conspiraciones contra los privilegios.

Entre todos los desatinos que en estos días de libertad se dicen y se oyen, se escriben y se leen, los de este hombre público me parecieron bastante originales; así es que me sonreí con cierta benevolencia; mas él debió tomar mi sonrisa como una señal de aquiescencia á sus racionios, ó, por lo menos, como una muestra de admiración á su talento. Y no queriendo comprometer el éxito alcanzado con nuevas discusiones, nos saludó muy afablemente, alejándose sin duda alguna satisfecho de su razón y de su elocuencia.

Antes que desapareciera en el extremo del salón, el hombre de negocios, que parecía abrumado por la dialéctica de su contrario, hizo un gesto sumamente expresivo, y me dijo con convicción profunda:

—No lo dude V.: estos sofistas del bajo imperio consumarán al fin la perdición del mundo.

—Sin duda (le contesté); pero ¿el hecho es que se ha descubierto una gran... falsificación de billetes?...

—Sí, señor. ¿No tenía V. noticia de ello?...

—Ninguna hasta este momento.

—Es raro.

—No (le contesté); porque hace algún tiempo que vivo retirado de los negocios, y hoy precisamente no he salido de casa, y casi puedo decir que no he visto á nadie.

—En ese caso (me dijo), no tiene nada de particular que ignore V. lo que á estas horas sabe muy poca gente. La falsificación está admirablemente hecha, tanto que en las mismas oficinas del Banco han confundido los billetes falsificados con los verdaderos. Se teme que haya en circulación una gran masa de ese papel. ¡Imagínese V. qué conflicto!

—Y el Banco (le pregunté), ¿piensa recoger el papel falsificado?...

—Según y conforme (me contestó). La suma puede ser tan enorme, que no sea fácil recogerlo. De todas maneras, la situación no deja de ser apurada. Si los recoge, compromete su fortuna, y

si no los recoge, compromete su crédito. La noticia va á caer mañana sobre Madrid como una bomba.

—Pero bien (volví á preguntarle). ¿Y los delincuentes?

—Eso es lo que se busca (añadió). Se ha descubierto la falsificación; pero hasta la hora presente no se encuentra la pista de los falsificadores. Mañana habrá pánico.

La palabra *billete*, tantas veces repetida en el curso de nuestra conversación, me recordaba el que yo tenía en el bolsillo, y miraba el reloj, cuyas agujas me parecía que marchaban con más lentitud que nunca, y aplicaba la máquina al oído para asegurarme de que no se había parado.

La noticia de la falsificación había empezado á extenderse, y en los salones del Casino, que comenzaban á animarse con su habitual concurrencia, no se hablaba de otra cosa. Pero, como en todo, había diferentes pareceres. Unos elevaban á considerable altura las proporciones del suceso; otros disminuían en gran parte su gravedad, y algunos le quitaban toda importancia; mezclándose así las opiniones, los intereses, las esperanzas y los temores de cada uno en el afán de la disputa.

La publicidad tiene ojos de aumento, y hay en la voz pública algo hueco: así es que, por lo común, todo lo saca de quicio. Yo no concedí al caso de la falsificación los honores de un suceso extraordinario. Probablemente, así que se agotara la no-

vedad del tema, nadie volvería á acordarse de semejante cosa.

Por fin, dieron las doce, y abandonando la falsificación de los billetes á las disputas del Casino, me volví á mi casa, pensando en el misterioso billete que yo, como en depósito, llevaba en el bolsillo.

¿Por qué te cuento tan minuciosamente todas estas cosas? No lo sé; pero si te parecen impertinentes, no las leas. Por lo que á mí hace, si no estuvieran ya escritas, las borraría.

Llegué á mi casa, creyendo que aún encontraría *gentes* en ella; pero advertí que no había ningún coche en la calle y que la gran puerta de mi palacio se hallaba entornada.

Entré y subí, y el silencio, que algunas veces habla, me dijo que la fiesta de aquella noche había concluido. Este era el momento de ver á Elisa, y, sin dejar ni el abrigo ni el sombrero, me dirigí á su gabinete, esto es, al gabinete del *trousseau*.

Por fin, los amigos, la sociedad, el mundo nos dejaban solos. Entré en el gabinete dando vuelta, entre los dedos al billete que llevaba en el bolsillo y, en vez de Elisa, me encontré con su doncella. ®

—¿Y tu señora?—le pregunté.

—La señora (me contestó en voz muy baja) tiene jaqueca.

Hice un movimiento de impaciencia, porque verdaderamente no había contado con esa contrariedad. De todos modos, bien podía permitirme en-

trar á enterarme personalmente del estado de su dolencia.

Mientras yo hacía esta reflexión, la doncella había entrado con gran sigilo en el tocador, adoptando la actitud del que escucha.

Me adelanté á mi vez; pero la cuidadosa doncella me salió al encuentro; me detuvo, y poniendo el dedo índice sobre sus labios, me dijo:

— ¡Chist! Está durmiendo.

No era discreto forzar esta consigna; rascándome la frente como si sintiera alguna comezón en mis pensamientos, me dirigí á mi cuarto.

Despedí al ayuda de cámara que acudió á desnudarme, y me quedé solo frente á frente de aquel billete extraño, cuyo contenido debía ser muy curioso.

Nada era más fácil que rasgar el sobre y leerlo; pero no me parecía digno de mí este medio. Era la violación de un secreto, que probablemente nada tenía que ver conmigo. Era un abuso indigno de mí rasgar el sobre de una carta que no me pertenecía, y que sólo la casualidad había puesto en mis manos. Yo la poseía como un depósito; y sin oír antes las explicaciones de Elisa, y hasta cierto punto sin su consentimiento, no me era lícito leerla. Además, ¿qué concepto formaría de mí si al día siguiente le entregaba abierta la carta que me había confiado?

Sin más reflexiones, me acosté; pero no me dormí hasta la madrugada, y debió ser mi sueño

muy profundo, pues al despertar, ya bien entrado el día, me encontré que no estaba solo. Elisa se hallaba allí; había levantado las colgaduras de mi cama, y parecía absorta en la contemplación de mi sueño. Al abrir yo los ojos, me dejó ver su bella sonrisa, la sonrisa que ya conoces.

La carta permanecía sobre la chimenea, en el mismo sitio en que yo la dejé.

Aquí tienes una situación interesante, que suspendo hasta mañana, para dejarte en libertad de hacer cuantas suposiciones se te antojen. Ten paciencia.»

CARTA XII.

DESENCANTO.

Octubre 26 de 1873.

«Creo que habrás participado de mi sorpresa al saber la aparición de Elisa en mi cuarto. Ella misma comprendió el efecto que su presencia me causaba, y poniendo el dedo índice sobre mis labios para imponerme silencio, dijo:

—Dormías deliciosamente, y habría sido una crueldad despertarte.

Por toda respuesta, me senté en la cama y me restregué los ojos como si aún pesaran sobre mis párpados las sombras del sueño.

La verdad es que yo no veía claro en el fondo de mi pensamiento. Elisa se hallaba allí en el momento en que menos podía esperarla; había entrado sin previo anuncio, y esta especie de visita secreta era un acto de confianza y de intimidad á que todavía no me tenía acostumbrado. Se conocía que acababa de levantarse, y se advertía en ella ese esmerado descuido con que las mujeres intentan algunas veces confundir la vanidad con la modestia, el abandono con el artificio, la pretensión con la indiferencia.

Por una coincidencia, bien natural por cierto, Elisa se presentaba á mis ojos, en el momento de que te hablo, con aquella dormilona, aquella bata y aquellas babuchas turcas con que la encontré la noche de nuestra boda. Esta circunstancia me hizo recordar la breve escena de aquella noche, y sentí en mi corazón un frío inexplicable.

Eran la misma dormilona, la misma bata, las mismas babuchas; pero he aquí mi confusión: ¿era también Elisa la misma?... En sus facciones no había alteración ninguna que hiciera dudar de la autenticidad de su persona; su belleza inalterable, sus hermosos ojos azules, sus magníficos cabellos rubios, daban seguro testimonio de ella; mas había en sus miradas afabilidad y en su sonrisa cierta ternura. Si lees mis cartas con la atención debida, habrás podido observar que se iba verificando en Elisa un cambio favorable; por consiguiente, bien podía dudar si era la misma.

No parecía aún dispuesta á renunciar á las satisfacciones de su vanidad, porque las mujeres no renuncian fácilmente á los triunfos de su belleza y de su fausto; mas es lo cierto que se dignan alguna vez descender del olimpo de su gloria y dar, digámoslo así, una vuelta por las intimidades de la vida.

Por lo demás, me pareció algo más pálida que de ordinario, lo cual era indicio de que la jaqueca de la noche anterior no había sido una suposición oficiosa de su doncella.

—Y bien (me preguntó): ¿te has enterado ya del contenido del raro billete que ayer sorprendimos?...

—Allí le tienes,—la contesté, señalando á la chimenea.

—¡Ah, sí! (exclamó, cogiéndole.) Aquí está. Pero, ¿no le has abierto?

—No,—la dije.

—¿Por qué?

—Porque no me considero con derecho á abrir una carta que no es á mí á quien va dirigida.

—Es verdad.

Permaneció un instante pensativa, contemplando la carta que tenía en la mano, y al fin dijo:

—¡Bah!.... Si no ha de abrirla más que aquel á quien va dirigida, me parece que permanecerá cerrada mucho tiempo.

Yo me encogí de hombros.

—En ese caso (siguió diciendo), no valía la pena de haberla interceptado.

—Nadie (advertí yo) es culpable de encontrar lo que no busca.

—Sí (insistió ella); pero es el caso que yo buscaba lo que hemos encontrado.

—¡Hola! (exclamé.) ¿Sabías tú?...

—Sí (se apresuró á contestarme); porque lo sospechaba, y, para nosotras, sospechar es saber.

—Admiro tu perspicacia (dije con cierta indiferencia); pero no la comprendo.

Hizo un gesto encantador, por el cual se colegía fácilmente que la impacientaba mi torpeza, y después añadió:

—En primer lugar, la entrada de Montenegro en el jardín me pareció sospechosa; en segundo lugar, su intempestiva admiración por la rosa de te me pareció más sospechosa todavía, y, por último, en nuestras carreras por el jardín, huyendo de tu persecución, pude observar que Octavia buscaba ocasión de entrar sola en la estufa, y yo me anticipé.

—Continúo (la dije) admirando tu penetración; mas perdona mi insuficiencia en estas materias. ¿Qué necesidad tienen de valerse de semejante recurso para estar en correspondencia? ¿No se ven siempre que quieren? ¿No se hablan donde se encuentran? De todas las administraciones de correos que pueden inventarse, la menos á propósito me parece la estufa de un jardín.

—Sin duda (replicó); pero los amantes se valen de todos los recursos, unas veces por necesidad, otras veces por capricho. Montenegro no deja de ser un tanto novelesco, y Octavia es algo excéntrica. Quizá les ha parecido soberanamente poético que la flor más celebrada por la moda sea cómplice inocente de sus secretos. Ello es pueril. Pero esos amores están aún en la infancia, y los amantes son siempre unos niños. ¿No recuerdas cómo me hiciste tu primera declaración?... Encerraste mi retrato en un marco de oro, primorosamente cincelado,

que se halla circuido con un cordón de brillantes, y ya no me fué fácil escaparme.

Este recuerdo hizo brotar del fondo de mi corazón un suspiro, sin duda porque es verdad que todos los recuerdos son tristes. Por lo demás, las razones de Elisa no carecían, á lo menos, de oportunidad; y, no teniendo gran interés en contradecirla, me reduje á decir:

—Es lo mismo, porque esas razones no resuelven nuestra dificultad. Nos encontramos con una carta sin sobrescrito y perfectamente cerrada, que puede ser de Octavia á Montenegro, según tú presumes.

—No, no (me replicó); yo no presumo eso; por el contrario, creo que es de Montenegro á Octavia.

—*El orden de los factores* (dije yo magistralmente) *no altera el producto*. La cuestión no varia. ¿Qué hacemos con esa carta?

Miróme fijamente, como si dudara de la sinceridad de mi pregunta, y yo, á mi vez, la contemplé atentamente, como si pretendiera adivinar su respuesta.

Así permanecemos algunos instantes.

—¿Es curiosa (exclamó al fin) la duda que te ocurre! ¿Qué hacemos con esta carta?... Claro está: abrirla. No es posible hacer otra cosa.

—No es delicado (le advertí) violar los secretos que no nos pertenecen. En vez de abrirla, debemos devolverla.

—¿Devolverla! (exclamó.) ¿Y á quién?...

—Al sitio en que la has cogido.

—Tu delicadeza (me dijo sonriéndose) no me parece excesivamente discreta. Poner otra vez esta carta misteriosa en el lugar en que la encontramos, es abandonarla á la curiosidad de otras personas menos escrupulosas que nosotros.

La observación era fuerte, y no insistí en ello; pero le dije:

—Entonces, será preciso ponerla en manos de sus dueños.

—¿Y cómo?—preguntó.

—Yo me encargo de ello,—le contesté.

—Eso, en el caso presente, es menos delicado que abrirla y leerla. Además, no va dirigida á nadie. ¿Cómo se recibe una carta cuyo sobre está en blanco?... Y, en todo caso, ¿cómo les explicarás el motivo que te mueve á ponerla en manos del uno ó del otro?... Lo que propones no tiene pies ni cabeza.

La observación era atinada; y complacido en ver á Elisa discurrir con tanta precisión, seguí en mis trece, diciendo:

—No me obstino; renuncio á ese recurso indirecto que ofrece tan serias dificultades, y apelaré á un medio indirecto.

—¿Cuál?—me preguntó.

—Uno muy sencillo (añadí), y que se nos ha debido ocurrir antes.

—Veamos.

—Esa carta que no va dirigida á nadie, se encierra en un segundo sobre, sobre el cual se pone la dirección conveniente; se autoriza su circulación por medio de un sello del correo interior, y el cartero se encarga de llevarla á su destino, esto es, á Octavia ó á Montenegro. Me parece que es una solución fácil, delicada y segura, con la que no creo que tengas nada que oponerme.

Elisa se quedó pensativa, dando vueltas entre sus dedos á la carta sorprendida en la estufa. Sin duda, en su imaginación, daba también vueltas á aquella misma carta que tenía en la mano.

Creí que iba á ceder, y guardé silencio, esperando su respuesta.

Después de algunos momentos de reflexión, me dijo:

—No desconozco el mérito del recurso que has encontrado, y puedo asegurarte que honra á tu inventiva; pero es el caso que defrauda por completo mi curiosidad.

—¡Tu curiosidad!—exclamé.

—He dicho mal (añadió, corrigiéndose.) Mi curiosidad, no; nuestro interés.

—¡Nuestro interés! (repetí yo.) ¿Qué interés podemos tener nosotros en penetrar el secreto contenido en esa carta?

—Para tí, por lo visto (replicó con cierto desdén), no tienen interés más que los negocios, *los títulos de la Deuda, el consolidado, el tres por ciento, los billetes hipotecarios y los bonos del Tesoro.*

Semejante juicio me pareció soberanamente injusto; mas no me di por ofendido; antes bien me congratulé de oirlo en su boca, tributándome interiormente grandes honores á mi habilidad diplomática; pues, como has visto, había sabido disimular de tal modo el interés que la dichosa carta me inspiraba, que Elisa ni siquiera había llegado á sospecharlo.

—Bien (le dije, sometiéndome voluntariamente al rigor de su juicio); acaba: ¿qué quieres?

Entonces hizo un gesto lleno de gracia, un gesto infantil; y, como si fuera á revelarme algún secreto tenebroso, se acercó á mi oído, y á media voz me dijo:

—Quiero recordarte que eres mi cómplice.

—Es verdad (le contesté); convengo en ello; soy tu cómplice.

—Pues bien (añadió): ¿no te interesa la suerte de Octavia?

No puedo explicarte el extraño efecto que produjeron en mí estas palabras: sonaron en mis oídos como una de esas preguntas que no nos atrevemos á mirar frente á frente. Si el entendimiento tuviera paladar, te diría que el nombre de Octavia produce en mí cierto sabor amargo. Realmente, no soy yo el tribunal llamado á juzgarla; mas, puesto en ese caso, no acertaría á condenarla ni á absolverla. Y, ¡mira tú qué raro capricho!, lo que más me mortifica es el concepto que haya podido formar de ella Montenegro.

La pregunta de Elisa era muy natural, y, no obstante, me pareció completamente intempestiva, y traté de eludirla; no quise decir que sí, no supe decir que no, y no dije nada.

Elisa siguió diciendo:

—La vanidad puede mucho en las mujeres: el mundo no ha querido reconocer el mérito indisputable de Octavia, y ella se ha vengado de semejante injusticia, despreciando algunos partidos regulares que se le han presentado. Quizá había renunciado ya á la esperanza de conquistar un príncipe, cuando Montenegro no ha sido, al parecer, insensible á sus gracias. Conmigo guarda una reserva, que le perdono, como si quisiera huir de mis consejos, y yo me he propuesto velar por ella.

Hablaba así, acentuando sus palabras con una sonrisa, en la que iban á la vez mezclados la compasión y el enojo.

Y yo la pregunté:

—Y bien: ¿qué temes?

—Temo (me dijo) que Montenegro no haya tomado en serio este asunto. Temo que no haya empeñado en él toda su constancia... Y, en fin, te lo diré con toda franqueza: quiero vengarme de la reserva de Octavia descubriendo sus secretos. Por eso he interceptado esta carta; por eso quiero leerla.

Inmediatamente que acabó de pronunciar estas palabras, pasaron por mi pensamiento las siguientes preguntas:

«¿Es curiosidad?... ¿Es interés?... ¿Es envidia?...»

Lo primero merece disculpa; lo segundo es hasta plausible; lo tercero me pareció seriamente deplorable.

Elisa me presentó la carta que tenía en la mano, diciéndome con marcada impaciencia:

—Toma, rasga el sobre, y lee, porque voy á oírte sin pestañear.

Viendo que yo me resistía, no esperó más, y rompió el sobre. Desdobló la carta, y comenzó á leerla.

Yo espiaba su fisonomía, buscando en la expresión de su rostro las impresiones que la lectura pudiera causarle; pero ella leía mentalmente con semblante impasible. Sólo de vez en cuando fruncía ligeramente el entrecejo, como si encontrara palabras difíciles de leer. Después me la puso delante de los ojos, y me dijo:

—Léela, porque es un documento bastante original.

Entonces leí lo siguiente:

«Soy un enigma impenetrable, y se confiesa V. vencida... Veamos: el mundo no me conoce, y he puesto un decidido empeño en que no me conozca; ese es, en realidad, todo mi secreto. Decían los paganos que la venganza era el placer de los dioses. En el Olimpo, pase; pero en el mundo, el gran placer es engañar al mundo. La regla invariable de mi conducta es esta: vivir de incógnito. Yo abro

las puertas de mi casa á todo el mundo; mi gaveta no es inaccesible; pero mi corazón es impenetrable; no tengo amigos. Sí, convengo en que la sociedad nos proporciona muchas comodidades y algunos placeres; debemos, pues, vivir en sociedad; pero es demasiado frívola para que nos impongamos la obligación de tomarla en serio; debemos, pues, reírnos de ella.

» Hay en nuestros caracteres cierta armonía que mutuamente nos abre el camino de la confianza. Existen muchos seres que pasan la vida buscándose, y mueren al fin sin encontrarse; nosotros no nos buscábamos, y nos encontramos. Hagamos una alianza defensiva; formemos una sociedad secreta contra las preocupaciones del mundo. Son unos insensatos los que pretenden librar al mundo del imperio de las preocupaciones; pero, ¿qué nombre merecen los que se someten á su imperio? Hagamos con ellos lo que hacían los *augures* de Roma; sonriámonos al vernos.

» Hagamos de las delicias de nuestra intimidad un misterio, desde el que veremos sin ser vistos; la sociedad será nuestro cómplice sin percibirlo, y los objetos más inocentes hablarán á nuestros ojos un lenguaje que sólo nosotros entenderemos.

» Esta vida fuera de la vida, esta comunicación ignorada del mundo que todo pretende saberlo, debe tener para nosotros encantos inagotables.

» ¿Podemos ser amigos?... Creo que sí, porque ya nos conocemos.»

Tal era el extravagante contenido de esta carta anónima, que carecía á la vez de dirección, de fecha y de firma. No obstante, habrás adquirido la seguridad de que estaba escrita por Montenegro, y de que iba dirigida á Octavia. En realidad no podía ser otra cosa.

Apenas acabé de leerla, se la devolví á Elisa, diciéndole:

— Ya has satisfecho tu curiosidad.

Y reuniendo en el gesto y en el tono todo el desdén que me fué posible, añadí:

— Curiosidad que ha desbaratado en un instante todo el sistema filosófico de Montenegro aplicado al amor.

Á la sonrisa con que yo pronuncié estas palabras, añadió Elisa una carcajada.

— Y bien (me preguntó): ¿qué te parece?

— De Octavia (le contesté), no sé qué decirte, ó, más claro, no quiero decirte nada. En cuanto á Montenegro, ó es soberanamente necio, ó ha formado de tu amiga un triste concepto.

Elisa movió la cabeza con ademán de duda, y dijo:

— Los juzgas con demasiada ligereza. Lo que acabas de leer disipa mis temores. Octavia debe estar satisfecha de su triunfo. El fin de todo esto puede ser un matrimonio ventajoso, aunque Montenegro lleve su extravagancia hasta el extremo de que sea un matrimonio secreto. Ahora no me negarás que es un asunto divertido; yo, por mi par-

te, pienso reirme como una loca. ¡Qué ajena estará Octavia de que tenemos en nuestras manos el hilo de su intriga!.... ¡Oh! Voy á ser con ella inexorable.

Dicho esto, estrujó la carta entre sus dedos y la arrojó en la chimenea, donde desapareció, dejando sobre la ceniza una mancha negra. Y sin más, salió de mi cuarto, riéndose á carcajadas. Yo empecé á vestirme muy despacio, meditando seriamente acerca de la frivolidad con que todo lo mira esa bella mitad del género humano.

El término de mis reflexiones fué encogerme de hombros; empezaba á sentir respecto á ellas cierto escepticismo; conozco yo que la alta idea que tú me hiciste concebir de las mujeres se desvanecía ante mis ojos como una aurora que se disipa. Te confieso que el retrato era admirable y que habías agotado en él todos los recursos de tu ingenio; y, si tu vanidad de artista lo exige, te diré que es un retrato de mano maestra; pero, ¿qué le hemos de hacer si el original se empeña en no parecersele?... Te aseguro que desde la ventana que da á esta parte de la vida, no distingo ya más que un cielo frío y nublado, un horizonte oscuro y un paisaje desierto.

Á las dos amigas las justipreciaba yo de esta manera: Elisa cuesta mucho, y Octavia vale bien poco.

Y, en realidad, yo no tengo ninguna queja de Elisa; su belleza es intachable, su buen gusto in-

discutible, su buen tono es, de todas sus cualidades, la que más se enaltece; puedo decir que representa perfectamente el rango en que nos ha colocado nuestra fortuna.

Quizá hay en su corazón poca ternura, alguna frialdad en sus pensamientos y bastante amor á si misma; pero joven, rica, bella, constantemente adulada, ¿no ha de sentirse envanecida?... Pedirle que renuncie al mundo en que brilla, equivaldria á exigir de la luz que renunciara al resplandor con que alumbra. Además, observo algún cambio en su carácter; se me muestra más accesible, y, sea como quiera, abrigo la esperanza de que al fin me pertenecerá por completo, cuando los años empiecen á marchitar su belleza.

Entretanto, es preciso que parta con el mundo la felicidad de poseerla.

¿Te atreverás á decir que no soy razonable?»





TERCERA PARTE

—
LOS DOS RETRATOS Y LOS TRES AMIGOS.
—

CARTA XIII.

EL AGENTE DE BOLSA.

Octubre 27 de 1873.



VER, sumergido en mis pensamientos, salí de casa, y, sin darme cuenta de ello, me dirigí á la Bolsa. La animación que se notaba en esta región oficial de los negocios, no nacía del interés ó de la importancia de las operaciones, pues no se realizaba ninguna, porque las fortunas particulares se han empeñado en creer que, hoy por hoy, es muy peligroso hacer causa común con la fortuna pública, y ve tú á persuadirlas de que el *consolidado*, que está á 16, va á subir de la noche á la mañana por la virtud especialísima de algún discurso de Castelar ó por la eficacia de los grandes triunfos, digámoslo así, de nuestras armas, que todos vemos

diariamente en los partes oficiales de la *Gaceta*. La Convención francesa decretaba la victoria, y yo no sé cómo no se le ha ocurrido á nuestra República decretar el alza creciente de nuestros fondos públicos.

Ello es que el motivo de la animación de la Bolsa, y la causa principal de la gran concurrencia, y el asunto de las diversas conversaciones que servía de tema dentro y fuera del edificio, era la falsificación de billetes descubierta la noche anterior, cuya noticia se había extendido por todo Madrid, produciendo la más conmovedora de todas las alarmas, la alarma del dinero.

Allí oí asegurar que había en circulación, y en manos de tenedores de buena fe, billetes falsos por valor de muchos millones.

Discurrían unos acerca del mérito de la falsificación, pues hasta en las mismas oficinas del Banco se habían confundido los billetes falsos con los verdaderos; y disputaban otros muy formalmente acerca de la posibilidad de poner en circulación tan respetable suma de papel falsificado; es decir, que discutían muy formalmente si era posible lo que ya era para todos evidente.

El hecho no deja de ser extraordinario, y se hablaba de que existe una sociedad de falsificadores, perfectamente organizada, con grandes ramificaciones en toda Europa, que cuenta con numerosos cómplices y que dispone de numerosos medios para asegurar el éxito de sus operaciones.

Así se explicaba la perfección de los billetes falsificados y la gran suma de ellos puesta en circulación. Se trataba nada menos que de un banco secreto de emisión, cuyo centro directivo podría estar en Londres, ó en París, ó en Nueva York, que son, según nos dicen, las tres capitales más cultas del mundo, donde la industria moderna hace verdaderos prodigios. Esta caverna sería probablemente un palacio, y esta especie de foragidos serían, regularmente, personas distinguidas, gentes bien educadas, instruidas, y hasta se suponía que había de haber entre ellos personajes importantes. Cada cual añadía á la suposición de la existencia misteriosa de esta sociedad anónima, los detalles que consideraba más necesarios. Como no es la confianza la regla de conducta que se observa en materia de negocios, sino la desconfianza, si hubieran podido verse los corazones de aquel enjambre de hombres de Bolsa, habríamos encontrado en ellos, cuando menos, el rastro de la sospecha de unos contra otros. ¿Quién podría asegurar que una sociedad tan tenebrosa no tuviera allí también sus cómplices?... Las encrucijadas se encontraban antes en los sitios más solitarios ó más escabrosos de los caminos, donde el viajero, desamparado de todo auxilio, se veía forzosamente obligado á optar entre la bolsa y la vida; pero ahora las encrucijadas han cambiado de lugar, y se encuentran en las grandes ciudades. El robo ha perdido aquel aspecto salvaje, brutal, de los tiempos antiguos: en los

tiempos modernos no ha podido eludir la influencia de la civilización, y se ha hecho culto, fino, amable, hasta elegante; habita en los grandes centros, circula en el seno mismo de la sociedad, vive al lado de las autoridades, y aún pudiera decirse que á la sombra de las leyes.

No hace mucho se descubrió una falsificación de billetes del Banco de Londres; los falsificadores fueron detenidos en España y entregados al gobierno inglés, y, uniendo ambas falsificaciones, las suponían obra de la misma asociación.

En honor de la verdad, no me parecía increíble el caso. La sociedad moderna se halla invadida, más bien, minada, por las sociedades secretas: de ellas salen las grandes agitaciones, los grandes trastornos, las grandes usurpaciones, los asesinatos misteriosos, y ellas obtienen las grandes impunidades; por consiguiente, una asociación de falsificadores de billetes no me parecía menos posible, ni más culpable, ni más perversa, ni más ruinosa.

Si las sociedades secretas, que tienen al mundo, moral y materialmente hablando, en el estado de desolación en que se halla, encuentran instrumentos para todas las iniquidades, ¿por qué no han de encontrar los monederos falsos, socios, agentes, auxiliares y cómplices?

Precisamente uno de los caracteres más propios de nuestra época es la posibilidad de llevar á cabo las más inicuas empresas. Reconozco que el criminal aislado se ve más eficazmente perseguido; pero

asocia tu maldad á la de otros, toma asiento en los antros tenebrosos de cualquiera *logia*, somete tus perversas inclinaciones á la ciega sumisión de un *Grande Oriente*, y cuenta con la impunidad, más aún, con el éxito.

No obstante, los monederos falsos no han obtenido todavía en su industria las grandes ventajas de la asociación, lo cual prueba que no han perfeccionado todavía la industria de las asociaciones secretas: la ley es aún para ellos inexorable. La *Commune* tiene sus órganos en la prensa, sus representantes en los Parlamentos, sus sesiones públicas; ha sabido conquistarse su derecho, y sea el que quiera el horror que cause, cuenta no precisamente con la impunidad, sino con la legitimidad. Ya se sabe que sus medios son el robo, el asesinato y el incendio, y su fin la devastación universal; pero á los ojos de la civilización moderna tiene su razón de ser, no es un horroroso capricho de la perversidad de los hombres, sino consecuencia inevitable de los principios. Mas los falsificadores de que te hablo no han discutido aún la legitimidad de su industria, fundándola en los principios del derecho moderno, y permanecen, quizá por desdén ó por indolencia, fuera de la ley. Cuando todo está falsificado, la ciencia, la razón, la autoridad, la justicia, la virtud, las costumbres, la riqueza y la libertad, ellos se ocultan temerosos del rigor de la ley, y se esconden para falsificar unas cuantas monedas de oro ó unos pocos billetes de Banco. De

todas las falsificaciones que presenciamos, esta es la única que nos inquieta, que nos alarma, que nos conmueve y que nos indigna, como si en nuestra sociedad sólo fueran legítimos é inviolables las monedas de cinco duros y los billetes de Banco.

Con toda esta disertación quiero decirte, para tu tranquilidad, que el tribunal encargado de descubrir á los delincuentes está desplegando una actividad pasmosa; han sido detenidas varias personas, registradas algunas casas y vigiladas otras; el juez ¡pásmate! no ha dormido en toda la noche buscando el hilo tenebroso del delito; mas, á pesar del sagrado sigilo del sumario, hay quien asegura que el despierto magistrado no ve en el asunto más que tinieblas.

Esta especie ha circulado por la Bolsa, abriendo á la maledicencia el camino de las más atrevidas conjeturas.

Al principio me entretuvieron las animadas conversaciones á que daba ocasión tan extraordinario suceso, y me divertía la variedad de los pareceres, lo contradictorio de las noticias y la novedad de las especies que circulaban yendo y viniendo, llevadas y traídas por el flujo y reflujo de aquel pequeño mar de hombres de negocios. Después empezó á cansarme la confusión que producían tantas lenguas poseídas del demonio de la palabra, y ya me disponía á abandonar este templo de la diosa Fortuna, cuando vino á saludarme un agente de Bolsa, joven de mérito, activo, inteligente, y

puedo asegurarte que verdaderamente honrado. A los pocos días de conocerle advertí en él estas cualidades, deposité en él toda mi confianza, y no he tenido motivo para arrepentirme. Hacía bastante tiempo que no lo había visto, y lo encontré algo desmejorado, pálido y triste; así es que al reconocerlo le tendí la mano, diciéndole:

—Los negocios irán bien; pero la salud me parece que no se cotiza muy en alza.

—Juego á la baja, —me contestó, con una sonrisa que aumentó la tristeza de su semblante.

—De esa manera (seguí yo diciendo), no me quejo del abandono en que tiene V. mi casa. Creo que desde mi boda no le he visto á V. en ella.

Sonriéndose de nuevo, si cabe más tristemente que la vez anterior, y apoyando con familiaridad su brazo en el mío, me empujó fuera del corro de habladores ó de maldicientes en que me hallaba, y me dijo:

—Los negocios van mal; estamos ya dentro de la bancarrota; pero yo he conseguido una mediana fortuna, y no son los negocios los que me apuran. Por lo demás, ya me ve V.: he pasado el verano en Panticosa.

Quise completar su pensamiento, y añadí:

—Aunque generalmente no se cree así, es lo cierto que la salud vale más que el dinero. No obstante, todos nos quitamos la vida por ser ricos.

—¡La salud! (exclamó con afable desdén): no es cosa que me inquieta: los médicos aseguran que

no hay ninguna alteración en las funciones del organismo; que esta máquina marcha perfectamente, y, por lo tanto, no tengo derecho á quejarme de mi salud.

Hablando de esta manera llegamos hasta la esquina del Banco, saliendo á la calle de Atocha, cuando pasó por delante de nosotros una berlina, arrastrada, si puede decirse así, por dos hermosos caballos ingleses. Los dos fijamos los ojos en la berlina, dentro de la que vimos rápidamente un semblante conocido. Después nos miramos uno á otro.

—¿Es Montenegro?...—pregunté yo.

—Montenegro,—repitió, con un tono y una expresión que no dejaba duda acerca de la repugnancia que le causaba aquel nombre y aquella persona.

En honor de la verdad, era la primera vez que oía pronunciar el nombre de Montenegro con desprecio, y, no sabiendo á qué atribuir la animadversión del agente, de la cual yo también participaba, le dije:

—Me parece que no son Vds. amigos.

—Ni enemigos (me contestó). Jamás se ha cruzado su palabra con la mía; no le encuentro mérito ninguno; carece á mis ojos de toda recomendación que lo haga estimable, y no sé á qué atribuir la especie de antipatía que me inspira.

Al oírlo expresarse de esta manera, recordé que el agente había sido uno de los más asíduos pre-

tendientes de Octavia, y sospeché que experimentaba, si no el amargo escozor de los celos, á lo menos algo de envidia, algo de esa acerba emulación que suelen despertar en los hombres las preferencias de las mujeres.

—¡Hola! (exclamé.) Aquí hay un drama....: V. conserva todavía algo de sus antiguas pretensiones, y Octavia ha tenido el mal gusto de preferir á Montenegro, ¿no es esto?... Son Vds. rivales.

—No (me contestó). No conservo hacia Octavia pretensión ninguna; pero guardo en mi corazón su memoria con un afecto indecible; renuncié á la esperanza de obtener su cariño; pero, ¿qué quiere V.!, no puedo renunciar al placer de conservar el mío.

Al expresarse así, me pareció conmovido, y me admiré de encontrar en un agente de Bolsa un corazón tan tierno.

—¿Todavía?...—le pregunté.

—Todavía,—me contestó.

Yo me encogí de hombros, y él siguió diciendo:

—No puedo olvidar las palabras con que Octavia acogió la confesión de mi afecto, en la que incurri en la torpeza de hablarle de la prosperidad de mis negocios. «Le perdono á V., me dijo, el inventario que acaba de hacerme de su fortuna, y voy á darle á V. una prueba íntima de la estimación y de la confianza que me inspira. Óigalo V. bien; yo no puedo disponer de mi corazón...., y V.

no es digno de que se le engañe : he querido hacer la última prueba, y ha sido inútil, porque es imposible.»

—Es decir (añadí yo), que Montenegro se había anticipado.

—No (me replicó). Montenegro no había aparecido aún; esto fué la noche de la boda, la última noche que V. me ha visto en su casa.

—¡ Bah ! (exclamé yo.) En ese caso, el inventario de la fortuna de Montenegro le ha parecido, sin duda, menos digno de perdón.

—Imposible (dijo el agente, con una seguridad que me dejó estupefacto). Octavia desprecia las riquezas.

—Entonces será preciso creer que tenía el corazón dado en garantía, y que Montenegro ha llegado cuando ya podía ella disponer de tan rico tesoro.

Estas palabras debieron herir el amor ideal del agente, pues alzó los ojos y me miró con lástima, diciéndome :

—Parece, en efecto, que Montenegro ha obtenido su preferencia; pero juraría mil veces que no ha conquistado su corazón.

Á mi vez sentí yo lástima hacia el pobre agente, y tuve intención de revelarle todos los pormenores que tú conoces acerca de este asunto; mas me pareció demasiado cruel mi intento, y sólo dije :

—Siendo eso así, me parece que estamos hablando de un misterio incomprensible, por lo visto, á la razón humana.

—¡ Incomprensible !—repitió el agente.

—Convenga V. conmigo (añadí) en que Octavia es un verdadero enigma, si niega V. que el amor, la vanidad ó el negocio sean los móviles de su conducta.

—Yo no puedo creer (me dijo con acento de viva convicción) que Octavia sacrifique los sentimientos de su alma á las vanas satisfacciones del amor propio. No hay en su conducta ni amor, ni vanidad, ni negocio; y estoy, además, seguro de que no estima á Montenegro.

Empezaba á impacientarme la terquedad de sus palabras, y le repliqué, diciendo :

—Seamos razonables; V. no quiere renunciar á la idea de haber encontrado en Octavia una especie de ángel que nos ha caído por la chimenea, y prefiere V. encerrar su conducta en las obscuridades de los arcanos insondables, antes que ver en ella el proceder vulgar de las mujeres que se creen obligadas á conquistar un buen partido.

Nada me contestó, y yo seguí diciendo :

—Créame V., amigo mío; las mujeres no valen la pena de los afanes que nos tomamos por ellas; al fin, son también de barro como nosotros, y tal vez de un barro más impresionable que el nuestro. Todo lo que brilla las deslumbra, todo lo que suena las conmueve, todo lo que sobresale las atrae. Es preciso tomarlas como son, ó renunciar completamente á ellas.

El agente de Bolsa, apoyado en mi brazo, oía

mis palabras con la cabeza baja, y yo experimentaba cierto amargo placer en infundirle el desencanto de que me encontraba poseído.

Anduvimos algunos pasos en silencio, el agente con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si se entretuviera en contar las piedras de la calle, y yo con la frente erguida, con el aire triunfante de la victoria.

Al fin, el desahuciado pretendiente de Octavia se detuvo, echó sobre sus cejas el ala del sombrero, y me miró fijamente, con la mirada escudriñadora del hombre de negocios. Al mismo tiempo decía:

—Si yo no supiera que es V. el hombre más afortunado del mundo, creería que había V. experimentado algún desengaño.

—¡Desengaño! (exclamé.) ¡Quién no experimenta alguno en la vida! Las mujeres son como las perspectivas: á cierta distancia, muy bien; pero acercándose demasiado á ellas, se pierde el efecto.

—¡Bravo! (me dijo.) Es V. lo que se llama un hombre de mundo, y no seré yo el que me empeñe en desengañarle. Por lo demás, creo á Octavia satisfecha de su conducta.

—¡Diablo!... (exclamé.) ¿Será capaz de envanecerse?...

No me dejó concluir la frase, pues se apresuró á decirme:

—Sí, señor; Octavia es capaz de todo.

Y oprimiendo mi mano con la suya, que me

pareció temblorosa, se despidió de mí precipitadamente, dejándome en la puerta de mi casa.

De seguro me has llamado imbécil dos ó tres veces durante la lectura del diálogo que puntualmente acabo de transcribirte, y tienes razón. Había tomado las palabras del agente al pie de la letra, cuando entre hombres de negocios todo hay que tomarlo á beneficio de inventario. Hasta el último momento no he comprendido la ironía que encerraba la frase *Octavia es capaz de todo*. ¡Ya lo creo! No le perdona la preferencia que concedió á Montenegro, y se venga.... defendiéndola, más aún, ensalzándola. Es un sistema de vituperio como otro cualquiera, y, bien manejado, más seguro que ninguno.

Verdaderamente, he sido un imbécil. ¿Había de pensar como un poeta un agente de Bolsa?... Tú pudiste engañarme con el colorido seductor del retrato que de ella haces; pero tú al fin eres un pobre soñador, empeñado en despreciar el dinero, mientras en cada mujer pretendes encontrar un tesoro. ¿Qué te parece Elisa? ¿Qué te parece Octavia?

Ríete de mí cuanto puedas para que quedemos en paz; y en cuanto al agente, le preparó una venganza monstruosa. El martes le invitaré á comer conmigo; también comerá Octavia con nosotros, y te juro que voy á divertirme al verlos frente á frente.

Es un golpe maestro.»

CARTA XIV.

EL HUÉSPED.

Octubre 28 de 1873.

«Prepárate á pasar por una serie de sorpresas que toda la viva penetración de tu ingenio no ha podido prever. Ante todo, fijemos en parte la fecha de este acontecimiento, sin duda alguna memorable. Ayer fué lunes; por consiguiente, hoy es martes; puedo asegurártelo, en razón á que todavía la república no ha alterado el orden cronológico de las semanas, único orden que existe.

En los fastos de mi opulenta casa, lunes quiere decir noche de gran recepción, de manera que ayer lució Elisa, en una espléndida comida, los prodigios de su inagotable cocinero.

Á las seis empezaron á llegar los convidados; á las seis y cuarto salió Elisa de su tocador como la aurora del fondo del horizonte, y á las seis y media quiso pedir la comida; pero faltaba uno; Montenegro no había llegado todavía, y fué preciso esperar algunos minutos; minutos inútiles, porque Montenegro no llegaba.

Esta falta de puntualidad fué, por de pronto,

el objeto de la conversación; de manera que Montenegro, semejante al romano, brillaba por su ausencia. Indudablemente le había ocurrido algo extraordinario que le detenía; un negocio urgente, una indisposición repentina, cualquier contratiempo de esos que son tan frecuentes en la vida, podía ser la causa de su detención; pero es el caso que acababan de dar las siete, y no era cosa de poner á prueba el apetito de los convidados, alargando por más tiempo el momento de servir la comida.

—Me parece (dijo Elisa) que el punto está suficientemente discutido. Montenegro debe haber muerto repentinamente, porque, de otro modo, ó estaría aquí, ó nos hubiera advertido previamente su ausencia.

—Acaso lo haya hecho (dijo Octavia), y su tarjeta se halle detenida en el *recibimiento*.

—Es posible,—exclamaron algunos.

Se hicieron las indagaciones convenientes, y resultó que al *recibimiento* no había llegado ninguna tarjeta de Montenegro. Podía muy bien haber quedado estancada en la portería, y se preguntó al portero; pero tampoco la había recibido. Es más: el portero creía haber visto entrar al señor Montenegro.

—Me parece (dijo Elisa) que no podemos hacer más en obsequio de nuestro amigo, y haciéndonos superiores á esta desgracia, debemos decir: «Montenegro ha muerto, comamos».

Celebróse el chiste con risueña algazara, y pasamos al comedor. El asiento de Montenegro permaneció vacío durante toda la comida, y á los postres volvió á ponerse en discusión su ausencia y su silencio, de la que no se sacó en limpio más que su silencio y su ausencia.

Terminada la comida, nos trasladamos al salón, donde nos sirvieron el café. Octavia me presentó una taza, y se sentó junto á mí, preguntándome:

—¿Qué noticias hay de la falsificación de billetes? Es un asunto bastante curioso.

—Bastante (le contesté). Y en cuanto á noticias, parece que el Juez no averigua nada; la mayor parte de las personas detenidas resultan inocentes; los registros que se han hecho han sido infructuosos. Creo que vamos á tener un proceso tan escandaloso y tan inútil como el de los asesinos de la calle del Turco, ó tan risible como el de la calle del Arenal.

—¡Ah! (exclamó.) Si yo fuera juez, creo que no se me escaparían los verdaderos culpables.

—Eso (le dije) es casi tan curioso como el asunto de la falsificación. V., por lo visto, posee datos ó indicios que la ponen en la pista del delito. ¡Friolera! (exclamé.) Tiene V. en sus manos nada menos que la suerte del Banco de España.

—En verdad (me contestó), no me interesa demasiado la suerte del Banco de España; no soy accionista; pero se trata de un delito,...

—¿Y está V. indignada?

—Indignada precisamente, no (me dijo); pero deseo que se descubra al delincuente.

—¿Tiene V. interés en ello?— volví á preguntarle.

—Sí,— me contestó muy seriamente.

—En ese caso (la advertí); puede V. ayudar á la justicia.

—¡La justicia! (exclamó.) ¿Dónde está eso?... Además, el valor de los datos que yo poseo, sólo yo misma puedo apreciarlos: es una convicción moral; me falta la prueba.

No podía tomar en serio sus palabras; pero hablaba con tal aspecto de formalidad, que habría sido una falta de educación mostrarse incrédulo.

En aquel momento se acercó á nosotros un personaje bastante conocido y muy apreciado en la buena sociedad. Imagínate que posee el secreto de las noticias seguras. No sé si la fama ha aumentado las proporciones de su mérito; pero ello es que este hombre, de aspecto inofensivo y de trato afable y complaciente, acierta siempre en los acontecimientos que anuncia, y sus noticias rara vez son desmentidas; parece que vive en las regiones misteriosas en que se engendran los sucesos más imprevistos. No posee ninguno de los conocimientos con que se eleva ó se adorna el entendimiento humano; muestra cierto desdén por la ciencia; como Napoleón, se burla de los ideólogos, y ha declarado tontos á todos los filósofos. Pues bien: este

ignorante sabe todo lo que pasa, y en punto á noticias, parece que ha alcanzado el don de una ciencia infusa.

Al acercarse á nosotros, nos dijo:

—Sin duda, hablan Vds. del acontecimiento del día, porque ya es el asunto de todas las conversaciones.

—Precisamente (le contestó Octavia); pero es el caso que la torpeza del juez ha venido á quitarle todo el interés al asunto, pues es cosa averiguada que todas las indagaciones del sumario han sido inútiles.

—Sí (replicó). Esa especie se ha hecho correr capciosamente para inspirar confianza á los culpables; ha sido un golpe maestro, que ha obtenido un éxito completo. El tribunal tiene ya en su mano el hilo de la falsificación, y á estas horas estará ya en su poder el principal culpable. Ha sido una estratagemata de primer orden.

—Me sorprende (advertí yo) que haya en estos tiempos un juez capaz de concebirla.

—El juez (exclamó el hombre de las noticias) es un mameluco que no sabe dónde tiene su mano derecha; pero detrás del juez está el Banco, que es el que dirige este asunto, ejerciendo una exquisita vigilancia.

El personaje de que te hablo tiene admiración por todas las cosas que hacen mucho bulto; le entusiasma el volumen, y es adorador de toda grandeza en razón de la cantidad; así es que la palabra

Banco suena en su boca con cierto énfasis solemne: la gran suma de millones que el Banco representa, es á sus ojos una potencia de primer orden. Creo que el *summum* de su felicidad sería poseer aunque no fuera más que una acción del Banco; pero su modesta fortuna no le permite aspirar á tanta dicha. Era, pues, imposible que se evadieran de la justicia los autores de la falsificación, habiendo tomado el Banco la dirección del proceso.

—¡El juez! (siguió diciendo.) ¡Qué es un juez de primera instancia ante el poder del Banco nacional! El papel de juez anda por los suelos, mientras las acciones del Banco están á 123. Un golpe tan hábil, tan astuto, tan seguro, sólo podía haberle ocurrido al Consejo del Banco.

—Bien (exclamó Octavia, impaciente). Reconocemos en el Banco todo el mérito que V. quiera; mas no es eso lo interesante. V. ha dicho que ha caído en manos de la justicia el principal culpable. ¿No es esto?

—Sin duda (respondió), puede asegurarse que el pájaro está ya en la jaula; pero debo contenerme dentro de los límites de una prudente reserva, porque todavía no me es permitido pronunciar su nombre.

—¡Su nombre! (exclamó Octavia.) ¡Bah! No es V. sólo el que está en el secreto. ¿Quiere V. que le diga su nombre?....

El admirador del Banco dejó ver una sonrisa de incredulidad; mas Octavia, acercándose á su oído,

pronunció un nombre, que causó una transformación repentina en su semblante. De la incredulidad pasó al asombro, asombro en el que pudo leer Octavia la seguridad de que había pronunciado el nombre del verdadero culpable; así es que, sin esperar más respuesta, se alejó, riéndose á carcajadas.

El hombre de las noticias seguras se volvió á mí, me miró con ojos atónitos, y, cruzándose de brazos, me dijo:

—Esto es extraordinario: lo sabe; ¿cómo?... He ahí lo incomprensible.

Yo también, sorprendido, asentí, encogiéndome de hombros.

Poco después de esta conversación, di una vuelta por los salones, que se hallaban muy concurridos y muy animados, y advertí que Elisa no se hallaba en ellos. Temí si alguna jaqueca intempestiva nos privaría de su gallarda presencia; mas pronto la vi aparecer risueña y bulliciosa como nunca. La observé largo rato, y noté en ella una movilidad desusada; se reía mucho, y hablaba sin consuelo; parecía que se hallaba bajo la influencia de una exaltación nerviosa. Quizá se encontraba en el paroxismo de su vanidad satisfecha. La concurrencia celebraba sus chistes, y todos aseguraban que nunca la habían visto tan espiritual. Como en la noche de mi boda, creí advertir que algunos me miraban con envidia.

Me cansa la buena sociedad; no le encuentro

aquel atractivo que me la hacía tan agradable antes de mi boda; ahora me parece frívola, insubstancial, impertinente; flota sobre la superficie como un cuerpo que carece de gravedad; se ha perdido el buen gusto, y se ha disipado el buen tono; ha desaparecido aquella noble sencillez, compañera inseparable de toda grandeza. La demagogia de los clubs ha penetrado en los salones, y me veo en la necesidad de codearme con muchos *descamisados* que usan guante blanco. Mas sea de esto lo que quiera, el caso es que yo no me divertía, y abandonando la concurrencia, fui á refugiarme en mi cuarto con ánimo de coger un libro que llevara mis pensamientos á otro mundo distinto del que habito; pero mi cuarto estaba á oscuras, y sólo aparecía iluminado por los movibles reflejos que proyectaba sobre la alfombra y sobre los muebles la llama inquieta de la chimenea. Acerqué una butaca al fuego, y me dejé caer en ella, y no sé cómo me quedé dormido al amor de la lumbre.

Cuando desperté, la llama de la chimenea se había consumido, y la habitación se hallaba iluminada por un resplandor dudoso, semejante al de las primeras claridades del alba. Creí que estaba amaneciendo, y, restregándome los ojos, me asomé al cierre de cristales que da luz á mi despacho.

El cielo aparecía surcado por grandes ráfagas de nubes que lentamente cambiaban de forma, ofreciendo continuos y caprichosos contrastes de luz y de sombra, y al través de las nubes brillaban mo-

destamente algunas estrellas. La claridad que se reflejaba en los bordes de las nubes no era la de la aurora, era la luna que asomaba entonces por el horizonte.

Bajé los ojos hacia la tierra, deslumbrado por la serena majestad del espectáculo que el cielo me ofrecía, y el cuadro del jardín se me presentó lóbrego y oscuro; poco á poco fué aclarándose aquella obscuridad, y distinguí las calles que simétricamente lo cruzan, y los árboles aparecieron más distintos á mis ojos.

Maquinalmente dirigi la vista hacia el ángulo del jardín en que tengo la sala de armas y el tiro de pistola, sobre los que hay unas habitaciones que comunican con las de Elisa por medio de una pequeña galería de cristales, y á las que se sube desde la sala de armas por una escalera de caracol abierta en el muro.

Fijé, como te dije, los ojos maquinalmente en ese ángulo del jardín, y te aseguro que no sentí vanidad ninguna al recordar mi destreza en el manejo de las armas. Siguiendo la sombra de un árbol que se proyectaba sobre la pared, subí la vista hasta las ventanas, y en una de ellas creí ver *una línea luminosa*, fina como el filo de una espada, como si por las junturas de las maderas se escapara un rayo de luz. Necesité algún tiempo para persuadirme de que, en efecto, no era una alucinación de mis ojos lo que estaba viendo.

Para que comprendas mi sorpresa, debo decirte

que esas habitaciones no tienen uso ninguno, están completamente abandonadas, y si se destinan á algo, es á almacenar algunos muebles inservibles. Era extraño que las ventanas de esta especie de desván inhabitado estuviesen cerradas, y más raro aún que hubiese luz dentro de ellas. ¿Qué huésped desconocido é ignorado las habitaba? Sentí una viva curiosidad, y quise enterarme por mí mismo de la causa de aquella luz misteriosa.

Salí sin más reflexiones, y en la antesala de mi despacho me encontré á mi ayuda de cámara, que dormía profundamente esperando que yo le llamara. Lo desperté y le hice retirarse. Cuando se hubo alejado, bajé al jardín y entré en la sala de armas. Los que tenemos afición al manejo de la espada y de la pistola, creemos que la mejor compañía en ciertos casos dudosos es una hoja de acero bien templada ó el rayo de una bala bien dirigida.

El reflejo de la luz que había despertado mi curiosidad podía tener por causa un motivo muy natural, pero yo no daba con este motivo; cada vez la luz me parecía más sospechosa, y sentía en mi corazón esa vaga inquietud que nos anuncia algún peligro. En resumen: cogí una pistola de tiro que hallé á la mano, y comencé á subir lentamente la escalera de caracol. Otra línea de luz vino de repente á iluminar mis ojos; esta vez el resplandor se escapaba por debajo de la puerta que pone fin á la escalera.

Antes de decidirme á entrar, apliqué el oído

atentamente; pero toda mi atención fué inútil, porque sólo percibí un profundo silencio. Acudí á los ojos, y miré por debajo de la puerta, y no vi más que la roja claridad que esparcía la luz que iluminaba la habitación. No me detuve en nuevas exploraciones, y asiendo el botón del pasador, lo moví no sin trabajo, al mismo tiempo que con vigoroso empuje hice girar la puerta sobre sus goznes enmohecidos. Se abrió rechinando con estrépito, porque había perdido la costumbre de abrirse. Penetré resueltamente, y de una sola mirada abarqué el conjunto del cuadro que se me ofrecía.

Algunos muebles rotos se hallaban colocados sin orden alrededor de las paredes; sobre una mesa cubierta de polvo ardía tristemente una vela, sostenida por un candelero de plata.

De pronto, del fondo de un sofá arrinconado en un ángulo de la habitación, vi levantarse una sombra, que creció sobre sí misma, y que se adelantó hacia mí como para recibirme. Yo amartillé la pistola que llevaba en la mano, levantándola á la altura del hombro.

La sombra se detuvo, y pude distinguir en ella la figura de un hombre, que, echando atrás las manos con tranquilo desembarazo, y con una voz que heló toda mi sangre, me dijo sencillamente:

—Iba V. á cometer una indiscreción imperdonable; la pistola es un arma escandalosa, y hay asuntos en los que es de suma importancia la mayor reserva. Comprendo el asombro que debe cau-

sarle mi presencia en este sitio y á esta hora, y, no obstante, es la cosa más natural del mundo; y si hablamos razonablemente, verá V. cómo al fin nos entendemos.

No puedo explicarte lo que pasó por mí en aquel momento; sentía como un cordel que me apretaba la garganta; mi corazón latía con una violencia desusada; invadían mi ser alternativamente el fuego de la calentura y el hielo de la muerte.

Una ráfaga de luz, súbita como un relámpago, iluminó por un instante las obscuridades de mis pensamientos; quise hablar, y no pude; me faltaron á la vez la voz y las palabras....

Á ti voy á confiar el secreto de mi vida.

Oye la última sorpresa que te espera en esta carta:

Me hallaba frente á frente de Montenegro.»

CARTA XV.

LA CATÁSTROFE.

Octubre 29 de 1873.

«Viendo Montenegro que yo permanecía mudo y atónito, sin dar respuesta á sus palabras, siguió diciendo :

—Ciertamente no esperaba esta visita, que viene á honrar con su presencia mi humilde hospedaje ; mas, por grande que sea mi sorpresa, la suspenso para cumplir con el deber que la cortesía me impone, ofreciendo á V. un asiento en este sofá, que no es absolutamente incómodo. Esto es lo primero.

Semejante sangre fría me advirtió que tenía que habérmelas con un hombre dotado de suprema audacia. Yo, por mi parte, serené con un esfuerzo de voluntad la agitación de mi espíritu, y le dije :

—Lo primero no es eso. Lo primero es que V. me explique por qué le encuentro en este sitio.

—¡Ay, amigo mío! (exclamó con voz hasta cierto punto conmovida.) No me hará V. el agravio de creer que he dejado sin disgusto las comodidades de mi casa por esta habitación, sin duda alguna

hospitalaria, pero, en rigor, poco comfortable; mas, ¡qué diablo!, en las situaciones extremas hay que apelar á los recursos extraordinarios.

Yo hice un movimiento de impaciencia que no pude contener, y él añadió :

—¿No le parece á V. esa explicación completamente satisfactoria? Bien : respeto sus escrúpulos, y voy á completarla.

Me crucé de brazos, afectando una calma que en realidad no tenía, y él dijo :

—Ha de saber V. que soy víctima de una infame calumnia, ó, á lo menos, de uno de esos lamentables errores que suelen padecer los tribunales. Se me acusa nada menos que de ser el principal agente de la extraordinaria profusión de billetes falsos de que Madrid se halla invadido. Me sería muy fácil confundir á mis acusadores ; pero, ¿qué quiere V.? cada uno tiene su orgullo, y yo no paso por la humillación de defenderme. Mi casa ha sido allanada en las primeras horas de la noche, y supongo que habrán hecho en ella un registro minucioso, en cuyo caso es posible que hayan encontrado algo entre mis papeles que comprometa mi inocencia. Yo pude evadirme, y me encontré en la calle, dudoso del partido que debía de tomar ; no acertaba á elegir entre la estación del Norte y la estación del Mediodía ; mas pronto renuncié á una y otra, porque presumí que el tribunal, ávido de mi persona, temiendo la contingencia de mi fuga, tuviera en ambas estaciones agentes encargados de

detenerme. Por otra parte, el telégrafo anda más que la locomotora, y, por último, no podía viajar tranquilamente sin llevar el resguardo de un pasaporte para el extranjero y un disfraz que desfigurara discretamente mi persona. Todos estos inconvenientes me parecieron sumamente serios, y adopté el partido de quedarme en Madrid; pero V. comprenderá que necesitaba un albergue seguro que me pusiera á cubierto de toda pesquisa. La idea de ocultarme en esta casa me pareció, inmejorable, y la puse en ejecución con felicísima fortuna. Oculté el semblante bajo el embozo del abrigo, y penetré en la portería; subí la escalera, y esperé. El portero se hallaba en el portal vuelto de espaldas, y, aprovechando esta favorable circunstancia, bajé, me escurrí como una sombra por entre las columnas del vestíbulo, gané la cancela de cristales que abre el paso al jardín, y fui á ocultarme en la estufa. Esta es la historia, con todos sus pormenores. Ahora bien: ¿á qué feliz casualidad debo el honor de tan inesperada visita?...

—Ha incurrido V. (le contesté) en dos graves indiscreciones: la primera consiste en tener la vela encendida, y la segunda en no haber cerrado bien esa ventana.

—¡Ya! (exclamó.) Pero es el caso que las maderas de esa ventana no encajan bien, y, en cuanto á la luz, pensé apagarla; pero agitado mi espíritu por tan violentas emociones, me recliné maquinalmente en ese sofá, y me quedé dormido. La

luz me ha delatado: ¿qué importa? Es lo mismo.

—No es lo mismo (le repliqué). V. ha penetrado furtivamente en mi casa, como pudiera haberlo hecho un ladrón; está V. acusado de un delito que infama; la justicia lo busca, y todo lo que yo puedo hacer en su obsequio es entregarlo á los tribunales. Nadie dirá que violo las leyes de la hospitalidad.

—Eso es absurdo (me dijo), y he ahí una solución que impediré á toda costa. Amo la libertad más que la vida, y prefiero la sepultura á la cárcel. Además, está V. en un error que me veo precisado á desvanecer. Yo quería omitir la segunda parte de esta historia; pero V. se empeña en saberlo todo, y será preciso que lo sepa. Mi honor de caballero no me consentiría permanecer ni un instante más en esta casa, si no me considerara autorizado para ello.

Oculto en la estufa, combiné mi plan, y salí de allí en busca de la puerta que da entrada á la sala de armas; allí encendí un fósforo, y vi el cielo abierto; esto es, vi la escalera de caracol que se enrosca dentro del muro, y subí por ella; tropecé con la entrada de esta habitación, y aquí saqué de mi cartera, siempre provista de todo lo necesario, una tarjeta; escribí en ella cuatro palabras, la encerré en un sobre, y puse por sobrescrito el bello nombre de la señora de esta casa. ¿Cómo poner en sus manos esta importante tarjeta sin valerme de una persona intermedia?

Mi ingenio buscaba en vano un recurso extraordinario; pero mi fortuna no me había vuelto del todo la espalda, y, perdone V. este arranque de vanidad, yo poseo el valor de las situaciones extremas. Registrando estos cuartos abandonados, hallé en la pieza contigua salida á una pequeña galería de cristales, y comprendí que me hallaba cerca de las habitaciones de Elisa. No sin trabajo abrí una puerta que se dibuja sobre dos escalones, en el extremo opuesto de la galería, y me encontré dentro de un espacioso ropero: seguí adelante, y otra puerta menos brusca me abrió paso al cuarto del baño, en cuyo ambiente se respiraba un suave perfume; más allá estaba el tocador dulcemente iluminado. Reinaba en los salones un profundo silencio; era el momento en que, cansados, sin duda, de esperarme, se sentaban Vds. á la mesa, donde yo también tenía mi cubierto. Suspiré al oír el ruido lejano de la vajilla y el confuso murmullo de la animada conversación con que empezaba la comida, y aun me pareció percibir las emanaciones succulentas de esos platos victoriosos que salen de las manos de Donato. En aquel momento me condenaba mi suerte al suplicio de Tántalo. Volví á suspirar, dejé la tarjeta sobre la mesa del tocador, y me retiré á este almacén de muebles rotos, lugar indudablemente más seguro que la estufa. No soy impaciente, y esperé sin inquietud el resultado de mi tentativa. Me parecía imposible que la bella Elisa, al volver de la mesa, no entrara en su toca-

dor á echar una ojeada á las perfecciones de su prendido. En efecto: habría transcurrido una hora, cuando vi aparecer una sombra blanca y vaporosa, semejante á una aparición celeste; los brillantes resplandecían en la obscuridad como las estrellas en una noche nebulosa. Me adelanté á recibirla, y le dije: «Señora, es un asunto para mí de vida ó muerte; necesito un asilo ignorado, á lo menos por veinticuatro horas, y abrigo la confianza de que no será V. la que me niegue un rincón en su casa.— ¡Ah! (exclamó): es una locura, una insigne locura; ¿pero qué hacer ya en este caso? Si el peligro de que se halla V. amenazado es tan inminente, permanezca V. aquí, y después veremos.» Después, bastante después, volvió, trayéndome ese candelero y esa vela indiscreta, y reparó el desfallecimiento de mi estómago con una buena ración de pavo *truffé* y una botella de legítimo *Laffite*. Ahora bien, amigo mio: ¿le parecen á V. todavía justas sus reconvenções?....

La ira y la vergüenza rugían á la vez en el fondo de mi alma. El miserable, con un descaro inaudito y una audacia sin ejemplo, se burlaba á la vez de mi honra y de mi paciencia. Contuve el violento impulso de mi cólera, y clavé en su rostro inalterable una mirada, en la cual iba todo el rencor de que me sentía poseído.

Encogióse de hombros, y siguió diciendo:

—V. no ha reflexionado bien los graves inconvenientes que ofrece la solución de entregarme á

los tribunales. Nadie creará que yo he venido á ocultarme aquí sin contar con la seguridad de ser admitido; todo el mundo sabe que he recibido en esta casa distinciones honrosas, y claro está que no es V. el que me oculta, cuando es V. el que me descubre. ¿ Á quién han de atribuir el favor íntimo de tan generosa hospitalidad? ¿ Sabe V. á qué suposiciones llegará la malicia? Y no es eso todo: el juez me interrogará acerca de este punto, y yo me veré obligado, por la rectitud de mi conciencia, á cantar de plano. De manera que al entregarme V. al poder de la justicia, entrega V. el nombre de Elisa y su propio nombre al tribunal inexorable de la maledicencia. Las cosas hay que mirarlas con calma para verlas como son, y resulta, por la singular combinación del caso, que V., que ha incurrido en la indiscreción de descubrirme, es el que está más interesado en ocultarme.

La observación era terrible; comprendí toda la fuerza que encerraba, y contemplando un instante el arma que tenía en la mano, le dije:

—La pistola es, en efecto, escandalosa, y hay asuntos que deben ventilarse con toda reserva. Debajo de nosotros está la sala de armas, y en ella encontraremos dos espadas, con las que acabaremos de entendernos.

—¿Propone V. un duelo!— me preguntó asombrado.

—Sí (le contesté). Olvido por un instante la infamia del crimen por el cual será V. pronto con-

denado á cadena perpetua, y propongo un duelo hasta el último aliento.

—¿Un duelo!... (exclamó.) Bien....; busque V. testigos; de otra manera es imposible; será un asesinato; desconozco absolutamente el manejo de la espada; podrá V. herirme dondequiera sin el menor peligro. Una estocada en el corazón pondrá fin á mis días. Perfectamente; pero ¿qué hace V. con mi cadáver?... Me parece que tengo derecho á saber en qué sepultura voy á descansar para siempre de las fatigas de la vida.

La idea de un asesinato me horrorizaba; el espectáculo de un cadáver que sería preciso ocultar helaba el calor de mi cólera. Aquel hombre tenía mi honor en sus manos, y mi honor precisamente le servía de escudo. Mi situación era bastante difícil, y me quedé pensativo, mordiéndome los labios.

—No hay que apurarse (dijo). Fijemos bien la cuestión, para no confundirnos; V. no puede descubrirme ni puede matarme. Hay, pues, que buscar otra solución más razonable al caso en que nos encontramos. Yo tengo una, y es la única. Un vestido con el cual pueda disfrazar mi persona, y un pasaporte para el extranjero extendido á favor de un nombre cualquiera, son dos requisitos indispensables para que yo, con las debidas precauciones, pueda salir de esta casa, en la cual, francamente, no he hecho ánimo de pasar el resto de mis días. V. me proporciona ese disfraz y ese pasapor-

te; yo me encargo de hacer desaparecer estas perfumadas patillas que he tenido el honor de poner en moda, y asunto concluido.

—¡Jamás! (exclamé, con el acento de las resoluciones irrevocables.) No pasaré jamás por la infamia de ser su cómplice.

—¡Bah! (exclamó á su vez.) V. cree que yo haga un uso indiscreto de esta aventura de mi vida, y eso, en verdad, honra poco á su perspicacia. Le juro á V. que al salir de aquí, Montenegro deja de existir; adoptaré el nombre que vaya consignado en el pasaporte. Yo he cambiado ya cuatro veces de nombre, y esta será la quinta transmigración de mi persona. ¿Le parece á V. que cometeré yo la torpeza de hablar de las aventuras de Montenegro?

—¡Jamás!—volví á repetir resueltamente.

—¡Phs! (dijo.) Creí que trataba con un hombre de mundo; pero tropezamos ahora con la intratable suspicacia de los maridos vulgares. Apuremos el caso: ¿cree V. que posea yo algún documento que pueda comprometer el nombre de Elisa?

Al oír esta pregunta, toda la sangre de mi corazón se me subió al rostro; y el recuerdo de la carta sorprendida en la estufa surgió horriblemente del fondo de mi memoria.

—Pues bien (siguió diciendo): la lealtad ante todo. Poseo uno: cuatro renglones, inocentes sin duda alguna, escritos en papel perfumado, mera impaciencia de la vanidad, de la curiosidad ó del capricho de una mujer acostumbrada á dominarlo

todo por su hermosura y por su lujo; pero que, en fin, á los ojos de un marido susceptible pueden tener un valor extraordinario.

Diciendo esto, había sacado su cartera, y de ella un billete, que me presentaba como el testimonio de su veracidad. Lancéme á arrancarlo de sus manos; pero me encontré detenido por un brazo vigoroso, que me hizo retroceder dos pasos.

—Poco á poco (dijo). Este es mi último cartucho. Yo no tengo ningún interés en conservar en mi poder estos renglones escritos por tan preciosa mano: V. los desea, y yo le propongo un negocio; los entrego generosamente á cambio del disfraz y del pasaporte; de otra manera, será imposible arrancarle de mis manos.

Una nube ardiente pasó por mi cabeza; sentí en mi voluntad un impulso ciego, y alzando el brazo, levanté la pistola á la altura de mis ojos, y disparé. Vi á Montenegro tambalearse y caer desplomado.

Me apoderé del billete, y pronto reconcí en él la letra de Elisa. ¡Ah! Éste no era un billete falso. He aquí su contenido:

«Me confieso vencida; es V. un enigma impenetrable. Mi vanidad de mujer empieza á ofenderse, y mi curiosidad se enfada. Si hemos de ser amigos, es preciso que nos conozcamos. Confianza por confianza.... Un capricho: la respuesta no quiero recibirla; quiero encontrarla.»

Después que me hube asegurado de que la ex-

plosión de la pistola no había producido alarma ninguna, formé mi resolución, y me dirigí en busca de Elisa.

Al levantar la cortina que separa el tocador del dormitorio, la encontré vestida, delante de la puerta, en actitud de salir. Al verme, retrocedió un paso, y exhaló un grito:

—Sígueme (le dije); necesito de tu auxilio, porque esta vez te toca á ti ser mi cómplice.

Irguió la cabeza con arrogancia, me miró fijamente sin descubrir en su rostro turbación ninguna, y me siguió sin resistencia. Sentía yo detrás de mí sus pasos acompasados y majestuosos. Cuando llegué al lugar de la sangrienta escena, cogí la luz, y acercándola al cadáver, le mostré el cuerpo inanimado de Montenegro. Yo espiaba los movimientos de su fisonomía; pero no descubrí en ellos ni la angustia ni el espanto que yo esperaba; movió la cabeza con cierta compasión, hizo un gesto de repugnancia, y apartó los ojos del cadáver, sin pronunciar ni una palabra.

—Ahora (dije), es preciso darle sepultura.

Volvió á mirarme con ojos impasibles, se cruzó de brazos, y se encogió de hombros.

Bajé al jardín, y ella me siguió, silenciosa como una sombra. Junto á la estufa hay una casa rústica, en la que guarda el jardinero todos los instrumentos de su oficio, y entre ellos hallé los que necesitaba. Siempre seguido por Elisa, entré en el tiro de pistola, y detrás de la plancha que sirve de

blanco, comencé á abrir una zanja. La tierra se prestaba á mis esfuerzos, y después de una hora muy larga, la tuve concluida; era bastante profunda para que pudiera guardar discretamente el terrible secreto que iba á confiarle.

Subimos en busca del cadáver, y, no hubo remedio, Elisa me ayudó á bajarlo, y, muda é inmóvil como una estatua, presenció el acto de darle sepultura. En el sitio en que Montenegro cayó muerto, había una gran mancha de sangre, que hice desaparecer, arrancando algunas baldosas de las que cubrían el pavimento. Aquella sangre lavaba mi honor ofendido; pero ¿no era al mismo tiempo el testimonio de un crimen? Cerré con llave las puertas que dan entrada á estas habitaciones, teatro de tan terrible escena, y acompañé á Elisa hasta su tocador. En esta especie de templo, donde ella adora en sí misma su belleza y su fausto, la detuve y le dije:

—Todavía te queda que pasar por la última vergüenza. Dentro de pocas horas sabrás quién era el hombre en cuyas manos habías puesto tu nombre y el mío. Más dichoso que tú, el juez que busca á los falsificadores de billetes ha sabido descifrar el *enigma impenetrable*. No me asombra tu traición; pero no te creí capaz de tanta astucia.

Al oír estas palabras, la palidez de su rostro pareció iluminarse por una ráfaga de color de púrpura, y, al mismo tiempo, echó atrás la cabeza, dejando ver en sus labios un gesto de desdén seme-

jante á aquel que yo sorprendí en el espejo la noche de mi boda.

Entonces arrojé á sus pies el billete insensato que acababa de arrancar de las manos yertas de Montenegro, y le volví la espalda.

¿Qué más quieres saber?...

Aquí tienes la historia de esta noche. Me encuentro solo en mi cuarto, y siento que estalla el agitado tumulto de mis pensamientos hasta ahora contenido. Elisa aparece á mis ojos como el ser más despreciable de la tierra; ni siquiera puede excusarla la ceguedad de una pasión irreflexiva.

¡Ah! Su corazón carece de toda ternura; es un alma helada por el frío de una vanidad inaccesible. El imperio de su belleza y el resplandor de su fausto: he ahí su orgullo.

Dando vueltas á todos los incidentes de esta desastrosa historia, viene mi pensamiento á detenerse ante el nombre de Octavia.... ¿Qué debo pensar?... ¿Es víctima ó cómplice?... ¿Habrá querido disputarle á Elisa las atenciones de Montenegro?...

La luz del día comienza á penetrar en mi estancia, y sus rayos iluminan con cruel claridad el cuadro sombrío de mi situación. Hay días que no debieran amanecer nunca. El día que empieza á colorear el horizonte es martes, y, si yo fuera supersticioso, creería que, en efecto, era un día aciago.

Todavía me queda que adoptar una última resolución, y no me atrevo á mirarla frente á frente.

Mi primer pensamiento es huir al extranjero y abandonar para siempre á Elisa; pero esta separación daría pábulo á las murmuraciones de la malicia. Estamos aún, casi puede decirse, en la luna de miel, y, ¿qué quieres?, la mayor parte de las gentes me creen tan dichoso.... Por otra parte, tengo miedo de abandonarla; mi presencia puede impedir un nuevo peligro y evitar la ocasión de un escándalo. Mas, ¿he de constituirme en agente de policía de sus acciones, de sus palabras y hasta de sus pensamientos?... ¿He de condenarme á vivir junto á un ser que sólo me inspira una aversión indecible?

Por segunda vez me acomete la idea de arruinarme.

El fausto es su atmósfera; yo puedo hacerla descender de las regiones del lujo en que vive, donde su corazón se ha desvanecido. Me es sumamente fácil deshacer mi fortuna, y condenarla á las estrecheces de la escasez. Cuando no sea rica, no parecerá tan hermosa; el mundo cortesano que la rodea la volverá bien pronto la espalda, y ella misma se ocultará avergonzada de su pobreza. ¿No es este su justo castigo?...

Al acabar esta carta me parece que es menos enorme el peso que oprime mi corazón; necesitaba partir con alguien este secreto tenebroso, y sólo á tí puedo confiarlo.»

CARTA XVI.

MIEL SOBRE HOJUELAS.

Octubre 30 de 1873.

«Si tienes la costumbre de saber el día de la semana en que vives, no ignorarás que ayer fué martes; y al advertirte esta circunstancia, quiero recordarte que es el martes en que yo tenía preparada mi venganza contra el agente de Bolsa; el martes, primer día de mi desdicha, el día más obscuro y más lóbrego que hasta ahora han visto mis ojos.

Elisa se levantó á su hora de costumbre. La doncella, de suyo bulliciosa y habladora, me pareció más alegre que nunca; la oía hablar y reír con esa espontaneidad con que suelen reír y hablar las personas que no experimentan pesar ninguno, indicio seguro de que no había notado en el semblante de su señora la más leve señal de disgusto, de pesadumbre ó de enojo. Elisa, pues, se había levantado á su hora de costumbre y con su cara de todos los días. La doncella le sirvió el almuerzo en su cuarto.

Á la tarde pidió el coche, y, espléndidamente ataviada, subió en él, y salió al gran trote.

En cambio, yo andaba fugitivo dentro de mi propia casa; sin poderlo remediar, bajaba la cabeza delante de mis criados; no me atrevía á confrontarme con ellos; huía de mirarlos frente á frente. Pasaba de una habitación á otra con el desasosiego del que no se encuentra bien en ninguna parte. Buscaba los rincones más oscuros de los divanes, y allí iba á refugiarme, y cerraba los ojos, porque la luz me hacía ver en sus diversos reflejos manchas violadas y manchas rojas; pero la obscuridad se me aparecía llena de sombras pavorosas: en el fondo de ese abismo veía surgir la figura insultante de Montenegro, que me miraba con la risa en los labios. Distinguía en su frente el agujero abierto por la bala, y lo veía vaciar en el hueco de la mano la sangre de su herida y arrojármela al rostro. Entonces me levantaba despavorido, abría los ojos, y acudía á la luz y al espejo á examinar mi rostro y mis vestidos, temeroso de encontrar en ellos manchas de sangre. Después de un examen minucioso soltaba una carcajada, la carcajada propia de estos casos: me reía de mis alucinaciones, de mis terrores, de mí mismo.

Comprendí que era preciso un grande esfuerzo de voluntad para dominar el desorden de mis nervios, y me preparé á esta lucha, propinándome un calmante.

No dudarás ni un momento que el desorden es-

taba en mi espíritu, en mi pensamiento, en mi conciencia; pero esas tres cosas casi no existen; ya no se habla más que de nervios.

En realidad, yo no tenía más remedio que matar al hombre que había intentado deshonorarme ó entregar mi honor á la insaciable voracidad de la maledicencia, ó, lo que es más ignominioso, hacerme encubridor de un malvado, resignándome á ser cómplice de su infamia, facilitándole la fuga y librándolo del rigor de la justicia.... ¡Vamos! En mi lugar, cualquiera habría hecho lo mismo. Las circunstancias se han tejido de una manera tan fatal, que no le quedaba á mi honor más recurso que matarle, y lo maté. No sé adónde llevarás la severidad de tu juicio; pero, antes de juzgarme, ponte en mi lugar. Me hallaba metido en un callejón sin salida, y me fué preciso derribarlo para poder pasar; los tribunales lo habrían condenado á cadena perpetua; mi honor, un poco más severo, le condenó á muerte: sin duda no era yo el encargado de ejecutar la sentencia, mas es indudable que la merecía.

Así reflexionaba yo hablando contigo en mi pensamiento, y estas reflexiones comenzaron á calmar las inquietudes de mi conciencia. Además, era preciso hacer frente á las miradas del mundo y encerrar este secreto en la sepultura de mi memoria. ¡Qué quieres! Por una reacción misteriosa de mi espíritu, en vez de atribulado, empezaba á estar satisfecho. No profeso á Elisa estimación ninguna; siento hacia ella un desprecio indecible, y

me complacía considerando el efecto que ha debido causar en su ánimo la sangrienta escena que puse ante sus ojos. Aunque tarde, creo que habrá empezado á comprenderme.

Reanimado por el valor que mi propia situación me inspira, llamé, como ahora decimos, á mi *camarero*, que me ayudó á corregir el desaliño de mi vestido. Nadie diría, al verme, que detrás de la plancha del tiro de pistola había una sepultura abierta por mis propias manos la noche antes. Te confieso mi debilidad: al contemplarme un instante en el espejo, me encontré más erguido que nunca, me parecieron los rasgos de mi fisonomía más enérgicos y más viril toda mi persona.

En esto me anunciaron una visita de confianza, que me esperaba en la galería de cuadros escogidos, donde por lo común recibo á mis amigos íntimos.

No pregunté el nombre del que me esperaba; me era indiferente uno ú otro; he repartido mi estimación tan equitativamente entre mis amigos, que no prefiero á ninguno. Tú, que te pasas la vida midiendo versos, escondido en el rincón de tu pobreza, no entras en el número de estos amigos. Ellos son más ó menos ricos, saben gozar de las delicias de nuestra sociedad y viven en el mundo; pero tú, ¿dónde vives? Más pobre que el último de mis criados, ¿cómo puedes vivir? ¿Vives acaso?... Pues bien, filósofo inexorable: este dichoso millonario tiene la extravagancia de envidiarte.

Al entrar en la galería, reconocí al agente de Bolsa de quien ya tienes noticias, y, al verlo, recordé que aquel día era el martes en que lo tenía invitado á comer con nosotros.

—¡Bravo! (exclamé.) No ha olvidado V. que hoy nos pertenece, y lo celebro.

—La memoria (me contestó), es una cualidad indispensable en los hombres de negocios. Además, se sabe que da V. de comer espléndidamente á sus amigos, ofreciéndoles una mesa de la cual se cuentan maravillas; posee V. un cocinero que es una verdadera celebridad, y yo, que me voy aficionando al suculento placer de los platos sublimes, no podía olvidar tan lisonjeras circunstancias.

—Reconozco (añadí) que la cocina de esta casa goza de una reputación que haría la fortuna de cualquier fondista; y, en honor de la verdad, entre las diversas celebridades que nos infestan en estos días, la de Donato es la que encuentro más justa; mas hoy se trata de una comida de íntima confianza: sólo cuatro personas vamos á sentarnos á la mesa, y temo que mi ilustre cocinero se haya creído dispensado de hacer prodigios; tal vez nos presente un *ménu* insignificante.

El agente de Bolsa hizo un signo negativo, diciendo:

—Yo no temo semejante contrariedad, porque, al fin, el insigne Donato debe saber que *Lúculo come en casa de Lúculo*.

Siguiendo esta conversación verdaderamente

apetitosa, mi amigo desenvolvió curiosas teorías acerca del método que debe observarse en la combinación de los manjares, en el uso de los condimentos. Era una especie de hambre, digámoslo así, ilustrada, culta, erudita; un paladar exquisito que posee grandes conocimientos en la materia. Yo contemplaba su cuerpo, algo enflaquecido, y sus mejillas, un tanto demacradas, y parecíame que había más jugos digestivos en su imaginación que en su estómago. Hasta ahora no le he conocido nunca tan decidida afición por los placeres de la mesa, y presumo que los desengaños que Octavia le ha hecho experimentar le han abierto el apetito. Su estómago busca en los deleites del paladar un consuelo á las aflicciones de su corazón, y de esa manera, este hombre, sobrio hasta hoy, ha caído en la última sensualidad en que acaban los pueblos corrompidos. La agonía de las civilizaciones refinadas, condenadas á perecer, se pasa en la mesa: detrás del ruido de los festines y del estrépito de los banquetes, están las catástrofes. La fabulosa prosperidad de *Fornos* significa que aquí todo se hace por comer, y todo se hace comiendo. Tú, infeliz, comerás para vivir; nosotros vivimos para comer. ¡Qué diferencia!....

El coche de Elisa retumbó sobre el entarimado del vestibulo, y poco después oímos su voz y la de Octavia, que entraban en el salón verde, donde nos reunimos para pasar al comedor. Elisa tomó el brazo del agente de Bolsa, y yo ofrecí el mío á Octavia.

La comida empezó silenciosa; sólo se cruzaron algunas preguntas indiferentes, contestadas por simples monosílabos. La conversación, esa flor caprichosa y espontánea, esa especie de enredadera que brota y se entreteje al calor de la palabra, nos había abandonado por completo: Elisa no tenía nada que decirnos, Octavia comía con la cabeza inclinada sobre el plato, el agente de Bolsa pronunciaba de vez en cuando frases estériles, y yo no sabía qué decir.

De repente, como quien anuda un diálogo interrumpido, el agente prorrumpió en estas palabras:

—Hasta ahora todas las precauciones tomadas por la policía han sido inútiles; se habían adoptado las más escrupulosas precauciones; pero el insigne Montenegro ha sabido Burlarlas: no parece por ninguna parte.

No me hallaba prevenido para esta salida del agente de Bolsa, y sentí en mí el movimiento de la sangre que se agolpa al corazón: debí ponerme sumamente pálido, y apelé al recurso de paladear lentamente una copa de Rhin que tenía delante. Entretanto Elisa se dignó decir:

—He ahí una desaparición que no debe afligirnos demasiado, pues creo que no se ha perdido una gran cosa.

—Sin embargo (replicó Octavia); es lástima que la policía no pueda dar con esa buena alhaja.

—Cualquiera diría (añadió el agente) que se lo ha tragado la tierra.

—Es posible (exclamé yo). La tierra suele proteger algunas veces á los criminales.

—De todas maneras (siguió diciendo el agente), el chasco que se ha llevado lo que llamamos el gran mundo, ha sido completo. El príncipe misterioso, el personaje novelesco, el héroe interesante de tantas historias, el ídolo de la buena sociedad, se ha transformado de la noche á la mañana en expendedor en grande escala de billetes falsificados. Vamos; el gran mundo no debe encontrarse muy satisfecho de su perspicacia.

Elisa dijo:

—No pretendo justificar al mundo; pero no se puede negar el valor de las apariencias, y en estos casos es muy fácil engañarse.

—Yo no me engañé nunca (replicó Octavia con viveza). Desde el primer momento experimenté hacia su persona una repugnancia invencible, y siempre lo tuve por un solemne bribón. En cuanto á su progenie, no vacilé en concederle el honor de ser un gran caballero de industria. El misterio que hacia de su vida me pareció bastante sospechoso; y, ¿qué quieren Vds.?, la resistencia que opuso siempre á retratarse me sugirió la idea de que tenía algo por qué ocultar la cara; para mí era indudable; él hallaba algún peligro en que la fotografía propagara por el mundo los rasgos fríos de su semblante.

Mientras hablaba Octavia, el agente de Bolsa tenía en mí fijos los ojos, dejando ver la sonrisa de

la satisfacción. Elisa se había encerrado en la majestad de un silencio desdeñoso, y yo miraba sin pestañear á Octavia, como se mira un enigma indescifrable.

Ella movió la cabeza con tristeza y con gracia, y siguió diciendo:

—Esto les parecerá á Vds. increíble; porque, es preciso decirlo, yo he perseguido á Montenegro con mis preferencias, le he hecho el amor...., he querido conquistarlo.... V. sabe esto perfectamente (añadió, dirigiéndose á mí). Nadie tiene de ello más certidumbre, porque es cierto que algunas veces las paredes oyen, sobre todo cuando hay quien es-
cuche detrás de una cortina.

Hablando así, animó su rostro con una sonrisa, en la cual me pareció descubrir un abismo de tristeza: sabía que yo había oído su conversación con Montenegro en el gabinete del *trousseau*.

No puedo negarte que me sentía lleno de asombro; el misterio de su carácter y de su conducta ejercía sobre mi ánimo una atracción extraña.

—Verdaderamente (le dije), todo eso me parece inexplicable.

—¡Oh! (exclamó el agente de Bolsa con aire victorioso.) Todo eso que á V. le parece inexplicable, tiene una explicación sumamente sencilla. Octavia quería confirmar sus sospechas acerca de Montenegro....

—No, no (se apresuró á replicar Octavia); no me había propuesto hacer el papel de agente de

policía; me guiaba un pensamiento más alto, al cual lo he sacrificado todo; porque, en fin, ¿á qué ocultarlo? Yo estoy en berlina; el mundo que me rodea cree que yo soy la víctima de ese solemne chasco: no le falta razón para ello; pues, como dice Elisa, en esta ocasión no se puede desconocer el valor de las apariencias.

Elisa añadió vivamente:

—Eso es indudable.

—¡Un pensamiento más alto!....—exclamó el agente de Bolsa, mirando alternativamente á Octavia y á mí.

—¡Ay, amigo mío! (dijo ella.) Sobre ese punto no se pueden hacer indagaciones....: es mi secreto, secreto que vive escondido en el fondo de mi alma, y ese lugar oculto de mi ser es impenetrable, porque es preciso que lo sea; Dios sólo lo sabe, y yo sola lo guardo.

Tú vives bajo el esplendor de un cielo meridional, y habrás visto muchas veces llover con sol; pues bien: un contraste análogo vi aparecer en el rostro de Octavia al pronunciar las palabras que acabo de copiarte.

Brillaba en su semblante, si me permites decirlo así, el sol de una sonrisa apacible, al mismo tiempo que la sombra de una nube obscurecía el resplandor de sus ojos, y me atrevía á jurar que vi dos lágrimas vacilar en sus párpados.

Esto pasó como un relámpago; mas creo que debió advertirlo el agente de Bolsa, porque, des-

pués de contemplar un momento á Octavia, volvió hacia mí sus ojos con expresión de ansiedad mal disimulada, y luego inclinó la cabeza, bebió un sorbo de *champagne* que aún hervía en la copa, y se quedó pensativo.

Los pómulos de sus mejillas, que se habían sonrosado por el calor de la comida, palidieron, y Octavia, dirigiéndose á él, le dijo :

—No intente V. descifrar el enigma; mas sepa V. que si este secreto pudiera salir de mi corazón, V. sería su único depositario, porque creo que, entre todos, es V. el único hombre que me ha comprendido. Ahora, hablemos de otra cosa.

—¡Oh! Sí, sí (exclamó Elisa). Han dado Vds. á la conversación un giro tan sentimental, que yo, por mi parte, no sé qué hacer, si desternillarme de risa ó deshacerme en lágrimas.

—Tienes razón (añadió Octavia). Alegremos los postres. Ea, señores; dejen Vds. ese aire mediatibundo. Esta es la última vez que nos vemos reunidos alrededor de esta mesa, y no quiero llevarme ningún recuerdo triste de nuestra última comida....

—¡La última vez!—exclamé yo.

—Sin duda (me dijo). Voy á emprender un largo viaje.

—¿Muy largo?....

—¡Ya lo creo! Imagínese V. que me voy nada menos que al otro mundo. No vayan Vds. á creer que me ha ocurrido la idea de morirme, ni que ha

pasado por mi cabeza el proyecto de matarme. Nada de eso. Es que mi madre tiene un hermano en Montevideo; es ya bastante anciano, se halla muy achacoso, no ha querido casarse nunca, y nos llama para que recojamos su último suspiro.

—¿Ya es cosa decidida?—preguntó el agente de Bolsa.

—Decidida (contestó Octavia). Mañana saldremos para Cádiz, donde debemos embarcarnos.

Elisa se volvió á su amiga, y le dijo :

—Desde aquí admiro los grandes espectáculos que la naturaleza ofrece en América; mas es cuestión de gusto, y yo prefiero los encantos de nuestra sociedad. No envidio, pues, tu expedición al Nuevo Mundo; pero, ya te lo he dicho: ese es un viaje que te conviene.

—Á lo menos (añadió Octavia con viveza), hallaré en Montevideo un refugio contra la compasión y la burla que desde hoy debe empezar á perseguirme. Habiendo fracasado tan desastrosamente mis pretensiones acerca de Montenegro, yo nada tengo que hacer aquí.

Observé que Elisa recibió sonriendo las palabras de su amiga, después de haberse mordido los labios. ®

Nuestra comida había terminado, y pasamos al salón verde, donde nos sirvieron el café.

Las dos amigas nos abandonaron por algunos instantes, al cabo de los que, cubiertas con sus abrigos, vinieron á despedirse de nosotros, porque el coche las esperaba para conducir las al teatro.

Quedámonos solos, y, digámoslo así, frente á frente, el agente de Bolsa y este infeliz mortal. El agente, sumergido en una butaca, y yo, paseándome de un extremo al otro del salón: su inmovilidad descubría el reposo de sus pensamientos, mientras los pasos con que yo cruzaba el salón revelaban la agitación de los míos.

Detúveme delante de él creyéndole dormido; mas sus ojos brillaron ante los míos con un fulgor extraño.

—¿En qué piensa V.?—le pregunté.

—Pienso (me dijo) que los tísicos tenemos en ciertas ocasiones momentos de una lucidez extraordinaria.

—¡Los tísicos!—exclamé sorprendido.

—Eso es, los tísicos (añadió). Es una enfermedad que, al devorar el cuerpo, parece que da más luz al espíritu. Si no padeciera esta dolencia que poco á poco va consumiendo mi vida, no habría descubierto el secreto que acabo de sorprender.

—¡Hola! (exclamé.) ¡Un secreto!...

—Sí...; lo veo con toda claridad.

—Y bien: ¿á qué género pertenece?

—Pertenece al género íntimo.

—¿Soy indiscreto con mis preguntas?

—No,—me contestó.

—Entonces, dígame V.: ¿se trata de alguna intriga política, de alguna cábala financiera, de algún negocio misterioso?....

Miróme fijamente, y me dijo:

—Se trata de un drama.

—Me llena V. de curiosidad.

—Puedo satisfacerla (añadió). No veo inconveniente en que V. lo sepa.

—En ese caso, veamos: ¿qué es lo que ha descubierto?

—He descubierto que es V. el mortal más dichoso de la tierra.

Al oír esta salida del agente de Bolsa, no pude contener una carcajada; mas reflexioné que podía haber en sus palabras una cruel ironía. ¿Habría penetrado su perspicacia en el secreto de mi vida? Me estremecí pensando que detrás de la plancha del tiro de pistola había enterrado un cadáver.

—En verdad (le advertí), no tengo derecho á quejarme de mi suerte: soy rico.

—Además (añadió, haciendo el inventario de mi felicidad), ha obtenido la mano de una mujer cuya belleza es indiscutible; posee V. su corazón, puede satisfacer todos sus deseos, y goza V. la tierna satisfacción de verla brillar en el mundo.

Tosí para quitar á mi voz la aspereza que presentía en ella, y le dije:

—No puedo negar la evidencia de ese conjunto feliz de circunstancias que forman mi dicha; mas, convengamos en que en este caso la tisis no ha tenido que hacer ningún prodigio de adivinación: yo no oculto mi felicidad.

—Algunas veces (me replicó sencillamente), somos felices sin saberlo.

Yo insistí, diciendo:

—En ese caso, que debe ser muy poco frecuente, no es posible incluirme, porque yo sé perfectamente que soy muy dichoso.

El agente recibió mis palabras haciendo un gesto de manifiesta incredulidad, y, levantándose de la butaca en que estaba sentado, puso la mano sobre mi hombro, y me dijo:

—No sé qué hacer con V.: por una parte, lo envidio con todo mi corazón; por otra, lo compadezco con toda mi alma.

La vehemencia con que pronunció estas frases me hizo sospechar que los vapores del café habían exaltado sus nervios algo más de lo conveniente, y me encogí de hombros, sin saber qué contestarle. Entonces me miró fijamente, y prosiguió:

—Es V. demasiado noble para abusar de lo que voy á revelar; lo conozco bastante para estar seguro de que no hará traición á mi confianza. Además, no hay ya tiempo: se ha empeñado en abandonarnos, y no volveremos á verla.

Aquí exhaló el agente un suspiro semejante á un sollozo, añadiendo:

—Debe V. saberlo, para que le devuelva la estimación que sus injustas sospechas le han robado; nadie más que V. debe admirarla, porque V. es el hombre afortunado, el mortal dichoso á quien Octavia ha consagrado el sentimiento más tierno y más puro de su alma.

Semejante revelación conmovió todo mi ser, ha-

ciéndome experimentar una sensación semejante á la de un sacudimiento eléctrico.

—¡Oh! (exclamé.) V. ve visiones; nada hay que confirme tan infundada suposición, á no ser que quiera V. hacerme creer que su conducta con Montenegro ha sido un recurso para disipar mi indiferencia. No, no; eso no es posible. Octavia no ha pensado nunca en mí seriamente.

—V. no la ha comprendido (me dijo con enojo). Su pensamiento ha sido siempre uno: que V. sea dichoso. Hablo con la seguridad de una convicción profunda. Á esa idea hubiera sacrificado ella su honor y su vida. Sin duda se temía á sí misma, y ha querido denigrarse á los ojos del hombre que, sin saberlo, poseía su corazón, para poner á su amor el obstáculo del desprecio; para ese supremo esfuerzo le ha servido Montenegro. ¿No comprende V. la sublimidad de este heroico sacrificio? Octavia posee un alma superior; un alma extraordinaria, de esas que Dios concede á los héroes y á los mártires, cuya grandeza no advierte nunca la vulgaridad del mundo. ¡Ah! (exclamó con voz visiblemente conmovida.) No es una felicidad, no es la felicidad suprema inspirar un sentimiento tan profundo en un corazón tan inmenso?

—Habla con tal precipitación y con tal viveza, que la respiración fatigada salía de su garganta como un quejido; y al terminar las frases que acabó de copiarle, no hablaba, gemía.

Yo, por mi parte, experimentaba la influencia

de su doloroso entusiasmo, y sentía como un nudo en la garganta.

Fijó en mí la mirada, en la cual relampagueaba un fulgor extraño; los pómulos de sus mejillas aparecían enrojecidos, y sus labios temblaban.

Tosió penosamente, y dijo:

—Ella se va....; yo también me voy....; ninguno de los dos volveremos.

Dicho esto, estrechó mi mano, la oprimió con afectuosa intimidad, y me dejó abandonado al vago tumulto de mis pensamientos.

Jamás hubiera sospechado que en el alma del agente de Bolsa se ocultara una pasión tan profunda. Pero, ¿qué valor debía yo conceder á la revelación que acababa de hacerme? Mi corazón se estremecía siempre que el nombre de Octavia acudía á mis labios. Quería creer en aquella felicidad suprema, que debía ser la suprema desgracia, y buscaba razones para desecharla, al mismo tiempo que me complacía en encontrar indicios que la confirmaran. Á un mismo tiempo, por una doble acción de mi espíritu agitado, me parecía todo aquello absurdo, inverosímil, imposible, y á la vez lo veía claro, palpable, evidente. Quería creerlo y quería ignorarlo, y en el fondo de mi alma se agitaban la alegría de una dicha inesperada y el dolor de una felicidad perdida.

¿Te acuerdas de aquella aparición de Octavia en la alameda de Vistabella? ¿Recuerdas la singular conversación que tuvimos? ¿Tienes presente la

caprichosa manera que tuvimos de salir al encuentro de la concurrencia que volvía de la serenata del lago? Nuestro paseo solitario obtuvo un éxito completo, y no me negarás que á Octavia debí el halago con que en aquella noche me sorprendió Elisa.

Después ha estrechado más y más la intimidad con su antigua compañera de colegio, y las dos amigas han sido hasta hoy inseparables.

Su conducta con Montenegro, ¿te parece aún un misterio?... ¿No vería en él un peligro para su amiga?... ¿No habrá querido interponerse entre ellos para alejarlos? No lo sé; no acierto á ver con claridad en la confusión de mis pensamientos.

Ahora dime tú: ¿Es cierto que he pasado muchas veces junto á mi felicidad sin verla?... ¿La hermosura que resplandece en el rostro de Elisa no me ha dejado descubrir la belleza oculta en el corazón de Octavia?....

Quiero saber hasta dónde llega la profundidad de esta herida; quiero conocer toda la extensión de mi desventura.

Habla; rompe ese obstinado silencio que guardas; no me ocultes tu pensamiento, por cruel que sea. Tengo valor para recibir este último golpe de mi desdicha. Octavia no está ya en Madrid; anoche salió para Cádiz, y yo he tenido bastante dominio sobre mi voluntad para no ir á despedirla. No te pido compasión, sino lealtad. Me encuentro solo en el mundo. Has mirado con desdén mis riquezas,

mi fortuna, mi opulencia, y tú eres el único que puedes estimar mi desgracia. No te llamo porque soy dichoso, sino porque me siento en el fondo de mi corazón el más infeliz de los hombres. Ella se va, y yo no podré ver á Elisa sin recordar á Octavia. Elisa es mi castigo, es mi remordimiento.

Por un vago presentimiento de mi desventura, empecé esta serie de cartas, pidiéndote el pésame; ¿me lo negarás todavía?....

El agente de Bolsa es más dichoso que yo, porque ha sabido descubrirla y comprenderla.»

CARTA XVII.

EL PÉSAME.

Mayo 10 de 1873.

«Veo terminado el relato de tu desventurada historia, y ya no tengo inconveniente en abrirte de par en par mi pensamiento.

Tu situación no es, en verdad, muy lisonjera. No has ganado á Elisa, has perdido á Octavia, y detrás de la plancha del tiro de pistola donde has ejercitado tu destreza, hay enterrado el cadáver de un hombre, cuya vida has arrancado tú con tus propias manos.

Cualquiera que sea la terrible necesidad en que tu honor te haya puesto, tengo por cosa segura que los tribunales de justicia te pedirían estrecha cuenta de ese cadáver sepultado en tu casa, si alguna vez llegaran á descubrirlo.

Ya sé que tu honor te cerraba todos los caminos; comprendo las invencibles dificultades de tu posición en aquellos momentos; el infame ponía tu honra á precio de su fuga; tú tenías una pistola en la mano y la ceguedad de la indignación en los ojos. Confieso que es muy difícil librarse del peligro de semejante situación; mas es el caso que á

TOMO X.

14

mi fortuna, mi opulencia, y tú eres el único que puedes estimar mi desgracia. No te llamo porque soy dichoso, sino porque me siento en el fondo de mi corazón el más infeliz de los hombres. Ella se va, y yo no podré ver á Elisa sin recordar á Octavia. Elisa es mi castigo, es mi remordimiento.

Por un vago presentimiento de mi desventura, empecé esta serie de cartas, pidiéndote el pésame; ¿me lo negarás todavía?....

El agente de Bolsa es más dichoso que yo, porque ha sabido descubrirla y comprenderla.»

CARTA XVII.

EL PÉSAME.

Mayo 10 de 1873.

«Veo terminado el relato de tu desventurada historia, y ya no tengo inconveniente en abrirte de par en par mi pensamiento.

Tu situación no es, en verdad, muy lisonjera. No has ganado á Elisa, has perdido á Octavia, y detrás de la plancha del tiro de pistola donde has ejercitado tu destreza, hay enterrado el cadáver de un hombre, cuya vida has arrancado tú con tus propias manos.

Cualquiera que sea la terrible necesidad en que tu honor te haya puesto, tengo por cosa segura que los tribunales de justicia te pedirían estrecha cuenta de ese cadáver sepultado en tu casa, si alguna vez llegaran á descubrirlo.

Ya sé que tu honor te cerraba todos los caminos; comprendo las invencibles dificultades de tu posición en aquellos momentos; el infame ponía tu honra á precio de su fuga; tú tenías una pistola en la mano y la ceguedad de la indignación en los ojos. Confieso que es muy difícil librarse del peligro de semejante situación; mas es el caso que á

TOMO X.

14

nadie le es permitido tomarse la justicia por su mano.

Si de repente descorrieras el velo detrás del cual se esconde esa sangrienta escena, el mundo te aplaudiría; mas entre los aplausos del mundo te verías oprimido por la mano de la justicia humana.

A los ojos de la sociedad podrías llegar á ser hasta un héroe; y, no obstante, á los ojos de la ley serás siempre un homicida.

En cuanto á mí, no he de ocultártelo; si fuera tu juez, te condenaría; mas no siéndolo, me coloco en tu caso, y te absuelvo. Sin embargo, daría la mitad de mi vida por no ver tus manos manchadas de sangre.

Quieres conocer tu desventura en toda su extensión, y eso es propio de un corazón animoso. Los amigos leales, los verdaderos amigos, nos vemos con frecuencia en la necesidad de ser crueles. Sí, tú lo conoces y yo te lo aseguro: tu desdicha es muy grande.

Es verdad, no te engaña tu corazón; has pasado junto á la felicidad sin verla. La belleza que resplandece en el rostro de Elisa no te ha dejado ver la hermosura que se esconde en el alma de Octavia. Alucinado por la prosperidad que te adula, no has visto que hacías un malísimo negocio. La loca fortuna que te sonreía se burlaba de ti. No creas que esto es nuevo; tu desgracia no sale de la ley común de las desdichas humanas; pertenece, como todas, á la triste condición de nuestro destino.

Has buscado tu felicidad donde no estaba. ¿Qué hay en esto de original ni de extraordinario?... ¿No es esta la causa de todas las infelicidades que nos afligen?... ¿No es ese el error primitivo que nos tiene condenados á la estrecha prisión de esta vida mortal en que nos vemos encerrados?...

Si allá, en el fondo solitario de tu corazón, lloras tu desventura, no debes llorarla más que con los ojos con que todo el mundo llora las tuyas. No vayas á hacer una novela de tu desdicha; lo que á ti te ocurre es historia pura. La belleza de Elisa tentó tu vanidad y sedujo tus sentidos; te ha hecho probar el amargo fruto de un terrible desengaño, y te encuentras arrojado del paraíso. He ahí una catástrofe que se repite todos los días.

Todo esto es más positivo que la realidad de los millones con que te ha enriquecido la prosperidad de tus negocios.

Te lo diré de una manera más bursátil, más financiera, más propia del movimiento de la riqueza pública, en el que parece que hemos fijado nuestra felicidad suprema.

La operación que has hecho es la siguiente:

En la Bolsa del mundo, la belleza de Elisa goza de todos los favores del crédito; es una especie de papel brillante que se cotiza muy alto; está en alza. Octavia, á su vez, representa un valor insignificante; no entra en las cotizaciones, y se hälla fuera del movimiento de los negocios.

Tú jugaste al alza, seguro de obtener una ga-

:

nancia que completara tu fortuna. Pero ha llegado el día de la liquidación, has visto la realidad de las cosas, y no te queda más recurso que pagar la enorme diferencia que ahora adviertes entre Elisa y Octavia.

Tan malísimo negocio causaría la ruina de tu corazón; pero cuento con la fortaleza de tu alma, y sé que harás frente al acerbo desengaño que experimentas.

En la obscura filosofía que la vana soberbia de los hombres ha inventado, sólo encontrarías la desesperación de una horrorosa incredulidad. Mas tú conservas en tu corazón la sana filosofía de la fe; ni el mundo en que vives ni las prosperidades que has alcanzado te han corrompido. La fe es un manantial de esperanza, y la esperanza es el único, es el gran consuelo en las tribulaciones de la vida.

Todo esto lo sabes tú perfectamente; pero acaso no lo recuerdes bien en estos instantes en que te encuentras descontento del mundo, de los hombres y de ti mismo.

Desde que lei tu encuentro con Octavia en la alameda de Vistabella, y me enteré de vuestra conversación, concebí acerca del carácter de la amiga de Elisa ciertas dudas que no debía comunicarte.

Desde luego sospeché que aquel encuentro no era casual. Ella había espiado tus pasos, buscando la ocasión de una entrevista, hasta cierto punto misteriosa, y tú, como acontece muchas veces, acudiste á la cita sin saberlo.

No pudo ocultármese que eras víctima de una intriga de mujer, y, al valerme de esos nombres, debo añadir que fuiste víctima de la noble intriga de una mujer generosa.

Octavia había advertido que tu luna de miel no era excesivamente dulce, y quiso echar un grano de azúcar en el vaso de tu felicidad, acercándote á Elisa, de quien te veía alejado.

Entre todas las gentes de buen tono que llenaban tu casa y gozaban de tu opulencia, sólo ella había observado que el cielo de tu dichosa boda no se hallaba completamente despejado de nubes, y preciso es convenir en que Octavia fijaba con demasiado empeño su atención en vosotros.

¿Por qué? ¿Sería una mera curiosidad?

La curiosidad es por sí comunicativa, no se considera obligada á guardar ningún secreto; los curiosos se creen con pleno derecho sobre todo lo que averiguan; por consiguiente, divulgan sin escrúpulo todo lo que indagan.

Ellos disfrutan de dos placeres; el placer de inquirir y el placer de contar.

Octavia guardó discretamente el secreto de sus averiguaciones, puesto que el mundo que te rodea ignora todavía que desde la primera noche de tu boda empezaste á ser el hombre más infeliz de la tierra.

No la movía la curiosidad; era el interés el oculto resorte de su conducta.

¡Interés! Y bien: ¿por quién? ¿Le interesaba la suerte de Elisa? No es creíble.

En esta clase de asuntos, las mujeres, por regla general, no suelen interesarse por la suerte de sus amigas. Si esto no te parece completamente exacto, no lo tomes en cuenta, porque yo no tengo empeño en sostenerlo.

De todas maneras, te será preciso convenir en que Octavia, amiga íntima de Elisa, su compañera inseparable desde el colegio, no había de desconocer la indole dura, fría y orgullosa de la mujer que has elegido para que te ayude á llevar la carga de la vida; y, en tal caso, no era su suerte la que debía interesarle, sino la tuya. ¿No es Elisa dichosa?

Por poca perspicacia que le concedamos, no había de escaparse á su penetración que en esa unión desventurada que el mundo te envidia, tú eres la víctima.

¿Qué secreto impulso la movió á buscarte en la alameda, á llamar sobre ti la frívola atención de aquella brillante concurrencia..., á excitar, en fin, el amor propio de su amiga?...

Discurriendo de este modo, llegué á concebir la vehemente sospecha de que Octavia ocultaba en lo más escondido de su corazón uno de esos sentimientos profundos, tiernos y heroicos que suelen pasar por la tierra ignorados y silenciosos.

Con este dato que la lectura de tus cartas me sugería, no me fué difícil explicarme el proceder de esa noble criatura con Montenegro. Temió, si no por tu honor, á lo menos por tu tranquilidad, y te sacrificó hasta su decoro.

Ninguno de esos seres que se llaman hombres de mundo se determinará á creer semejante sacrificio, porque yo no sé qué especie de triste satisfacción experimentan en no reconocer en nadie las grandes virtudes de que carecen.

Es indudable que Octavia sabía que tú escuchabas, detrás de las cortinas del gabinete del *trousseau*, su atrevida conversación con Montenegro. La sombra que viste desvanecer en el espejo, ¿era la sombra de Octavia ó la de Elisa? Tengo para mí que Elisa, más astuta de lo que te parecía, escuchaba también detrás de la puerta de su tocador. Tú no veías nada de esto, y yo no podía descubriértelo. Ahora no hallo inconveniente en que lo sepas, puesto que deseas medir toda la profundidad de tu desdicha.

Octavia debió advertir que entre Elisa y Montenegro existía cierta inteligencia... ¿Sospechó la existencia de la carta sorprendida en la estufa?... ¿Quién sabe! Por cruel que sea, no debes olvidar estas palabras: «Me voy al otro mundo, porque ya no tengo que hacer en este». Octavia se despedía de ti, diciéndote de esa manera que Elisa es incorregible.

Vuelves al propósito de arruinarte como el complemento de tu venganza, y en la situación de ánimo en que te encuentras, te creo muy capaz de ponerte en el caso de pedir limosna.

Tengo por insigne locura consagrar la vida á enriquecerse; la sed de oro que devora á nuestra sociedad es una enfermedad terrible, cuyos estragos

debieran espantarnos; pero si es un desatino consagrar todo el entendimiento, todo el corazón y toda el alma á amontonar millones, no puedo desconocer que es una tontería coger la fortuna adquirida y arrojarla por la ventana.

¿Y qué te propones conseguir? Ya conoces á Elisa, rica, opulenta, fastuosa; mas dime: ¿sabes tú de lo que sería capaz viéndose pobre, humillada y miserable? Me parece insensato someterla á tan peligrosa prueba.

Para la prosperidad, para la fortuna, se necesita grandeza de alma; para la pobreza, para la miseria, se necesita mucha virtud, virtud que escasea considerablemente en estos tiempos de abundancia.

Ahora bien: ¿puedo servirte de algo? Creo que sí. El mundo que te rodea no tiene nada con que llenar el vacío abierto en tu corazón. Estás solo, y puedo hacerte compañía en tu soledad. No es mucho....; pero, en fin, es algo.

Haz que me preparen una habitación en lo más retirado de tu casa. Con una cama sencilla y unos muebles modestos, estaré alojado como un príncipe. No faltes á esta condición que te impongo, porque tengo miedo al lujo. ¡Se acostumbra uno á él tan fácilmente!....

Sólo dos días en la semana comeré en tu mesa. Admiro el superior talento de tu insigne Donato; mas el respeto que su genio merece me obliga á establecer una prudente distancia. No conviene fa-

miliarizarse con cierta clase de grandes hombres.

Empezaste tu primera carta pidiéndome el *pésame*, y ya ha llegado la ocasión de que te lo envíe. Sí, recíbelo, mientras yo mismo te llevo el abrazo más estrecho que has recibido en tu vida.

¡Ah, infeliz millonario!.... Lo que más me aflige de toda esta lamentable historia, es que merecías ser dichoso y que tú mismo te has convertido en triste ejemplo de la desdicha en la fortuna.»

CARTA XVIII.

ÚLTIMOS DETALLES.

«He llegado á Madrid con toda felicidad; no hemos experimentado ni choque ni descarrilamiento alguno. Las compañías de ladrones organizadas en algunos pueblos del tránsito tampoco han tenido esta vez empeño en detenernos; todos los *rails* de la vía estaban en su puesto.

Mi amigo me esperaba en el *andén*, donde la máquina fatigada exhala el último suspiro y el tren se detiene como una vida que se acaba. Así es que al salir del coche, cargado con mi pequeña maleta de viaje, me encontré en sus brazos.

Creo que á los dos se nos llenaron los ojos de lágrimas al abrazarnos; pero, si fué así, nos ocultamos mutuamente esta debilidad de nuestros corazones.

En la puerta de la estación nos esperaba la arrogante berlina del opulento millonario. Un lacayo, vestido de rica librea, me quitó la maleta de las manos, y entré en el coche, sin acordarme de mi horror al lujo.

Por algún tiempo permanecemos silenciosos. Teníamos muchas cosas que decirnos, y no acertábamos á decirnos nada. Al fin se rompió aquel triste silencio, y entonces nos quitábamos uno á otro la palabra de la boca.

No tengo de qué quejarme; la habitación que ha dispuesto para mi alojamiento está modestamente amueblada. No hay terciopelo, ni damasco, ni tapicería; todo es *gutta-percha*; pero al sentarme en una butaca, he podido observar que debajo de tan modesto vestido se ocultan magníficos muelles.

En honor de la verdad, le perdoné fácilmente esta pequeña traición. Los muelles son indudablemente un lujo, ¡pero es un lujo tan cómodo!... No obstante, lo miré, como si quisiera reconvenirle; pero se sonrió, y no tuve más remedio que sonreírme. Era la primera vez que nos sonreíamos desde mi llegada.

Sobre la mesa de escribir vi una escribanía bastante artística, que me pareció de zinc; después he averiguado que es de plata oxidada.

Á la hora del almuerzo vino á buscarme para conducirme al comedor. Allí me encontré con tres personas desconocidas: una señora, en la que se advertía que, bien á pesar suyo, había pasado ya de los cincuenta años; un señor de semblante fresco y grandes bigotes completamente blancos, que le daban cierto aspecto militar, aunque la frescura del rostro dejaba traslucir que no había enca-

necido en los campamentos, y un joven pálido y excesivamente calvo, exquisitamente vestido, y, á mi parecer, de aspecto insignificante.

Estos tres individuos formaban una sola familia; son padre, madre é hijo: la madre es tía algo lejana de Elisa, la cual entró en el comedor al mismo tiempo que nosotros.

—Mi presentación fué en estos términos:

—Señores (dijo mi amigo), tengo una verdadera satisfacción en presentar á Vds. á mi íntimo amigo y deseado huésped (aquí pronunció mi nombre, y añadió): Creo que no será para Vds. una persona del todo desconocida.

Yo me incliné, haciendo una cortesía bastante ceremoniosa, y todos se inclinaron del mismo modo. La señora, dejándome entender que, en efecto, mi nombre no le era desconocido; el hijo clavando en mí sus ojos redondos y cenicientos con una curiosidad algo impertinente, y el padre encogiéndose de hombros, como dando á entender que no me había oído nombrar en toda su vida. En cuanto á Elisa, encontré en su saludo una mezcla particular de afabilidad y desdén; su fisonomía se me presentó misteriosa, como una puerta entreabierta. Había en ella bastante cortesía y muy poca franqueza.

Después de estos cumplimientos, pasamos á la segunda parte. Mi amigo, invirtiendo el orden, me dió á conocer uno á uno á los tres individuos de aquella familia, y entonces supe que el padre era

general, la madre tía de Elisa, y el hijo un joven de esperanzas, que sabía vestirse con todo el rigor de la moda. Luego, volviéndose, y sin mirar á Elisa, me dijo:

—Si estás al corriente de las celebridades de nuestro tiempo, me parece que habrás reconocido ya á la bella mujer á quien he unido mi suerte para siempre, y sería ofender tu ilustración advertirte que estás en presencia de la señora de esta casa.

Yo lo oí inclinándome profundamente, porque quería dar una señal inequívoca de asentimiento.

Cumplidas estas formalidades algo fastidiosas, pero necesarias para que la gente se conozca, nos sentamos á la mesa y comenzó el almuerzo.

Confieso que la celebridad de que goza la belleza de Elisa es justa; un artista consumado no encontraría modelo más perfecto.

El dibujo de sus facciones es de una corrección admirable y de una pureza de líneas que sorprende.

Su tez brilla con esa blancura sonrosada que Dios ha concedido al nácar, y, si es verdad que existe la sangre azul, es indudablemente la que circula por el limpio azul de sus venas.

Es alta, fina, flexible.

El arte, permítaseme esta pedantería, desde el punto de vista plástico, nada tiene que pedirle, porque están fielmente observadas todas las reglas.

Si la hubiera visto inmóvil sobre un pedestal,

vestida con una túnica griega, la habría tomado por obra maestra de Fidias.

El observador que no se deje deslumbrar por lo armonioso del conjunto, podrá distinguir una arruga imperiosa y fugitiva que suele asomar entre sus dos cejas. A pesar del encanto de su sonrisa, podrá advertir también en su boca un gesto duro, que aparece como una nota desafinada en medio de una melodía.

Sus ojos son de un azul magnífico, coronados de hermosas pestañas; pero brilla en ellos la mirada con un resplandor frío, semejante al que produce la luz eléctrica.

Cuando toma parte en la conversación, parece que desciende de alguna altura sólo de ella conocida. Podría decirse que es una estatua que sale de la contemplación de sí misma.

Es un sol cuyos resplandores brillan y no arden; una luz sin calor, un rayo que no quema. Admira, pero no atrae. Es una obra de Museo, que Inglaterra, por ejemplo, pagaría á peso de oro.

Hoy he conocido al agente de Bolsa, y he sorprendido en él momentos de alegría y momentos de tristeza. Lo entristece la idea de que vive, y lo alegra la esperanza de que morirá pronto.

Creo que en esta primera entrevista se han estrechado nuestros corazones tan afectuosamente como nuestras manos.

La galería de cuadros es excelente; hay en ella

buenos retratos; pero no he encontrado en ella lo que busco. Sin embargo, no he perdido la esperanza de encontrarlo. Debe estar en el tocador de Elisa. Mas, ¿cómo penetrar en ese santuario de su belleza?...
Veremos.

Ya he visto. Anoche hubo recepción, y asistí á ella. Elisa me presentó á sus amigos, y, en honor de la verdad, fui muy bien recibido.

¡Oh! Sí; las exterioridades del gran mundo son muy agradables. Es la superficie, es un espejo donde suele uno verse á su gusto; el fondo ya es otra cosa.

Por acercarme al tocador de Elisa, donde yo deseaba penetrar, entré en el gabinete del *trousseau*, y me puse á contemplar la riqueza de un soberbio velador de porcelana que lucía su valor y su mérito en medio de la estancia.

Sobre el velador había un volumen ricamente encuadernado, en cuyo canto leí: «Álbum de retratos». Abrí el libro por la primera página, y la imagen de Elisa se presentó á mis ojos fotografiada con una exactitud maravillosa. La fidelidad poco escrupulosa de la cámara oscura había reproducido la expresión fría de su alma, sin ocultar ninguna de sus raras perfecciones.

Repasé una á una las páginas del libro, donde las principales bellezas de Madrid habían dejado á la posteridad un recuerdo de sus respectivas

fisonomías y de sus más estudiadas actitudes.

Al fin llegué á una página, en la cual me detuve; examiné atentamente la nueva imagen que tenía delante, y, sin poder contenerme, di una palmada sobre el libro. Estaba seguro de haber encontrado lo que buscaba.

Buscaba el retrato de Octavia, y si no era el que contemplaba en aquel instante, debía serlo.

Una voz sonó cerca de mi oído, diciendo:

—La has conocido....: es *ella*.

Volví la cabeza, y me encontré con mi amigo, que, apoyado en el respaldo de mi asiento, seguía atentamente mi excursión por el álbum de los retratos.

Si Elisa es el brillante que deslumbra, Octavia es la perla que se esconde.

No puedo negarme la satisfacción de haberla adivinado. Mas ¿en qué he podido reconocerla?... ¿En la firmeza de la mirada? ¿En la bondad de la sonrisa?... ¿En la nobleza de la frente?... ¿En la gracia de la expresión?... ¿En la misteriosa tristeza de sus ojos rasgados y negros?...

No lo sé.

¿Acaso la he reconocido en la modestia de su vestido, en la sencillez de sus adornos, en la naturalidad de su actitud?...

No puedo asegurarlo.

El millonario, el agente de Bolsa y yo forma-

mos una sociedad íntima aparte de la sociedad que nos rodea. Respiramos otro ambiente y vivimos en otra atmósfera.

Y el caso es que este millonario, condenado á secreta desdicha, y este enfermo que se acerca rápidamente al término de su vida, han contagiado mi espíritu.

Pienso en Octavia casi tanto como ellos.

¡Qué contrastes!... Mientras el mundo inconstante no sabe hoy más que hablar de Elisa, nosotros, en la intimidad de nuestras conversaciones, no acertamos á hablar más que de Octavia.

Él admira la belleza del rostro; nosotros la hermosura del alma.

FIN DE «UN ROSTRO Y UN ALMA».

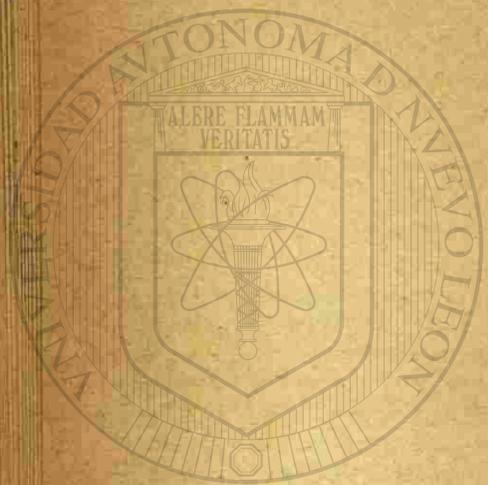




DOS PARA DOS
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



DOS PARA DOS

I.

ACABABA Jaime de echarse la última mirada al espejo; pues aunque no era hombre afeinado, tenía el capricho ó la costumbre de vestirse con esmero, y en esta ocasión debemos dispensarle, porque, afligido con la muerte de un tío bastante rico que le dejaba toda su fortuna, era natural que tributara á su memoria aquel homenaje fúnebre, vistiéndose con más esmero que nunca, puesto que estrenaba un traje completo de riguroso luto.

Su persona respiraba tristeza, desde el charol brillante de las botas hasta el negro azabache de los botones, que hacían resaltar la blancura de la camisa. Sus cabellos rizados, sus grandes ojos y su barba peinada, se asociaban tan bien al duelo de su vestido, como si la naturaleza, previendo el

caso de este dolor, se hubiera anticipado, haciéndolos oscuros. Sobre todo, el lazo de la corbata expresaba admirablemente su pena, mostrando el nudo más gracioso y más triste que puede presentar una corbata negra.

Acababa, pues, de dar la última mano á su tocado, y se disponía á leer algunas cartas, sin duda de *pésame*, que se hallaban sobre la chimenea, cuando sintió que llamaban á la puerta de su cuarto.

—Adelante,—dijo.

No tuvo necesidad de repetir la invitación; pues, abriéndose la puerta impetuosamente, dió paso á un joven que, sin más ceremonia, arrojó el sombrero sobre una silla, y fué á hundirse en una butaca, cuyos muelles, sorprendidos, crujieron con espanto.

—¡Tú por aquí!—exclamó Jaime.

—Yo. ¿Te sorprende? Pues es la cosa más natural del mundo. Estás de luto, de riguroso luto; no falta pormenor ni detalle á tu justo sentimiento, y no había de ser yo el último en venir á darte la enhorabuena.

—El *pésame*, querrás decir.

—Como estamos solos, me he permitido hablar con propiedad.

—Ya ves... : mi pobre tío...

—¡Tu pobre tío!... Me llenas de tristeza, y, en ese caso, comprendo tu dolor; pero muchas veces hemos hablado de este trance cruel, y siempre decías que tu pobre tío era muy rico.

—Es cierto; mas...

—Me estremeces con tantos puntos suspensivos. ¿Acaso no eres tú su único heredero? ¿Te ha salido algún pariente ignorado?

—Sin duda alguna, yo soy su único heredero. ¡Figúrate que el buen señor no pensaba morir, y ha muerto *abintestato*!

—Es decir, que vas á recoger su fortuna íntegra; porque si hubiera hecho testamento, habría dejado mucho que no sería para ti: ya sabes que el buen señor fué un solemne calavera, muy capaz de hacerte partir su fortuna con algún primo desconocido, de esos que suelen salir en la última hora de los tíos incasables. Por lo menos, estos eran tus temores.

—Sí; mas debo hacerle justicia: sus calaveradas serían invenciones poco escrupulosas, y, en todo caso, calaveradas sin consecuencias; porque si no...

—Porque si no... ¡Claro está! Habría tenido la precaución de no morir de repente, ¿no es esto?

—No digo eso; quiero decir que habría tenido arreglados sus asuntos, y hecho su testamento.

—Es verdad; pero tú mismo has dicho que el pobre tío no pensaba en morir.

Jaime se encogió de hombros, como si quisiera decir: «Me lavo las manos»; y su amigo prosiguió:

—De todas maneras, tú estás en la plenitud de tu derecho, y vas á ser rico, ó, lo que es lo mis-

mo, feliz, por la combinación de tres circunstancias bien tristes: un tío que se muere, que se muere de repente, que se muere sin hacer testamento: ¿qué has de hacer? Lo que haces; cubrirte de luto, para que el mundo vea lo negro de tu suerte.

—Sin duda crees (le advirtió Jaime) que la miseria de esta herencia ahoga en mí todo sentimiento, y te equivocas. Mi buen tío ha sido para mí un segundo padre; él ha sufragado los gastos de mi carrera; á él se lo debo todo: ya ves si es acreedor á mi reconocimiento.

—¡Acreedor! ¡Acreedor! Esa es la palabra más odiosa que existe en el Diccionario. Dichoso tú que acabas de enterrar á aquel á quien se lo debes todo; en cambio, á mí me enterrarán mis acreedores.

—Veo que esta mañana discurre con la lógica de tus deudas, y no me sorprende la exacerbación de tu escepticismo. Pero, vamos á cuentas: somos amigos, voy á ser rico, y te ayudaré á salir de las trampas en que has caído. ¿Qué más quieres?

—No seré yo el que convierta á un amigo en acreedor; guárdate tu dinero, porque yo no lo necesito. Además, ¿qué harías sacándome del atolladero en que me encuentro? Nada; ponerme en camino de caer en otro. Yo tengo un recurso supremo para pagar de una vez mis deudas: recurso supremo, pero seguro, á que apelaré muy pronto.

—¿Cuál?

—Mi vida.

—¡Miguel, tú no hablas formalmente!

—Te aseguro que se me ríen los huesos pensando en la desesperación de mis acreedores cuando sepan mi muerte. Creo que no harán ostentación de su pena vistiéndose de luto; pero me llorarán con toda su alma, es decir, con todo su bolsillo. Y, mira tú lo que son las cosas: se desesperarán porque me he muerto, y, francamente, yo me mato porque ellos no me dejan vivir.

—Me parece que precipitas los acontecimientos. En el orden de los recursos humanos, la muerte es el último; lo cual significa que antes hay otro.

—Los he agotado todos; económicamente hablando, me he reducido á la última operación: he asegurado mi vida para matarme. Vas á decirme que es una muerte fraudulenta; pero esa es la natural contingencia del negocio.

—No veo el caso tan perdido como tú lo pintas. Hace cinco años que recibiste, como yo, la investidura de doctor en jurisprudencia; eres, por consiguiente, un hombre de carrera; no te falta talento. Abre, pues, tu bufete, y trabaja.

—¡Trabaja! Ese es el verbo favorito de la tiranía moderna. ¡Trabaja! Esto es, úncete á un carro como un mulo, y tira hasta caer de boca, ó, lo que es más absurdo, quitate la vida para vivir. No, nunca. Yo soy materialista neto. Fuera de aquí no hay nada. Pues bien: aquí lo quiero todo: ó gozo, ó muero. Mi última conclusión económica no tiene vuelta de hoja. ¿Tengo cubierto en el festín de la vida? ¿Sí? Pues vivo. ¿No? Pues me mato.

Jaime hizo un gesto de incredulidad, y el materialista continuó:

—Haz todos los gestos que quieras; los gestos no son razones, y la gran ciencia nos conduce como de la mano al placer ó al suicidio, mientras que la igualdad universal no nos haga á todos dueños de todo, de la misma manera que poseemos la luz que nos alumbra y el aire que respiramos.

—Semejante comunismo es imposible,—replicó Jaime con impaciencia.

—Lo imposible es, porque es injusto, que no haya otra vida, que todo esté reducido al paraíso de la tierra, que seamos todos por igual derecho dioses de este Edén, y tú vivas como un millonario, y yo como un miserable. Comprendo que la fe mitigaría el inicuo rigor de tan cruel diferencia, infundiendo en los ricos la caridad y en los pobres la esperanza, haciéndoles iguales ante el tribunal del día del juicio. Pero ese artificio de la teocracia ha caído ante la luz de la ciencia; la razón pura se levanta implacable contra la fe, y la teología, que busca á Dios, ha caído bajo el imperio de la economía política moderna, que sólo ve al hombre. La revolución está hecha; la tierra ha conquistado al cielo; nos hemos repartido el derecho, la autoridad, la soberanía, la justicia, la sabiduría y la omnipotencia, y ya no nos queda más que repartirnos el dinero. La última palabra de nuestra civilización es el comunismo. Todo ha caído; que caigan también los ricos.

—Siempre has incurrido en las mismas exageraciones, y te aseguro que tus palabras no me convencen: yo soy *deista*.

—¡Deista!.... Es decir, doctrinario en filosofía, como eres doctrinario en política. Te asusta la república, y quieres un rey de cartón con que jugar á la monarquía; un maniquí donde colgar tu corona y tu cetro; un rey prisionero en la cárcel de un palacio; un soberano de teatro, á quien adulas tanto como desprecias. No te atreves á vivir sin Dios, y te haces uno á tu gusto, un dios constitucional, que reina y no gobierna. Desengáñate, y elige pronto: la monarquía neta, ó la república pura; el Dios de Moisés, ó la materia-dios; Jesús, ó Proudhon: no hay otro camino.

Jaime dejó ver una sonrisa compasiva, y dijo:

—¡Muy bien! De todo esto saco en consecuencia que no quieres trabajar: perfectamente; no trabajes; pero ahí tienes la política, que te abrirá fácil acceso á las más elevadas posiciones.

—Es tarde (replicó Miguel): no puedo ya ponerme al servicio del primer ambicioso que quiera hacerse dueño del mando, ni he de prestar mis hombros para que trepe por ellos el más ligero. Además, yo soy lógico: creo que los pueblos deben gobernarse por sí mismos, y deduzco que ningún pueblo necesita gobierno. Por nada en el mundo haré traición á mis ideas; así es que, si no encuentras otro medio para vencer la dificultad, no doy por mi vida un cuarto.

—Veamos otro: tú eres bastante joven, y no mal mozo; esos ojos azules no dejan de tener atractivo; las facciones son regulares; eres alto y airoso, y, sobre todo, tu cabeza rubia, naturalmente rizada, es encantadora. Pues bien: suelta esos pantalones verdes, ese chaleco azul, esa corbata de diez mil colores y ese gabán descolorido. Vístete á la moda, regenera tu traje; rehabilitate á los ojos de las mujeres impresionables, y no faltará una millonaria que te dé su mano, que no será por cierto más blanca que la tuya.

—Verdaderamente (dijo Miguel con aire pensativo), una mujer rica es una buena colocación para un muchacho pobre; mas, sea como quiera, siempre será venderse, ó, cuando menos, alquilarse por más ó menos precio. Sin embargo, apechugo por ese inconveniente; busco la millonaria, y la encuentro; se prenda de mi persona, y me caso. No estamos en situación de pedir gollerías, y, siendo rica, será preciso dispensarle que sea fea ó que sea tonta, que es peor aún. Y aquí tienes á tu hombre en peligro continuo de ahorcarse por salir de ella.

—Partimos del supuesto de que sea para ti una mujer agradable, que te guste y que la quieras.

—Eso es más difícil; pero acepto la suposición, y digo: nuestra millonaria es discreta y hermosa; mas, por lo mismo que es discreta, comprenderá que la mujer que compra un marido tiene al fin y al cabo derecho á venderlo; y como es hermosa, claro es que no faltará quien me ayude á llevar la

cruz del matrimonio. Y aquí tienes de nuevo á tu amigo que, huyendo de matarse, se verá en la necesidad de matar á otro.

—Eres insoportable, y tienes la lógica de una pared maestra. ¿Cómo quieres que una mujer millonaria se case con un perdulario como tú, si no está ciegamente enamorada? Ahora bien: si está ciegamente enamorada, ¿cómo quieres que sea infiel?

—Bueno: paso por todo, hasta por la eternidad del amor. Mi futura es ante todo millonaria; es, además, hermosa y discreta, y está también asegurada de incendios por la póliza irrefragable de un amor á prueba de bomba. Pero, ¡ya se ve! yo, que me he vendido, quiero naturalmente gozar el precio de mi venta, y gasto, y derrocho, y triunfo, y vivo. Mi bella y discreta millonaria no es ni siquiera celosa; más ve que su fortuna se va por los agujeros de mis bolsillos, y calla, sin embargo, hasta que los criados murmuran y los parientes se escandalizan. Entonces me dirige las más finas reconvenciones, que me entran por un oído y me salen por el otro; después me hace cargos bastante razonables, que mi dignidad no puede oír sin ofenderse; y, por último, llega un día en que me declara muy formalmente que todo lo que hay allí es suyo. Al oír estas palabras, pierdo la cabeza, se me van las manos, y le rompo una costilla. ¿Te parece que esto es más agradable que colgarse de un pino?

—Te vas cerrando las puertas de tal modo, que

al fin no vas á encontrar más recurso que quitarte de en medio.

—Ese es mi propósito ; pero aún me quedan quince días de vida : he jugado á la lotería.

Jaime se olvidó por un momento de la muerte reciente de su tío, y soltó la carcajada, diciendo :

—¡ Apelas á la Providencia !

—No, no (exclamó Miguel, levantándose) : apelo á la casualidad.

—Juegas una probabilidad contra mil.

—No lo creas ; juego la vida por la vida.

—En ese caso , estoy hablando con un cadáver.

—Ni más ni menos. Si dentro de quince días ves que el número 7,894 ha obtenido el premio mayor, cuéntame millonario, porque tomaré sesenta mil duros ; y si no ves semejante cosa , cuéntame con los difuntos.

—¿ Eso es irrevocable ?

—La miseria es la muerte sin morir , y yo prefiero la muerte muriendo.

—De aquí á quince días pensarás otra cosa.

—He venido á despedirme de ti. Sabía que llorabas la muerte de tu pobre tío , y me ha parecido tu dolor muy oportuno , para que aproveches la ocasión de llorar á la vez la muerte de un amigo.

—Pero , vamos , ¿ no te espanta el suicidio ?

—¿ Y por qué ha de espantarme ? Lo elijo como un mal menor ; y , á imitación de Voltaire , he detenido á la muerte por venir á abrazarte.

—Sin embargo , suicidarse es una cobardía.

—¿ Y quién te ha dicho á ti que yo he hecho profesión de valiente ?

—El caso es que yo contaba contigo para dentro de tres meses.... ¿ Qué podré yo hacer para que vivas ?

—No veo más que un medio : hazme sobrino de tu pobretío ; dame su muerte *ab intestato* , y viviré.

—¡ Demonio ! (exclamó Jaime, mordiéndose los labios.) Eres muy capaz de hacer lo que dices ; te conozco, y sé que tienes la monomanía del suicidio. ¿ Me das palabra de aplazar tu resolución ?

—Antes de empeñarte mi palabra , que es lo único que me queda por empeñar , es preciso que sepa para qué me necesitas dentro de tres meses.

—Quiero que seas testigo....

—¡ Hola ! ¿ Tienes algún lance á noventa días ?

—No , es que dentro de tres meses me caso.

—Dame la mano (prorrumpió Miguel con verdadera efusión). Aprieta....; así.... Veo que existe entre nuestros destinos una relación fatal : tú vas á casarte, y yo voy á suicidarme ; tú te casas , y yo me mato. Por algo hemos sido siempre tan amigos.

—Verdaderamente , no lo entiendo , —exclamó Jaime algo picado.

El materialista miró al deista, midiéndolo de arriba abajo, y cruzando los brazos y balanceándose sobre las puntas de los pies, le dijo :

—Pues es muy sencillo. Tú te casas porque eres rico, y yo me mato porque soy pobre : las causas son distintas, pero el efecto es el mismo.

—Pero, en fin, ¿cuento con tu presencia?
¿Quieres ser testigo de mi boda?

Miguel reflexionó un momento, y al cabo contestó:

—No. Si yo exigiera de ti que vinieras á presenciarme mi muerte, lo rehusarías; yo hago lo mismo, negándome á ser testigo de tu casamiento. Adiós: *Cesar, morituri te salutant.*

No dijo más, y tomó su sombrero.

La despedida de los dos amigos fué tierna; se abrazaron muchas veces con mutua y verdadera compasión, y realmente ambos tenían los semblantes pálidos y los ojos húmedos.

Al fin se separaron.

Cuando Jaime sintió cerrar la puerta que daba á la escalera, se miró al espejo, diciendo:

—Este perdulario está loco, loco rematado.

Al mismo tiempo Miguel bajaba precipitadamente la escalera, exclamando:

—He ahí un millonario tonto, completamente tonto.



II.

MIJA mía, eres muy desgraciada: te había prometido llevarte esta tarde al *Prao* en carretela descubierta, y, ¡mira tú qué contratiempo! : á mamá le ha acometido la jaqueca. ¡Vamos! Con las señoras mayores no se puede contar para nada.

Hablaba así una señorita de diez y ocho á veinte años, morena, y, por consiguiente, impetuosa, movible y alegre, con un par de ojos que hacía más negros la sombra de sus dobles, espesas y largas pestañas, con los que lanzaba ardientes miradas bajo los arcos magníficos de dos soberbias cejas. El cabello, crespo y vigoroso, se alzaba sobre la frente en ondas caprichosas, brillando como el azabache, y el carmín de sus labios, desdeñosos y risueños, hacía resaltar el blanco esmalte de sus pequeños dientes.

—Pero, en fin, ¿cuento con tu presencia?
¿Quieres ser testigo de mi boda?

Miguel reflexionó un momento, y al cabo contestó:

—No. Si yo exigiera de ti que vinieras á presenciarme mi muerte, lo rehusarías; yo hago lo mismo, negándome á ser testigo de tu casamiento. Adiós: *Cesar, morituri te salutant.*

No dijo más, y tomó su sombrero.

La despedida de los dos amigos fué tierna; se abrazaron muchas veces con mutua y verdadera compasión, y realmente ambos tenían los semblantes pálidos y los ojos húmedos.

Al fin se separaron.

Cuando Jaime sintió cerrar la puerta que daba á la escalera, se miró al espejo, diciendo:

—Este perdulario está loco, loco rematado.

Al mismo tiempo Miguel bajaba precipitadamente la escalera, exclamando:

—He ahí un millonario tonto, completamente tonto.



II.

MIJA mía, eres muy desgraciada: te había prometido llevarte esta tarde al *Prao* en carretela descubierta, y, ¡mira tú qué contratiempo! : á mamá le ha acometido la jaqueca. ¡Vamos! Con las señoras mayores no se puede contar para nada.

Hablaba así una señorita de diez y ocho á veinte años, morena, y, por consiguiente, impetuosa, movible y alegre, con un par de ojos que hacía más negros la sombra de sus dobles, espesas y largas pestañas, con los que lanzaba ardientes miradas bajo los arcos magníficos de dos soberbias cejas. El cabello, crespo y vigoroso, se alzaba sobre la frente en ondas caprichosas, brillando como el azabache, y el carmín de sus labios, desdeñosos y risueños, hacía resaltar el blanco esmalte de sus pequeños dientes.

Hablaba de ese modo á otra señorita de la misma edad, cuya dulce belleza ofrecía un conjunto armonioso, en el que contrastaba el rubio oscuro del cabello, de las cejas y de las pestañas, con el negro azulado de los ojos, y con la blancura transparente de su apacible fisonomía.

—Déjalo (dijo esta última) : pasaremos aquí la tarde. Lo sensible es que tu mamá se halle indispueta.

— ¡Oh! (exclamó la otra.) La indisposición de mamá vale bien poco; pero es bastante para que no pueda acompañarnos. Sin embargo, no renuncio á nuestro paseo. Querida Isabel, iremos solas.... Voy á pedir la carretela.

Isabel movió graciosamente su rubia cabeza, y detuvo á su amiga, diciendo :

— ¡Catalina!.... Espera.... Acaso no estará bien que dejemos á tu madre en la disposición en que se halla.

Catalina se cruzó de brazos, y golpeó la alfombra con la planta de su pie diminuto.

— Y bien (replicó) : ¿ qué le hemos de hacer nosotras á su jaqueca? Cabalmente lo que le conviene es dormir, y no creo que para dormir necesite á nadie. Además, ahí tiene á su doncella.

— No obstante (insistió Isabel) : ¿ estará bien visto que salgamos solas?

— ¡Toma! ¡Toma!.... ¿ Pues no va el cochero?... ¿ No va el lacayo? ¿ Temes que nos coman? Por lo demás, el mundo es un rutinario, al cual

hay que imponerse. Imagínate, ¡ dos señoritas solas! ¡ Qué horror! Mira, Isabel; nos guardan mucho, mucho...., y es una ridiculez; porque cuando una quiere...., ¡ qué tontería!

— Yo temo que tu mamá se incomode.

— No lo creas : mi mamá es una señora de mucho mundo.

— Pero, ¿ y tu padre?

— Mi padre no se mete en nuestras cosas; es un hombre político; ha sido ministro; está próximo á serlo otra vez, y le da demasiado que hacer el gobierno de la nación para que piense en el gobierno de su casa. Pero tus escrúpulos nos están haciendo perder un tiempo precioso. ¡ Éa! Préndete esa hermosa escarapela á que damos el nombre de sombrero, mientras yo pido el coche.

Pronunció estas últimas palabras acercándose á la puerta del gabinete en que estaban; en ella se detuvo, gritando :

— ¡ La carretela!

Isabel no se movió, y hasta parecía contrariada, mejor dicho, triste. Catalina la contempló un momento, y le dijo :

— ¿ Sabes, querida mía, que estás hermosa? Es verdad que en el colegio eras la niña más bonita; pero nunca creí que prometieras tanto. ¿ Te acuerdas del colegio? ¡ Cuánto me has desesperado! Tú eras la niña bonita, la niña aplicada, la niña juiciosa, la niña modelo; y yo era la niña terrible, la niña traviesa, la niña mala; para ti eran los mi-

mos, las preferencias, las atenciones, y para mí los castigos.... Algunos días te odiaba de muerte.

Isabel suspiró, exclamando:

— ¡Qué tiempo aquel tan dichoso!

— No digas eso. ¡Qué horror de colegio!.... Todo lo habíamos de hacer á son de campana.... Aquel jardín tan triste...., aquellas tapias tan altas...., aquella vigilancia insoportable...., aquellas señoras insufribles.... Cuando me sacaron de aquella cárcel, respiré.

— Poco después salí yo, y me costó muchas lágrimas dejar el colegio.

— Siempre hemos sido opuestas en todo. Nunca pude conseguir que te castigaran, y tú, por llevarme la contraria, me libraste algunas veces del castigo. ¡Qué original eras! Cuando me quitaban los postres, me dabas los tuyos. ¿Te acuerdas del día del encierro? Tú me abriste la puerta, y yo me alegré, porque dije: « Ahora la castigarán ». ¡ Pero sí! La directora...., ¡qué fea era!, te besó, diciéndote: « ¡Ángel mío! », y á mí me miró por encima de los anteojos, como si quisiera tragarme, y me llamó diablillo. Y, ¡qué cosa tan singular!, el perro, que á ti te hacía tantas caricias, á mí me ladraba siempre.

— ¡Ya se ve! (dijo Isabel sonriendo.) ¡El pobre León te tenía miedo!

— ¿Á que no te acuerdas (preguntó Catalina) del nombre que te pusimos?

— Sí; me acuerdo muy bien.

— Te decíamos Santa Isabel, reina de Hungría.

— Es verdad....; y á ti te decíamos todas Catalina de Rusia.

La conversación fué interrumpida por el ruido de la carretela; que llegó estrepitosamente, arrastrada por dos yeguas alemanas.

— ¡Vamos! — exclamó Catalina.

— Sea lo que tú quieras, — contestó Isabel, tomando su sombrero.

— Por supuesto; como que ahora no estamos en el colegio, yo mando.

Las dos amigas, igualmente graciosas y esbeltas, se cogieron del brazo y bajaron la escalera.

El color dominante en el sencillo traje de Isabel era azul, á la vez que dominaba en los lujosos adornos de Catalina el color de fuego, como si la una llevara el cielo y la otra el infierno; y en verdad que, al verlas, el hombre más reflexivo hubiera dudado entre condenarse ó salvarse.

La carretela partió al trote resuelto hacia la Fuente Castellana.

— ¿En qué piensas? — preguntó Catalina de Rusia.

— Pienso (contestó Santa Isabel, reina de Hungría) en que hace ya cinco años que salimos del colegio, en que había perdido la esperanza de volver á ver, y en que experimento mucha alegría en volver á encontrarte.

— ¡Cinco años!.... ¡Cómo pasa el tiempo!.... Vamos: cuéntame tu vida en esos cinco años, por-

que en cinco años pueden sucederle muchas cosas á una santa tan encantadora como tú; de manera que tendrás mucho que contarme.

—Es muy poco lo que tengo que contarte; pero en cambio, es bien triste.

—¡Hola! Ya tenemos aquí algún amor imposible, alguna pasión desgraciada. Me divierten las pasiones infelices... Cuéntame, cuéntame esa novela.

—Pues imagínate (dijo Isabel casi con las lágrimas en los ojos), que á los pocos meses de salir yo del colegio, murió mi buen padre.

—¡Pobre señor! (exclamó Catalina, clavando sus ardientes miradas en los transeuntes.) ¡Es una desdicha que no podamos ser eternos!

—A la muerte de mi padre (prosiguió Isabel, como si no hubiera oído las palabras de Catalina), nos quedamos reducidos á la pensión que mi madre obtuvo como viuda de un brigadier.

—¿Tu padre no pasó de brigadier?—preguntó Catalina admirada.

—No (contestó Isabel): mi padre fué siempre muy honrado, y no se pronunció nunca. Con la pensión de mi madre no podíamos vivir bien en Madrid, y nos retiramos á un pequeño pueblo de las Provincias Vascongadas, situado en un precioso valle de Vizcaya. Allí hemos vivido como en la gloria, porque es el país más sencillo y más noble de España. ¡Qué gentes tan buenas! ¡Qué paz se respira en aquella naturaleza y en aquellas costumbres!

Pero era ya preciso poner en carrera á mi hermano Luis, que está hecho un hombre, y hemos vuelto con algunos ahorros. Además, yo le ayudo á mi excelente madre á pagar la pensión de mi hermano, haciendo algunas labores, que no me pagan mal.

Catalina dió un salto sobre los almohadones de la carretela, y se santiguó, exclamando:

—¡Mira! Con esa cabeza de serafín, ese talle de Venus y esas manos de ángel, ¿trabajas?...

Isabel, sorprendida, preguntó á su vez:

—¿Acaso hago mal?

—No: reconozco que lo que me cuentas es hermoso; si quieres, hasta poético; pero, hija mía, es muy triste.

—No lo creas. Es verdad que mi madre llora algunas veces al verme atareada; pero entra mi hermano como un torbellino, nos abraza, nos besa, llama á mi madre *la señora llorona* y á mi *la señorita sensible*, nos echamos á reír, y adiós lágrimas.

—Bien: si á ti te divierte eso, no tengo nada que replicarte. Continúa, continúa.

—No tengo más que contarte.

—¡Cómo! Pues ¿y la pasión?

—¿Qué pasión?—preguntó Isabel algo inquieta.

—¡Toma! La tuya..., la pasión desgraciada. ¿Serás capaz de ocultársela á tu amiga de colegio, en el mismo día en que la abrazas, después de cinco años de no haberla visto? Esto es inverosímil. ¿Callas?... (continuó, riéndose á carcajadas.) Pues,

mira, te aseguro que es inútil. Los hombres pueden engañarnos alguna vez; mas es muy difícil que una mujer engañe á otra. Has hecho el primer capítulo de tu novela; déjame, que quiero yo hacer el segundo.

Si Catalina no hubiera ido entretenida en mirar á unos, en saludar á otros, y en *coquetear* con todos, habría visto el semblante de Isabel pasar alternativamente de una extrema palidez á un vivo sonrosado; mas iba demasiado distraída para notar estas fugitivas circunstancias.

—Oye (prosiguió la resuelta mujer de Pedro el Grande): no sé si en Madrid ó en Vizcaya, el sitio es indiferente, te encuentras con un joven....; es absolutamente preciso que sea joven, porque es de todo punto imposible que una mujer ame á un viejo. Este joven te mira, para lo cual es necesario que te vea, y viéndote, claro está, se enamora de ti, y te lo dice con los ojos, ó con la boca, con juramentos ó con miradas: es lo mismo. Tú no puedes resistirte al atractivo de tanta ternura, y de la noche á la mañana te encuentras víctima de un amor imposible; porque es el caso que el joven que te hace soñar todas las noches y llorar todos los días, ó es un pobre diablo que no tiene sobre qué caerse muerto, ó es un hombre que tiene empeñada su palabra, comprometido su amor con una mujer á la cual no puede faltarle. Aquí tienes la pasión desgraciada. ¿Qué te parece el capítulo segundo de tu novela?

—Me parece muy bien; pero te aseguro que cae por su base; pues, te lo juro, nadie se ha fijado en mí.

—No es creíble. Pero, ¡vamos!, vives tan modestamente, que es posible, y, en ese caso, te pregunto: y tú, ¿no prefieres á nadie?

—Yo.... (contestó Isabel con voz temblorosa), no debo pensar en eso.

—No debes pensar; pero ¿piensas?

Ignoro lo que á esta pregunta hubiera contestado la candorosa ingenuidad de Isabel, si en el momento de abrir su pequeña boca para decir algo, no se hubiera acercado á la carretela un arrogante jinete vestido de negro, sobre un caballo de igual color, para que el luto fuera riguroso.

Al verlo Catalina, hizo brillar su mirada y su sonrisa, mientras que Isabel se puso pálida y bajó los ojos.

El jinete colocó su dócil caballo al estribo del coche, al lado de Catalina, después de saludar con suma cortesía.

—¡Jaime! (exclamó la hija del ministro.) *Catalina de Rusia* va á presentar á V. á su íntima amiga de colegio *Santa Isabel, reina de Hungría.*

—Es inútil (dijo el joven con amable sonrisa): hace ya tiempo que tengo el honor de conocer á tan bella señorita: somos vecinos, y, por consiguiente, amigos.

—Es verdad (balbuceó Isabel, encendida como la grana). Nos hemos saludado algunas veces.

Catalina los miró alternativamente, y se irguió, diciendo:

—No se me negará que tengo un gusto exquisito para elegir amigas.

—Sin duda ninguna (añadió el joven): forman Vds. la más bella pareja del mundo.

—Imagínese V. que me encuentro á mi amiga Isabel cuando menos lo esperaba, después de cinco años de separación, y nos hemos dedicado hoy el día la una á la otra.

—Comprendo (advirtió el joven) que he venido á interrumpir, quizá en el momento más interesante, las mutuas confidencias de dos tiernas amigas que no se han visto en mucho tiempo.

—Hemos charlado mucho, mucho....; pero, en verdad, todavía no hemos llegado á lo más interesante: estamos en el segundo capítulo de la novela.

—Preciosa novela debe ser (dijo Jaime), siendo obra de tan bellos ingenios. Me interesa ya, y deseo saber cuándo se publica.

—Nunca (respondió Catalina): hemos decidido que permanezca inédita.

—Es muy cruel semejante determinación; mas, sea como quiera, yo no debo interrumpir por más tiempo la amena tarea en que están Vds. empeñadas.

Catalina añadió:

—Y que nos hemos propuesto dejar terminada esta tarde.

—En ese caso, no debo ser más indiscreto, y me retiro.

—Ya sabe V., querido Jaime, que esta noche la pasaremos en casa.

El joven saludó de nuevo, y partió al galope.

Isabel respiró como quien sale del fondo del agua, y con voz no muy segura, dijo á su amiga:

—¡ Lo has despedido !

—Sí: tengo confianza para hacerlo; es mi novio, y pronto será mi marido.

Á Isabel se le escapó una exclamación tan involuntaria, que su amiga se apresuró á preguntarle:

—¿ Te sorprende ?

—No....; pero...., ya ves, lo ignoraba.

—Pues sí: es un buen partido; acaba de heredar á un tío solterón bastante rico; se ha empeñado en que sea su mujer, y yo no encuentro inconveniente en ello.

—Pero ¿ tú no estás enamorada ?

—Creo que sí; por lo menos, sus obsequios me agradan; su posición es muy aceptable; y, en fin, es preciso casarse.

—¿ Él te amará ciegamente ?

—Eso dice, y lo creo; porque, al fin, no soy fea, ni vieja, ni tonta: mi padre es un personaje político que ejerce grande influencia, y á quien sus enemigos atribuyen una gran fortuna. Todo esto es bastante para apasionar á un hombre.

—No creo que sean la ambición ni el interés los

móviles que guien su corazón, y eres injusta contigo misma pensando de ese modo.

—Es posible; pero sospecho que si me hubiera encontrado en tu posición, por ejemplo, no habría reparado en mí..., á lo menos para casarse. Tú piensas lo mismo.

—¡Oh! Eres terrible.

—No tal; soy justa....: porque has de saber que si él no poseyera más fortuna que su bella persona, tampoco aceptaría su mano Catalina de Rusia.

—Por mi parte, te aseguro que no me casaría nunca de esa manera.

—Ya cambiarás de parecer, y, si no eres tonta, caerás en la cuenta de que nada te conviene tanto como un viejo millonario. No me pongas esa cara de cándido asombro. ¿Quieres que te lo diga todo? Pues bien: un viejo millonario es mi bello ideal.

—Pero, mujer, ¿casarse con un viejo porque es rico!....

—Y no siendo rico, ¿qué mujer había de casarse con un viejo?

—Entonces, amiga mía, es... engañarlo, mentirle un afecto que no inspira: es degradarse, es venderse, es....

—Dilo. ¿No te atreves á pronunciar la palabra? Yo la pronunciaré: *es prostituerse*. ¿No es eso? Pero, hija mía, es casarse, es tener coches, caballos, lujo; es vivir, es gozar, es poner de nuestra parte la compasión del mundo; es tener en el viejo

pelele la excusa permanente de nuestras ligerezas. Esto es lo admitido.

—No te comprendo, ni quiero comprenderte.

—Bueno; pero lo que yo te digo es cierto, y así lo comprenden y lo sienten cuantas mujeres se casan con viejos opulentos. Y la cosa es bien sencilla: si no es posible quererlos, no hay más remedio que engañarlos.

—Catalina, estás desatinada.

—Mira: casarse con sesenta años, llenos de *alifafes*, de impertinencias, de egoismo, ¿no es un gran sacrificio?

—Sin duda ninguna.

—Pues bien: ese sacrificio es preciso que tenga su compensación, ó no hay justicia en el mundo.

—Pero....

—Déjame concluir. ¿Qué es un viejo que se casa? Un tonto insoportable. ¿Y qué se hace con los tontos? Engañarlos. Las cosas son así, y yo no puedo hacer que sean de otro modo.

—Convengo, y por eso te digo que me repugna sólo la idea de casarme con un viejo, porque creo que es poner la virtud de una mujer en peligro de continuas seducciones, y entregar su honra á terribles sospechas. ¡Oh! Nunca, nunca me casaré con un hombre á quien no pueda querer, á quien no pueda amar con todo mi corazón. No basta ser buenas: es preciso, además, parecerlo.

—Vas á empezar el tercer capítulo de tu novela, y ya es tarde: los coches han disminuido considerablemente, y el calor de nuestra conversación no nos ha dejado advertir que el frío de la noche se nos viene encima.

—En efecto (dijo Isabel, mirando al cielo): ya hay estrellas.

—¡A casa!—gritó Catalina al cochero, en el momento en que, volviendo de la Fuente Castellana, se encontraban delante del Salón del Prado.

Las yeguas se volvieron gallardamente, y la carretela, ligera como una pluma, entró en la calle de Alcalá, que, sea la que quiera la democracia que impere, siempre será una calle regia.

—Después de comer (dijo Catalina) irán algunas gentes á casa, y verás qué bien pasamos la noche. Harás muy buen efecto entre mis amigos, y ¡quién sabe! Puede ser que encuentres un novio.

—Después de comer (replicó Isabel), debo volverme al lado de mi madre, á quien he dejado sola todo el día.

—Es decir, que me abandonas.

—Es preciso, querida mía.

—Me opongo, señorita.

—Esta vez no puedo hacer tu gusto.

—Eres muy cruel.

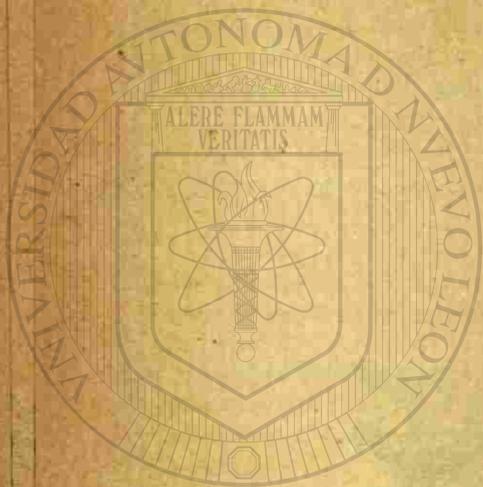
—Otro día...., otra noche....; pero ésta es imposible.

—¡Tú tienes algo que ver esta noche!

—Á mi madre y á mi hermano; te juro que no quiero ver más.

La carretela se detuvo: habian llegado á la suntuosa casa de Catalina de Rusia. Las dos jóvenes saltaron ligeras como dos pájaros, y asidas de las manos subieron la escalera; Isabel meditabunda, y Catalina cantando.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



III.

ESTA vez es Jaime el que va en busca de Miguel : ha sabido que su amigo vive todavía , y corre presuroso á darle la enhorabuena.

Pero , ¿ qué transformación ! Habita el suicida en una casa magnífica , y es inquilino de un cuarto suntuoso. Jaime se lo encuentra sumergido en una butaca espléndida , envuelto en una rica bata de grandes ramos y brillantes colores , saboreando el humo perfumado de un suculento habano.

Su lujo es verdaderamente escandaloso ; todo lo que le rodea relumbra ; la cadena de su reloj sólo se diferencia de la de un presidiario en que es de oro ; los brillantes de su camisa son como garbanzos ; usa para fumar una boquilla enorme de ámbar puro ; su tarjetero es de marfil.

En los detalles artísticos de los objetos que adornan su gabinete y su cuarto de baño no nos es

permitido entrar, porque es excesiva la libertad de las actitudes y demasiada la desnudez de las figuras.

Jaime no se mostró sorprendido por aquel mal gusto; pero se admiró de tanto lujo, y, arqueando las cejas para dar más énfasis á sus palabras, exclamó:

— ¡Veo, querido Miguel, que sabes resucitar!

Miguel soltó una bocanada de humo, y dijo:

— Aquí tienes un milagro hecho por el santo 7,894, que es el número que jugué á la lotería.

— ¿Y con sesenta mil duros (preguntó Jaime) te permites tanto boato?

— Con sesenta mil duros (le contestó su amigo) no hay más que para mal comer, y mis gastos más precisos suponen una renta anual de diez mil duros.

— ¿De manera que no piensas vivir más que seis años?

— Pienso vivir mucho, para lo cual he tomado mis precauciones. Después que jugué á la lotería he jugado á la Bolsa, y mi capital, hoy día de la fecha, asciende á seis millones de reales, que sólo emplearé en especulaciones seguras.

— ¡Y todo esto (exclamó Jaime) en tres meses escasos!

— ¡Tres meses! ¿Te parece poco tiempo para pasar de simple abogado á opulento capitalista? Pues mucho menos necesitó tu tío para morir, puesto que murió de repente, convirtiéndote en veinte minutos de pobre sobrino en rico propietario.

Jaime lanzó un suspiro profundo, de esos que salen del fondo del alma, y Miguel se apresuró á decirle:

— Perdona si he renovado tu dolor con este recuerdo: creí que ya estaría cicatrizada la herida. Mas me parece algo amarga tu sonrisa. ¡Demonio! ¿Qué quiere decir esa cara contraída y ese aire de desaliento? ¡Tu *toilette* está descuidada! ¡Vas de luto, y traes guantes de color de café!.... ¿Qué es esto? ¿Qué te sucede?

Jaime arregló maquinalmente el lazo de su corbata, se atusó la barba, y dijo:

— ¡Ay, Miguel!.... ¡Me ha salido un primo!

— ¡Un primo!.... Ya comprendo. ¿Un hijo de tu buen tío? ¿Un coheredero, un pariente inesperado, que viene á partir contigo el dolor, el luto y la herencia? Pero aun así, no me explico ese aplanaamiento; porque, en verdad, ya no debes llorar la muerte repentina de tu tío más que con un ojo.

— Es un primo en regla, que viene armado con todos los requisitos de heredero forzoso, y pide íntegra la fortuna de su padre.

— Entonces, me parece que él es el hijo, y tú el verdadero primo.

— Figúrate que mi tío estaba casado.

— ¡Hola!

— Lo que oyes. En una de las emigraciones, cuando todavía no era rico, se enamoró en París de una bailarina, la persiguió, la asedió.... Todo fué inútil, y acabó por casarse con ella. A los tres me-

ses de vivir juntos la pescó en una infidelidad, y por mutuo amistoso convenio se separaron para siempre. Mi tío jamás habló de esto, y debieron ignorarlo hasta sus amigos de emigración: nada se sabía. Pero he aquí que muere; los periódicos hablan de su muerte, extienden por el mundo la noticia de su gran fortuna, y el hijo de la bailarina se presenta á reclamar la herencia de su padre....; quiero decir, de mi tío.

—¡No es buen negocio! (exclamó Miguel, moviendo la cabeza.) Pero quizá le encontremos salida: el que hizo la ley hizo la trampa; el dinero todo lo vence, y, al fin y al cabo, los dos somos doctores en jurisprudencia por la Universidad de Madrid.

—Es negocio perdido (replicó Jaime). He visto los documentos, y están en regla: legalmente hablando, ese primo repentino, ó es hijo de mi tío, ó jamás ha tenido padre.

—¿De manera que te ves reducido á la necesidad de ser un perdulario, renunciando generosamente á la herencia de tu tío?

—No quiero empeñarme en un pleito inútil. Además, la vida me es insoportable.

—No digas desatinos. La vida está llena de placeres, y un hombre tan arreglado como tú, puede vivir muy bien con poco. Jaime, abre tu bufete, y trabaja. ¿No? Vamos, te hago una proposición: ¿quieres ser mi abogado? ¿Tampoco? Entonces es que has puesto los ojos en alguna rica heredera,

ó te has propuesto probar fortuna en la política.

—Nada de eso.

—Pues no te queda más recurso que jugar á la lotería.

—No es la pérdida de mi herencia lo que más me aflige; otra desgracia mayor es la que me desespera.

—¡Diablo! ¿Hay en el mundo alguna cosa peor que la miseria?

—Sí, Miguel: peor que la miseria es la ingratitud.

—Jaime, hablemos con franqueza....; no te entiendo.

—Cuando era rico pensé en casarme.

—Es verdad; no recordaba esa circunstancia, y ya caigo: ahora te encuentras casado y pobre.... La cosa es terrible.

—No me interrumpas.... Pensé en casarme, pero no me casé.

Miguel se llenó la boca de humo para no interrumpir á su amigo, que continuó de esta manera:

—Estaba enamorado, ciego.... Es una mujer irresistible. Había oído de su boca los más graciosos juramentos; creí que poseía su corazón, y....

El capitalista no pudo contenerse, y soltando el humo que tenía en la boca, dijo:

—Y bien....: se ha presentado otro primo.

—Se ha presentado ella como es: pérfida, infame, perjura, ingrata. Alguna vez me atormentaba

pensando si lo pingüe de mi fortuna daría algún pábulo al fuego de su afecto ; mas no podía creerlo : así es que casi me alegré de perder la herencia , recreándome ante la idea de que mi pobreza aumentaría su cariño. Me consideraba yo á sus ojos más interesante pobre que rico , y fui á confiarle mi desventura , lleno de amor y de esperanza. Oyó mi sencillo relato con natural indiferencia ; me miró , no obstante , con ojos compasivos , y sin perder su habitual sonrisa , me dijo : « Lo siento con toda mi alma , porque comprendo que su delicadeza no le permitirá insistir en un amor que la desgracia hace imposible ». Aquellas frías palabras penetraron en mi corazón como la hoja de un puñal , y antes de que acertara á replicarle , añadió : « No ignoraba lo que acaba V. de contarme , y he callado : no he podido hacer más ». Entonces le dije : « Comprende V. perfectamente mi situación : yo pedía permiso para retirarme , y V. me abre la puerta.... Se lo agradezco ». Debieron escocerle estas palabras , pues incendiando mi alma con una mirada de fuego , me contestó : « V. merece eso y mucho más ». Sali de allí furioso , afligido , desesperado.... Pensé matarla...., y pensé matarme. Ahí tienes la ingratitud , que es mil veces peor que la miseria.

—La desgracia (dijo Miguel) te hace ser injusto. ¿Qué culpa tiene esa bella mujer de que tu buen tío se encalabrinará en París con una bailarina ? Confíesame que si su hermosura se hubiera transformado de repente en fealdad , habrías dejado de amarla.

Pues bien : nada hay tan feo en un hombre como no tener un cuarto.

—Tus consuelos son más crueles que mi mismo dolor.... ¡Ay , Miguel ! No abres la boca más que para descubrir el abismo de tu alma. Me pareces más desgraciado que yo.

—Me asombro , querido Jaime , de que , teniendo tanto talento , seas tan imbécil. Mas quiero ser un buen amigo : si mis palabras no te consuelan , apelaremos á otro medio : mi caja está á tu disposición ; tienes letra abierta : te cierro el fondo de mi alma , y te abro mi bolsillo.... Lloraré contigo , derramando sobre ti billetes de Banco. ¿Acomoda ?

—No me harás la injusticia de creer que he venido á verte en busca de un dinero que no necesito , ni en busca de un consuelo que tú no puedes darme.

—Entonces , ¿á qué has venido ?

—He venido á despedirme de ti.

—¿Vas á matarte ?

—Eso habia decidido ; queria arrojar al rostro de esa mujer la sombra de mi cadáver ; que mi muerte la persiguiera toda su vida ; que mi nombre fuera el remordimiento eterno de su alma ; queria morir por vengarme.

Á Miguel se le escapó una carcajada , que Jaime oyó con desdén , continuando de este modo :

—Una mañana me acometió la idea de que tenia miedo de matarme , y me indigné contra mí mismo. ¿Seria tan cobarde que dejaría impune la traición de aquella mujer ? Este pensamiento excitó mi có-

lera ; me provoqué con toda clase de insultos ; me dirigí los mayores ultrajes , y me hubiera abofeteado ; pero la vida se me presentó como un oprobio , y resolví acabar de una vez. El papel de luto que tenía sobre el escritorio parecía esperar mis fúnebres confidencias. Me senté , y escribí la carta indispensable , confesando que yo solo era el autor de mi muerte. Sentía vanidad al declarar á la faz del mundo mi suicidio , y saboreaba de antemano mi venganza , anticipándome la gloria que por algún tiempo daría á mi nombre la celebridad del horror : estaba orgulloso de mi crimen.

— ¡ Mi crimen !... — repitió Miguel , encogiéndose de hombros.

También se encogió de hombros Jaime , y prosiguió diciendo :

— Una vez escrita la carta , era difícil retroceder ; me encontraba satisfecho de su contenido , y era segura la viva emoción que había de causar , porque estaban perfectamente combinados los golpes de efecto , y no se renuncia con facilidad á un éxito , por fugitivo que sea ; de modo que todo me incitaba á morir , y me dispuse á tomar dignamente el camino de la eternidad. Ante todo , me di un baño , me perfumé después , y me amortajé yo mismo con mi mejor vestido.

— ¡ Soberbio ! (gritó Miguel , entusiasmado.) Eso es de primer orden ; eso es saber morir. Todavía hay en el mundo romanos del Imperio : nada tienes que envidiar á los mejores tiempos de Babilonia....

Vales más que Sardanápalo. Prosigue , prosigue , que tu narración me interesa , aunque tu presencia me anuncia un desenlace funesto.

— Verás : en el momento crítico , cuando , reclinado en mi hermoso diván de terciopelo verde , iba á absorber el tósigo mortal que instantáneamente , y sin desfigurarme , había de poner fin á mi existencia , senti sobre mi cabeza ruido repentino de pasos precipitados , y un estrépito semejante al de muebles que ruedan por el pavimento , y al través del techo percibí gritos ahogados y sollozos comprimidos. Maquinalmente me levanté , y acudí á la escalera. Entonces oí una voz angustiada que pedía socorro. Subí ; la puerta del cuarto que cae encima del mío estaba abierta , y entré. El cuadro que se ofreció á mi vista es el siguiente : en primer término , tres sillas caídas , que casi me cerraban el paso , y entre ellas un costurero volcado y abierto , del que se escapaban hilos , sedas , cintas , todo lo que puede contener un costurero. En el fondo aparecía un grupo de tres personas , colocadas de esta manera : tendida en el suelo , y al pie de un modesto sofá , había una mujer , cuyo cuerpo estirado é inmóvil me hizo creer que estaba muerta ; de rodillas delante de ella , un muchacho de catorce años , rubio como un serafín , tenía asida una de sus manos , y besándola , gritaba entre amargos sollozos : « ¡ Madre ! ¡ Madre ! » La cabeza de ésta descansaba sobre el brazo derecho de una joven que , inclinada sobre el rostro de la moribunda , imprimía en su boca en-

treabierta continuos besos, como si quisiera infundirle el aliento de su propia vida. Salté por encima de las sillas, y me acerqué al grupo: el niño y la joven me miraron llenos de angustia. «No hay que apurarse (les dije): esto no será nada»; y ambos prorrumpieron en desconsolados sollozos.

Llamé á mi criado, hice subir al portero, y los envié á la botica y en busca del médico. Entretanto, con la ayuda de la joven y del muchacho, á quienes el dolor daba fuerzas, coloqué cuidadosamente á la enferma en su cama. Tenía, en verdad, todo el aspecto de un cadáver...; yo no pude encontrarle el pulso, pero sentí latir su corazón bajo mi mano. «¡Vive! ¡Vive!» exclamé lleno de alegría. Toqué sus pies, y los hallé mortalmente fríos. No me detuve; cogí un cepillo, y comencé á darle vigorosas friegas, ayudándome aquellas dos criaturas afligidas. En esto la criada, que había salido pidiendo socorro, volvía, trayendo un vaso que contenía un líquido incoloro; por el olor comprendí que era una bebida antiespasmódica, y sin vacilar deposité en la boca de la enferma una cucharada. Poco antes de que llegara el médico abrió los ojos, pero no podía hablar ni moverse; la joven y el niño me miraron con una expresión de gratitud que no tiene nombre en ninguna lengua. Al fin llegó la ciencia bajo la forma de un doctor muy amable, y nos tranquilizó, asegurándonos que la crisis estaba vencida, pero que era preciso evitar un nuevo acceso. Allí pasé todo el día y toda la noche.

Miguel interrumpió á su amigo con estas palabras:

—Veo un suicidio sublime, digno de la antigüedad, interrumpido por un idilio de buhardilla.

—En efecto: en aquel día y en aquella noche no pensé ni una vez siquiera en quitarme la vida; á la mañana siguiente, cuando bajé á mi cuarto, dejando á la enferma muy mejorada, tenía mucho sueño, me acosté, y dormí como un tonto. Cuando me acomete de nuevo la idea de matarme, me refugio en el cuarto de mis vecinas, y allí me desiendo.

—Si no recuerdo mal, has dicho que la vida te es insoportable.

—Cierto; pero he empezado á comprender que debo soportarla.

—Bueno: renuncias generosamente á la herencia de tu tío; con la misma generosidad renuncias á la mano de tu bella prometida, y, no queriendo ser contigo menos generoso, te perdonas la vida. No se puede pedir más abnegación.

—No lo creas; pienso en otro suicidio.

—¡En otro!...

—Si; en otro más original, más bello, más económico: pienso en una muerte que no me cueste la vida.

—¡Demonio!... Estás incomprensible. ¿Quieres hacerme el favor de explicarme eso?

—Es muy sencillo; quiero sobrevivirme.

—¿Y cómo vas á realizar tan insigne proyecto?

—¿Cómo? Enterrándome vivo.

Miguel miró á Jaime con los ojos llenos de asombro y la boca llena de humo; y después de un momento de atónita contemplación, dijo:

—Es imposible entenderte.

—Pues debías comprenderme (replicó Jaime); pero veo que te hace traición tu perspicacia, y que necesito explicarme con más claridad para que me entiendas. Oyeme: el lujo, la opulencia, los placeres de los sentidos, los deleites de la carne, son la vida: renunciar al lujo, á la opulencia, á los placeres, á los deleites, es renunciar al mundo, es suicidarse.

—Es verdad.

—Pues bien: yo renuncio á todos los goces de la materia, á todos los deleites de la carne, al mundo en que hemos vivido, á la vida de que tú gozas....; esto es, me quito de en medio. Aquí tienes el suicidio. Pero quiero vivir; y como no soy más que un cadáver, al que le falta el aire de la fortuna y la vida del dinero, voy á sepultarme vivo en la obscuridad del trabajo, en la obscuridad del estudio.... ¡Asómbrate, Miguel; en la obscuridad de la virtud! Dejo el mundo en que hemos vivido, por otro mundo en que se goza menos y se vive más: la distancia que va á separarnos es inmensa, y he venido á despedirme de ti para siempre.

—Por el tono con que me hablas, me das á entender que tu resolución es irrevocable, á lo menos por ahora; y aunque me afliges mucho, no intento persuadirte: sólo te pido el plazo de un mes.

—¿Para qué?—preguntó Jaime.

—Vas á saberlo. Hará cosa de quince días que me encontré unos ojos negros, cuyas miradas encendieron toda la sangre de mi cuerpo. Debajo de los ojos había una boca que convidaba á las más ardientes delicias; debajo de la boca había un talle voluptuoso, y sobre todo esto había un cabello magnífico y unas cejas espléndidas. En fin: imagínate una mujer abrasadora. Detrás de ella hay una buena fortuna y una grande influencia. La he visto, y la adoro con todo el fuego de mis sentidos. No ha sido insensible ni á los encantos de mi persona, ni á los atractivos de mi capital: el amor y el cálculo han tejido esta red; ambos hemos caído en ella, y vamos á casarnos. ¿Quieres ser testigo de mi boda?

—No (replicó resueltamente Jaime). Esa boda pertenece á un mundo del cual me he despedido formalmente.

Miguel dijo:

—He querido responder á tu invitación con la mía, y tú pagas mi negativa con la tuya; quiere decir que, á lo menos, vamos á separarnos en paz.

—Así es (dijo Jaime levantándose). La fortuna es loca, la opulencia hastía, y los placeres se acaban; si alguna vez necesitas el corazón de un amigo, encontrarás el mío.

—Precisamente pensaba yo todo lo contrario: el trabajo cansa, la obscuridad desespera, y la virtud molesta. Si alguna vez piensas resucitar, no

lo dudes, siempre encontrarás abierto mi bolsillo.

—¡Adiós! — exclamó Jaime, levantándose y tendiéndole la mano.

—No, no... (dijo Miguel); abracémonos.

—Sí (añadió Jaime); abracémonos, porque siento mucha pena al abandonarte.

—Lo creo; pero no es menor mi sentimiento. Siempre tuve de tu juicio una alta idea; mas veo que estás loco.

—No he desconocido nunca tu talento (replicó Jaime); pero ¿qué quieres? Me despido de ti hoy íntimamente convencido de que eres tonto.

Los dos amigos se abrazaron estrechamente. Al fin se desprendieron de aquel abraza interminable, y se separaron.

Cuando Miguel se vió solo, arrojó colérico el cigarro contra la chimenea, diciendo, mientras se limpiaba los ojos:

—¡Maldito tabaco! ¿Pues no me ha hecho llorar el humo?

Jaime bajó la escalera lentamente, y, restregándose los párpados, decía:

—¡Bah!.... Estos pañuelos de algodón hacen saltar las lágrimas.



IV.

EN TRE los dos Carabancheles, aislada, próxima al camino, existe, ó ha existido, ó ha debido existir, que para el caso es lo mismo, una casita de un solo piso y de modesta apariencia, á la que no nos es permitido llamar quinta, aunque tiene algo de parque y un poco de jardín.

La pequeña casa, el reducido jardín y el diminuto parque se hallan cerrados dentro de las cuatro paredes de una humilde tapia, que se eleva formando un cuadro perfecto, y en la que una verja de madera, todavía sin pintar, abre paso á una calle de nacientes árboles, que conduce á la puerta de la casa. Para entrar hay que subir dos escalones de piedra, que son dos, más que por necesidad, por lujo.

La pieza principal de la casa es una sala cuadrilonga, vestida con papel de color de lila, sobre

el que se destacan menudas flores, que por el color y por la forma parece que quieren ser violetas. Hay dos rejas que dan al jardín, por las que trepan, suben y bajan, entran y salen, anudándose y desatándose en caprichoso tejido, las ramas flexibles de una copiosa enredadera, que cuelga y cubre los hierros con sus mudas campanillas. En medio de la habitación hay una mesa de nogal; enfrente de las rejas se ve el sofá correspondiente á una docena de sillas de Vitoria, que, en riguroso orden y perfectamente equidistantes, rodean la estancia pegadas á las paredes. Sobre el sofá se ostenta un hermoso grabado que representa á la Virgen al pie de la Cruz, admirable composición de Paul de la Roche; debajo del cuadro pende un pequeño Crucifijo, del que cuelga un rosario. Tres muebles de lujo brillan satisfechos en medio de tan modesto menaje, siendo la aristocracia de aquel humilde *mobiliario*. Estos muebles son: una cuna de acero, una butaca de guttapercha y un costurero de palo-santó. Sobre la mesa levanta su volumen un *in folium* encuadrado en pasta, en cuyos cantos se notan las huellas del uso, y entre cuyas hojas asoma el extremo de una cinta encarnada, como se ve en los misales, y que debe de ser la señal del sitio en que la última vez quedó pendiente la lectura: es el tomo del *Año cristiano* correspondiente al mes de Agosto. Junto á este libro hay otro mucho más pequeño, que también tiene su señal, y en cuyo canto se lee esta palabra: *Kempis*. Ambos volúmenes forman

toda la biblioteca de la casa. El primero cuenta la vida ejemplar de los Santos, y en el segundo se aprende la profunda filosofía de la virtud, esto es, la historia más bella y la ciencia más útil.

¿Quién vivía en esta casa? Probablemente alguna familia que, estrechada por el ardiente calor con que Agosto abrasa á Madrid, y no pudiendo ir á respirar los aires del Pirineo, había emigrado á Carabanchel. ¿Qué familia sería ésta? Por de pronto, los tres muebles de lujo nos advierten la probabilidad de tres personas. La cuna nos dice: aquí hay un niño; el costurero: aquí hay una joven; la butaca: aquí hay una anciana. Ó, lo que es lo mismo, la inocencia que duerme, la juventud que trabaja, la ancianidad que se reclina. Tres soles: el sol que sale, el sol que abrasa y el sol que se pone.

Si preguntamos á los pájaros que anidan en los escasos árboles del parque y en los floridos arbustos del jardín, nos dirán que hay en la casa un muchacho de trece á catorce años que los persigue, empeñado en cogerlos. Si registramos un armario disimuladamente abierto en la pared, y cuidadosamente cerrado, veremos una escopeta de dos cañones y un arreo completo de caza, lo cual nos dará á entender que, además del muchacho que persigue á los pájaros, hay un hombre que los mata.

Con semejantes datos, podemos contar los individuos de la familia, en esta forma: un niño, un muchacho, una joven, una anciana y un hombre;

es decir, un pueblo; más aún: un mundo. La inocencia, la fuerza y la experiencia: tres poderes. La infancia, la juventud y la vejez: tres generaciones.

Pues bien: ¿qué familia es esta? Veamos: el aseo, el orden y la paz que allí se respiran nos descubren á una familia que vive contenta, que vive alegre, que vive feliz. La estrechez de la casa y la humildad de los muebles, nos aseguran que no es una familia rica. El Crucifijo y el rosario, el *Año cristiano* y el *Kempis*, nos lo dicen todo, pues nos dicen que es una familia cristiana.

Había pasado el calor de la siesta; la casa arrojaba su modesta sombra sobre los cuadros del jardín; y éste, agradecido, enviaba á la casa sus perfumes, aprovechando el aire que se colaba fugitivo al través de las enredaderas que entoldaban las rejjas; los árboles del parque sacudían sus copas iluminadas por los rayos del sol, y los pájaros, saltando de las ramas á las tapias, y de las tapias al tejado de la casa, del tejado al parque, y del parque al huerto, trinaban más de enojo que de regocijo, porque era precisamente la hora en que el muchacho los perseguía con mayor empeño.

Sentada sobre la butaca de guttapercha, una señora de cuarenta y cinco años, á quien los pesares, que pueden más que los años, habían dejado algunas arrugas en su dulce rostro y bastantes canas en sus hermosos cabellos, movía suavemente la cuna de acero, en la que dormía un niño fresco

como una rosa y sano como una manzana. Junto al costurero, la joven hacía labor, dejando ver su perfil correcto entre la dorada nube de sus abundantes rizos, que hacían más transparente el sonrosado nácar de sus mejillas. El hombre, de pie é inclinado sobre la mesa de nogal, limpiaba y disponía sus arreos de caza para una próxima partida.

—Hija mía (dijo la señora, dirigiéndose á la joven): deja ya tu tarea: tienes el vicio de coser.

—Señora (replicó): ¿no quiere V. que su nieto estrene mañana esta blusa de batista, que V. misma le ha regalado? ¡Ah! Cuando yo sea abuela, no será tan descastada.

La señora se sonrió, y, mirando al hombre que preparaba sus pertrechos de guerra, le dijo, moviendo la cabeza:

—Jaime, yo no puedo con ella.

—La culpa es mía (exclamó éste). Quiso que me dejara en Madrid todos mis libros y todos mis papeles, porque decía que era ofender á Dios trabajar en este mes de vacaciones, mientras ella, sin decirle á nadie una palabra, se ha traído su costurero.

—¡Mire V. qué picardía! (contestó la joven.) No he querido que se traiga ni sus libros ni sus papeles, que lo marean durante todo el invierno, y no le dejan ni descansar ni vivir; y yo me he traído mi costurero, que al fin me entretiene, me distrae, me divierte. Vamos...; les digo á Vds. que no hay justicia en el mundo.

El cazador y la señora se miraron mutuamente, sonriendo ambos, si puedo decirlo así, con la misma sonrisa, porque, sin duda, los dos participaban de la misma felicidad, mientras que la joven prosiguió su razonamiento con esa viveza con que las mujeres suelen hablar cuando cosen.

—Vea V. (decía): justicia, y no por mi casa. Pues bien: si este caballero no se satisface con ayudarle á Luis á resolver sus problemas de geometría, con repasarle el francés y enseñarle los deberes del hombre; si no se contenta con abrazarse por esos campos para traernos alguna perdiz, que es una crueldad matar y una delicia comer; si no está satisfecho con ser el señor de la casa, el alma de la casa, la alegría de la casa, declaró que es un ambicioso insaciable.

—Ya verá V. (dijo Jaime, dirigiéndose á la señora); ya verá V. cómo tenemos que acabar por pedirle perdón.

—Siempre sucedelo mismo (añadió ésta). Yo soy su madre, tú eres su marido, y ella es la que manda.

—¡Mamá! (exclamó la joven): no te pongas de su parte, que yo soy la más débil, y él es un padre desnaturalizado, que, por lo visto, no quiere que su hijo tenga mañana su blusa de batista. ¡Ya se ve! Como el niño es su vivo retrato, ha creído que no es mi hijo.

Y levantándose, continuó:

—Pues la tendrá...., la tendrá; porque han de saber Vds. que la blusa está concluida.

Y presentándosela á su marido, le preguntó con aire triunfante:

—¿Qué te parece?

—Me parece (contestó Jaime) la túnica de un ángel, cosida por las manos de otro ángel.

La madre se interpuso, diciendo:

—Ya es hora de dar el paseo de costumbre: id, que yo me quedo cuidando de este rollo de manteca, que no tiene trazas de despertarse.

—Es preciso obedecer á mamá,—dijo la joven.

Y cogiendo el brazo de su marido, se lo llevó, mientras él se dejaba llevar, murmurando:

—Ni más juiciosa, ni más loca.

La madre los siguió con una mirada llena de ternura, y luego que hubieron desaparecido, alzó los ojos al cielo, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Qué dichosa soy!

Ya había oscurecido, cuando el cazador y la costurera entraron de nuevo en la sala, en la que faltaban la abuela y el niño; pero, en cambio, sobre la mesa de nogal ardía un quinqué, medio oculto bajo la sombra de su pantalla verde.

—¡Hola! (dijo Jaime:) Han desaparecido.... Es mucha paz la que ese niño hace con su abuela; la quiere más que á ti, más que á mí y más que á todos; en estando con ella, no se acuerda de nadie.

—¡Ya lo creo! Como que es su madre antes que yo.... ¿Te ríes?

—Sí, me río de ese tierno disparate.... Y el caso

es que tienes razón. Tener nietos es tener hijos dos veces, y la abuela es antes que la madre.

—Es antes y es más (añadió la joven). Pero ¡calla! (dijo, y era ella la que hablaba.) Me parece que oigo cantar á mi madre en el parque.... ¡Vamos! ¡está loca con el nieto!

Un rumor lejano les llamó la atención.

—¿Oyes? (preguntó la joven.) Parece un trueno.

—¡Un trueno!.... No puede ser.

El rumor crecía acercándose, al mismo tiempo que un grito lastimero y prolongado salió de un extremo del jardín.

La joven se acercó á su marido, diciendo:

—¡Mira, mira! El perro aulla.... Jaime, yo tengo miedo.

—¡Miedo! ¿Y de qué?

—¡Qué sé yo!.... El miedo no es una cosa razonable...., y cuando se tiene...., se tiene.

El rumor, que había ido en aumento, cesó de pronto, y Jaime dijo:

—Vamos, Isabel, tranquilízate; es un coche.... que se ha detenido.

—Sí (replicó ella); pero el perro ladra como un desesperado.

—Los perros son muy miedosos; le ladran hasta á su propia sombra.

—Yo oigo (insistió Isabel) no sé qué....; pero oigo....: me parece que ha crujido la verja de la tapia.

Y asiendo el brazo de su marido con entrambas manos, lo llevó hacia una de las rejas.

El jardín se hallaba envuelto en la primera obscuridad de la noche, que la luz del quinqué hacía más profunda, distinguiéndose confusamente los arbustos como sombras impalpables.

No se veía nada, pero se oía.... Se oía el ruido de pasos precipitados que herían el suelo con violencia, y hasta se percibía como el ronquido ahogado de una respiración fatigada. De pronto pareció que las ramas gemían bruscamente sacudidas, y se oyó un golpe semejante al de un cuerpo que cae: el perro ladraba con verdadera furia.

—¡Nuestro hijo! ¡Nuestro hijo!—exclamó Isabel en voz muy baja.

—Espera,—dijo Jaime.

Y se lanzó á la puerta.

—No, no; yo contigo,—replicó la joven.

En la puerta se detuvieron los dos un momento, escuchando.

Jaime preguntó:

—¿Será Luis que aprovecha la obscuridad de la noche para coger pájaros?

—No puede ser (contestó Isabel), porque está estudiando en su cuarto; además, á Luis no le ladraría el perro.

—¿Será tu madre que corre con su nieto? ^(R)

—Tampoco el perro ladraría á mi madre.

Jaime reconoció la fuerza de estas observaciones, y abrió la puerta para salir; pero al tiempo de abrirla, ambos retrocedieron con un mismo movimiento: Isabel asustada, Jaime sorprendido.

Y había razón para retroceder, para asustarse y para sorprenderse, porque apareció en el dintel de la puerta una especie de sombra que se precipitó en la sala, pronunciando con voz enronquecida estas palabras:

—¡ Favor ! ¡ Favor !... ¡ Quiere asesinar me !

La sombra, iluminada por la luz del quinqué, se disipó, mostrando á los ojos atónitos de Isabel y de Jaime la graciosa figura de una hermosa joven, cuyo traje rasgado y cuyos cabellos descompuestos daban testimonio de la agitación de su ánimo.

—¡ Señora ! (la dijo Jaime): cualquiera que sea la causa de tan inesperada visita, puede V. contar con nuestro amparo.

—¡ Calla ! ¡ Calla ! (exclamó, componiendo su tocado y arreglando sus negros cabellos.) ¡ Qué veo !... Isabel, ¿ tú aquí ?

Isabel dió un paso hacia ella, mirándola con creciente asombro, y de pronto se colgó á su cuello, besándola y diciéndola :

—¡ Catalina ! ¡ Catalina ! ¿ Qué es esto ?

Jaime permaneció inmóvil delante de la puerta.

—Esto (contestó la joven, desprendiéndose de los brazos de su amiga) es una cosa bien sencilla. imagínate que, huyendo *Catalina de Rusia* del tirano de su marido, viene á refugiarse á la casa de *Santa Isabel, Reina de Hungría*.

—Pero estás temblando, y has dicho que querían asesinar te.

Catalina hizo oír un carcajada, que más tenía de convulsiva que de espontánea, y dijo :

—Tiemblo, porque he corrido ; y el caso no era para menos. Yo quería pasar ocho días en Biarritz, ir á Vichy, y dar una vuelta por París : tenía empeño en ello ; pero mi marido, por lo mismo, quiere que pasemos el verano en una quinta que tengo más allá de Carabanchel de Arriba. Después de muchos altercados, vinimos á una transacción. Me propuso que pasaríamos unos días en la quinta, yendo después donde yo quisiera. ¡ Tonta de mi, que convine en ello ! En el camino he sospechado de sus intenciones, y no me ha sido difícil descubrir sus designios. El coche se detuvo casualmente delante de tu casa ; aproveché la ocasión, y huí. ¿ Te parece que encerrar á una mujer en Carabanchel, cuando todo el mundo va á Biarritz, á Vichy y á París, no es asesinarla ?

—¡ Qué loca eres ! (exclamó Isabel con dulzura.) Pero... (añadió asustada), ¡ tienes sangre en la mano !

—Sí ; se me enredó el vestido no sé en qué, y cai de boca. No es nada.

—Siéntate, siéntate... (le dijo su amiga.) Estás trémula.

—No, no ; quiero que me lleves á tu tocador.

En el momento en que Isabel cogía la mano de Catalina para conducirla á su cuarto, un nuevo personaje entró precipitadamente en la sala, diciendo :

—Señora, el coche nos espera.

Ésta contestó resueltamente :

—Por mi parte, es inútil que espere. Pasaré aquí la noche, y mañana tomaré mis disposiciones. Después de lo que ha pasado entre nosotros, no podemos estar juntos ni un minuto. Nos separaremos, sin que haya fuerza humana que lo impida.

—¡ Es un capricho inconcebible !—replicó el nuevo personaje.

Catalina contestó :

—Un capricho irrevocable.

Y arrastrando á Isabel, que parecía estupefacta, desapareció por una puerta, que, abierta en un ángulo del aposento, conducía á las habitaciones interiores de la casa.



V.

Al desaparecer Catalina, seguida de Isabel, el nuevo personaje paseó la mirada por la habitación, y se encontró con Jaime, que, cruzados los brazos, lo miraba sin sorpresa, pero dejando ver en su fisonomía la más profunda lástima. Entonces se inclinó, diciendo :

—Juraría que me encuentro delante de un amigo de quien me despedí hace tres años largos, y en el que he pensado algunas veces con pena. ¿Me engañará la semejanza?

—No, Miguel (contestó Jaime); no te engaña la semejanza. Ese amigo, al despedirse de ti para siempre, te dijo : « La fortuna es loca, la opulencia hastía y los placeres se acaban ; si alguna vez necesitas el corazón de un amigo, encontrarás el mío ».

—¡ Ah ! (exclamó Miguel.) ¡ Quién demonios

Ésta contestó resueltamente :

—Por mi parte, es inútil que espere. Pasaré aquí la noche, y mañana tomaré mis disposiciones. Después de lo que ha pasado entre nosotros, no podemos estar juntos ni un minuto. Nos separaremos, sin que haya fuerza humana que lo impida.

—¡ Es un capricho inconcebible !—replicó el nuevo personaje.

Catalina contestó :

—Un capricho irrevocable.

Y arrastrando á Isabel, que parecía estupefacta, desapareció por una puerta, que, abierta en un ángulo del aposento, conducía á las habitaciones interiores de la casa.



V.

Al desaparecer Catalina, seguida de Isabel, el nuevo personaje paseó la mirada por la habitación, y se encontró con Jaime, que, cruzados los brazos, lo miraba sin sorpresa, pero dejando ver en su fisonomía la más profunda lástima. Entonces se inclinó, diciendo :

—Juraría que me encuentro delante de un amigo de quien me despedí hace tres años largos, y en el que he pensado algunas veces con pena. ¿Me engañará la semejanza?

—No, Miguel (contestó Jaime); no te engaña la semejanza. Ese amigo, al despedirse de ti para siempre, te dijo : « La fortuna es loca, la opulencia hastía y los placeres se acaban ; si alguna vez necesitas el corazón de un amigo, encontrarás el mío ».

—¡ Ah ! (exclamó Miguel.) ¡ Quién demonios

había de conocerte con esos zapatos de cuero blanco, con esa camisa de rayas amarillas, con esa cabeza, siempre gallarda, pero horriblemente despeñada, y, sobre todo, con esos mosletes!.... Venga la mano, querido patán; venga esa mano, que yo siempre soy el mismo.... Así...., así.... Aprieta, aprieta.... ¡Cáspita, y qué fuerzas has echado!

—Yo (le replicó Jaime) te he conocido, á pesar del hundimiento de tus mejillas, de la espantosa palidez de su rostro, de la horrible contracción de tu boca. Es más: te he conocido antes de que llegaras; la presencia aquí de tu mujer me ha anunciado la tuya, y te esperaba.

—¡Hola, hola! ¿Conoces á Catalina?

—Sí, Miguel, la conozco. No te alarmes. Es ella demasiado hermosa, y sois los dos demasiado ricos y espléndidos para que no os conozca todo el mundo.

—Es verdad.... Algunas veces me alegraría de que nadie nos conociera; pero no es posible. Y dime: ¿tú también te casaste?

—Sí; yo también me casé.

—¿Con una pobre, por supuesto? Todo lo que me rodea me advierte la estrechez de tu posición.... Y, vamos, con franqueza: ¿eres feliz?

—Tanto como tú eres desgraciado.

—¡Diablo! ¿Y qué haces para ser tan dichoso?

—Trabajo, amo y rezo.

—Pues son tres cosas bien poco divertidas.

—¿Y tú?... Despierta mi envidia pintándome

tu paraíso. Siéntate, siéntate, y habla. Te voy á oír con la boca abierta.

Miguel se rascó la cabeza, se pasó el pañuelo por la frente, se atusó el bigote, y dijo:

—¿Yo?... ¡Bah!.... ¿Qué he de hacer?... Gozo.

—¡Ay, Miguel! (exclamó Jaime.) No puedes engañarme, porque veo en tu rostro la desesperación de tu alma.

—No te negaré que experimento algunas contrariedades; que tengo disgustos. El carácter de Catalina no encaja bien con el mío; le gusta un poco ejercer el imperio de sus seducciones; ofrece demasiado sus encantos; tiene mucho partido entre los hombres, y me hace padecer celos feroces; pero yo adoro el atractivo con que enciende mi sangre, de tal modo, que algunas veces siento, como Calígula, el vivo deseo de buscar en sus entrañas la causa oculta del ciego deleite que me inspira. Es posible que acabemos mal, porque no va por buen camino; pero esto tiene también sus goces, goces extraordinarios que tú no comprendes.

Jaime le disparó la siguiente pregunta á quemarropa:

—¿Y qué harías en el caso de una infidelidad?

Los ojos de Miguel relampaguearon, como si dentro de su alma hirviera una tempestad; y al relámpago siguió el trueno, pues con voz sorda dijo:

—La venganza es un gran placer; y, en el caso de una infidelidad, la mataría.

—No lo creo (replicó Jaime con desdén). Hablas así por...., por hablar.

—¡Te juro (exclamó Miguel) que la mataría! Y apretando el brazo de Jaime con sus manos crispadas, añadió:

—Te digo más....: ¡la mataré!

—Pues yo te repito que no lo creo.

—Supón (dijo Miguel, paseándose con agitación febril) que la infidelidad existe, que la descubro. Supón que no he de ser tan bárbaro que vaya á matarla en un arrebato de celos, que me pondría en ridículo ante la sociedad, y en grave compromiso ante la ley. Supón, en fin, que pienso las cosas, que las medito y que sé hacerlas.

—Muy bien (replicó Jaime); pero de todas esas suposiciones no saco nada en limpio.

—Imaginate (continuó Miguel) que coloco todos mis fondos en el Banco de Londres; que Catalina y yo vamos á pasar unos días...., por ejemplo, á nuestra quinta de Carabanchel, de donde oportunamente han desaparecido todos los criados, y cuya llave llevo yo en el bolsillo. Imaginate que entre el jardín y el parque hay un pozo profundo de una noria inutilizada; que por allí se pasa para llegar al pabellón de Catalina, donde hay luz, aunque no está su doncella. Imaginate que llegamos de noche, que entramos solos, dejando la berlina en el camino; que salgo yo á los cinco minutos después de dejar á la señora perfectamente instalada; que tomo de nuevo el coche; que corro á la esta-

ción; que alcanzo el tren que va á salir, y que no paro hasta Bayona.... ¿Te parece que no he meditado bien el caso de una infidelidad?

Jaime contempló á su amigo algunos instantes con verdadera angustia, y bajando la voz, le dijo:

—Si vieras tu rostro en este instante, te espantarias de ti mismo. Y, sin embargo, no me sorprende lo que acabas de decirme, porque lo presentia; el crimen feroz que proyectas entra perfectamente en el orden de tus desastrosas ideas.

—Ella es la culpable,—rugió Miguel con voz sombría.

—¡Culpable! (exclamó Jaime.) ¡Culpable! ¿De qué? ¿Con qué derecho vas á pedirle una virtud que tú no tienes, una pureza que tu materialismo niega? Si fuera de esta vida no hay nada, ella, como tú, lo quiere aquí todo. ¿Con qué freno has de sujetar la violencia de sus apetitos? Sin un Dios que juzgue nuestras acciones y nuestros pensamientos, que castigue y perdone, que aflija y que consuele, no hay justicia, ni derecho, ni amor, ni virtud.

—¿Y qué Dios es ese?—preguntó Miguel.

—Dios trino y uno (contestó Jaime). El Dios que te hizo de la nada, infundiéndote un soplo inmortal de su divina esencia; el Dios que humilla á los poderosos y ensalza á los humildes; el Dios que toma carne mortal y muere en una cruz por redimirte; el Dios que llama en este instante á tu corazón, impidiendo que cometas un crimen espantoso;

el mismo Dios, que te ofrece toda su misericordia en cambio de tu arrepentimiento: el Dios verdadero.

—¡Es tarde! ¡Es tarde!—exclamó Miguel, agitado.

En aquel momento sonó un ruido repentino, que se prolongó, apagándose poco á poco.

—¿Es mi coche que se aleja?—preguntó.

—Eso parece (contestó Jaime). Y se conoce que va á escape.

—No es posible.... Pero veamos.

Isabel, apareciendo en la puerta, detuvo á Miguel, que iba á salir. Realmente era la aparición de un ángel. Su bata azul realzaba la blancura de su cuello, dejando admirar la noble majestad de su casta figura. Sus rubios cabellos brillaban alrededor de su frente como una aureola, y en sus ojos, de un negro azulado, resplandecían dos lágrimas, como dos estrellas en el fondo de un cielo obscuro.

—Caballero (dijo, inclinándose tristemente delante de Miguel); Catalina me ha entregado para V. esta carta.

Miguel la tomó con respeto; y, acercándose á la luz, la devoró con sus ojos. Después se la dió á Jaime, diciéndole:

—Lee, lee.

La carta contenía estos cuatro renglones:

«Sin que Isabel pudiera impedirlo, lo he oído

todo desde la puerta. Me vuelvo á Madrid, y no creo que cometerás la infamia de ponerte en mi presencia.

»Guerra implacable.

»CATALINA.»

Jaime devolvió á su amigo la carta de Catalina, mientras Isabel decía:

—No he podido detenerla; mis caricias, mis súplicas, mis lágrimas, todo ha sido inútil; mas no debe V. afligirse; es muy impetuosa y muy decidida, pero es buena.

Miguel se inclinó ante aquellas palabras bondadosas y ante aquella voz llena de dulzura, y le dijo:

—Lo siento, y me alegro. Lo siento, porque voy á proporcionarle á V. la molestia de un huésped desconocido; y me alegro, porque pasaré aquí la noche.

—Tú (replicó Jaime) no eres aquí desconocido; han oído tu nombre muchas veces, y todos te conocen en esta casa, y todos te estiman.

Estas palabras las pronunció echándole el brazo por el cuello.

Isabel añadió:

—Tiene V. á nuestro cariño y á nuestra confianza un derecho incontestable, que consiste en el gran afecto que mi marido le profesa; nosotros queremos todo lo que él quiere.

Aún tenía Jaime abrazado á su amigo, cuando entró la abuela con el nieto en los brazos; Miguel la saludó y besó al niño. Detrás de la abuela entró Luis, cuya rubia cabeza acarició el huésped.

Se acercaba la hora de la cena, y la familia tenía costumbre de reunirse en la sala antes de ir al comedor, donde encontraba una mesa limpia y un alimento sano.

Después de la cena, los dos amigos salieron al jardín, donde permanecieron hablando hasta la madrugada. Miguel había cenado poco, pero durmió algo. Al día siguiente por la tarde se despidió de la familia, con gran sentimiento de todos: de Isabel y de su madre, porque parecía muy desgraciado; de Luis, porque aquella mañana habían cogido pájaros en el parque, y se habían hecho muy amigos.

Jaime acompañó á Miguel hasta el camino, donde esperaba un coche de alquiler que se había hecho venir de Madrid.

Los dos amigos se abrazaron, y Jaime dijo:

—Creo que no debes detenerte en Bayona, ni ir á París.

—Ahora (le contestó Miguel) voy á Londres, y el invierno lo pasaré en Italia.

Al separarse se abrazaron de nuevo, y el coche partió al fin, tomando el camino que conduce desde Carabanchel á la estación del camino de hierro del Norte.

Miguel iba diciendo:

—¡Qué dichosos son!

Mientras su amigo, viendo desaparecer el coche á lo lejos, decía:

—Aún puede ser feliz.

Lo que acabo de contar ocurrió á principios de Agosto, y en Noviembre recibió Jaime en Madrid una carta bastante original. Estaba fechada en Roma, y empezaba:

«Querido Jaime....»

En seguida aparecía el *Credo*, copiado palabra por palabra, en letra clara, igual y de rasgos firmes; letra que me atrevo á llamar fervorosa. Al pie del *Credo* se hallaba la firma en esta forma:

«Tuyo,

»MIGUEL.»

FIN DE «DOS PARA DOS».





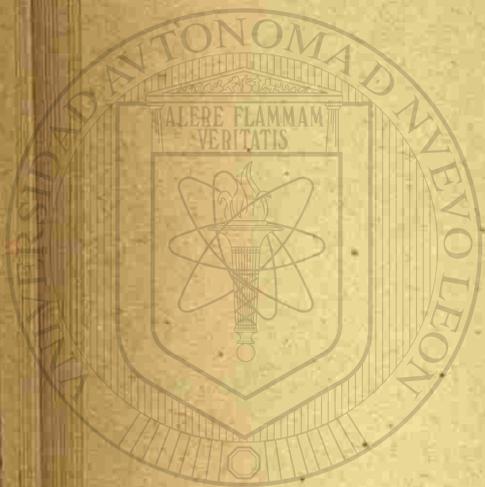
EL PACTO SECRETO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



EL PACTO SECRETO

DIÁLOGO PRIMERO

DE MADRID Á ÁVILA.



¡UÉ confusión! La estación, llamémosla así, del camino de hierro del Norte, que se tiende á los pies de la Montaña del Príncipe Pío, se halla invadida por una avalancha inquieta de impacientes viajeros, formando un doble cordón delante de un tren que, semejante á una serpiente monstruosa, se dispone á lanzarse, silbando como una flecha, por las inflexibles paralelas de la vía.

Es el momento crítico ó supremo de las despedidas, de los abrazos, de los apretones de manos, de los besos, de los encargos, de las recomendaciones y de las lágrimas.

- Adiós.
- Hasta la vuelta.
- Que escribas.
- En Biarritz nos veremos.

- Cuidado con el cabás.
 —Otro beso, Emilia.
 —Julia, que no dejes de ver á nuestra madrina.
 —Félix, que cuiden mis tiestos.
 —Nos veremos en Deva.
 —¡Oh, qué calor!
 —No pienso salir de Saturrarán.
 —Buen viaje, señores; buen viaje.

Estos diálogos se repiten á la puerta de los diferentes coches que forman en prolongada sucesión los anillos del monstruo que va á partir. La campana da el segundo aviso, y el tren, por sus cien bocas, empieza á engullir gente.

Los que se van, entran apresuradamente en sus respectivos departamentos, y los que se quedan, permanecen delante de la línea de los coches. Entonces se cruzan las últimas palabras, se hacen los últimos encargos, se dan las últimas citas.

Suena el tercer aviso, y la máquina silba con voz espantosa; un estremecimiento repentino circula por el tren, corriendo de departamento en departamento, de vagón en vagón, de coche en coche, y el convoy se pone en movimiento. Al través de las ventanas se ven ojos que lloran, bocas que sonríen, manos que se agitan, abanicos que saludan y pañuelos que se despiden.

Rechinan las ruedas sobre los rails, tiembla el pavimento, y el tren se escapa como una bocanada de humo.

No he conseguido nunca averiguar qué es más

triste, si irse ó quedarse. Por lo común, la separación consiste en uno que se va y otro que se queda, y, en igualdad de circunstancias, no sé cuál de los dos es el que siente más la ausencia, porque sería un caso de terrible perplejidad encontrarse en la necesidad de elegir entre irse ó quedarse. Hay una separación que, al fin y al cabo, todos experimentamos, separación más ó menos larga, ausencia tristísima cuyo término nos es desconocido, y de la que sabemos fácilmente consolarnos.... ¡Ah!....: el luto más largo dura un año.

Claro está que hablo de la muerte. Pues bien: á pesar de que nadie quiere morir; á pesar de que la muerte se considera como la suprema desgracia; á pesar de que el mundo exclama: «¡Infeliz del que muere!», sería muy difícil averiguar si es más dichoso el que se va ó el que se queda. Por de pronto, observaremos que en este caso forzoso de ausencia, los que se quedan suelen llorar algunas veces; los que se van no lloran nunca.

Mas sea de esto lo que quiera, volvamos á nuestro asunto. En el tren que hemos visto partir va un departamento de primera clase, señalado con un tarjetón que dice:

RESERVADO DE SEÑORAS.

En él se encuentran dos jóvenes, según la frescura de los semblantes, medianamente bellas é igualmente tristes. Ambas parecen dominadas por

pensamientos poco risueños. Sin embargo, por profunda que sea la tristeza de una mujer, siempre tiene una mirada curiosa con que recoger los detalles y los pormenores más minuciosos del vestido ó de los adornos de otra mujer cualquiera que casualmente se le pone delante. Ambas, pues, se vieron, é inmediatamente se miraron, examinándose rápidamente. El semblante de una de ellas mostró admiración: el de la otra dejó ver una sombra de desdén. Este distinto efecto que mutuamente se causaron, consiste en que la primera iba vestida con suma sencillez, mientras la segunda ostentaba toda la pompa de un gran boato.

Encontráronse los ojos de la una y de la otra, y por algunos instantes permanecieron contemplándose. Al fin ambas prorrumpieron á un tiempo:

—¡Oh!....

—¡Inés!— dijo la primera.

—¡Dios mío!.... (exclamó la otra.) ¿Eres tú, Rosalía?

—La misma,— contestó Rosalía, poniéndose encarnada como una amapola.

—¡Quién había de conocerte! Estás hecha una mujerona.

—Hace mucho tiempo que nos separamos; entonces éramos unas niñas, y ya somos unas mujeres hechas y derechas; pero, mira tú, yo al instante te he conocido.

—Es un feliz encuentro (dijo Inés). Así el viaje será menos fastidioso. ¿Adónde vas?

—Yo (contestó Rosalía) voy á Zumaya.

—¡Á Zumaya!

—Sí.

—¡Pero, hija mía, si á Zumaya no va nadie!

—Por eso voy yo: el mar es en Zumaya el mismo que en San Sebastián, y, sin embargo, es más barato.

—Eso sí, mucho más barato.

—Ya ves: es preciso que esta niña tome algunos baños de mar, y he tenido que emprender este viaje.

Hablando así, acariciaba el rostro de una niña de cuatro años que iba sentada junto á ella.

—¿Es tu hija?—preguntó Inés.

—Mi hija,—contestó Rosalía con cierto orgullo.

—Pues yo voy á Biarritz: es un viaje de puro recreo. Ya ves: en Madrid es el verano insoportable, y en Biarritz se pasa muy bien; allí acude la buena sociedad. Quiere decir que iremos juntas hasta Zumárraga. Y dime, ¿vas sola?

—Sola,—contestó Rosalía suspirando.

Inés suspiró también, y ambas guardaron silencio, que al fin rompió Rosalía, diciendo:

—¿Tú vives siempre en Madrid?

—¡Oh, siempre! Y tú, ¿de dónde sales?

—Yo... del pueblo.

—¿Te casaste al fin con el hijo del boticario?

—No; me casé con el hijo del escribano.

—¿Con aquel muchacho tan travieso que nos cogía los nidos en el huerto de mi tío?

—Con ese.

—¿Ha hecho fortuna?

—Lo pasamos bien: tenemos una poca hacienda, y además es abogado, y goza por allí de mucha fama.

—Era muy listo.

—Sí; pero....

—Pero ¿qué?

—Es diputado.

—¿Y eso te aflige?... Ya ves: ¡ser padre de la patria!

—Yo preferiría que se contentara con ser padre de sus hijos. Desde que está metido en esa danza, no piensa en nada, como si no tuviera tal mujer ni tal hija; no hay quien lo saque de Madrid. Siempre con la cabeza á pájaros. Y, mira tú, ¡me deja ir sola á Zumaya!

—¡Qué dichosa eres!—exclamó Rosalía.

—¡Dichosa!....

—Sí.

—¡Ah! Pues es una dicha que me cuesta muchas lágrimas.

Ambas volvieron á quedar silenciosas y pensativas. Sin duda no acertaban á explicarse sus diversas maneras de ver el caso. Rosalía fué la primera que reanudó la conversación, diciendo:

—Ya sé que tú hiciste un gran casamiento.

—Sin duda (contestó Inés): me casé con un hombre rico.

—¡Ah!.... ¿Serás dichosa?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no es posible.

—¿Tu marido es jugador?

—¡Ojalá!

—¿Es?...

—Tampoco.

—¿No te quiere?...

—Sí; me quiere, hasta el punto de serme insoportable.

—¡Ya! ¿Es celoso?

—No sé.

—Mas si es celoso, ¿cómo te deja viajar sola?

—¡Sola!.... (exclamó Inés.) No lo creas; esa felicidad es la que yo te envidio. Mi marido me sigue á todas partes como la sombra al cuerpo, y viene ahí, en el departamento inmediato.

—¿Cómo no vais juntos?—preguntó Rosalía.

—¡Juntos! (contestó Inés.) No: yo he preferido el *reservado de señoras*, porque aquí no puede entrar, y de ese modo, á lo menos durante el viaje, me libro de su presencia.

—¡Dios mío! ¡Lo aborreces!

—En honor de la verdad, no lo aborrezco, y me sería de todo punto indiferente, si no me inspirara un fastidio indecible.

—Pero ¿no te casaste á tu gusto?

—Sí. Figúrate qué mujer no se casa á gusto con un hombre rico.

—Según las noticias que corrieron por el pue-

blo, tu boda fué muy celebrada por toda tu familia.

—¡ Oh ! Mucho.... Mi familia está loca de contento.

Dejó ver en su fisonomía una expresión de terrible desdén, y añadió :

—¡ Qué mundo...., qué mundo este !

—¡ Bah ! (exclamó Rosalía, dándose una palma en la frente.) Ya te comprendo. Tu disgusto no es más que impaciencia, una impaciencia bien natural. Te fastidias...., ¡ ya se ve, sin duda alguna !...., porque te falta esto...., esto que nos llena de felicidades y de inquietudes.

Hablando así, acariciaba con maternal orgullo las pálidas mejillas de su hija, que con toda la tranquilidad de su inocencia se había dormido en el regazo de su madre.

—Sí (añadió vivamente Inés) : ahí tienes otra cosa que te envidio. Un hijo sería mi felicidad.

—Pues serás dichosa (añadió Rosalía, sonriéndose), porque no es ninguna obra de romanos.

—¡ Rosalía ! (exclamó Inés, mirando fijamente á su amiga.) Me espanta la idea de ser madre.

Abrió Rosalía sus grandes ojos, y apretó uno contra otro los frescos labios de su pequeña boca, asombrada de lo que acababa de oír ; movió lentamente la cabeza, y dijo :

—¡ Vamos ; yo no te entiendo !

—No me entiendes, y, sin embargo, no es por eso menos cierto lo que te digo. Soy tan feliz (aña-

dió con amarga sonrisa), que no debo desear la ventura de ser madre.

—¿ Por qué ? — preguntó Rosalía.

—Porque mi hijo sería muy desgraciado.

—¿ Estás segura de ello ?

—Sí...., casi segura ; y para evitar esta terrible contingencia, me sería preciso someterme á una vergonzosa desgracia. Es una terrible alternativa que me desespera. Yo me resignaría á ser desgraciada todo el tiempo que me queda de vida, con tal de que mi hijo fuera dichoso ; pues ya sabes que nos es lícito sacrificar la dicha, pero la virtud no podemos sacrificarla.

Rosalía alzó la cabeza, que había reclinado sobre los almohadones del coche, y mirando atentamente á su amiga con la atención del que examina un jeroglífico ininteligible, le dijo :

—Siempre has pasado por mujer de talento ; en nuestro pueblo eras admirada por tu juicio, y el señor cura te citaba como modelo ; pero hablas de un modo que es para mí incomprendible. Tus palabras me parecen tan oscuras y tus pensamientos tan extraños, que no acierto á entender lo que quieres decirme.

—No me sorprende. Hay desgracias que se ignoran hasta que se experimentan, y si no se experimentan nunca, nunca se conocen. Antes de casarme, no imaginé siquiera que pudiera sucederme lo que me pasa ; y ahora, si descubriera mi alma al vulgo de las gentes, me tendría por loca.

Tú misma me oyes con asombro, y empiezas á sospechar si habré perdido el juicio.

—Verdaderamente no sé qué pensar. Te has casado á tu gusto, tu marido es rico, te quiere, vives en la opulencia, te sonríe la fortuna, y, sin embargo, eres desgraciada.... Dices que un hijo llenaría tu alma de felicidad, y no deseas tenerlo. Francamente, todo esto es incomprensible. Explicate, si quieres que te entienda.

—Sería inútil que te lo explicara; para que lo comprendas, es preciso que lo adivines. Consulta con tu perspicacia; pregúntale á tu corazón de mujer y de madre, y acaso caigas en la cuenta.

—No sé,—replicó Rosalía, frunciendo ligeramente la boca con ademán de duda.

—Piensa en ello.

—Cuanto más pienso, me parece el caso más incomprensible. ¿Padeces alguna enfermedad?....

—No (se apresuró á contestar Inés); mi salud es completa.

—¡Ah! (exclamó Rosalía.) Tal vez....; pero no, es imposible; sería una triste cosa....; no puedo creerlo.

—Veamos qué es lo que te ha ocurrido.

—Nada.

—Pregúntame.

—Mi pregunta te ofendería.

—No importa....: hazla.

—Será inútil.

—¿Por qué?....

—Porque tú nunca has sido loca.

—Es verdad; pero....

—Pero ¿qué?....

—¿Quién sabe?....

—¡Oh! ¿Estarás enamorada?....

—Aún no.

—¿Aún no, dices?....

—Justo; hasta ahora he podido defenderme.

—Eso es muy grave,—añadió Rosalía, bajando los ojos con aire pensativo.

—Muy grave (repitió Inés). Pero el peligro es cada vez más inminente.... Estoy indefensa.

Las dos amigas guardaron silencio. Había llegado la conversación á un punto crítico que ninguna de las dos se atrevía á pasar, y ambas permanecieron mucho tiempo sumergidas en profundas reflexiones.

Ya era de día cuando el prolongado silbido de la máquina anunció que el tren se acercaba á una nueva estación. Poco á poco fué disminuyendo el ímpetu de la carrera, y últimamente el tren se detuvo. En el mismo instante una voz gritó, diciendo:

—«¡Ávila; quince minutos; hay fonda!»

Las dos amigas se incorporaron sobre sus asientos, bostezando casi á un tiempo, señal segura de que, si no habían dormido, por lo menos tenían sueño. Ambas vieron aparecer en una de las ventanas del departamento en que iban la cabeza de un hombre, que preguntó con afable acento:

—¿Qué tal, Inés? ¿Cómo vamos?

— Perfectamente,—contestó ésta.

Rosalía miró á su amiga con verdadero asombro.

Aquel hombre era indudablemente su marido, y á Rosalía le pareció un marido muy aceptable. ¿Cómo Inés no lo quería?

Esto pensaba, cuando otra sombra apareció en la ventana opuesta. Era una cara larga, huesuda, arrugada, que con acento gutural y desapacible, dijo:

—Inés....; hay fonda....; aquí hay buenos bizcochos: la leche es riquísima; ¿quieres chocolate?

—No,—contestó Inés secamente.

—Mira (replicó la cara larga, huesuda y arrugada) que no llegaremos á Vitoria hasta las tres de la tarde.

—Mejor (dijo Inés). No necesito nada. Vuélvete á tu departamento, porque la mañana está fresca, y tú no estás ya para esas gracias.

La cabeza de la ventana opuesta había desaparecido, y la voz que antes había anunciado la llegada á la estación se alzó de nuevo, gritando:

«¡Viajeros al tren!»

La segunda cabeza desapareció lenta y trabajosamente, comprendiéndose que pertenecía á un cuerpo entorpecido por los años.... El tren se puso en movimiento, y la máquina que lo arrastraba salió de la estación de Ávila como los toros del toril: bramando.

Inés se acomodó en su asiento, y dijo á Rosalía:

—Ese es mi marido.

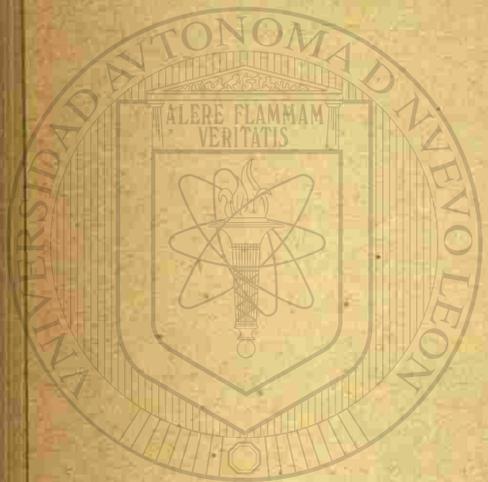
—¿Ese viejo que acaba de marcharse?

—Ese (contestó Inés). ¿Me vas comprendiendo?

Bajó Rosalía los ojos, y no contestó nada. Poco después las dos amigas dormían frente á frente, reclinadas las cabezas sobre los ángulos del coche.

El tren volaba.





DIÁLOGO SEGUNDO

DE ÁVILA Á ZUMÁRRAGA.



OLABA el tren, dejando en el aire las ondas fugitivas de su penacho de humo, y las dos amigas continuaban durmiendo una enfrente de otra, en la misma posición y de la misma manera en que las hemos visto salir de la estación de Ávila.

De vez en cuando entreabrían los ojos, cambiaban de posición, y volvían á dormirse. Habían charlado mucho durante la noche, y las había cogido el sueño de la mañana de medio á medio. Y ciertamente, en los caminos de hierro, el viajero, almacenado en un coche, sin más valor que el que puede tener un fardo que se transporta, sometido á la ley brutal de la máquina, no le queda más recurso para pasar el tiempo que charlar ó dormir, porque la velocidad con que se camina no deja que

la vista contemple la novedad ó belleza de las perspectivas que se suceden en el curso del viaje. Todo pasa en óptica confusa, y el paisaje, cambiando á cada instante de color y de forma, se desvanece interminablemente como una sucesión de *cuadros disolventes*; transformación continua, que, en vez de recrear, marea, que cansa el ánimo, sin dejar en la memoria ningún recuerdo.

Nuestras viajeras hacían perfectamente en dormir al atravesar las llanuras de Castilla, iluminadas por los primeros rayos del sol de Julio.

Inés fué la primera que abrió los párpados, reuelta al parecer á no volver á cerrarlos: abrió la boca en prolongado bostezo, que terminó en un triste suspiro, como si saliera de las delicias de un sueño dichoso al fastidio de una realidad penosa.... ¡Cuántas veces en la vida despertamos con la aflicción del que cae del cielo á la tierra!

Miró á su amiga, que continuaba profundamente dormida, sobre cuyo regazo descansaba la rubia y risueña cabeza de la niña, moviendo imperceptiblemente los labios, como si hablara con los ángeles un lenguaje que los hombres no entienden.

Después que con envidiosos ojos contempló por algunos instantes el reposado grupo que formaban la madre y la hija, inclinó la cabeza sobre la ventana del coche y sondeó el paisaje que se movía alrededor del tren; mas retrocedió asustada, y cerrando los ojos, exclamó, sin poder contenerse:

—¡Dios mío, qué precipicios!

Este grito despertó á Rosalía, que se incorporó llena de espanto, diciendo:

—¿Qué sucede?

—Nada (contestó Inés): que acabamos de pasar por Pancorvo...., y el camino va, como las águilas, de peñasco en peñasco.

Asomó á su vez Rosalía la cabeza por la ventana del coche, y también retrocedió asustada, exclamando:

—¡Qué barbaridad!....

Al mismo tiempo rodeó á la niña con sus brazos, como si quisiera defenderla del peligro. La niña abrió los ojos, sonrió á su madre, y volvió á quedarse dormida. Inés guardó silencio, esperando tal vez que Rosalía reanudara la conversación que se quedó interrumpida en la estación de Ávila; pero ésta, demasiado preocupada por la idea del peligro de que se creía amenazada, no parecía dispuesta á emprender conversación ninguna, por lo menos mientras durara el terrible tránsito del tren por aquellas montañas.

Inés dijo:

—¿Tienes miedo?

—¡Oh! sí,—contestó Rosalía, estrechando más á su hija.

—Pues no pienses en ello.

—¿Por qué?

—Porque es inútil. Cuando una se mete en uno de estos coches, silba la máquina y el tren parte,

nos entregamos completamente en manos de la Providencia; no hay socorro humano que pueda valernos, si la catástrofe estalla.

—¡Pero eso es horrible!—exclamó Rosalía.

—Sin duda; mas si no hubiera caminos de hierro, el mundo carecería de las ventajas que proporciona este elemento civilizador; y, sin ir más lejos, ahí tienes que aún estaríamos cerca de Madrid, si hubiéramos emprendido nuestro viaje en una insostenible diligencia. Váyase, pues, lo uno por lo otro. Mira: ahora vamos á pasar el Ebro.

—Esto es viajar con el alma en un hilo.

—¡Quién piensa en eso! El coche es cómodo, y el viaje breve; lo demás, ¿qué importa?... Hablamos, pues, de otra cosa. Esta madrugada viste á mi señor marido, y tengo curiosidad por saber qué impresión te ha causado....

Rosalía movió la cabeza de un modo equívoco, como quien trata de eludir la respuesta que se le pide; mas Inés soltó una ruidosa carcajada al ver la vacilación de su amiga, y añadió:

—No, no; sé franca; no te dispense de la sinceridad.

—Esas cosas (replicó) son delicadas....: al fin es tu marido. Si fueras á casarte, sería distinto: aún tendría remedio.... Quiero decir.... Además...., no lo he visto bien...., no lo conozco....

—Te comprendo.... Me compadeces, y no quieres mortificar mi vanidad de mujer, diciéndome: «Inés, te has casado con un estafermo....»

—¡Dios mío! Yo no digo semejante cosa....

—No te atreves á decírmelo; pero lo piensas....

—¡Y bien! (exclamó Rosalía, no encontrando palabras con que hacer traición á sus sentimientos.) ¿Por qué te has casado con ese hombre?

—¿Por qué? (repitió Inés, frunciendo el entrecejo.) ¡Claro está! Porque era rico.

—Entonces (añadió Rosalía, encogiéndose de hombros), ¿de qué te quejas?

—No me quejo.... Lo que hago es vivir deseperada, porque he vendido mis ilusiones, mis esperanzas, mi felicidad, por un puñado de oro; menos aún, porque ese oro no es mío, y veo que he hecho un malditísimo negocio.

—Pero eso (replicó Rosalía), ¿cómo no lo has visto antes?

—¡Antes! (exclamó Inés.) Mira: antes me pusieron una venda en los ojos.

—¡Una venda en los ojos!....

—Sí...., en los ojos de mi corazón, en los ojos de mi conciencia, en los ojos de mi cara.

—¿Quién?....

—¡Oh! Es cruel el decirlo; pero quiero que lo sepas. Tienes una hija que ahora duerme tranquilamente sobre tus rodillas; mañana será mujer, y será hermosa, y tal vez lo que voy á decirte á tí, que eres su madre, la libre de caer en el precipicio á cuyo borde yo me encuentro, precipicio más terrible y más peligroso que los que estamos pasando en este momento. Pusieron una venda en los ojos

de mi corazón, en los ojos de mi conciencia y en los ojos de mi cara. Mi padre, mi madre, mis hermanos....; cuantas personas parecían obligadas á iluminar mi entendimiento y á dirigir mis acciones: todo el mundo. ¡Ya se ve! Se trataba de que fuera rica....; se trataba de conquistarme una posición desahogada....; buena casa; buena mesa, un coche, criados, joyas, vestidos...., y toda mi familia conspiró á mi alrededor con el tierno fin de hacerme dichosa.

—¡Bah!... (dijo Rosalía, interrumpiéndola.) Tú exageras.

—No (contestó, abanicándose con viveza, como si experimentara la incomodidad de un calor repentino): no exagero; todo eso lo poseo: vivo en buena casa, como en buena mesa, tengo criados que me sirven, coche, algunas joyas y muchos vestidos. ¡Oh! sí. Mi posición es envidiable.... Los cálculos de mi familia eran exactos....

—Quiero decir (advirtió Rosalía) que exageras el empeño de tu familia en casarte contra tu gusto.

Inés se echó á reír, diciendo:

—Es verdad....: no me pusieron un puñal al pecho....; no ejercieron conmigo ninguna violencia; me casé por mi gusto; sé que no tengo ni siquiera el derecho de quejarme; pero sería muy ingrata si no reconociera y confesara que les debo toda la felicidad de que gozo.

—¿Y puedes creer que tu familia?...

—No (se apresuró á decir Inés); mi familia se

engaño á sí misma; vió lo que en el mundo se llama un matrimonio ventajoso, una ganga, y no pensó ni en mi corazón, ni en mi virtud. Hay muchas, muchas familias honradas, que, sin pensar en ello, comercian con los más nobles sentimientos.

—Pero, mujer, ¿qué hicieron contigo?

—Nada....: lo más natural del mundo. Imagínate que ese infeliz sexagenario tuvo con mi padre no sé qué negocio, de cuyas resultas trabaron amistad, y el pobre viejo dió en visitar mi casa. Desde luego me pareció un hombre insubstancial, bastante egoísta, con unos pies enormes, de los que sólo se podía servir arrastrándolos. Si hubiera sido joven, me habría parecido feo y me habría sido antipático; pero había cumplido ya sesenta y tres años, y no pensé en semejante cosa. Después de algún tiempo advertí que era sumamente pesado, que nos hacía visitas diarias é interminables, y pensé que había tomado mi casa por café ó por casino, adonde iba por pura comodidad y por mero pasatiempo. A todo esto, mi familia lo trataba con una consideración, con un agasajo, que, sin saber por qué, empezó á parecerme de malísimo gusto, y resolví evitarme el fastidio de su presencia, y, sobre todo, la pejiquera de su conversación insufrible. Mas mi madre, que es tan azúcar en punto, me hizo entender que la señorita de la casa debía hacerle los honores á la posma del hombre, y por no disgustarla, decidí vengarme del viejo burlándome de su necedad, y llegó á establecerse entre nos-

otros la intimidad que existe entre el verdugo y la víctima. En honor de la verdad, debo decir que sufría mis chanzas con mucha paciencia, y yo me permitía con él libertades que no me hubiera permitido con otros, porque para mí no era hombre. Un día me llamó mi madre, y me dijo: «Inés, eres una señorita juiciosa. Tienes virtud, talento y belleza bastantes para hacer la felicidad del hombre que sepa estimarte y comprenderte, y me parece que has encontrado ese hombre.—Señora (le contesté): no he encontrado hombre ninguno, ni he pensado jamás en casarme.—Bien (replicó): esa reserva es natural; las niñas no hacen nunca ciertas confesiones; pero los padres estamos obligados á pensar en el porvenir de nuestros hijos, y tú, al fin y al cabo, has de establecerte.—¿Y qué piensa V. (le pregunté).—Pienso (me contestó), que el mundo está perdido; que la juventud está corrompida, y me estremezco ante la idea de verte mañana ó el otro en poder de un joven lleno de vicios, que haga la desdicha de tu vida.»

Rosalía suspiró al oír estas últimas palabras, y su amiga le preguntó:

—¿Tu marido tiene vicios?

—Sí (contestó Rosalía): tiene uno; el vicio de la política.

Miróla Inés con desdeñosa compasión, y prosiguió diciendo:

—Jamás me había ocurrido la idea de ser monja, y no supe resolver la dificultad del caso que mi ma-

dre me presentaba. Ésta me dijo: «Te quedas pensativa, y me alegro; piensa en ello». Te confieso que no obedecí á mi madre, pues no volví á pensar en el asunto. Otro día hablábamos mi hermano y yo del hombre que hoy es mi marido, y mi hermano me decía: «Inés, ¡qué suerte tienes! Pescar un viejo millonario es, te lo diré en latín para mayor claridad, el gran *desideratum* de una mujer que sabe dónde le aprieta el zapato, y tú has flechado á nuestro rico *pelele*.—¿Y crees tú (le dije con la risa en los labios) que se puede querer á un viejo para marido?—Precisamente (me contestó) es para lo único que se le puede querer.—No disparates (le repliqué). Tú hablas siempre mal del matrimonio, y no comprendo tan repentino cambio de parecer.—Vas á comprenderlo (me dijo): casarse con un viejo es casi no casarse; es el menos matrimonio posible.» Poco á poco se fué formando en mi casa una atmósfera matrimonial que me sofocaba; mas al fin me acostumbre á aquel aire de casamiento ventajoso que respiraba por la mañana, por la tarde y por la noche. Mis amigas decían que era una fortuna loca, y los jóvenes que frecuentaban mi casa comenzaron á mostrarse conmigo más reservados; y uno de ellos, el que en Ávila se acercó á saludarme, que es un hombre de mucho talento, á quien yo distinguía entre todos, decía siempre que se hablaba de este asunto: «Sí, sí: todo el mundo conviene en que es una gran boda». Por último: mi padre me presentó las for-

males pretensiones del viejo, pidiéndome una respuesta. «Yo no quiero á ese hombre (le contesté), y no podré quererle nunca.—Bien (me contestó); es un capricho de niña mimada, que te hará perder á los ojos de las gentes sensatas la opinión de juiciosa que entre todos disfrutas; pero yo no trato de torcer tu voluntad.—Á lo menos (repliqué), déjeme V. que lo piense.—Eso es muy justo (añadió); estas cosas deben pensarse.» La noticia de mi próximo matrimonio circuló por todas partes, y recibí los más expresivos parabienes, porque á nadie le ocurría la idea de que yo pudiera resistirme á tan pingüe enlace. Cada uno me pintaba á su modo y á su manera las diferentes perspectivas de la dicha que me esperaba, y empecé á creer que sería una locura desechar tan buen partido, y yo tenía mi vanidad en ser juiciosa. ¿Qué hubieras tú hecho en mi caso?

Rosalía no esperaba esta pregunta, y balbuceó las siguientes palabras:

—Yo...., ¡quién sabe!.... Tal vez.... ¡Qué sé yo lo que hubiera hecho!

El tren se detuvo en la estación de Vitoria, y luego que hubo salido, continuó Inés diciendo:

—Me falta un detalle: los periódicos dieron cuenta del suceso, haciendo de mi belleza y de mi elegancia los más lisonjeros elogios, y poniendo al pobre viejo en los cuernos de la luna. Anunciaban, por supuesto, que después de la luna de miel abriría mis salones, y sería una de las damas más

brillantes de la buena sociedad. Mi buen viejo oía estas cosas, y las celebraba restregando una con otra sus huesudas manos, y riéndose como un estúpido. Aún no me había yo decidido, y ya estaba casada en el ánimo de las gentes....; mi matrimonio era cosa hecha; lo había decidido la opinión pública, y bajé la cabeza, y me casé por sufragio universal.... Así ha salido ello. ¡Ay, Rosalía! Reuní todo mi juicio para hacer una gran locura.

—No es, ciertamente (dijo Rosalía), cosa agradable verse en la flor de la juventud casada con un viejo, á quien no podemos amar, y que, francamente, no puede comprendernos; pero, vamos, mujer; no es una desgracia tan grande, y en cambio tiene otras ventajas.

—¡No! (gritó Inés con vehemencia.) Es el vacío en el alma...., la soledad en el corazón...., el frío en los huesos.... : es un peligro constante á nuestra virtud; es la lucha continua de nuestra conciencia con las más temibles tentaciones.

—Comprendo todo eso; pero si tiene talento, si tiene bondad, si es generoso....

—¡Talento!.... ¿Crees tú que pueden tener talento los viejos que se casan? ¡Bondad!.... ¿Te parece poco cruel su compañía? ¡Generoso!...., ¡y compra una dicha imaginaria, sacrificando la felicidad de toda mi vida!

—Pues bien: yo te digo que un hijo calmará al fin y al cabo la exacerbación de tan exagerados sentimientos; no tengas duda.

—¡Jamás! (exclamó Inés.) La idea de tener un hijo me horroriza. Un hijo veletudinario, enfermizo, enclenque...., que sacaría en su sangre la decrepitud de su padre.... : nunca.... No se puede jugar con la naturaleza, y yo sé que los hijos de los viejos son muy infelices.... No me queda ni el consuelo de ser madre.

Aquí el silbido de la máquina cortó de nuevo la animada conversación de las dos amigas, y un momento después entraba el tren lentamente en la estación de Zumárraga.

—Vamos á separarnos,—dijo Rosalía.

—Veremos (añadió Inés); porque me ocurre una idea.

—¿Qué te ocurre?

—Ya verás.... Voy á hacer una locura llena de juicio.... Nos vamos á reir mucho, mucho.

El tren se detuvo, y las puertas de los coches comenzaron á abrirse.



DIÁLOGO TERCERO

EN ZUMAYA.

LA primera casa que se encuentra á la entrada de este pueblo se halla situada á la izquierda: un pequeño jardín cuadrado, partido por dos sendas que se cruzan en medio, dividiéndolo en cuatro partes iguales, lleva sus tapias hasta la linde del camino. Cuando yo estuve la última vez en Zumaya, este jardín empezaba á serlo.

Tiene la casa dos pisos; no es grande, y en su aspecto sencillo deja traslucir ciertas pretensiones aristocráticas. Entre el jardín y la fachada principal de la casa se levantan tres escalones de piedra, por los cuales se sube á una especie de explanada, que sombrean, si no recuerdo mal en este momento, cuatro tilos, y de la que arranca el edificio. Lo que podemos llamar el vestíbulo es una pieza de regu-

—¡Jamás! (exclamó Inés.) La idea de tener un hijo me horroriza. Un hijo veletudinario, enfermizo, enclenque...., que sacaría en su sangre la decrepitud de su padre.... : nunca.... No se puede jugar con la naturaleza, y yo sé que los hijos de los viejos son muy infelices.... No me queda ni el consuelo de ser madre.

Aquí el silbido de la máquina cortó de nuevo la animada conversación de las dos amigas, y un momento después entraba el tren lentamente en la estación de Zumárraga.

—Vamos á separarnos,—dijo Rosalía.

—Veremos (añadió Inés); porque me ocurre una idea.

—¿Qué te ocurre?

—Ya verás.... Voy á hacer una locura llena de juicio.... Nos vamos á reir mucho, mucho.

El tren se detuvo, y las puertas de los coches comenzaron á abrirse.



DIÁLOGO TERCERO

EN ZUMAYA.

LA primera casa que se encuentra á la entrada de este pueblo se halla situada á la izquierda: un pequeño jardín cuadrado, partido por dos sendas que se cruzan en medio, dividiéndolo en cuatro partes iguales, lleva sus tapias hasta la linde del camino. Cuando yo estuve la última vez en Zumaya, este jardín empezaba á serlo.

Tiene la casa dos pisos; no es grande, y en su aspecto sencillo deja traslucir ciertas pretensiones aristocráticas. Entre el jardín y la fachada principal de la casa se levantan tres escalones de piedra, por los cuales se sube á una especie de explanada, que sombrean, si no recuerdo mal en este momento, cuatro tilos, y de la que arranca el edificio. Lo que podemos llamar el vestíbulo es una pieza de regu-

lares proporciones, que sirve de comedor, por lo menos en verano.

Esta casa, algo separada del resto de la población, parece una quinta en pequeño, y viene á ser el palacio de Zumaya. Se llama la casa del Escribano, y se llama lo que es. Todos los años se alquila, claro está, á la familia que mejor la paga. En ella encontramos instaladas á Inés y á Rosalía. Acaban de comer, y la niña se ha dormido en el regazo de Inés, mientras que Rosalía toma la cuenta á la cocinera y dispone, como mujer casera y económica, lo que se ha de comer al día siguiente.

—Vamos (dice Inés, meciendo sobre sus rodillas á la niña): voy á verme en la necesidad de sustituirte en el cargo de ama de gobierno, porque si no, querida mía, temo que nos matarás de hambre.

—Se gasta mucho, señora (replicó Rosalía), y yo soy la que debo poner orden en estas cosas.

—Muy bien; mas recuerda nuestro trato: hemos convenido en sufragar á medias los gastos de nuestra estancia en Zumaya. Tú pagas el alquiler de la casa, que no es un grano de anís, y me alojás con lujo en esta especie de palacio encantado. Á mí me toca pagar todas las demás necesidades de la vida.

—¡Friolera! (exclama Rosalía.) Tres criados, de los cuales sobran dos; una mesa de príncipe, porque eso de que el almuerzo ha de empezar in-

dispensablemente por ostras, que no se ha de beber más vino que de Burdeos, que el chocolate ha de ser de Vitoria, no son cosas precisas y cuestan un ojo de la cara. Con lo que se gasta en postres podrían vivir muy desahogadamente tres familias.

—Á propósito de postres, Sergia (dice Inés, dirigiéndose á la cocinera): hoy no hemos tenido fresones.

—No los había, señora,—contestó la cocinera.

—Pues es preciso que los haya. La niña los ha echado de menos, y le he prometido que mañana tendrá fresones.

—No sé (replica Rosalía) de dónde han de sacarlos.

—Del centro de la tierra.

Rosalía va á tomar en sus brazos á la niña dormida; pero Inés la rechaza, diciéndole:

—No, mala madre; no la besas, mientras no me jures solemnemente que habrá fresones mañana.

—Habrás fresones, contestó Rosalía.

—Pues bien: bésala, y no la despiertes. Ahora déjame que yo la coloque en su cama. Mientras estamos juntas, esta niña me pertenece.

Diciendo y haciendo, entra en una pieza inmediata, y coloca cuidadosamente á la niña en su pequeña cama, y sale en seguida.

Ambas amigas se sientan la una enfrente de la otra, á la parte interior de la puerta del vestíbulo, y aparecen iluminadas por la tibia luz que se escapa

de la enorme pantalla que cubre el quinqué. La noche es oscura, fresca y silenciosa; brillan las estrellas como diamantes sobre el manto azul de los cielos, y las sombras de las montañas se desvanecen en el horizonte. y llega allí sordo y profundo el rumor del Océano, que rasga sus olas impetuosas en la ruda aspereza de los peñascos.

—¡Qué paz hace contigo mi hija!—dice Rosalia.

—Sí, he conquistado su corazón: hace dos días que estamos juntas, y la hermosa niña no sabe vivir sin mí. Es una conquista de la cual estoy orgullosa.... Mi alma solitaria se complace en la inocencia de su cariño, porque en ella no ha penetrado aún el egoísmo y la miseria del mundo.

—Todo eso está muy bien: cuando te pones seria, hablas como un libro; pero, vamos á cuentas. ¿Has pensado en la situación?... Yo empiezo á creer que no sabes lo que has hecho.

—Lo sé muy bien, y te aseguro que ha sido una idea felicísima.

—Sólo el demonio ha podido inspirártela.

—No lo creas....: el demonio hizo todo lo que pudo por quitármela de la cabeza.

—¡Abandonar así á tu marido!.... ¿Qué fin te has propuesto con semejante locura?

—Huir.

—¿De quién?

—De mí misma.

—¿Por qué?

—Porque cuando estoy lejos de mi marido me siento más fuerte.

—¡Qué cosas más extrañas dices!....

—¿Qué quieres? Su presencia es para mí un peligro.... No puedo verlo sin experimentar vivas tentaciones....

—¡Tentaciones! ¿de qué?

—De huir....; de esconderme en el último rincón de la tierra....; de encerrarme en un convento....; de morirme.

—Eso es que aborreces á tu marido.

—No, no lo aborrezco; mas no puedo quererlo, ni me es posible estimarlo.

—Eres injusta; porque, sea como quiera, él, al fin y al cabo, ha querido hacer tu felicidad.

—¡Mi felicidad!.... Error, grande error. Él ha querido hacer la suya, sin pensar en la mía. La vejez suele tener también sus vanidades de juventud: el invierno ha querido adornarse con las flores de la primavera, y ha comprado mi mano como un cosmético.... ¡Miserable! Ha creído que mis pocos años podrían rejuvenecerle.... Es la vida que se va, que intenta asirse á la vida que empieza. Unión monstruosa que repugna á la naturaleza, y que Dios no puede mirar con buenos ojos.

—Tu imaginación se acalora demasiado...., y, ¡mira tú qué contraste!: mientras hablas de ese modo, poniendo de vuelta y media á tu pobre marido, él, á pesar de sus años, andará hecho un loco buscándote por todas partes. Á estas horas ha co-

rrido ya toda Guipúzcoa y toda Vizcaya... Tu suerte será horrible, pero tus bromas me parecen algo pesadas.

—¡Broma! (exclama Inés, moviendo la cabeza.) Oyeme, para que comprendas lo sería que es esta broma.

—¡Calla!.... ¿No oyes un rumor lejano que parece un trueno?

—Sí; es el rumor del mar....

—No, no es el mar....

—Tienes razón: no es el mar; es un coche que, al parecer, se acerca.... ¿No distingues el sonido de los cascabeles?

—¡Oh! Sí; es el coche de Zumárraga, que viene retrasado. Ahora pasa por delante de la tapia del jardín. Mira, mira el reflejo de la luz.

—Ya la veo.

—Dejemos el coche, y volvamos á nuestro asunto, aunque me parece inútil que quieras persuadirme de que la broma que le has jugado á tu marido puede ser muy seria. ¿Qué le vas á decir cuando lo veas? Veamos el cuento que le tienes preparado para engañarle.

—Yo no sé mentir, Rosalía: le diré la verdad.

—Entonces tendrás que sufrir sus reconven- ciones, y tendréis un disgusto. Ya ves si eso es serio.

—Esa será precisamente la parte más risible del suceso. Pero me parece que alguien ha levantado el picaporte de la puerta del jardín.

—Es verdad, Inés. Han abierto la puerta, y dos sombras se adelantan hacia nosotras.

—Habla más bajo, no te oigan.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—¿Serán ladrones?

—¡Ojalá!

—¿Qué dices?

—Que no pueden ser ladrones.

—¿Por qué?

—Porque en estas honradas montañas no los hay.

—Pues entonces, ¿qué buscan?

—Allá veremos.

—Ese modo de entrar es sospechoso.

—Sin duda.

—¿No ves?

—¡Qué!

—Que se adelantan como si no quisieran ser vistos ni oídos.

—¿Y qué infieres de eso?

—Infiero que tratan de sorprendernos.

—Así parece.

—¿Y qué hacemos?

—No sé.

—Si gritáramos, huirían.

—No.

—¿Por qué?

—Porque antes intentarían ahogar nuestros gritos.

- Llamaremos á Sergia, á Rita, á Eugenia....
- ¿Y qué podemos cinco mujeres solas contra dos hombres?
- Es verdad....; mas ¿qué hacemos?
- Si pudiéramos huir....
- ¿Por dónde?... Esta casa no tiene más salida que la del jardín....
- Sí; pero tiene ventanas por donde podemos descolgarnos.
- Entonces, huyamos.
- Antes de todo, sepamos el objeto que los trae á esta casa tan misteriosamente.
- ¡Qué curiosa eres!
- Mucho.
- Pero.... ¿cómo hemos de averiguar eso?
- Ahora lo verás.
- ¿Qué haces?
- Apagar el quinqué. Así los vemos mejor, y ellos no pueden vernos á nosotras: la luz nos vendía.
- Dame la mano, porque yo no veo gota.
- Tómala, y no tiembles.
- Es tu mano la que tiembla.
- Ven (dice Inés, arrastrando á su amiga). Desde la ventana los espíaremos con más seguridad.
- ¿Por qué no cerramos la puerta?
- Es inútil.... No se atreverán á entrar á obscuras.
- ¿Los ves?
- Sí....: están á veinte pasos de la casa.

- ¡Tan cerca!
- ¡Calla!.... Se detienen y hablan.
- ¿Qué dicen?
- No se oye.
- Entonces, ¿cómo sabes que hablan?
- Porque manotean.
- ¡Es curioso esto! ¿Qué quieren de nosotras esos hombres?
- Indudablemente sorprendernos.
- Rosalía oprime la mano de Inés, y le dice:
- Mira: hagamos un esfuerzo, y cerremos la puerta antes que lleguen.
- Como quieras,—contesta Inés.
- Ambas amigas se dirigen á la puerta, colocándose detrás de las respectivas hojas para cerrarlas de golpe y á un mismo tiempo.
- ¿Estás?—pregunta Inés en voz muy baja.
- Sí,—responde Rosalía, con una voz como un soplo.
- Pues...., á la una....
- La claridad que la tímida luz de las estrellas proyecta sobre el umbral de la puerta se oscurece de pronto, como si fuera invadida por una sombra.
- Á las dos,—añade Rosalía.
- Á las tres,—dice la otra.
- Las dos hojas de la puerta, violentamente empujadas, van á cerrarse; pero un obstáculo las detiene, y vuelven á abrirse de par en par. Al mismo tiempo, las dos amigas, aterradas, oyen un golpe sordo, semejante al que produce un cuerpo humano

que rueda por el suelo, y una voz, que á Rosalía le parece ronca y cavernosa, prorrumpe en ayes lastimeros. Para colmo de espanto, una de las sombras, con los brazos extendidos como el que anda á tientas, penetra en la estancia.

Rosalía retrocede, gritando:

— ¡Sergia !.... ¡Sergia !.... ¡ Socorro !.... ¡ Socorro !....

Inés se adelanta hacia la sombra, y, sin poder contenerse, prorrumpe en una carcajada.

Todo esto sucedió en menos de un minuto.



DIÁLOGO CUARTO

LA DECLARACIÓN.

A Los gritos de Rosalía acudió Sergia atribulada, llevando una luz en la mano, y mirando con ojos espantados y medio dormidos.

Al reflejo de la luz iluminó la estancia, y pudo ver á Rosalía refugiada en un rincón, oculto el semblante entre las manos, con el horror trágico de quien experimenta la visión pavorosa de un terrible espectro.

En cambio, Inés se hallaba á dos pasos de la puerta, fruncido el entrecejo y risueña la boca, con los brazos cruzados en ademán resuelto. Presentaba una actitud heroica: parecía al luchador pronto á lanzarse sobre su adversario: en su entrecejo se advertía fiereza, mientras que la sonrisa que agitaba sus labios descubría la satisfacción anticipada del triunfo.

En el umbral de la puerta, abierta de par en

que rueda por el suelo, y una voz, que á Rosalía le parece ronca y cavernosa, prorrumpe en ayes lastimeros. Para colmo de espanto, una de las sombras, con los brazos extendidos como el que anda á tientas, penetra en la estancia.

Rosalía retrocede, gritando:

— ¡Sergia !.... ¡Sergia !.... ¡ Socorro !.... ¡ Socorro !....

Inés se adelanta hacia la sombra, y, sin poder contenerse, prorrumpe en una carcajada.

Todo esto sucedió en menos de un minuto.



DIÁLOGO CUARTO

LA DECLARACIÓN.

A Los gritos de Rosalía acudió Sergia atribulada, llevando una luz en la mano, y mirando con ojos espantados y medio dormidos.

Al reflejo de la luz iluminó la estancia, y pudo ver á Rosalía refugiada en un rincón, oculto el semblante entre las manos, con el horror trágico de quien experimenta la visión pavorosa de un terrible espectro.

En cambio, Inés se hallaba á dos pasos de la puerta, fruncido el entrecejo y risueña la boca, con los brazos cruzados en ademán resuelto. Presentaba una actitud heroica: parecía al luchador pronto á lanzarse sobre su adversario: en su entrecejo se advertía fiereza, mientras que la sonrisa que agitaba sus labios descubría la satisfacción anticipada del triunfo.

En el umbral de la puerta, abierta de par en

par, se hallaba un hombre con un pie dentro y otro fuera, como indeciso entre seguir adelante ó retroceder. Su vestido de camino anunciaba á un viajero, en cuya persona, no mal modelada, se distinguía aire cortesano. Era joven.

Detrás de esta figura, cuyo aspecto comenzó á tranquilizar á Sergia, se veía otro hombre que, caído en tierra, hacía esfuerzos supremos por levantarse, y con voz desabrida, semejante á los ronquidos que exhalan al abrirse ó cerrarse las puertas desvencijadas, y con acento lastimero, decía:

—¡Uf!.... He caído como un trapo. ¡Maldita ocurrencia!.... ¡Ay!.... ¡ay!.... Jorge, si V. no me ayuda, no voy á poder levantarme.

Inés, dirigiéndose al joven, le dijo:

—Caballero, me parece que no es una gran hazaña asaltar de este modo el tranquilo retiro de dos mujeres indefensas.

—Señora (contestó él), me confieso culpable de tan atroz atentado; pero yo no soy más que cómplice: el autor del crimen es su marido de V.

—¡Sí! ¡sí! (exclamó la voz lastimera.) Yo soy el autor de esta idea magnífica, que por más señas me va á costar un mes de cama. ¡Ay, Inés! Me siento descoyuntado.... ¡Uf!.... ¡Cómo me duele esta rodilla!.... Creo que me la he partido.

Inés se mordió los labios, tal vez por no reirse. Rosalía se atrevió á apartar las manos que sujetaban sus ojos, y el autor del crimen, resoplando como un fuelle roto, pudo levantarse, gracias al

auxilio que le prestó su cómplice; y entonces, arrastrando los pies, como si cada uno de ellos le pesara dos quintales, entró en el vestibulo, se desplomó sobre la butaca que halló más próxima, y continuó diciendo:

—Estoy muerto. Quise dar un gran golpe, y, en efecto, lo di soberano. Pero, ¿cómo ha sucedido esto? ¡Es claro! Yo venía delante, seguro de sorprenderte; porque, ¡vamos!, quería saber á ciencia cierta la verdadera causa de tu desaparición; quiero decir, de tu fuga, ó lo que sea; pues aunque sospeché que en el afán de despedir á tu amiga se te pasó el tiempo, y el tren, que no espera á nadie, tomó el portante, dejándote en Zumárraga con la boca abierta.... Esto de viajar á son de campana tiene, como todas las cosas de este mundo, sus inconvenientes. Eso sí: el vapor es un gran descubrimiento; pero antes era inútil, porque no se viajaba tanto. ¿Qué habías de hacer en Zumárraga? Pudiste esperar el tren inmediato; pero ¿te habías de quedar sola?

Rosalía cortó este período, que tenía trazas de ser interminable, diciendo:

—Sí, señor; eso es lo que ha sucedido. Yo entonces le aconsejé que viniera conmigo á Zumaya, y aquí estamos.

—No (replicó Inés); dejé voluntariamente que el tren partiera, y voluntariamente he venido aquí á pasar la temporada de baños. No tengo por qué ocultarlo.

—;Hola! (exclamó el sexagenario.) ¿Conque es una broma que ha querido V. jugarme? ¿Pues sabes, querida mía, que es una broma muy pesada? ¡Diablo! No le encuentro la gracia. Corro en busca de mi mujer como un desalado; llevo molido del camino, y al entrar aquí, ¡*pa!*, se cierran las dos hojas de la puerta, y, ¡*plon!*, me dan de golpe en las narices, en las rodillas, y, ¡*cataplum!*, caigo cuan largo soy. Créeme: de todas mis costillas, tú eres, Inésita, la única que tengo sana.

Inés movió la cabeza con ademán impaciente, diciendo:

—¿Y á V., señor mío, quién le manda meterse en semejantes aventuras?

—En la cama (exclamó el marido descoyuntado) es donde ahora quisiera meterme. En ella harás que me sirvan la mejor cena posible; tengo el estómago en los talones.

—Aquí no se cena (replicó Inés): comemos á la francesa.

—No importa (dijo Rosalía, interrumpiendo á su amiga): se dispondrá una cena para estos señores.

—De ningún modo (se apresuró á decir Inés). Estos caballeros pueden cenar y dormir en la posada. No podemos darles hospedaje.

—¿Y quién me lleva á mí á la posada (exclamó el marido), si no puedo moverme?

—Está cerca (añadió Inés). Además, conviene que hagas un poco de ejercicio; te sería fatal el reposo después de tan tremenda caída.

—¿Qué quieres de mí!—gritó él, mirando á su mujer con ojos aterrados.

—Ahora lo verás (contestó ella). Rosalía, tú eres fuerte y amable: dale el brazo á mi marido, y ayúdale á dar unos cuantos paseos por el jardín. ¡Vamos! Antes que se enfrien los golpes; es preciso hacer un esfuerzo. Es mi amiga Rosalía, á quien te presenté en Zumárraga.

Diciendo esto, hizo una seña de inteligencia á Rosalía, que se acercó. El viejo lanzó un suspiro estrepitoso, y mirando alternativamente á una y á otra, dijo con cierta galantería:

—¡Ah, señoras! ¿Quién se resiste?

Y apoyándose en ambas al mismo tiempo, apretó los dientes, ahogó un gemido desesperado, y se puso de pie.

—Ahora (añadió Inés), toma el brazo de Rosalía, y dad algunas vueltas por el jardín; es remedio seguro para los golpes en las rodillas. Yo no os sigo, porque el relente me produce jaqueca; y como no me gusta quedarme sola, Jorge me acompañará mientras vosotros paseáis.

Miró Rosalía á su amiga con ojos desconfiados; pero debió tranquilizarla la sonrisa de Inés, pues rompió la marcha, diciendo:

—Vamos, caballero.

Viéndolos Inés alejarse por las calles del jardín, se volvió á Sergia, y la dijo:

—Deje V. la luz sobre la mesa, y puede V. retirarse. Jorge (añadió); siéntese V. en esa silla,

cerca de la puerta, pues no es justo que se prive V. del fresco de la noche por hacerme á mi compañía. Yo me siento aquí en la butaca que ha dejado mi marido; es muy cómoda, y en ella le oiré á V. con mucho gusto. ¡Vamos! Hábleme V. de alguna cosa agradable, porque me siento algo aburrida.

—Es natural (contestó Jorge, sentándose), y además es justo.

—¿Por qué?—preguntó ella.

—Es natural, porque Zumaya es bastante menos agradable que Biarritz; y es justo, porque es el castigo que merece el singular capricho de habernos abandonado en el camino. ¿Se ríe V.?...

—¡Oh! Sí, me río con toda mi alma, lo cual le probará que ha sabido elegir la conversación más á propósito para sacarme de mi aburrimiento. No puedo contener la carcajada cuando imagino la cara que pondrían al encontrarse sin mí.

—Imagínese V. cuál sería nuestro asombro.... Pero, por más vueltas que le doy, no encuentro la explicación de tan raro capricho.

—Los caprichos (advirtió Inés) no tienen explicación; y, sin embargo, V. podría encontrársela á éste. No hay que admirarse: la cosa es muy natural y muy sencilla. V. se ha hecho íntimo amigo de mi marido; lo visita V. con frecuencia, y hasta parece que participa V. de sus inclinaciones y de sus gustos. Este año ha querido V. acompañarnos en nuestra expedición á Biarritz; es decir, acom-

pañar á mi marido, que ya no sabe vivir sin V. Pues bien: ¿no parecerá inexplicable que un joven como V. se dedique á ser el amigo íntimo y el compañero asiduo de un pobre viejo como mi marido?....

—Señora....

—Déjeme V. acabar. Al salir de Madrid me encontré con una amiga de la infancia, á quien no había visto hace mucho tiempo. Durante el camino hemos renovado nuestra amistad, atando de nuevo los lazos de nuestro cariño. Viene sola, y yo he querido acompañarla. Debíamos separarnos en Zumárraga, y nos apeamos en la estación. Vds. se apearon también, y vinieron á saludarnos, y yo les presenté á mi amiga. La campana anunció que el tren iba á partir; subí á mi departamento reservado, y Vds. se fueron al suyo.—«Espera», le dije á Rosalía en voz baja: y tomando mi *cabás* y mi abrigo, me apeé de nuevo, y cogiendo el brazo de mi amiga, corrimos pegadas á la línea de coches hasta que llegamos á la cola del tren, que á los pocos instantes se puso en movimiento.—«¿Qué has hecho? (me preguntó Rosalía.)—Ya lo ves (le contesté): quedarme aquí contigo.—¡Qué locura! (exclamó.)—Sí (le dije), una locura llena de juicio.» Aquella noche llegamos á este pueblo, y nos instalamos en esta casa. ¿No es muy natural que deje las delicias de Biarritz por venir á hacer compañía á la cariñosa amiga de mi infancia?

—Sin duda, señora; pero sin decir nada.... Eso es lo que yo no comprendo.

—Pues esa era la gracia del caso. ¿Le parece á V. que me he reído poco pensando en el chasco que se han llevado?

—Chasco, no, señora; susto fué lo que sentimos. Al llegar á la estación de San Sebastián, me apresuré á salir del coche para ir á ofrecerle mis respetos; mas con gran sorpresa encontré vacío el departamento en que V. venía. Registré todos los coches del tren; recorrí los alrededores de la estación; visité una por una las habitaciones, y confuso, sin saber qué pensar, busqué á mi compañero de viaje, y le dije: «Inés no parece.—¡Cómo! (exclamó): no es posible». Investigamos de nuevo, hicimos mil preguntas al conductor del tren, al jefe de la estación, al maquinista, á los pasajeros, á todo el mundo, sin obtener respuesta alguna satisfactoria. Pronto corrió la noticia de que una señora se había perdido desde Zumárraga á San Sebastián, y unos decían: «¡Demonio! ¡Aunque fuera un saco de noche!» Otros: «Va á ser preciso facturar á las mujeres para que no se pierdan tan fácilmente». No se ría V., Inés, porque nosotros estábamos aterrados. A los dos nos ocurrió la misma sospecha, y temimos una horrible desgracia.

—¿Qué desgracia?—preguntó Inés.

—Una, posible al menos: V. iba sola en el coche; pudo quedar la portezuela mal cerrada: suponíamos que habría V. querido asomarse, que se apoyaría sobre el ventanillo, que la puerta se abriría inopinadamente, cayendo V. de cabeza sobre

la vía. Era preciso pensar algo, y pensamos eso.

—¡Qué horror!—exclamó Inés.

—Hablamos con el jefe de la estación, al que le pareció increíble nuestra espantosa sospecha; sin embargo, convino en que era posible, y, á instancias nuestras, puso en movimiento el telégrafo, y no nos movimos de allí hasta que pudimos tranquilizarnos. El tren había seguido su camino, llevándose á Biarritz nuestros equipajes, y resolvimos volver á Zumárraga, como lo hicimos aquella misma madrugada. Allí hemos pasado día y medio haciendo averiguaciones, hasta que el mayoral del coche que las trajo á Vds. nos dió un rayo de luz, que nos ha conducido hasta aquí.

—¿Y le parece á V. (preguntó Inés) digna hazaña sorprender así á una pobre mujer indefensa?

—Se empeñó en ello; decía que era una idea magnífica, y no pude persuadirle.

—Lo creo.... Los viejos suelen ser tan tercos como los niños. ¡Ay! (añadió, lanzando un gran suspiro.) ¡Soy muy desgraciada!

—¡Oh!...—exclamó Jorge, suspirando también.

—No consiento las adulaciones (dijo Inés). Y si en vez de distraerme se pone V. á hacer el dúo á mis suspiros, nos van á encontrar aquí á los dos llorando á lágrima viva, y, ¡ya ve V.!, se van á reír de nosotros.

—Para evitar esa contingencia (replicó Jorge algo picado), el mejor medio será persuadirla á V. de que es la mujer más feliz del mundo.

—Muy bien, caballero; la idea es ingeniosa, y ya me tiene V. llena de curiosidad. Veamos, veamos. Sáqueme V. pronto de este error en que vivo: haga V. esa obra de misericordia.

—Me parece, Inés, que convendremos en que ocupa V. en el mundo una posición envidiable.

—Sí, convengo en ello, y reconozco que el venticinco por ciento de las mujeres que me conocen envidian mi suerte; pero, en realidad, ¿es envidiable?

—Sin duda (contestó Jorge). Ha sabido V. conquistar la voluntad de un hombre opulento, esto es, rico, que la rodea de comodidades y de lujo; sobre el que ejerce V. un dominio decisivo. Ciertamente no es joven, ni posee las cualidades atractivas del talento, ni es tampoco de esos caracteres que arrebatan por el ímpetu de arranques generosos; en cambio está V. algo lejos de experimentar los disgustos que siempre ocasionan las infidelidades: no se separa de V. ni un momento, y si su conversación no es amena, preciso será reconocer que es inagotable. Me parece que no hay razón para que se tenga V. por desgraciada.

—No obstante, quiero convencerme por completo. Prosiga V., prosiga.

—Queda poco que añadir; está reducido á pocas palabras: V. ha elegido su suerte. Es natural que consultara V. con su corazón, y en este caso...

—Quedo plenamente convencida (exclamó Inés riéndose á carcajadas). El argumento no tien

vuelta de hoja. ¡Qué obcecación!... ¡Creerme infeliz cuando soy la más dichosa de las mujeres! Es muy insubstancial el corazón humano. Mas, sea como quiera, confieso que no tengo derecho á quejarme. Pude elegir un hombre que hiciera mi dicha, y elegí al que me rodea de comodidades y de lujo. ¿Qué más da?

—¡Ay, Inés!

—¡Hola! ¿Vuelve V. á los suspiros? Si se obstina V. en afligirse, me va V. á poner en el caso de que lo saque del lamentable error en que se encuentra.

—¿Acaso V. conoce la causa de mi desdicha?

—Sin duda: la conozco perfectamente. Las mujeres que nos casamos con hombres viejos, adquirimos al instante la experiencia que dan los años. Sí, señor; sé que está V. furiosamente enamorado. Y sé más: sé que soy yo el objeto de esa pasión furibunda.

—¡Inés!—exclamó Jorge, sin saber qué valor dar á las palabras que acababa de oír.

—Ni más, ni menos (prosiguió ella diciendo). ¡Ya se ve! No soy excesivamente bella, pero soy joven y estoy casada con un viejo, y esto es un encanto poderoso para las almas sensibles. Hablo formalmente. El corazón de la mujer que une su juventud á un marido cargado de años, de arrugas y de impertinencias, no pertenece á nadie, y he ahí por qué todos quieren apropiárselo. Comprendo el tierno interés que debemos inspirar. V. me ama, ¿no es esto?

—Sí (contestó Jorge con voz apagada). Jamás me hubiera atrevido á decirlo; pero V. lo ha dicho.

—Es verdad; yo he provocado esta declaración, porque la veía inevitable. He huido de ella cuanto he podido, y ahora, ya lo ha visto V., he salido á su encuentro bizarramente. Me gustan las situaciones despejadas. Nada más fácil que engañar á ese pobre sexagenario que me ha comprado como una joya y me luce como una alhaja. V. es su amigo, su amigo íntimo, y yo soy su mujer, y podemos tapar sus ojos con una doble venda. Al mundo no será tan fácil engañarlo; pero al mundo no le sorprenden estas cosas; cuando no suceden, las supone. Déjeme V. que concluya: todas las circunstancias nos favorecen. Yo tengo mi excusa en el viejo, y V. no necesita excusarse. Verdaderamente, no será muy noble nuestra conducta, pero el amor nos disculpará á nuestros propios ojos. Mas hay una dificultad insuperable..

—¡Inés! (exclamó el afortunado amante.) Juro á V. que....

—Nada de juramentos (añadió ella interrumpiéndole); no son necesarios. V. me ama, ¿no es esto?

—¡Oh! Sí, con todo mi corazón (dijo Jorge). No puedo, ni quiero, ni debo ya ocultarlo.

—Pues bien, amigo mío: yo aconsejo á V. que abandone discretamente la amistad de mi marido y renuncie á sus pretensiones: no me inspira V. sentimiento ninguno. ¿Qué quiere V.? Su amor me

da risa; me parece soberanamente ridículo, y creo que no debemos volver á hablar de semejante asunto.

Diciendo esto, se puso de pie; y con voz trémula y oscura, gritó desde la puerta:

—¡Rosalia! ¡Rosalia!

—Allá vamos,—contestó el viejo.

Llegó Rosalia, arrastrando al marido de su amiga, y ésta le dijo:

—Esta es la hora que tenemos costumbre de retirarnos: la cena y la cama les esperan á Vds. en la posada. Buenas noches.

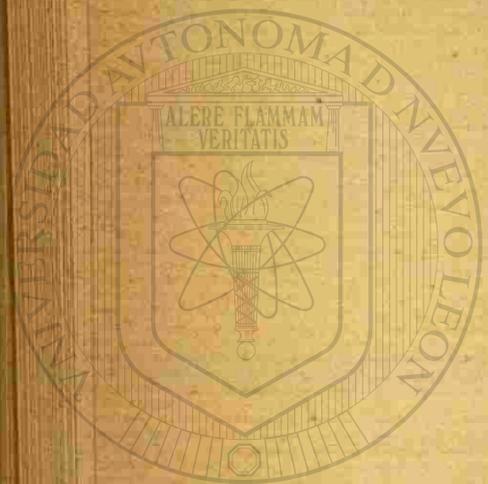
Cuando las dos amigas se vieron solas, se miraron, y Rosalia dijo:

—Tienes una lágrima en cada ojo.

Inés contestó:

—Los ojos podrán llorar todo lo que quieran; pero la lengua ha dicho lo que debía decir. ¡Es muy triste mi destino! Engañé al viejo, haciéndole entrever que podría amarle, y acabo de engañar á Jorge, asegurándole que no le amo.





DIÁLOGO QUINTO.

EL MARIDO Y EL AMANTE.

AMIGO Jorge: convéznase V. de que las mujeres hablan con el diablo, porque es cosa indudable. ¿Querrá V. creer que los paseos que mi cara mitad se empeñó en que diera por el jardín, en la amable compañía de su interesante amiga, que es una real moza... gran tipo, alta, gruesa, blanca con cabos negros, han hecho en mí una revolución completa? Pues así como sueña. Esta pícara rodilla, donde recibí principalmente el golpe de la maldita puerta, casi no me duele. Y gracias á la rodilla; porque, si no, recibí el trastazo en la cara, y adiós narices. Por lo demás, me siento bien. Ya ve V. que le he hecho á la cena los honores correspondientes, comiendo como un Heleogábalo ó Heliogábalo, no estoy seguro, porque tengo malísima memoria para los nom-

bres. El apetito, Sr. D. Jorge, es un gran recurso, porque, ya lo sabemos, de la panza sale la danza, y yo, lo confieso, no soy completamente insensible á los placeres de la mesa; y luego, este padecimiento del estómago me obliga á comer mucho y á menudo. Lo contraí en la vida sedentaria que he hecho cuidando á mi pobre tía, que estaba algo maniática, y yo era sus pies y sus manos. Al fin murió sin saber que se moría. ¡Ya se ve! No nos atrevíamos á decirselo: hubiera sido una crueldad darle semejante puñalada; porque, ¡es claro!, la infeliz pasaba ya de los setenta años, y no quería morirse. ¿Qué hubiera V. hecho?... Lo que hicimos. Yo no tenía corazón para amargar los últimos instantes de la vida de mi pobre tía con la noticia de su muerte. Además, habría querido hacer testamento; y como era rica, y su hermana y yo éramos los parientes más cercanos, nos pareció horrible hablar de miserables intereses en aquellos momentos solemnes. Después de estar agonizando tres días, cerró el ojo para siempre. Pero veo, señor D. Jorge, que está V. muy distraído, haciendo bolitas de pan y arrojándolas al techo, sin tomar parte en esta conversación de sobremesa.

—¡Oh! (exclamó Jorge.) Es muy difícil tomar parte en la conversación cuando V. tiene la palabra, pues posee V. una elocuencia inagotable. Habla V. de corrido....: es V. de esos hombres afluentes que se lo dicen todo: el Diccionario sale de su boca de V. á borbotones.

—Convengo (dijo el sensible sobrino de la difunta tía) que dispongo de una verbosidad abundante, y que todavía pueden encontrar las mujeres de cierto espíritu algún encanto en mi conversación. Eso sí; tengo una imaginación volcánica. Pero V. está distraído; apenas ha cenado; algo tiene V. entre ceja y ceja.... ¿En qué diablos está V. pensando?

—Estoy pensando en que sería para V. un golpe terrible la muerte de su pobre tía.

—Sí, señor, amigo Jorge; un golpe tremendo.

—Así lo creo; lo dice bien claramente el ansia con que apura V. la taza de café que tiene en la mano, como si quisiera ahogar en su corazón la pena de tan triste recuerdo. Y se comprende perfectamente. Después de haber sacrificado los mejores años de la vida al cuidado asiduo y á las impertinencias de la buena señora, venir á perderla á la tierna edad de setenta años, debe ser el colmo del infortunio; y, para mayor dolor, esté V. seguro de que nadie creará en semejante pena; porque el mundo es así; y viendo cómo V. come, cómo V. habla y cómo V. ronca, darán por hecho las gentes vulgares que ha visto V. el cielo abierto en la muerte de su tía.

—El mundo es injusto (replicó el marido de Inés), y nunca penetra en la profundidad de los grandes sentimientos; pero V. que me conoce....

—Yo (añadió Jorge interrumpiéndole), veo que profesaba V. á su buena tía tierno, vivo y apasiona-

do cariño. Si no, ¿cómo había V. de haberla dejado morir en la ignorancia de que se moría, sin los consuelos de la religión? Sólo un cariño verdaderamente ciego antepone la aflicción de un instante á la aflicción eterna. Si la salvación de su vida hubiera dependido de la aplicación de una medicina amarga, amarguísima, la habría V. dejado morir antes que hacerle pasar por el trance de beberla.

—¡Oh! (exclamó el sexagenario, repiqueteando con los dedos sobre la mesa.) Mi pobre tía era una santa.

—En tal caso (advirtió Jorge), no le habría horrorizado la muerte, ni le habría afligido tanto la idea de morir.

—Sin duda (añadió el viejo, chupando desesperadamente un cigarro, al parecer incombustible). Yo tengo por sistema no quitarle la razón á nadie; mas debo advertir que allí estaba su hermana, que no se atrevió á decirle que se moría, ni permitió que nadie se lo dijera.

—Se conoce (continuó diciendo el amante de Inés) que su hermana es también una naturaleza tierna y generosa, noble y delicada como la de V. ¡Vamos!: forman Vds. una familia de grandes corazones. Pero ¡vaya V. á hacerle entender al vulgo de las gentes las sublimidades del egoísmo!... Verá que dejaron Vds. espirar á la moribunda sin el consuelo de los Sacramentos, comprometiendo en este albur de ternura su felicidad eterna; mas no advertirá que del mismo modo la dejaron Vds. irse al

otro mundo *abintestato*, comprometiendo sus bienes en las eventualidades, casi siempre fatales, de una testamentaria judicial.

—Eso mismo nos ocurrió, amigo Jorge, en el momento de espirar la difunta, y se arregló la cosa de manera que hizo testamento.

—¿Hizo testamento después de muerta?—preguntó Jorge sencillamente.

—Es V. muy material (contestó el viejo). Quiero decir que un escribano amigo nos sacó del apuro; hubo testigos honrados que intervinieron en el asunto, y su afligida hermana y yo, más afligido todavía, nos repartimos el caudal de la buena señora.

—Es decir (advirtió Jorge), que hicieron Vds. un testamento falso.

—¡Falso!... ¡Falso!... (exclamó.) Nada de eso; éramos sus parientes más cercanos, y claro está que su última voluntad había de ser partir sus bienes entre la hermana y el sobrino: esto era de cajón.

—¿Y está V. seguro (preguntó Jorge) que no tendría en el fondo de su conciencia y de su voluntad alguna manda que legar, alguna limosna que hacer, alguna memoria de cariño, de gratitud ó de devoción que dejar á sus parientes menos próximos, á sus criados, ó al culto de los Santos de su particular piedad? ¿Tiene V. certidumbre completa de que, á ser ella la verdadera testamentaria de sus bienes, no se hubiera acordado de los sufragios que los vivos hacen por los difuntos?...

—Permítame V. (dijo, interrumpiendo á su amigo), que voy á contestarle. En el primer caso, debe V. saber que mi pobre tía no era excesivamente generosa; y en el segundo caso, yo hago celebrar los aniversarios de su muerte con un *general de misas* por el eterno descanso de su alma.

—¿Y esas explicaciones le dejan á V. satisfecho, tranquilo?

—Completamente satisfecho y completamente tranquilo, — contestó, algo admirado de la pregunta.

—Es una gran ventaja (prosiguió diciendo Jorge). Mas, dejando aparte el tribunal de la conciencia privada, que no suele ser exageradamente severo, sepa V. que, jurídicamente hablando, el hecho por sí constituye un delito de esos que el Código penal con sus correspondientes años de presidio.

—Sr. D. Jorge (replicó el viejo). V. es abogado, y en todo quiere encontrar motivo de pleito.

—No se trata de un pleito (advirtió Jorge), sino de un proceso; no es materia de litigio, sino materia criminal; no es un punto de derecho que debe aclararse, sino un caso de pena que debería aplicarse.

—¡Vamos, señor jurisconsulto; á V. le pasa algo extraordinario que lo saca de sus casillas! Es V. un juez inexorable, y esta noche está V. terrible. Ea, cuénteme V. sus penas, y le prometo de antemano no ser tan severo. ¿Calla V.? ¿Se encoge de hombros? ¿Se muerde los labios? Yo tengo mucho mun-

do, y veo más de lo que V. se imagina. Aventura de Calderón tenemos.... ¿Qué tal?... Aquí hay dama tapada.... ¡Hola! ¡Se pone V. encarnado como una novicia!.... Cualquiera diría que el juez se ha convertido en reo.... ¡Bah! ¿Será V. capaz de creer, en su furor jurídico, que es delito tener treinta años, y crimen abominable enamorarse de unos ojos más ó menos tristes, ó de una boca más ó menos risueña? Hago el sacrificio de callar: V. tiene la palabra; pruebe V. que la juventud es un delito y el amor un crimen. Este es el tema. ¿Será V.?

—Sí (contestó); me río, porque le veo á V. decidido, animado y alegre como nunca.

—No hay motivo para otra cosa: hemos encontrado á Inés buena y sana; el batacazo no ha sido gran cosa; me encuentro aquí mano á mano con un amigo del alma; he cenado como un ganapán, y pienso dormir como un tronco. ¿Qué más puede pedirse? ¡Ea! Anímese V., y hablemos.

—Debe ser ya tarde (dijo Jorge, mirando su reloj). ¡Las once y veinte! ¡Friolera!

—¡Hola! ¿Hay sueño?...

—Sueño precisamente, no; pero....

—Pero, ¿qué?

—Conviene descansar.

—Para eso tenemos delante todo el día de mañana. Afortunadamente, en Zumaya nos sobrará el tiempo para todo.

—A V. sí, pero á mí no.

—¿Pues qué piensa V. hacer?

—Pienso tomar mañana el coche que diariamente sale para San Sebastián.

—¿Dónde va V.?

—A Biarritz.

—¡Ciertos son los toros! (exclamó el viejo.) La cosa es clara. Iba V. muy contento á Biarritz; el capricho de Inés de venirse á Zumaya ña trastornado, por lo visto, los planes amorosos que V. llevaba en su cabeza; y claro es: amante novicio, quisiera V. tener alas para ir en su busca; porque ella, no cabe duda, debe estar en Biarritz. Ya ve V. que las cojo al vuelo.

—En efecto (dijo Jorge); no puedo negar su perspicacia.

—Pues bien (continuó diciendo el marido de Inés): siga V. mis consejos; no se precipite V.; déjela V. que espere, que se impaciente, que se desespere, si es necesario. Ese es el mejor sistema. Cuanto más tiempo tarde V. en verla, más deseo tendrá de que V. la vea. ¡Mundo, querido Jorge, mundo! No desoiga V. la voz de mi experiencia. Plan: ya que he descubierto el secreto escondido en ese corazón reservado, déjeme V. que yo dirija la intriga; no hay necesidad de que sepa quién es ella, porque, *plus minus b*, todas vienen á ser iguales.

—No dudo (dijo Jorge) que en este asunto, cuyo secreto ha sorprendido, lo conseguirá V. todo si se empeña en ello; pero, créame V.: es preciso que vaya.

—¡Canastos! (exclamó el viejo, rascándose la cabeza con las dos manos.) ¿Qué voy á hacerme yo aquí solo como un hongo? Con Inés no hay que contar; se pasará el día con su amiga; yo no conozco á nadie; Rosalía es muy á propósito para hacer pasar ratos agradables, pero estará siempre con Inés. Ni siquiera me queda el recurso de bañarme, porque tuve hace cinco años un amago de perlesía... Jorge, amigo mío: es muy cruel lo que V. proyecta; no me abandone V. en este trance. Por lo menos, aplace V. su marcha; ayúdeme V. por algunos días siquiera á llevar la carga. Yo publicaré, para que llegue á oídos de ella, que me he opuesto, que no le he dejado salir de Zumaya, que yo soy el responsable. Me parece que esto resuelve la dificultad.

—No es tan urgente mi viaje (dijo Jorge, levantándose de la mesa y mordiéndose los labios). Y, en todo caso, mañana hablaremos, porque ya son las doce.

—Sí, sí; ya es hora de dormir,—añadió el marido, bostezando desmesuradamente y siguiendo al amante, que se dirigía al pasillo donde se hallaban sus respectivos cuartos.

—Yo aquí me quedo,—dijo el último, empujando la puerta del cuarto número 2.

—Buenas noches,—contestó Jorge.

Y se entró en el cuarto número 1.

El marido roncaba tranquilamente á los pocos minutos: el amante, desnudándose con la lentitud

del que se acuesta más por costumbre que por sueño, decía para su capote:

— ¡Es curioso lo del testamento! Los que se reparten la hacienda ajena en la encrucijada de un camino, se exponen á que los ahorquen; pero hay gentes que pasan por honradas, y roban á sus mismos parientes moribundos con una tranquilidad de conciencia que espanta. Por lo demás, mi situación es muy peregrina. Ella me rechaza, me despide categóricamente, y él me detiene y me sujeta con obstinado empeño....

Y metiéndose en la cama y apagando la luz de un soplo, murmuró las siguientes palabras:

— ¡Vamos (dijo); este hombre pertenece sin duda alguna al número de los predestinados!



DIÁLOGO SEXTO

LA MUJER Y EL MARIDO.

MOLA!.... Parece que no hay nadie en esta casa.... ¡Inés!.... ¡Rosalía!.... ¡Sergia!.... Por el otro oído. ¿Si tendremos otra como la de Zumárraga? Son las ocho de la mañana, y estoy en ayunas.... Estas señoras creen que yo vivo como los camaleones.... ¡Eh!.... Mi chocolate, mi bandeja con bollos y mi vaso de leche, que no se necesita menos para poder llegar á las once del día, que es la hora del almuerzo.... ¡Que si quieres! No parece nadie. Esto no está bien. Me obligan á dormir en la posada, y me dan de comer con la precisa condición de que no he de pasar del vestibulo. ¡Qué capricho de señoras!.... Vengo con todo el apetito de un hombre que ha dormido perfectamente, entro, y me veo el jardín solitario, el vestibulo desierto, y estas puertas que comunican con el interior de la casa perfectamente cerradas.... ¡Ah! Ya caigo: habrán ido á misa ¡Eso es! Ellas en

del que se acuesta más por costumbre que por sueño, decía para su capote:

— ¡Es curioso lo del testamento! Los que se reparten la hacienda ajena en la encrucijada de un camino, se exponen á que los ahorquen; pero hay gentes que pasan por honradas, y roban á sus mismos parientes moribundos con una tranquilidad de conciencia que espanta. Por lo demás, mi situación es muy peregrina. Ella me rechaza, me despide categóricamente, y él me detiene y me sujeta con obstinado empeño....

Y metiéndose en la cama y apagando la luz de un soplo, murmuró las siguientes palabras:

— ¡Vamos (dijo); este hombre pertenece sin duda alguna al número de los predestinados!



DIÁLOGO SEXTO

LA MUJER Y EL MARIDO.

MOLA!.... Parece que no hay nadie en esta casa.... ¡Inés!.... ¡Rosalía!.... ¡Sergia!.... Por el otro oído. ¿Si tendremos otra como la de Zumárraga? Son las ocho de la mañana, y estoy en ayunas.... Estas señoras creen que yo vivo como los camaleones.... ¡Eh!.... Mi chocolate, mi bandeja con bollos y mi vaso de leche, que no se necesita menos para poder llegar á las once del día, que es la hora del almuerzo.... ¡Que si quieres! No parece nadie. Esto no está bien. Me obligan á dormir en la posada, y me dan de comer con la precisa condición de que no he de pasar del vestibulo. ¡Qué capricho de señoras!.... Vengo con todo el apetito de un hombre que ha dormido perfectamente, entro, y me veo el jardín solitario, el vestibulo desierto, y estas puertas que comunican con el interior de la casa perfectamente cerradas.... ¡Ah! Ya caigo: habrán ido á misa ¡Eso es! Ellas en

misa, y yo aquí muerto de hambre. Es una broma muy pesada. ¡Inés!... ¡Rosalia!... ¡Sergia!... Nada.... ¡Oh!... ¡Calle! Oigo la risa de mi cara mitad al otro lado de esa puerta. Se conoce que hoy se ha despertado de buen humor. ¡Si se ríe con la niña de Rosalia!... ¡Pues!... Alguna gracia de la chiclela; y yo aquí en ayunas, á las ocho de la mañana y á primero de Septiembre. Pero si no oyen mis voces, oirán los golpes de mi bastón sobre la puerta.... Ahora veremos: uno.... dos.... tres.... Así.... ¡Á ver! ¡Uf! ¡Ahora pregunta quién anda aquí!... ¡Yo, mujer, yo.... yooo!....

—¡Caballero! (dijo Inés, abriendo la puerta y saliendo al vestíbulo.) ¿Qué escándalo es este?....

—Sin duda (le contestó su marido) es absolutamente indispensable para que me oigas; pues hace media hora que estoy aquí desgañitándome, sin que aparezca alma viviente.

—Es posible, porque me pareció que oía tu voz.

—Eso es; y la oías como si tal cosa.

—No; creí que era la puerta del jardín, que rechina horriblemente cuando el viento la mueve.

—Gracias, señora: todos no podemos tener la voz dulce como el azúcar; porque, en fin, es preciso que haya de todo en el mundo. ¿Y con qué diablos de voz había de llamar, estando todavía en ayunas?....

—Es verdad (dijo Inés). Comprendo muy bien tu impaciencia. ¡Sergia! ¡Sergia!.... El chocolate. Nosotras lo hemos tomado ya.

—¡Dichosas vosotras! (exclamó el marido hambriento, sin apartar los ojos de la puerta por donde había de entrar el codiciado refrigerio.) Paciencia. Y dime, Inés: ¿y tu amiga Rosalia?

—Se halla ocupada (contestó Inés) en arreglar los mundos.

—¡Los mundos, querida mía! Ignoraba yo que tuviera tan altas aficiones tu apreciable amiga.

—Sí, arregla los mundos, porque hemos decidido tomar mañana el camino de Madrid.

—¡Ya! Eso es otra cosa.... Pero aquí está el chocolate.... ¡Gracias á Dios!.... ¿Será de Vitoria? ¡Gran chocolate! Y en taza.... ¡Soberbios bollos!.... Y la leche comba.... debe ser exquisita. Pongámonle este ligerísimo puntal á la vida, y vamos viviendo. ¿Conque decididamente nos volvemos á Madrid mañana? Me alegro, porque esta vida empezaba ya á cansarme. La separación que me has impuesto empieza á serme insoportable.... ¿Te sonríes?.... Mientras ha estado aquí Jorge, tal cual; mas hace quince días que se fué, sin que me fuera posible detenerlo. ¡Ya se ve!.... Tú no has querido ayudarme á convencerlo, y me he quedado solo como un hongo, sin tener con quién hablar dos palabras seguidas. ¡Pobre muchacho!.... ¿Querrás creer que está enamorado?

—¡Es posible!

—Sí; enamorado como un tonto.... Además, hemos pasado aquí muy cerca de mes y medio, y ya es razón de que regresemos á nuestra casa....

¡Ay, Inés! Las noches, aunque las paso durmiendo, me parecen eternas. ¿Entiendes?....

—Sin duda,—dijo Inés, sentándose enfrente de su marido.

—Bien (siguió éste diciendo). Veo que hoy estás amable, y quieres hacerme compañía, á lo menos mientras tomo este *tente en pie*. ¡Ya se ve!: no nos vemos nunca á solas.... Vivís aquí como monjas, y me tenéis prohibido que penetre en vuestras celdas. ¡Demonio! Esto ya pasa de castaño obscuro....

—Por eso debemos aclararlo.

—Justamente.

—Pues bien: hablemos.

—¡Magnífico! (exclamó el valetudinario.) Ese es mi fuerte. Hace quince días que tengo que apelar al recurso de hablar solo...., y...., ¡oh dicha!....: te conozco en la cara que tienes algo que decirme. Vamos, revienta. ¿Has regañado con tu amiga?... Lo esperaba, porque las mujeres no pueden estar en paz ni un minuto. Eso es natural; ¡cosas vuestras! Cuéntame, cuéntame. Pero antes, ya que te veo expansiva, dime: ¿por qué nos abandonaste en Zumárraga del modo que lo hiciste?.... Porque le doy mil vueltas, y no lo comprendo.

—Fué un capricho.

—Explicámelo.

—Sería inútil.

—¿Por qué?

—Porque aun cuando lo explicara, no lo entenderías.

—Tienes razón: los altos juicios de Dios y los caprichos de las mujeres son incomprensibles á los hombres.

—Pues ahora (añadió Inés) tengo entre manos otro capricho, que es preciso que comprendas.

—¿Sí? ¡Vaya! ¿Á que soy capaz de adivinarlo? Veamos: tú quieres tener este invierno abono entero de platea en el Teatro Real, y he ahí un verdadero capricho, porque como repiten tanto las mismas óperas, no hay necesidad de ir todas las noches. Nos va mucho mejor con nuestro cuarto turno de palco principal: no es necesario vestirse tanto, y se disfruta lo mismo.

—No se trata de eso.

—¿No?... Entonces, ya lo comprendo: quieres estrenar un tren nuevo, y es una locura; porque el *landó* que tenemos está todavía en buen uso, y los caballos pueden muy bien tirar aún bastante tiempo.

—Tampoco se trata de eso,—replicó Inés con visible impaciencia.

—Ya, ya caigo. Deseas, como ahora se dice, abrir tus salones, recibir un día á la semana, dar *soirées*, comidas, etc. Pero eso, hija mía, tiene muchos inconvenientes: resentimientos de unos, envidias de otros, hablillas de todos. Te matarás por complacer, y nadie quedará contento. Siempre he sido enemigo de esas recepciones en mi casa. Ade-

más, querida mía, para eso se necesita un potosí. Y ¿cuántos no se arruinan? Nosotros vivimos bien, muy bien: nada te falta; mas... yo no tengo rentas para tanto.

—¿Has concluido?—preguntó Inés.

—Sí. Creo que he dicho bastante.

—Sobra (añadió ella), pues todo lo que has dicho es inútil; porque, caballero, no se trata de nada de eso.

—Explicate, hija mía, explicate (exclamó el viejo, sepultando un bollo entero en las profundidades de su boca). Deseo entenderte, y desde ahora pongo á tu disposición todo mi entendimiento.

—Pues bien: no me interrumpas; sujeta por un momento la habitual intemperancia de tu lengua, y quiera Dios que me entiendas. Oyeme, porque voy á proponerte un convenio, un pacto singularísimo.

—Habla, habla (exclamó el marido, llenándose la boca con otro bollo). Me llenas de curiosidad, y te prometo callar y oírte.

—Tú (dijo Inés) tienes sesenta y cuatro años.

—Sesenta y tres, señora, sesenta y tres.

—Es lo mismo.

—¡Ah! Es un año menos.

—Bien; yo tengo veinticuatro.

—Cumplidos.

—Es igual.

—No; hay diferencia.

—Sea; pero siempre resulta que tú estás en la

fuerza de la vejez, y yo en la fuerza de la juventud.

—¿Y á qué viene eso?

—Oye y calla,—replicó ella.

Y viendo vacía la bandeja, gritó:

—¡Sergia!... Más bollos.—Hace (prosiguió diciendo) dos años que nos casamos.

—Cierto.

—Tú, por la ridícula vanidad de tener una mujer joven.

—¡Inés!...

—Silencio.... Yo, por la necia ambición de tener un marido rico.

—¡Oh! ¡Qué manera tan feroz de ver las cosas!

—Como son, Jaime; como son. Á tu edad no hay en el alma el calor que el amor necesita. El amor es para amar á los hijos, para amar á la patria, para amar la sabiduría, para amar las virtudes, para amar á Dios, pero no para amar á las mujeres. Tú no podías amarme, y yo no podía amarte tampoco. Podías hacerme sentir el respeto, la veneración que deben inspirar los años; pero tú has perdido completamente todos los atractivos de la juventud, y no has alcanzado todavía ninguna de las cualidades que hacen venerable á la ancianidad; no tienes, en realidad, más títulos á la consideración del mundo que los de las riquezas: suprime el oro que brilla en tu gaveta, y dime con qué podrás dar brillo á tu nombre. No hagas gestos; te digo la verdad, porque debo decírtela. La historia de nuestro casamiento se reduce á muy

pocas palabras : me vendí , y me compraste. Tú , sin advertir que exponías tu honor de marido , y yo sin pensar que exponía mi virtud de mujer : ¿ no es esto ?

—¿ En qué diablo de novela has leído esos disparates ? (preguntó el marido , mirando á su mujer con espanto.) Nada de lo que dices tiene pies ni cabeza.

—Oye , y calla (replicó ella). Sé que mi deber me manda quererte ; pero sé que mi corazón me dice que no le es posible. Te engañé una vez , y no quiero engañarte de nuevo. Te debo una fidelidad completa , y vengo á decirte : « Jaime , ayúdame á defenderme de mi propio pensamiento »

—Bah , bah ! Esto , Inés , pertenece al género romántico , al género tremebundo , y debo advertirte , hija mía , que ese género ya no está en moda. ¡ Oh ! Cualquiera que te oyera , creería que has perdido el juicio.

—Muy bien , caballero ; cambiemos de género. Supón que no he dicho nada de lo que has oído. Mi corazón leal va á esconderse en el último rincón de mi pecho. Dejemos el drama , y vamos á la comedia. Heme aquí que soy la mujer más amable y más tierna del mundo ; te sonrío siempre que me miras , oigo sin pestañear tus relatos interminables , me someto voluntariamente al tormento de tus halagos , soporto hasta con alegría tu continua presencia , eres á mis ojos joven , más aún , hermoso. ¡ Qué felices son tus ocurrencias ! ¡ Qué espiri-

tuales tus conversaciones !... ¿ Te parece poco ?... Pues encontraré elegancia en tus hombros débiles , soltura en tu aire vacilante , distinción en toda tu persona , nobleza en tus sentimientos , generosidad en tu egoísmo. ¿ Qué más quieres ? Te engañaré por la mañana , por la tarde y por la noche , con las miradas , con las sonrisas , con las palabras... Me verás solícita , asidua , cariñosa , apasionada , y mi perfidia te hará el hombre más dichoso del mundo. Mas este engaño constante , esta traición continua , esta comedia perpetua , deben tener un objeto. ¿ Cuál puede ser ? Uno de estos dos : ¿ soy codiciosa ?... Entonces , querré un testamento á mi favor de todas tus riquezas , y después esperaré tu muerte con verdadera resignación. ¡ Ah ! Es muy cruel esto ; pero tú no sabes cuán fácilmente se consuela una viuda joven , de la muerte de un marido decrepito que le deja el tierno recuerdo de una buena fortuna. ¿ No soy codiciosa ? Pues entonces te oculto , bajo un fingido cariño , un amor culpable... ¿ Qué prefieres ? ¿ La traición ó la lealtad ? Elige.

—Inés , no dirás que te he interrumpido , aunque se me han pasado muy buenas ganas de hacerlo. Pero hablemos con franqueza. —Tú estás celosa , y yo debo calmar tu inquietud. —Te aseguro que desde que nos casamos... ¿ cómo diré esto ? ¡ Vamos , te lo juro ; mi conducta es irreprochable !...

—¡ Celos yo ! He ahí una salida que no esperaba. Ya temía yo que no me comprendieras.

—Comprendo muy bien , querida Inés , que sa-

cas las cosas de quicio. Si esta es una broma que hoy me prepara tu buen humor, debo reirme y celebrar tu singular ingenio; pero si te empeñas en hacerme creer que hablas formalmente, creeré que se ha trastornado tu cabeza, y en tan triste caso, será preciso advertirte adónde llegan mis derechos de marido.

—¡Tus derechos de marido! (exclamó Inés, soltando una carcajada.) No digas desatinos. Si no me sirve la comedia, apelaré al drama. No vacilo en decírtelo: lo mismo que te abandoné en Zumárraga por una amiga, te abandonaría en Madrid por un amante. Ya has visto que sé abandonarte.

—¿Qué pasa por ti? (preguntó el viejo, seriamente alarmado.) No te conozco; tú eres otra... ¿Será tu querida Rosalía, tu amiga del alma, la que te ha trastornado el juicio de este modo?

—Eres injusto, porque ella es la que me salva del peligro en que me encuentro, á pesar mío y á pesar tuyo.

—Tranquilízate, Inés; tranquilízate. Me parece que estás algo nerviosa. ¡Demonio! (añadió, llevándose ambas manos á la cabeza.) Es posible, sí; es posible. Vamos á ver: ¿adónde vas á parar con todo esto?

—Á un pacto.

—¡Pacto!

—Eso es.

—¿De qué especie?

—De una especie muy singular.

—¡Es curioso esto!

—¡Oh! Sí, muy curioso.

—Pero ¿pacto entre quién?

—Entre nosotros.

—¡Pacto!.... ¡Pacto!....

—Mutuo.

—¡Mutuo!

—Y secreto.

—Explicate, hija mía; explicate.

—Voy á explicarme. Después del punto á que ha llegado nuestra conferencia, es inevitable una separación entre nosotros.

—¿Qué estás diciendo?

—No me interrumpas ni te admires. Hay dos separaciones: una pública, y por consiguiente escandalosa, que cada uno se explicará á su manera, en la cual no ganaremos nada. Esta separación no nos conviene. Hay otra privada, íntima, que podemos realizar sin ruido y sin escándalo, por mutuo convenio. Esta es la que te propongo.

—Acaba de explicarte, porque, verdaderamente, Inés, estás incomprendible.

—Óyeme: nuestra casa es grande, y podemos partirla como buenos amigos: tú, tu departamento; yo, el mío. Nos veremos todos los días, eso sí, en el comedor, á la hora del desayuno y á la hora de la comida, y hablaremos de muchas cosas indiferentes. Te prometo hablar de todo menos de nosotros mismos. Por supuesto, nos comprometemos uno y otro á no penetrar en nuestras respectivas

habitaciones, fuera de los casos de enfermedad, en que tenemos obligación de asistirnos. Tú recibirás las visitas de tus amigos en tu departamento; yo te juro no recibir á nadie en el mío.

—¡Demonio!

—Espera, porque todavía no he concluido. Junto á la casa en que vivimos en Madrid tienes otra, cuyo cuarto principal está desocupado. Ese cuarto lo ocupará Rosalía, y se lo cederás muy barato, porque es pobre; necesita vivir en Madrid, y, además, necesito yo su continua compañía. En la pared que separa este cuarto del nuestro se abrirá una puerta de comunicación. Estas son mis condiciones.

—¡Inés!... Semejante capricho es inconcebible... Eso no se puede ver seriamente.

—O este capricho que te propongo, ó una locura inevitable: elige. Ó accedes á mi deseo, que es irrevocable, ó no respondo de mi fidelidad. Es la única manera que encuentro de salvar tu decoro y mi virtud. En cambio, ni una sombra siquiera empañará tu honor de marido. Quiero vivir retirada, escondida, lejos de los peligros que el mundo ofrece á una mujer joven, casada con un viejo.

—Esto es insensato... ¿Qué es lo que pretendes?

—Pretendo consagrarme á la educación de una niña cuya hermosura y cuya inocencia han despertado en mí ternísimo cariño: es pobre, y quiero librarla de mi desgracia. La hija de Rosalía va á ser

también mi hija. No puedo aspirar á otra cosa.

—¡Inés!...

—Silencio, amigo mío... V. tiene ya sesenta y cuatro años: se ha casado V. muy tarde, muy tarde. Ahora sólo espero una respuesta categórica.

—¡Y bien! Supón que yo accedo. Dime: ¿qué voy á hacer en el mundo, casado y sin mujer? ¿No comprendes esto, querida mía?

—Comprendo que debes sacudir esa holganza egoísta en que vives. ¿Acaso porque eres rico no tienes obligación de ser útil?... Piensa en algo, haz algo provechoso, sirve de algo. Busca en los libros una experiencia que no has aprendido con los años. Si no tienes un gran talento, ten al menos un gran corazón. Busca á los desgraciados, y emplea noblemente tu fortuna en socorrer á los desvalidos. Por lo demás, mi resolución es irrevocable.

—Bien: no quiero que digas nunca que tienes un marido tirano. Voy á acceder á tu capricho, porque me amenazas de un modo terrible; pero no accedo á tan extravagante capricho más que por quince días, ni más, ni menos.

—Te auguro (dijo Inés, poniéndose de pie) que el día que rompas este convenio, será muy triste para los dos.

Y sin decir más palabra, salió del vestíbulo por la misma puerta que había entrado, dejando á su marido con la boca abierta, en el momento mismo

en que iba á depositar en ella el último bollo que quedaba en la bandeja.

— ¡Oh! (exclamó al verse solo.) Mi matrimonio no ha sido un gran negocio : esta niña mimada tiene ideas muy extravagantes ; pero, á lo menos, es franca, y sería mucho peor que no lo fuera. ¡Bah! Allá veremos. Después de todo, la vida que se propone hacer no es mala, y, además, es barata.... Yo creo que está celosa.... En cuanto á sus consejos, la cosa varía. Sea V. generoso...., abra V. la mano...., arruínese V...., porque la señorita lo quiere....

Dijo : apuró el vaso de leche que estaba sobre la mesa, se tendió en la butaca, y se quedó profundamente dormido.



DIÁLOGO SÉPTIMO

EN MADRID.



A ve V., amigo Jorge, que mi cara mitad nos abandona también hoy, dejándonos almorzar solos. ¿No le parece á V. rara esta conducta?

— Sin duda, Sr. D. Jaime ; pero las mujeres son caprichosas. Decir mujer, es decir capricho.

— Ciertamente ; mas esa explicación no puede satisfacerme. ¿Qué haría V. en mi caso, puesto que se halla V. enterado de lo que me sucede?

— Verdaderamente no sabría qué hacer, y acaso tenga V. razón al creer que Inés está celosa. ¿Ha incurrido V. en alguna infidelidad que haya podido?...

— No.

— Entonces, no sé qué pensar.

— En Zumaya, la víspera de nuestra vuelta á Madrid, me propuso el plan de vida que V. cono-

en que iba á depositar en ella el último bollo que quedaba en la bandeja.

— ¡Oh! (exclamó al verse solo.) Mi matrimonio no ha sido un gran negocio : esta niña mimada tiene ideas muy extravagantes ; pero, á lo menos, es franca, y sería mucho peor que no lo fuera. ¡Bah! Allá veremos. Después de todo, la vida que se propone hacer no es mala, y, además, es barata.... Yo creo que está celosa.... En cuanto á sus consejos, la cosa varía. Sea V. generoso...., abra V. la mano...., arruínese V...., porque la señorita lo quiere....

Dijo : apuró el vaso de leche que estaba sobre la mesa, se tendió en la butaca, y se quedó profundamente dormido.



DIÁLOGO SÉPTIMO

EN MADRID.



A ve V., amigo Jorge, que mi cara mitad nos abandona también hoy, dejándonos almorzar solos. ¿No le parece á V. rara esta conducta?

— Sin duda, Sr. D. Jaime ; pero las mujeres son caprichosas. Decir mujer, es decir capricho.

— Ciertamente ; mas esa explicación no puede satisfacerme. ¿Qué haría V. en mi caso, puesto que se halla V. enterado de lo que me sucede?

— Verdaderamente no sabría qué hacer, y acaso tenga V. razón al creer que Inés está celosa. ¿Ha incurrido V. en alguna infidelidad que haya podido?...

— No.

— Entonces, no sé qué pensar.

— En Zumaya, la víspera de nuestra vuelta á Madrid, me propuso el plan de vida que V. cono-

ce. Yo accedí por pura condescendencia, esperando que al fin ella misma rompería el propósito de esta separación íntima. Pero no; cada vez se aleja más de mí.... ¡Esa Rosalía!.... ¡Quién sabe! ¿Recuerda V. la noche que paseamos por el jardín, mientras V. se quedó con Inés?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Pues bien: yo no sabía con qué pagarle el obsequio que me hacía, presentándose su hermoso brazo, en el cual apoyaba yo el mío, porque la rodilla en que había recibido el golpe me pesaba como una montaña; y, ¡claro está!, le dije cuantas cosas amables me ocurrieron.... Es verdad que se reía como una tonta oyendo mis galanterías; pero me acomete la sospecha de que haya creído que yo trataba de conquistar su afecto; y en tal caso, ¿qué inconveniente hay en presumir que la ligereza de su lengua para con mi mujer sea la causa de este retraimiento, que, en honor de la verdad, se me va haciendo pesado?

—Es posible, —contestó Jorge, encogiéndose de hombros.

—Pero entonces (prosiguió diciendo el marido), ¿cómo vive con ella?... ¿Cómo no consiente separarla de su lado? ¿Cómo le demuestra una predilección tan marcada?

—¡Ah! (exclamó Jorge.) Eso, en todo caso, la asegura de cualquier eventualidad. Se ha constituido, por lo visto, en espía de su rival.

—¡Ciertos son los toros! Acaba V. de poner el

dedo en la llaga. Inés tiene celos de su amiga. Muy bien. Pero esto será interminable, y es preciso cortar por lo sano. Hay que dar un golpe decisivo.

—¿Cómo?—preguntó Jorge.

—Verá V. Hoy cabalmente hace quince días que volvimos de Zumaya, y este es el plazo que yo puse á mi condescendencia.

—¿Y bien?

—¡Claro está! Inés se encuentra con su amiga. Vamos á sorprenderlas. Quiero que sea V. testigo de nuestra reconciliación. Verá V. qué escena tan dramática. Rosalía no se atreverá á sostener en mi presencia que yo.... ¿Comprende V.? Vamos: déme V. su brazo.

—Tal vez mi presencia (replicó Jorge) sea inconveniente....

—Nada de eso: me viene V. de molde. ¡Diantre! Es V. jurisconsulto, tiene V. un lenguaje ardiente y persuasivo, y en este juicio de conciliación, nadie como V. puede ser mi hombre bueno. Es preciso convencer á Inés de que soy inocente. Hay que deshacer la diabólica intriga de esa amiga funesta que se ha interpuesto entre nosotros.

—Sea, —dijo Jorge.

—Por aquí (añadió el marido de Inés, tomando el brazo de su amigo). Vamos con tiento: no hagamos ruido, porque sería de un gran efecto y aseguraría el éxito de esta expedición, si consiguiéramos sorprender alguna palabra. Vamos á dar un golpe maestro.

—¿Se acuerda V. del que dió en Zumaya?

—¡Oh! Sí, me acuerdo; todavía me duele esta maldita rodilla. Aquello fué atroz. ¡Quién había de pensarlo! Pero ahora no debemos temer semejante contratiempo.

—¡Ah! (exclamó Jorge.) ¿Este es el tocador de Inés?

—Justamente.

—Sí, aquí veo su retrato.

—Sí, señor; su retrato con el traje de boda.

¿Qué le parece á V.?

—¡Oh! Admirable.

—Es, sin duda alguna, hermosa.

—Mucho.

—Está triste y desdenosa.

—Es verdad; desdenosa y triste.

—¡Chist!.... Me parece que oigo la voz de Rosalia. Acerquémonos á esta puerta. Esta habitación contigua comunica con la casa de esa funesta amiga; es decir, la casa es mía, pero ella la vive casi de balde. ¿Aún está V. contemplando el retrato?

—Si (contestó Jorge). Soy algo aficionado á la pintura, y me parece este cuadro una obra maestra.

—¡Ya lo creo que lo es! Como que me costó diez mil reales, duro sobre duro. Vamos por aquí; entremos.

—En efecto (dijo Jorge entrando, empujado por su amigo). Parece que hablan al otro lado de la pared.

—Más bajo, no nos oigan: son ellas. Acerquémonos á la puerta, y oiremos mejor.

—Esto me parece una alevosía.

—No tal: es simplemente curiosidad. Y ¡oh ventura! La puerta está entreabierta, y aquí, detrás de la cortina, no vamos á perder palabra.

—¿Y si nos sorprenden?

—Ellas serán las sorprendidas.

—Yo....

—¡Silencio, amigo Jorge! ¿Oye V.?

—Sí.

—Pues oigamos.

.....

—¡Ah, Inés! No te esperaba tan temprano.

—Lo creo; pero hoy quiero almorzar contigo.

—Me alegro; mas debo advertirte que vas á dejar solo á tu marido. Habéis convenido no veros más que á las horas de comer; es lo que tú llamas vuestro *pacto secreto*, y ya que él parece por ahora resignado, tú no debes abusar de su condescendencia. ¿Te ríes?

—Sí, me río, porque Jaime, para almorzar bien, no necesita más compañía que la de un buen almuerzo. Además, hoy almuerza con su amigo...., ¡pues!...., con su amigo Jorge. Huyendo de ambos he venido yo á almorzar contigo. Hablemos de otra cosa. ¿Estás contenta en Madrid?

—Sí, estoy muy contenta, y no sé con qué pagarte tanto beneficio. Me proporcionas esta casa, que es una taza de plata. Es verdad que no hay huerta como la que tenemos en el pueblo; pero en cambio tiene esa puerta que comunica con tu casa,

y que tú has hecho abrir para que pasemos el día juntas, sin necesidad de salir á la calle; y aunque Madrid no me gusta, ya ves que yo no vivo en Madrid, sino en mi casa, cerca de ti, ó, mejor dicho, siempre contigo, á la mira del loco de Julián, que se ha empeñado en ser ministro, y con mi hija. Figúrate si estaré contenta.

—Eso es lo que yo quiero.

—Perfectamente; pero esto no puede durar.

—Pues es preciso que dure.

—Y ahora que me acuerdo, hoy hace quince días que volvimos de nuestra expedición á Zumaya, y de quince días fué el plazo que impusiste á mi silencio. En todo este tiempo no he hecho más que obedecerte y callar. Ya es tiempo de que hablemos formalmente. Siéntate, siéntate.

—Me siento; pero á mi vez debo advertirte que nuestra conversación será inútil.... Hablemos enhorabuena, pero sea de otra cosa.

—No, no. Sospecho que has tomado una resolución poco meditada, y es preciso que me oigas.... No siempre has de hacer tu gusto. Te di palabra de guardar silencio acerca de tu extraño proceder, y me he sometido á tu capricho sin replicar; se ha cumplido el plazo de mi compromiso, y voy á hablar por los codos. ¿Te ríes? Bueno. Oye, sin embargo, lo que voy á decirte. Inés: ¿qué propósito es el tuyo? Respóndeme.

—Salvarme, querida Rosalía, salvarme; ni más, ni menos.

—¿De qué?

—Te lo he dicho mil veces: de mí misma.

—Eso no es decir nada.

—Precisamente, es decirlo todo.

—¿No crees en tu virtud?

—Sí.

—Entonces....

—Por eso.

—Pero tu marido no consentirá por mucho tiempo esta separación inexplicable.

—No tiene más remedio que consentirla.

—¿Por qué?

—Porque si se obstina en romperla....

—¿Qué?

—¡Oh!....

—¡Oh! ¿Qué quiere decir *oh*?

—Quiere decir que seré capaz de todo.

—¡Inés!....

—Sí; como lo oyes.

—Pero, en fin, ¿es bueno lo que haces?

—Lo ignoro; pero puedes estar segura de que sería mil veces peor lo que pudiera hacer, si no buscara este refugio contra mí misma.

—Pero, ¡bien! : yo no puedo hacerme cómplice de una separación que me parece...., cuando menos, peligrosa.

—En ese caso, serás cómplice de mi perdición.

—Además, Inés, te comprometes mucho: estoy segura de que viendo tu marido la conducta que sigues....

- ¿Qué hará?
 —Desesperarse.
 —¿Y bien?
 —Imaginate....
 —¿Qué debo imaginarme?
 —Cálculalo tú.
 —¡Ya! ¿Crees que su desesperación le lleve al extremo de suicidarse?
 —No.
 —¡Vamos! Temes, sin duda, que su pena le conduzca al borde del sepulcro, y cierre el ojo para siempre. Tu imaginación te anticipa esta desgracia, y eres muy capaz de creer que se morirá de sentimiento.
 —Se morirá de cualquier cosa, y he ahí el caso.
 —¡El caso de su muerte!
 —Eso mismo.
 —No permita Dios que yo le desee el reposo eterno; porque creo que ha de tener que dar muy estrecha cuenta á la justicia divina.
 —¡Vamos, Inés!: todo lo sacas de quicio. ¿Acaso tu marido es un criminal? ¡Pobre hombre!
 —Yo no lo juzgo.
 —¿Qué mal ha hecho?
 —¡Ah, Rosalía! Sólo Dios lo sabe....; porque nosotros no podemos medir con exactitud el mal que hacen ó dejan hacer todos esos seres egoistas que pasan por la vida sin hacer bien ninguno.
 —Convengo; pero la cuestión es que tu marido puede morirse.

- Sin duda.
 —Y en tal caso....
 —¿Qué?
 —¡Claro está!
 —Veamos.
 —No se acordará de ti.
 —¡Ojalá y no se hubiera acordado nunca!
 —Bien; pero ahora ya te conviene que se acuerde.
 —¿Qué dices?
 —Que antes de morirse hará testamento. ¡Ah! No me mires con esos ojos espantados.... Estoy diciéndote la cosa más natural del mundo. ¿No habías tú pensado en ello?
 —Acaba, acaba.
 —Digo que hará testamento; y si te emperras en llevar adelante esta separación, debemos suponer que no hará á tu favor su testamento.
 —¡Muy bien! Eso dirá todo el mundo que es muy juicioso, como decían que era yo muy juiciosa cuando decidí casarme con el hombre que mi codicia había elegido. Entonces no me dejaron ver que vendía mi felicidad, y tú ahora me aconsejas que venda mi virtud.
 —Mujer, ¡qué cosas dices!
 —Sí, Rosalía; tienes un corazón honrado y bueno; pero también ha penetrado en él este espíritu positivo que por todas partes se respira.
 —Yo....
 —Tú me propones pura y simplemente que vuelva á venderme.

—¡Oh! No se puede hablar contigo. ¡Ves las cosas de un modo!... Vamos, ¿qué desearé yo para ti, á quien quiero tanto como á mi marido? No, digo mal; tanto como á mi hija.

—¡Claro es! Quieres para mí la felicidad. Eso quiso mi madre, eso quiso mi familia, eso quisieron mis amigos, eso quise yo misma...., y ya ves si soy dichosa.

—Te has empeñado, Inés, en que tu marido es insoportable, y yo te digo que la virtud te manda soportarlo.

—Él no puede ni sabe defenderme.

—Mejor: más heroico será tu sacrificio.

—¡Ay, Rosalía! Jorge es su amigo, lo visita diariamente...., y este peligro es superior á mis fuerzas.

—Es decir, que no has podido dominar esa inclinación de tu alma.

—No, no puedo. Me siento vencida, y por eso huyo, por eso me refugio aquí y paso el día contigo, buscando en tu compañía la defensa. Si Jorge me viera, un día ú otro descubriría en mi agitación, en mi semblante, en mis ojos, la pasión que por él he concebido; y si llega á sorprender este secreto de mi alma, créeme, Rosalía, estoy perdida. Huí de él en Zumárraga, lo desahucé en Zumaya, alejándolo de nuestro lado, á pesar de mi corazón...., ¡ay!, á pesar de mi marido, y no quiero volver á verlo, porque no podría ocultarle que es dueño de mi pensamiento.... ¡Ah! ¡Y mi marido

lo trae todos los días á su casa, y yo oigo sus pasos que retumban en mi alma, y siento su voz que penetra en mi corazón!

—¡Calla! (exclamó Rosalía, poniéndole la mano en la boca.) Hablas demasiado fuerte, y me ha parecido oír pasos en la habitación inmediata que comunica con tu casa. Espera...., espera....

Y, sin detenerse, levantó la cortina que separaba las dos habitaciones, y registró con los ojos la pieza inmediata, y volvió diciendo:

—No hay nadie, aunque la puerta de comunicación entre tu casa y la mía está abierta. ¿La has dejado tú así cuando has venido?

—No lo recuerdo,—contestó Inés.

Ambas amigas permanecieron pensativas mucho tiempo, sentadas frente á frente y con los ojos bajos. Ninguna de las dos parecía dispuesta á romper tan prolongado silencio. Inés lo había dicho todo, y verdaderamente nada tenía que añadir. Rosalía, que empezó este diálogo resuelta á hablar por los codos, es decir, dispuesta, por lo visto, á convencer á Inés para que rompiera el pacto secreto de aquella separación, que no le cabía en la cabeza, se encontró sin palabras con que llevar á cabo su juicioso proyecto, quedándose muda, como si las últimas palabras de su amiga le hubieran atado la lengua.

Después de mucho tiempo de silencio, abrieron los ojos y se miraron atentamente, como si con esta mutua mirada quisieran leer sus respectivos

pensamientos ; pero los ojos de ambas se enturbiaron de pronto , asomando á los párpados algunas lágrimas silenciosas.

—¡ Lloras!—exclamó Inés de repente , enjugando sus lágrimas con las puntas de los dedos , al mismo tiempo que intentaba sonreirse.

—Lloro , como tú (dijo su amiga) ; porque ¿ qué quieres? Es muy triste esto.

—Muy triste ; y , sin embargo , si el mundo nos viera , se reiría de nuestras lágrimas.

—Es verdad.

—¡ Y bien ! ¿ Insistes en persuadirme?

—No.

—¿ Me abandonarás?

—Nunca.

Volvió á reinar un nuevo espacio de silencio , que probablemente se habría hecho interminable , si en la habitación inmediata no hubiera resonado un ruido sordo y repentino.

—¿ Has oído?—preguntó Inés.

—Sí ; será tu doncella.

—Ó tu hija.

—Veamos.

Las dos amigas se levantaron á un tiempo , y se lanzaron á la habitación inmediata. Inés iba delante ; y apenas alzó la cortina que cerraba la puerta , retrocedió sorprendida y casi aterrada. Rosalía asomó la cabeza , y vió al marido de Inés y á Jorge uno enfrente de otro , trémulos y pálidos.

—¿ Qué ha pasado aquí?—dijo.

—Nada , señora ,—contestó Jorge.

—Nada (añadió el viejo) ; ¡ que lo hemos oído todo !

Inés se precipitó en medio de su marido y de su amante , cogió la mano del primero , y la besó con humilde respeto ; y volviéndose á Jorge , le dijo :

—Caballero : lo que acaba V. de oír , le prohíbe , si es un hombre de honor , volver á poner los pies en esta casa. Sería , en primer lugar , inútil , y , en segundo lugar , indigno.

Jorge se inclinó , y , sin atreverse á alzar los ojos , salió de la estancia.

El pobre anciano no pudo resistir por más tiempo , y desplomándose sobre una silla , se cubrió el rostro con las manos , y rompió en sollozos.

Inés le dijo :

—¿ Me comprendes ahora?

—Sí , te comprendo.

—Y bien , Jaime : ¿ qué quieres de mí?

—Que no te separes nunca de Rosalía , y que no veas en mí más que á un padre. El pacto que hicimos en Zumaya será eterno. Perdóname , Inés , como yo te perdono.

Las dos amigas se inclinaron sobre el anciano con los ojos cuajados de lágrimas.

En esto se oyeron pasos precipitados , y una voz de ángel , que gritaba :

—Tu hija ,—dijo Inés.

—Nuestra hija ,—añadió el anciano.

Entró la niña, vió el cuadro que se ofrecía á su vista, y deteniendo la viva alegría de su semblante, bajó su gentil cabeza, y rompió á llorar, asociando sus lágrimas inocentes á aquella desdicha humana que no comprendía.

FIN.



ÍNDICE

	<i>Páginas.</i>
UN ROSTRO Y UN ALMA.	
DEDICATORIA.....	7
PRIMERA PARTE.	
<i>La boda.</i>	
Carta primera.—Un trousseau.....	15
Carta II.—La dormilona, la bata y las babuchas.....	25
Carta III.—Vistabella.....	38
Carta IV.—La luna de miel.....	48
SEGUNDA PARTE.	
<i>Sospechas desvanecidas.</i>	
Carta V.—Visita inesperada.....	61
Carta VI.—Montenegro.....	74
Carta VII.—El arco-iris.....	86
Carta VIII.—Cómplice.....	96
Carta IX.—No es tan fiero el león como lo pintan.....	106
Carta X.—La rosa de te.....	115
Carta XI.—Dilaciones.....	125
Carta XII.—Desencanto.....	136

Entró la niña, vió el cuadro que se ofrecía á su vista, y deteniendo la viva alegría de su semblante, bajó su gentil cabeza, y rompió á llorar, asociando sus lágrimas inocentes á aquella desdicha humana que no comprendía.

FIN.



ÍNDICE

	<i>Páginas.</i>
UN ROSTRO Y UN ALMA.	
DEDICATORIA.....	7
PRIMERA PARTE.	
<i>La boda.</i>	
Carta primera.—Un trousseau.....	15
Carta II.—La dormilona, la bata y las babuchas.....	25
Carta III.—Vistabella.....	38
Carta IV.—La luna de miel.....	48
SEGUNDA PARTE.	
<i>Sospechas desvanecidas.</i>	
Carta V.—Visita inesperada.....	61
Carta VI.—Montenegro.....	74
Carta VII.—El arco-iris.....	86
Carta VIII.—Cómplice.....	96
Carta IX.—No es tan fiero el león como lo pintan.....	106
Carta X.—La rosa de te.....	115
Carta XI.—Dilaciones.....	125
Carta XII.—Desencanto.....	136

TERCERA PARTE.

Los dos retratos y los tres amigos.

Carta XIII.—El agente de Bolsa.....	151
Carta XIV.—El huésped.....	164
Carta XV.—La catástrofe.....	176
Carta XVI.—Miel sobre hojuelas.....	190
Carta XVII.—El pésame.....	209
Carta XVIII.—Últimos detalles.....	218

DOS PARA DOS.

I.....	229
II.....	241
III.....	257
IV.....	271
V.....	283

EL PACTO SECRETO.

Diálogo primero.—De Madrid á Ávila.....	295
Diálogo segundo.—De Ávila á Zumárraga.....	309
Diálogo tercero.—En Zumaya.....	321
Diálogo cuarto.—La declaración.....	331
Diálogo quinto.—El marido y el amante.....	345
Diálogo sexto.—La mujer y el marido.....	355
Diálogo séptimo.—En Madrid.....	369

ESTE LIBRO

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID
EN CASA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
EL DÍA III DE JUNIO
DEL AÑO DE MDCCCLXXXVIII



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

UJA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
CIUDAD GUAYMAS

